

Sociedad de masas, totalitarismo y democracia

Gino Germani y la sociología en la Argentina. Vol 2.

Autor:

Blanco, Alejandro

Tutor:

Altamirano, Carlos

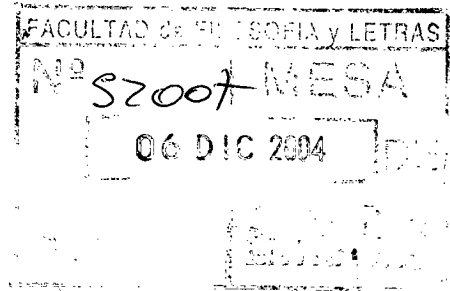
2004

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

TESIS 11-3-7

v. 25



Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Buenos Aires

TESIS DOCTORAL

**Sociedad de masas, totalitarismo y democracia: Gino
Germani y la sociología en la Argentina**

Tercera Parte

Autor: Alejandro Blanco
Director: Carlos Altamirano

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Capítulo IX

Las ciencias sociales en la posguerra: un nuevo contexto internacional

Resumen: este capítulo inscribe la historia de la institucionalización de la sociología en la Argentina en el contexto más general de la emergencia de un nuevo escenario internacional caracterizado por la emergencia de una serie de organizaciones e instituciones consagradas a la promoción de la enseñanza y la investigación científicas y, muy especialmente, en el campo de las ciencias sociales. Instituciones tales como la Unión Panamericana, la UNESCO, la ONU, el International Social Science Council, la Rockefeller y la Ford Foundation, en efecto, desarrollaron una activa campaña de modernización de la enseñanza e investigación en ciencias sociales que habría de incluir reformas en los planes de estudio y en los métodos de enseñanza, proyectos de actualización bibliográfica y de unificación del vocabulario, creación de organizaciones profesionales regionales e internacionales de las distintas disciplinas y de centros e institutos de investigación y un conjunto de publicaciones relativas a la materia. El capítulo examina entonces las características de esa campaña procurando revelar las modalidades de intervención de dichos organismos, su impacto en la formación de un determinado clima de opinión relativo a la situación de las ciencias sociales en los países de la región, los patrones de profesionalización promovidos, las agendas temáticas privilegiadas, y el modo en que todo ello afectó las condiciones internas del campo. El capítulo argumenta que la emergencia de ese nuevo contexto internacional contribuyó a tornar manifiestas las tensiones hasta entonces latentes entre los distintos actores del campo y preparó las condiciones de un escenario que se revelaría favorable a la reorientación de la disciplina propugnada por Germani.

La internacionalización de las ciencias sociales

En la segunda parte de esta investigación hemos intentamos trazar los orígenes intelectuales de una de las orientaciones de la sociología en la Argentina, la orientación conocida con el nombre de "sociología científica". Ahora bien, ¿por qué se institucionalizó finalmente dicha orientación frente a sus rivales? La respuesta a esta pregunta ya no puede ser elaborada en los límites de una historia de las ideas o una historia intelectual sino que debe ser inscripta en el contexto de una interrogación sociológica relativa a la institucionalización de una disciplina. ¿Por qué? Entre otras cosas, porque, como ha sido mostrado para el caso de los países centrales, hacia fines del siglo XIX, allí existió cierta insatisfacción con respecto a las perspectivas o aproximaciones de las disciplinas tradicionales (economía, psicología, derecho, filosofía de la historia) en el sentido que sus conceptos, métodos y cuestiones fueron en su momento juzgados inadecuados para el tratamiento de los fenómenos sociales. Y sin embargo, este extendido malestar intelectual hacia el mundo de las disciplinas tradicionales como la creciente preocupación por los problemas sociales desencadenados como consecuencia de la emergencia de la sociedad industrial no condujo -como se vió en el capítulo II- al establecimiento de la disciplina en las universidades, aunque permitió que la misma fuera desarrollada como una empresa

intelectual semi-respetable. En tal sentido, la institucionalización de una disciplina como una empresa académica, con posiciones permanentes, un sentido de la identidad profesional, distintividad intelectual y continuidad, no puede ser explicada con referencia a una historia de las ideas, de sus orígenes, difusión, modificación y excelencia. Es necesario, por el contrario, atender a aquellas dimensiones de orden institucional, político y cultural que operan como factores favorables, en unos casos, o desfavorables, en otros, a la instalación de una empresa de conocimiento.

En efecto, la implantación de una empresa intelectual, cualquiera sea ella, requiere de ciertas condiciones sociales, políticas, culturales e institucionales. Requiere, en primer lugar, del papel de los agentes, es decir, de individuos interesados e investidos de las destrezas y habilidades necesarias para instalar una determinada empresa intelectual y difundir la oferta simbólica vinculada a ella. Requiere, igualmente, del auxilio de medios de comunicación (libros, artículos, editores) y de centros de difusión (instituciones académicas o extra-académicas) capaces de difundir el nuevo mensaje. En suma, requiere la presencia mediadores activos ubicados en lugares estratégicos y centrales del sistema de las instituciones culturales.

Las instituciones tienen un papel fundamental en el establecimiento y expansión de un conjunto de ideas o de un clima de ideas. Las ideas adquieren fuerza o tienen mayores chances de propagarse cuando hallan medios de expresión de carácter institucional, es decir, cuando son adoptadas por una poderosa organización. Las ideas necesitan de un soporte institucional o poderosos focos de difusión. La difusión de una disciplina o de una tradición intelectual opera más fácilmente desde un foco institucional poderoso que desde ámbitos escasamente institucionalizados. A este respecto, y como ha mostrado Edward Shils, la capacidad de difusión de la sociología norteamericana durante la posguerra se vio enormemente favorecida, entre otras cosas, por la sólida institucionalización que había alcanzado para entonces. Hace ya unos años, Terry Clark puso a prueba esta hipótesis para el caso francés, al mostrar que la mayor difusión que había logrado la escuela durkheimniana sobre el resto de sus competidoras se debió en buena medida a su mayor grado de institucionalización.¹

Tradicionalmente, la literatura relativa a la historia sociología en América Latina en general y en Argentina en particular, y especialmente la concerniente al proceso que condujo a la implantación de la llamada sociología moderna o empírica, no ha

¹ Terry N. Clark, "Emile Durkheim and The Institutionalization of Sociology in The French University System" en *European Journal of Sociology*, vol.9, 1968.

examinado en profundidad dicha historia desde una perspectiva internacional. Por el contrario, el foco ha estado puesto mayormente sobre las condiciones internas y/o domésticas que favorecieron y estimularon la adopción de la sociología empírica y/o científica como fórmula intelectual. Y sin embargo, el creciente desarrollo y expansión que conocieron no sólo la sociología sino el resto de las ciencias sociales en América Latina durante las décadas del '50 y '60 no puede ser enteramente comprendido sino en relación a la actuación de una serie de instituciones internacionales y regionales de financiamiento y fomento de actividades científicas que surgieron en la inmediata posguerra.

Como se verá más adelante, la campaña de Germani en favor de una sociología empírica no estuvo desconectada de un contexto internacional en el que el desarrollo de las ciencias sociales estuvo en el primer plano de la consideración de una serie de organizaciones e instituciones surgidas en la inmediata posguerra y que, de algún modo, cambiaría las relaciones de fuerza o mejoraría las chances de éxito de la empresa liderada por Germani o en todo caso, se mostraría como un escenario favorable a sus ideas. Este capítulo está destinado a mostrar la importancia de esa red internacional de agencias consagradas a la promoción de las ciencias sociales tanto en la formación de un determinado clima de opinión relativo a la situación de las ciencias sociales en América Latina como en el proceso que condujo a la institucionalización de la sociología en Argentina. El capítulo estará centrado entonces en un examen de las transformaciones operadas en el contexto internacional y su importancia en la instalación de la empresa de Germani. Más adelante nos ocuparemos de las condiciones domésticas o internas que obraron como elementos favorables a la empresa.

A este respecto, suele argumentarse que la institucionalización de una sociología de carácter empírico se ve favorecida por una serie de condiciones sociales, especialmente, por una sociedad que atraviesa un proceso de industrialización y una mayor participación del Estado en la vida social. Todo esto crea una demanda de investigación social, especialmente solicitada por el Estado pero también por una serie de organizaciones de la sociedad civil. Ahora bien, ¿por qué una sociología empírica no se institucionalizó durante la época del peronismo? En efecto, condiciones no faltaban: la Argentina experimentaba un proceso de industrialización y, conexas con ello, de expansión del papel del Estado y de las políticas de planificación. Sin embargo, durante el período, la sociología universitaria adoptó un rumbo distinto al de una sociología

empírica. Aunque necesarias, determinadas condiciones sociales no son entonces suficientes para explicar el establecimiento de una empresa intelectual que pretende hacer de la sociología una disciplina empírica. Por el contrario, fue una compleja combinación de circunstancias sociales, culturales y políticas así como la conjunción de determinados eventos nacionales e internacionales la que provocó ese resultado. Este capítulo pretende ofrecer algunos elementos en esa dirección.

Como se vió en los capítulos II y III, hacia mediados de la década del '50 la sociología había alcanzado cierto grado de institucionalización en la medida en que existía como algo relativamente diferenciado de otras disciplinas del mundo social. La sociología contaba para entonces con su propio sistema de publicaciones y sus instituciones diferenciadas. Sin embargo, es por estos años que se produce un áspero y persistente conflicto entre quienes por entonces reclaman la identidad de sociólogos. El conflicto, que alcanzaría, aunque con distintos ritmos y diferentes niveles de intensidad, escala no solamente local sino también latinoamericana², dividió al campo en dos facciones: los “sociólogos de cátedra”, por un lado, y los “sociólogos científicos”, por el otro.³ ¿Por qué se produjo tal división? ¿Qué desató el conflicto y cuáles fueron las razones esgrimidas por cada uno de los contendientes para justificar su oposición?

En principio, si los primeros signos de la institucionalización de la sociología son previos a la creación del Departamento y la Carrera de sociología, la ruptura entre esta última experiencia y la anterior ya no puede ser tematizada a partir del tradicional contraste entre una forma no institucionalizada, la Cátedra y una institucionalizada, el Departamento, sino como una diferencia existente entre dos modos de institucionalización. Dicho de otra manera, aquel contraste ya no resulta del todo satisfactorio para explicar las innovaciones y las rupturas en la historia de la institucionalización de la disciplina. En su lugar, entonces, es necesario tematizar la diferenciación entre “sociología de cátedra” y “sociología científica” como dos modos de institucionalización. Ahora bien, ¿en qué consistió esa diferencia?

Según Stephen Toulmin, las empresas intelectuales denominadas ciencias están articuladas sobre la base de tres elementos. El primero está referido a los *ideales intelectuales* o *ambiciones cognoscitivas*, que consisten en ideales desarrollados

² Para el caso chileno, José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo N° 2 60, Programa FLACSO-Santiago de Chile, 1985; para el caso brasileño, Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*. Vértice, Editora Revista dos Tribunais, Sao Paulo, 1989.

históricamente y compartidos por la comunidad de los adherentes. Dichos ideales no refieren a los principios teóricos básicos de una ciencia (“paradigma”, en la terminología de Thomas Kuhn), que articulan un contenido que varía históricamente sino a los objetivos intelectuales básicos de una empresa disciplinaria que por eso mismo le confieren unidad y continuidad en el tiempo. El segundo elemento concierne la *disciplina*, es decir, la tradición de procedimientos y técnicas para abordar problemas comunes teóricos y prácticos. Por último, el elemento *profesión*, que remite al conjunto de instituciones, roles y hombres cuya tarea consiste en aplicar esos procedimientos y técnicas a los problemas de la disciplina.⁴

En principio, podría decirse que tanto la “sociología de cátedra” como la “sociología científica” compartían esos ideales intelectuales o ambiciones cognoscitivas, es decir, participaban de la misma expectativa, a saber, que una ciencia positiva de la sociedad era posible y deseable para el desarrollo de la razón humana y el progreso social. Una de las figuras de esa sociología de cátedra, Alfredo Poviña, calificaría precisamente su tesis doctoral, *Sociología de la revolución*, como “un estudio científico del fenómeno revolucionario”, y subrayaba, asimismo, que lo emprendía con la expectativa de asistir a los gobiernos con conocimientos emanados de las *ciencias* con el fin de evitar de esa manera los desgarramientos sociales. (Las cursivas son mías). En el discurso de inauguración del Instituto de Sociología de la FFyL, Ricardo Levene identificaba la disciplina con el “planteamiento objetivo y solución de los problemas nacionales” y alentaba a la realización de un Censo General necesario tanto “para el estudio como para los planes de la reforma social”.⁵ En 1950 se fundaba la *Academia Argentina de Sociología*, y entre sus propósitos figuraba el de “fomentar la investigación, coordinar la labor y aumentar las vinculaciones entre los sociólogos, tanto argentinos como extranjeros”.⁶ Pero, y como se verá más adelante, una vez que esos ideales intelectuales fueron objeto de un drástico proceso de renovación, la sociología de cátedra sólo alcanzaría a expresar su adhesión a ellos de una manera del todo formal y enteramente ritualista.

³ Las expresiones, propias de esos años, de “sociología científica” y “sociología de cátedra” se conservan aquí solamente por comodidad expositiva, sin prejuzgar sobre su eficacia cognitiva.

⁴ Stephen Toulmin, “Las disciplinas intelectuales” en *La comprensión humana*. Alianza, Madrid, 1977.

⁵ Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs.6-7.

⁶ Véase, Alfredo Poviña, “La sociología Argentina” en George Gurvicht y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Bs. As, 1956, pág. 172.

Compartían igualmente, el componente profesional. A este respecto, y como ha sido reseñado más arriba, los primeros signos de una institucionalización de la sociología (las primeras cátedras, el Instituto de Sociología, las primeras publicaciones, los contactos con los organismos regionales, la creación de primeras asociaciones profesionales, nacionales y regionales, la participación en congresos), fueron el resultado de las iniciativas de los sociólogos de cátedra. Por cierto, podría objetarse que el componente profesional, al menos en una de sus dimensiones, no sería un rasgo característico de sus trayectorias. En efecto, para estos últimos, la enseñanza de la materia era, en la mayor parte de los casos, como se ha dicho, una actividad subsidiaria. Pero en sí misma la profesionalización no era una aspiración rechazada por dichos sociólogos.

En rigor, el conflicto o la disidencia entre una y otra orientación habrá de producirse en torno al tercer elemento, el relativo al carácter disciplinario de la empresa, es decir, al conjunto de conceptos, técnicas y procedimientos explicativos, unos determinados problemas teóricos y sus aplicaciones empíricas. Esta última diferencia marca una discontinuidad significativa entre una y otra. Ahora bien, ¿qué produjo esa diferencia en el componente disciplinario en la que vino a expresarse el conflicto abierto en el campo? Por razones que se comprenderán enseguida, una respuesta a este interrogante supone atender a factores de orden interno como externo. En lo que respecta al primer aspecto, ya durante la experiencia del Instituto de Sociología, como se ha visto, y no obstante la confianza que traducía Levene al inaugurar el Instituto en que la “crisis filosófica” de la disciplina ya había pasado, una cierta división u oposición entre los roles de “profesor” e “investigador” comenzaría a expresarse. La misma, que, con algunas excepciones (Renato Treves), traduce un marcado clivaje generacional, podrá en juego cuestiones relativas a la representación de la disciplina y de su *métier*, a la definición de sus tareas como de sus métodos así como cuestiones vinculadas con la concepción de la profesión. La oposición o división involucrará igualmente un conflicto de interpretaciones en torno a la obra de ciertos autores, especialmente Emile Durkheim y Max Weber. Ciertamente, dicha oposición habrá de permanecer más latente que manifiesta durante los años en que el Instituto de Sociología estuvo bajo la jefatura de Ricardo Levene. Pero hacia finales de la década del '40 la misma comenzará a adquirir contornos bien definidos. Un momento paradigmático de esta división se verá reflejado en ocasión del Primer Congreso Latino Americano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951.

En lo que respecta a los factores de orden externo, es necesario reparar en la emergencia de un nuevo contexto internacional que habrá de afectar significativamente el desarrollo de la disciplina tanto en los países centrales como periféricos. Ese nuevo contexto estuvo caracterizado por dos procesos concomitantes, el de una profunda transformación intelectual de la disciplina y el de una creciente internacionalización de la misma. La consecuencia inmediata de ello es la “difusión” de un nuevo patrón de desarrollo intelectual e institucional de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular, y el surgimiento de una nueva “demanda” promovida por los organismos internacionales. La estructura de dicha demanda no sólo introdujo una innovación en el componente disciplinario que provocó inmediatamente la diferenciación entre ambas orientaciones sino que favoreció necesariamente un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía una serie de condiciones de trabajo (dedicación *full time* a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, trabajo en equipo, etc.) que no formaban parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. Entre otras cosas, porque su misma formación nos los predisponía a ello. En efecto, en su mayoría, los sociólogos de cátedra (Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Raúl Orgaz, Alfredo Poviña, Jordán Bruno Genta, Renato Treves y Miguel Figueroa Román) eran graduados en derecho, una disciplina que inclinaba mucho más hacia la reflexión sobre las ideas que hacia la investigación empírica, y mucho menos hacia la investigación empírica de carácter cuantitativo. La formación inicial de Germani en administración y contabilidad, en cambio, le habría de proporcionar una destreza especial en el manejo de las estadísticas, colocándolo así en mejores condiciones para ajustarse a las competencias que demandaban la nueva “fórmula de investigación”. De manera que el conflicto entre ambas orientaciones no puede explicarse sino en el contexto de un proceso de reestructuración exógena del campo que haría manifiesta una diferencia hasta ese momento latente: la diferencia en las trayectorias y la formación de unos y otros, diferencias que habrían de operar como un elemento diferenciador entre una y otra orientación.

Ciertamente, el conflicto entre ambas orientaciones no habría de reflejar solamente una diferencia relativa al carácter disciplinario de la empresa sino también una diferencia de orden político e intelectual directamente vinculada con la posición

adoptada frente a “la cuestión peronista”. En efecto, el conflicto abierto entre ambas orientaciones tuvo lugar en el contexto de un debate nacional que trascendía el campo disciplinario y que habrá de convertirse en un tema central de la discusión político intelectual desde mediados de la década del '50: el debate acerca de la naturaleza y el significado del peronismo en la vida política argentina.⁷ La comprensión y explicación de la naturaleza del peronismo habría de constituir un componente central tanto de las tareas que a sí misma se asignaba la sociología científica promovida por Germani como de la identidad de la empresa disciplinaria misma. En efecto, si una redefinición del perfil de la disciplina, de sus tareas, de sus esquemas conceptuales como de sus procedimientos metódicos fue una de las grandes apuestas en el orden cognitivo en torno de la cual se constituyó la que de ahí en más sería identificada como sociología “científica” (frente a una visión de la disciplina juzgada como “enciclopédica” o “tradicional”), la interpretación de la naturaleza y significado del fenómeno político peronista habría de constituir la segunda gran apuesta, aunque de orden político-intelectual, pero no menos decisiva respecto de su propia identidad y auto-comprensión. Y a este respecto, la posición crítica hacia el nuevo fenómeno político asumida por la sociología científica habría de contrastar con la actitud adoptada por la mayoría de los sociólogos de cátedra, que exhibieron -como se vió en el capítulo III- un patrón bien diferente: el de una celebración del fenómeno, en unos casos, o el del silencio en torno al mismo, en otros.

Ciertamente, sería un error calificar de peronista a la sociología de cátedra, entre otras cosas, porque muchos de ellos, en rigor, no lo eran. No lo eran ni Ricardo Levene ni Alfredo Poviña, inscriptos en la tradición liberal. Poviña, incluso, había frecuentado uno de los círculos más reputados de la tradición liberal, el Colegio Libre de Estudios Superiores y había escrito en su revista *Cursos y conferencias*, una serie de artículos sobre teoría e historia de la sociología. Alberto Baldrich era una de las figuras más conspicuas del integrista católico. Hijo de un general de brigada, Baldrich se convertiría en uno de los principales propagandistas del régimen militar inaugurado en 1943 y al año siguiente sería designado Ministro de Educación de la Nación. De todos ellos, acaso la figura más “orgánica” del peronismo fue Tecera del Franco. Durante un tiempo se desempeñó como funcionario del Ministerio de Agricultura de la Nación y formó parte de los grupos católicos que tuvieron a su cargo la administración de la

⁷ Sobre este particular, véase especialmente Federico Neiburg, *op.cit.*, Alianza, Buenos Aires, 1998, y Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2001.

política cultural del régimen peronista. Por lo demás, y como ha sido demostrado, el mismo régimen político no se caracterizaría por exigir a los círculos doctos una fidelidad doctrinaria en el plano intelectual sino solamente “pasividad en el plano estrictamente político”.⁸ Sin embargo, lo cierto es que tanto la posición más neutral, en unos casos, como la de abierta adhesión, en otros, de la sociología de cátedra frente al peronismo habría de contrastar claramente -como se verá más adelante- con la posición política hacia el peronismo asumida por Gino Germani, que, sobre la base de sus propias credenciales antifascistas- trazaría un balance crítico de la experiencia del régimen.

Finalmente, fue durante el gobierno peronista que el número de cátedras de sociología se incrementó sensiblemente a la vez que se crearon las principales bases organizativas de la disciplina. Fue durante los años peronistas, igualmente, que algunos de ellos, especialmente Alfredo Poviña, y en menor medida, Rodolfo Tecera del Franco, alcanzaron posiciones institucionales importantes que les permitió realizar una carrera académica relativamente exitosa. Y sería precisamente esa relativa hospitalidad institucional de la que se haría acreedora la sociología de cátedra durante los años del peronismo la que operaría con posterioridad a la caída del régimen como un elemento más que contribuiría a oponer la sociología de cátedra a la sociología científica. A los ojos de quienes habían abandonado la universidad enrolándose en las filas de oposición al peronismo, todos ellos eran profesores “flor de ceibo”, cuyas posiciones en el sistema universitario no tenía otro fundamento que el alejamiento compulsivo de sus antiguos ocupantes. Por lo demás, la propia trayectoria de Germani durante el peronismo no haría más que amplificar aquella oposición. En efecto, además de contarse entre los primeros que decidieron renunciar a la vida universitaria, rápidamente se integraría a algunas de las “sociedades de pensamiento” y círculos culturales privados que formarían ese espacio cultural, abigarrado y heterogéneo, de oposición política y cultural al peronismo. Aunque con diferente grado de intensidad, tanto su participación en el Colegio Libre de Estudios Superiores, su actividad editorial así como su colaboración con la revista *Imago Mundi*, de José Luis Romero, contribuirían a investir a su trayectoria de un perfil de intelectual antifascista y a marcar una clara diferencia respecto a sus contrincantes.

De manera que no sería solamente el componente cognitivo relativo al carácter disciplinario de la empresa lo que originará la diferenciación entre ambas orientaciones.

⁸ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires, 1991, pág. 49.

No menos importante habrá de revelarse el componente político-ideológico que habría de poner en juego trayectorias y posiciones político-intelectuales marcadamente diferentes. De tal manera que la oposición entre ambas sociologías debe comprenderse también en el contexto –y como parte- de una batalla de naturaleza no solamente intelectual sino también político-ideológica.

Trasformaciones intelectuales

A partir de la segunda posguerra, en efecto, las ciencias sociales en general y la sociología en particular experimentan una serie de cambios significativos como parte de una transformación más amplia en la cultura intelectual. En términos muy generales, dichos cambios se caracterizaron por “una declinación de la reflexión especulativa y filosófica y un optimismo generalizado acerca de los resultados que podían esperarse en cuanto se lograra un firme fundamento científico y empírico”.⁹ La convicción de que las ciencias sociales difieren sólo en grado, pero no en clase, de las ciencias naturales comenzó a extenderse entre los científicos sociales y creció la expectativa de que podían esperarse grandes avances una vez que las técnicas que habían resultado eficaces en el entendimiento científico de la naturaleza fueran imitadas, modificadas y adaptadas al universo de las disciplinas que se ocupan de la sociedad. En el plano de la teoría, las ciencias sociales se hicieron ahistóricas, empíricas en el detalle y en gran medida cuantitativas en el método. La aparición de la obra de Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, no sólo se constituyó, al poco tiempo de aparecida, en una de las más importantes e influyentes obras de teoría sociológica de este siglo sino que marcó un nuevo y esplendoroso ascenso de la sociología como disciplina del campo académico. A través de ella, Parsons construyó un canon y dotó así a la sociología de una tradición, enhebrada en los nombres de Durkheim, Weber y Pareto, aunque este último, por razones todavía desconocidas, no fue plenamente aceptado y su lugar fue poco tiempo después ocupado por Marx. La obra de Parsons dotó a la disciplina, asimismo, de un vocabulario, el del análisis funcional, que uno de sus discípulos, Robert Merton, se encargaría de codificar, y Paul Lazarsfeld de afinar, disponiéndolo para un uso instrumentalmente efectivo. Además de un marco de referencia común, Parsons proporcionó también a la disciplina una teoría *general*, la teoría de la acción, que alcanzaría un alto grado de sistematización en *El sistema social*, publicado en 1951. En suma, Parsons produjo un *vocabulario exhaustivo* que habría de regir buena parte de la

producción sociológica, tanto en términos del horizonte de problemas como del marco conceptual. Junto al de Robert Merton y Paul Lazarsfeld, su nombre estuvo asociado a un doble movimiento, el de la definitiva consolidación de la sociología como disciplina universitaria y el de una internacionalización de esta última.

En el plano de la investigación, el cambio más significativo fue un progresivo alejamiento de las vastas generalizaciones históricas en provecho de la recolección y refinamiento de los datos, el estudio de casos concretos a través de las encuestas y la observación participante, el establecimiento de correlaciones, la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos, todo ello con la esperanza de construir teorías verificables que estuvieran en condiciones de reducir la explicación de los fenómenos sociales a la formulación relativamente sencilla de unas cuantas leyes o enunciados nomológicos. El desarrollo y perfeccionamiento de numerosas técnicas y metodologías de investigación, especialmente de los métodos de la encuesta y la observación participante, y muy especialmente, la generalización de técnicas cuantitativas y la construcción de modelos matemáticos contribuyeron a reforzar dicha expectativa.¹⁰

La investigación adoptó un carácter marcadamente interdisciplinario. Las investigaciones, en las que comenzaba a consolidarse paulatinamente un estilo colectivo de trabajo, contaban, de manera cada vez más frecuente, con la presencia de sociólogos, psicólogos, antropólogos e historiadores. Las vinculaciones de la sociología con la historia, pero más especialmente con la antropología y la psicología se tornaron más fluidas que en el pasado. El centro o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social.

Estos cambios, a su vez, fueron parte de un cambio ecológico de singular envergadura que afectó decisivamente la tradición de la sociología. Según Edward Shils, las culturas intelectuales se asientan y propagan de acuerdo a una lógica cambiante de centro y periferia.¹¹ Las tradiciones clásicas de la sociología se formaron hacia fines de la Primera Guerra Mundial y en aquellos países que en ese momento ocupaban el centro de la vida intelectual: Inglaterra, Francia y Alemania. En la segunda posguerra, sin embargo, y por diversas razones, la sociología americana devino central y

⁹ Richard Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*. F.C.E., México, 1982, pág. 27.

¹⁰ Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. Alianza, Madrid, 1984. Igualmente, Immanuel Wallerstein, (coord.) *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI, 1996.

¹¹ Edward Shils, *op.cit.* y *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1974.

la sociología europea periférica. En principio, dicho cambio se vio favorecido por la temprana y sólida institucionalización que había alcanzado la sociología en los Estados Unidos durante las primeras décadas de este siglo, a diferencia de lo ocurrido en los países europeos, en los que la disciplina continuó ocupando un lugar marginal en el sistema académico de las universidades. Su epicentro fue la universidad de Chicago, pero pronto se extendió a gran parte del sistema universitario, especialmente a Columbia, Harvard y Berkeley. Las principales innovaciones intelectuales e institucionales en el campo de las ciencias sociales provinieron, en efecto, de los Estados Unidos, pero fueron menos el producto de la sociología en sentido estricto que un resultado de una serie de experimentaciones llevadas a cabo en el campo más general de las ciencias sociales. Los principales focos de innovación procedieron del psicoanálisis revisionista, de la psicología de la *Gestalt*, de la antropología cultural y de la psiquiatría de las relaciones interpersonales.¹²

El papel de la migración intelectual, y en especial, de algunas de sus figuras en el campo de las ciencias sociales, jugó un rol clave en la promoción de nuevas perspectivas intelectuales y nuevos estilos de trabajo: Lazarsfeld “ex-machina” constituye a este respecto una línea popular de explicación. En efecto, el programa de una sociología empírica, el ensayo de conciliar la investigación cuantitativa con la cualitativa, el sistemático compromiso con la codificación y la creación de la forma del instituto de investigación como matriz institucional del desarrollo de la investigación encontraron en Lazarsfeld a uno de sus más fervientes y exitosos promotores. Pero otros exiliados desempeñaron igualmente roles decisivos con relación al rumbo adoptado por las ciencias sociales: por un lado, Kurt Lewin y la escuela de la *gestalt* y, por el otro, el Instituto para la Investigación Social de Frankfurt, cuya investigación sobre la personalidad autoritaria se constituyó en un modelo ejemplar de investigación científica de un problema, tanto en términos temáticos como metodológicos.¹³

Los resultados alcanzados en los distintos campos disciplinarios, el vigoroso desarrollo de numerosas técnicas y metodologías de investigación y la puesta en práctica de programas sociales de reforma colocaron a las ciencias sociales en el centro

¹² Un excelente presentación de las transformaciones operadas en las ciencias sociales en los Estados Unidos durante el período en Talcott Parsons y Bernard Barber, “Sociology 1941-1946” en *American Journal of Sociology*, vol. 53, N4, 1948; igualmente, Daniel Bell, *op. cit.* y Jennifer Platt, “‘Case Study’ in American Methodological Thought” en *Current Sociology*, vol.40(1), 1992.

¹³ Sobre la migración intelectual, véase, Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration. Europe and America, 1930-1960*. Harvard University Press, Harvard, 1969 y H. Stuart

de la atención y las esperanzas públicas. Una común expectativa de predicción, de administración y de exactitud cuantificable comenzó a presidir los emprendimientos de investigación desarrollados en las distintas disciplinas.

Las agencias internacionales y la promoción de las ciencias sociales

Esta transformación intelectual experimentada por las ciencias sociales en general y la sociología en particular coincidió a su vez con una activa campaña y fuerte presión internacional de una serie de organismos internacionales encaminada a difundir el modelo de un sistema intelectual moderno, uno de cuyos componentes centrales estuvo precisamente constituido por el desarrollo de las ciencias y la investigación empírica, y especialmente de las ciencias sociales. Se trató de todo un programa de modernización de la enseñanza e investigación en ciencias sociales que habría de incluir, fundamentalmente, reformas en los planes de estudio y en los métodos de enseñanza, proyectos de actualización bibliográfica y de unificación del vocabulario, creación de organizaciones profesionales de las distintas disciplinas y de centros e institutos de investigación y la introducción de la investigación empírica en la formación profesional. La campaña se apoyó en el reclamo de que los países de América Latina necesitaban con urgencia especialistas en ciencias sociales, que, además de su entrenamiento teórico, fueran capaces de llevar a cabo investigaciones empíricas en las diferentes áreas de problemas que enfrentaban los países en vías de desarrollo.

La iniciativa del programa estuvo a cargo de una serie de organismos internacionales surgidos en el contexto del nuevo orden mundial como la División de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO, la ONU, el International Social Science Council y agencias filantrópicas, creadas con anterioridad, como la Rockefeller y la Ford Foundation. La acción de todas esas instituciones operaría como un factor importante tanto en la instalación de la infraestructura institucional como en la institucionalización de las ciencias sociales tanto en los países centrales como en América Latina.¹⁴ La intervención de dichos organismos

Hughes, *The Sea Change. The Migration of Social Thought, 1930-1965*. Sobre la escuela de Frankfurt, Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Taurus, Madrid, 1991.

¹⁴ Aunque es éste todavía un tema insuficientemente estudiado, véanse referencias para el caso italiano en Filippo Barbano, *Storia, temi e problemi 1945-1960*. Carocci, Roma, 1998, y Diana Pinto, "La sociologie dans l'Italie de l'après-guerre, 1950-1980", en *Revue Française de Sociologie*, N° XXI, 1980; para el caso francés, el documentado estudio de Brigitte Mazon, "La fondation Rockefeller et les sciences sociales en France", *Revue Française de Sociologie*, XXVI-2, abril/junio de 1985; igualmente, Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*. L'Harmattan, Paris, 2000; Alain Drouard, "Réflexions sur une chronologie: le developement des sciences sociales en France á la fin des

y agencias adoptó diferentes modalidades. En unos casos, ella se operó a través de la convocatoria de especialistas en ciencias sociales para la elaboración de programas de investigación o bien suscitando una demanda de investigación en ciencias sociales a partir del lanzamiento de estudios sobre diferentes problemáticas. El Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO cumplió a este respecto un papel de singular relieve tanto en la difusión de las ciencias sociales como en la promoción de la cooperación internacional entre los especialistas a través de la creación, en unos casos, y del fortalecimiento en otros, de una serie de asociaciones profesionales nacionales, regionales e internacionales, de diferentes centros de investigación y de un sistema de publicaciones.

Durante su primer período, el programa en ciencias sociales del departamento estuvo presidido por preocupaciones emergentes de la posguerra relativas a las necesidades de una reconstrucción intelectual y profesional de las disciplinas y del todavía imperfecto reconocimiento de lo que ellas tenían para ofrecer así como del estatus que merecían en el contexto más amplio de un mundo que se había transformado. Los primeros esfuerzos estuvieron dirigidos a establecer las organizaciones internacionales de las disciplinas. Así, 1950, en efecto, y a iniciativa de —y financiados por— la UNESCO, fueron creadas la *International Sociological Association*, la *International Political Science Association* y la *Association française de science politique*. La coronación de toda esta actividad de creación institucional fue la creación del *International Social Sciences Council*, que terminó de establecerse hacia 1954.

A mediados de los '50, el foco del programa estuvo puesto en la creación de instituciones de investigación. Así, en 1955 se establecieron dos centros de investigación en ciencias sociales, el *Unesco Institute for Social Sciences*, en Colonia, Alemania, y el *Unesco Research Centre on the Social Implications of Industrialization in Southern Asia*, en Calcuta, la India. Años más tarde, se añadirían el *Athens Social Science Centre* (1960) y el *Institute for Social Studies and Research* en la Universidad de Teherán (1961). Asimismo, fueron creados diversos centros internacionales, tales como el *European Coordination Centre for Social Science Research and*

années soixante” en *Revue Française de Sociologie*, N° XXIII, 1982; para el caso brasileño, véase, Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*. Vértice, Editora Revista dos Tribunais, Sao Paulo, 1989.

Documentation en Viena (1963) y el *African Centre for Administrative Training and Research for Development* en Tangiers, Morocco (1965).

En lo que respecta al sistema de publicaciones, desde comienzos de los años '50 la UNESCO lanzó la edición del *International Social Sciences Bulletin* (1949) - denominado *International Social Science Journal* desde 1959 en adelante-, el *International Political Science Abstracts* (1951), *Current Sociology* (1952) y las series de *Teaching of Social Sciences. Sociology.* (1954) No menos vigorosos fueron los esfuerzos del Departamento de la UNESCO en relación a las tareas relativas a la documentación a través de la creación del *International Committee for Social Documentation* (1951) labor que se vió reflejada en la edición del *International Bibliography of Social Sciences* (1951) y el *World List of Social Science Periodicals* (1952). Asimismo, en 1953 la UNESCO prohió un proyecto de largo aliento relativo a la definición de la terminología de las ciencias sociales que culminaría hacia mediados de la década del '60 en la edición del *Dictionary of the Social Sciences*.¹⁵

De tal manera que la disciplina comenzó a adoptar un *patrón internacional* de desarrollo que no fue, sin embargo, algo que caracterizaría solamente a la sociología. Un claro indicador de esto último es la multiplicación de asociaciones de carácter internacional relativas a las otras disciplinas: *International Association of Legal Science*; *International Economic Association*; *International Political Science Association*; *International Union for the Scientific Study of Population*; *International Union of Anthropological and Ethnological Science*; *World Association for Public Opinion Research*; *International Union for Scientific Psychology* y el *International Social Science Council*.

En el caso de América Latina el impulso a las ciencias sociales de parte de la UNESCO encontraría apoyo en varios organismos interamericanos. En principio, en 1948 la Novena Conferencia Internacional de los Estados Americanos, que quedó formalmente constituida como la Organización de los Estados Americanos (OEA), ofreció un apoyo decisivo al desarrollo de las ciencias sociales en la región. Las resoluciones aprobadas en dicha conferencia, en efecto, incluyeron los siguientes puntos: a) fomentar la intercomunicación de los científicos sociales y las instituciones de ciencias sociales latinoamericanas; b) apoyar el desarrollo técnico y científico de las

¹⁵ Una crónica de las actividades de la UNESCO en la difusión de las ciencias sociales en Peter Lengyel, "Two decades of social science at UNESCO" en *International Social Science Journal*, vol. XVIII, N°4, UNESCO, 1966. Igualmente, Marie-Anne de Franz, "Implanting the Social Sciences -a Review of Unesco 's Endeavours" en *International Social Science Journal*, vol. XVIII, N°4, UNESCO, 1969.

disciplinas sociales y c) promover la aplicación de las ciencias sociales en un nivel estrictamente profesional.

Ese mismo año, la Unión Panamericana creó la Sección de Ciencias Sociales como un componente de la División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales.¹⁶ Hacia fines de los '40 la sección elaboró un "Plan de Trabajo y Actividades en Materia de las Ciencias Sociales" en el que se afirmaba que la sección "tiene a su cargo la ejecución de un programa muy variado encaminado a contribuir al desarrollo de estas ciencias en América. Sus esfuerzos están dedicados principalmente a la América Latina por ser ésta una región donde las ciencias sociales han evolucionado en forma más lenta que otras disciplinas".¹⁷ Según se consignaba en el diagnóstico que presidió la elaboración de aquel plan, el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina enfrentaba problemas de diversa índole, fundamentalmente relativos a la instrucción, al financiamiento y al grado de reconocimiento dentro del sistema institucional. En primer lugar, las instituciones latinoamericanas de enseñanza superior no ofrecían un plan de estudios de suficiente amplitud en materia de las disciplinas sociales, ni contaban con programas adecuados de instrucción avanzada o para posgraduados –especialmente en el adiestramiento en los métodos y técnicas de investigación- destinados a facilitar la preparación de personal especializado en el campo. Además de las escasas facilidades para el desarrollo de actividades de investigación, otro déficit estaba vinculado con el relativo aislamiento en el que trabajan los científicos sociales, que no disponen de la información sobre los proyectos de la misma naturaleza que se llevan a cabo en el resto del continente. El financiamiento constituía un problema adicional, en la medida en que las instituciones sostenidas por los gobiernos no cuentan en la actualidad con los fondos que necesitan para el desarrollo de los trabajos más indispensables. Por lo demás, las subvenciones provenientes de fuentes privadas, que aún en los casos más favorables resultan ser insuficientes, casi nunca se otorgan para emprender investigaciones en el campo de las ciencias sociales. Otro elemento que conspiraba contra el desarrollo de las ciencias sociales era la falta de aceptación general del valor y la utilidad práctica de dichas disciplinas. Raramente los especialistas en ciencias sociales eran llamados a prestar sus servicios en la

¹⁶ Una reconstrucción en detalle de las actividades de cooperación interamericanas en ciencias sociales en Robert C. Jones y Ingeborg H. Jones, "Inter-american cooperation in the Social Sciences" en *International Social Science Bulletin*, vol. II (4), 1950.

¹⁷ Theo Crevenna, "Plan de trabajo y actividades en materia de las ciencias sociales" en *Ciencias Sociales*, Unión Panamericana, vol. 2, N° 10, 1951, pág 54.

planificación y ejecución de actividades gubernamentales relacionados con los programas de previsión social, vivienda o la urbanización. Tampoco las entidades privadas parecían mostrar interés en el conocimiento producido en ciencias sociales para la ejecución de sus programas.¹⁸

Aunque el objeto prioritario del plan eran los campos de la sociología y la psicología social, el área de competencia de la sección incluía igualmente antropología y etnología, geografía humana, estudios de opinión pública, ciencias políticas y administración pública. Atento a aquel diagnóstico, la sección se proponía favorecer la interconexión de los científicos sociales de la región, asistir en el desarrollo de los aspectos técnicos y científicos de estas disciplinas, prestando especial atención a los recientes desarrollos en materia conceptual como metodológica, estimular la preparación de los científicos sociales en centros de entrenamiento y fomentar la aplicación de las ciencias sociales a la formulación de soluciones más adecuadas a los problemas que enfrentan los países de la región.¹⁹

Así, en 1950, la sección lanzó el primer número de *Ciencias Sociales*, una publicación bimestral dirigida por Theo Crevenna. La revista se editó sin interrupción hasta 1956 y reapareció en 1961 como *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*. Dicha publicación se constituiría en uno de los agentes de difusión más importantes de los nuevos rumbos y perfiles adquiridos por las ciencias sociales a partir de la posguerra. Consagrada a América Latina, la revista aspiraba a “divulgar las nuevas tendencias de la sociología, la antropología social y cultural, de la psicología social, de los estudios políticos y de la geografía humana”. El inventario de propósitos incluía también “dedicar especial atención a las ciencias sociales aplicadas al desarrollo socioeconómico y cultural de América latina, contribuir a la resolución de algunos problemas de la enseñanza profesional y de la formación técnica de los científicos sociales en América latina, servir como medio de información y de discusión de los estudios e investigaciones que aporten al planteamiento, la comprensión y la solución de los problemas de América Latina y, por último, mantener un sistema de información de las actividades científicas y profesionales en el campo de las disciplinas sociales en América latina”. La publicación, que contó con colaboraciones de Alfredo Poviña y Gino Germani, ofrecía a sus lectores artículos, resúmenes de artículos, comentarios

¹⁸ Theo Crevenna, “Plan de trabajo y actividades en materia de las ciencias sociales” en *Ciencias Sociales*, Unión Panamericana, vol. 2, N° 10, 1951, pág. 54.

¹⁹ Theo Crevenna, “The Social Sciences in the Organization of American States” en *International Social Science Bulletin*, vol. IV (3), 1952.

bibliográficos, registro bibliográfico de artículos y publicaciones en español y otros idiomas, además de informaciones sobre distintos eventos académicos. Además de *Ciencias Sociales*, la Unión Panamericana emprendió un estudio, pionero en su género, acerca de la clase media en América Latina. La empresa, dirigida por Theo Crevena, reunió el trabajo monográfico de más de 30 científicos sociales norteamericanos y de América Latina –entre los que se contaron, por Argentina, Gino Germani, Sergio Bagú y Alfredo Poviña- y fue editada por la Unión Panamericana en seis volúmenes.²⁰ La Unión publicó, igualmente, *Guía de Instituciones y Sociedades en el campo de las ciencias sociales* (Estados Unidos y América Latina), *Guía para la clasificación de los datos culturales*, de G.P. Murdock y otros, un *Vocabulario técnico de las ciencias sociales*, y *La sociología en Estados Unidos desde 1900*, de L.L. Bernard y *Teoría y práctica del estudio de áreas culturales*, de Julian Steward y otros. En fin, además de ofrecer información relevante relativa al campo, la Unión Panamericana, como puede apreciarse, operaba al mismo tiempo como un espacio que hacía las veces de una comunidad internacional de la disciplina.

A su vez, en 1948 se creó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con sede en Santiago de Chile, cuya gravitación en el impulso de las ciencias sociales durante el período sería difícil de subestimar. El pensamiento de la CEPAL, y en especial, los trabajos de Raúl Prebisch, se convirtieron en el principal centro de influencia teórico-doctrinaria tanto en lo que respecta a la cuestión del desarrollo como en relación a la concepción de las ciencias sociales mismas.²¹ Sin dicha influencia, en efecto, sin ese conjunto de ideas, creencias y actitudes distintivas, resulta difícil pensar el extraordinario desarrollo e impulso que conocieron las ciencias sociales en América Latina durante el período.²²

Enseñanza e investigación: la formación de un nuevo consenso

Como parte de ese interés en el desarrollo de las ciencias sociales, las distintas agencias iniciaron un plan evaluación de estado de la enseñanza de las ciencias sociales

²⁰ En Theo Crevena (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Washington, Unión Panamericana, 1950, 6 volúmenes.

²¹ Para un desarrollo de las ideas de la CEPAL y su papel en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, véase, *Controversia sobre latinoamérica. Ensayos y comentarios*. Dirigido por Albert O. Hirschman. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella, 1963; asimismo, Albert O. Hirschman, "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo" en *El trimestre económico*, vol. XLVII, (4), N° 188, México, octubre/diciembre de 1980.

²² No es sorprendente, a este respecto, el abultado número de referencias a los trabajos de dicha institución que puede hallarse en los trabajos de los sociólogos de la época.

en los diferentes países de la región, ya sea a través de misiones especiales o mediante la organización de seminarios consagrados a tal fin. Independientemente de la exactitud y/o justeza de los informes elaborados, estos últimos resultarán significativos en tanto reveladores de la existencia de una percepción y de un cierto clima de opinión que habría de resultar decisivo en el proceso que condujo a una transformación de la cultura intelectual de las ciencias sociales y que habría de afectar tanto el plano de la enseñanza como el de la investigación. En efecto, en las perspectivas de los distintos observadores, la situación era preocupante y ameritaba una reforma inmediata. En 1949 el *Social Sciences Research Council* envió al antropólogo norteamericano Ralph Beals a recorrer los países de América del Sur. En su informe Beals afirmaba:

En América Latina las ciencias sociales pasan por una fase crítica; no sólo se pone en duda, en algunos países, la existencia misma de dichas ciencias sino que su carácter resulta incierto. Hasta hace poco, las ciencias sociales sudamericanas se desarrollaban casi totalmente según la tradición europea del siglo XIX; esto sigue siendo válido en lo referente a algunos países y para ciertas disciplinas. Las zonas conocidas en los Estados Unidos con el nombre de ciencias sociales no eran consideradas ciencias, sino más bien una división de las humanidades y la filosofía. Inclusive donde conquistó algún terreno el punto de vista de que las actividades sociales del hombre pueden ser sometidas al estudio científico, las ciencias sociales siguen perteneciendo, en gran medida, como afirmó un estudioso brasileño, al dominio público. La necesidad de educación técnica y de comprensión de los métodos de investigación es en general poco reconocida, y casi cualquier hombre educado, con inclinaciones hacia el pensamiento filosófico o teórico, se considera competente en el campo de las ciencias sociales. Lo que es más, es muy poco conocida la utilidad práctica de los resultados de la investigación en ciencias sociales y existe un muy escaso incentivo para que los individuos obtengan la adecuada educación técnica.²³

Refiriéndose específicamente a la situación de la sociología en la Argentina, Beals observaba lo siguiente:

La sociología en la Argentina tuvo siempre un carácter más o menos europeo en su perspectiva, pero con muy poco énfasis en la investigación empírica. Hoy su orientación es, en forma creciente, tomista o durkeimiana, y es considerada una disciplina filosófica y normativa.²⁴

En 1950 el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO envió al sociólogo norteamericano y ex-presidente de la American Sociological Society, John Gillin, a recorrer seis países de América Latina (Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia) con el mismo fin, el de evaluar el estado de las ciencias sociales y las

²³ Ralph Beals, "The Social Sciences in South America" en *Social Sciences Research Council Items*, vol. 4 (1), 1950, pág. 1.

²⁴ Ralph Beals, *op. cit.*, pág. 4.

posibilidades de su desarrollo. El viaje se vinculaba con dos proyectos que la UNESCO había decidido impulsar: investigar las formas de controlar las tensiones que producen los conflictos y las guerras y el de ayuda técnica a los países poco desarrollados. El informe de Gillin no hacía más que amplificar las observaciones que formuladas por Ralph Beals: la formación de los científicos sociales era inadecuada y la organización de la investigación defectuosa. Los proyectos de investigación carecían de personal competente, razón por la cual estaban deficientemente planteados.²⁵ La ausencia de profesores o investigadores de tiempo completo (“full time”) revelaba a la vez que acentuaba la falta de profesionalismo en las ciencias sociales. La mayoría de las cátedras universitarias en ciencias sociales eran dictadas por aficionados, que hacían de dicha actividad una tarea subsidiaria de su profesión principal, lo que tendía a producir un círculo vicioso mediante el cual profesores aficionados enseñan a profesores aficionados que más tarde serán profesores aficionados. Los métodos y contenidos de la enseñanza de las ciencias sociales no podían, por consiguiente, sino ser también defectuosos. Así, a pesar de que la estadística ya estaba considerada como una parte esencial en la enseñanza de las ciencias sociales, ninguno de los países visitados por Gillin contaba con un curso moderno de estadística obligatorio para los estudiantes de ciencias sociales ni mucho menos con laboratorios provistos de máquinas calculadoras para el desarrollo de investigaciones cuantitativas. Las influencias francesas y españolas en el pensamiento social latinoamericano habían contribuido a investir la enseñanza de las ciencias sociales de un carácter especulativo y filosófico, tendiendo a desdeñar la investigación empírica. Aunque podían observarse una tendencia a la creación de institutos de investigación, la existencia de la mayoría de ellos no era más que nominal. Para el caso de la Argentina, Gillin exceptuaba el Instituto de Sociografía y Planeación de la Universidad Nacional de Tucumán, que, según afirmaba, “parece estar desarrollando una sólida investigación social”.²⁶

Para remediar la situación y romper el círculo vicioso, Gillin sugería elaborar un plan de financiamiento con el fin de garantizar una dedicación de tiempo completo al trabajo de investigación y enseñanza y atender las necesidades de mantenimiento de y renovación de los equipos, las bibliotecas y laboratorios así como para solventar los gastos de las investigaciones de campo. Gillin sugería igualmente la necesidad de

²⁵ John Gillin, “La situación de las ciencias sociales en seis países sudamericanos” en *Ciencias Sociales*, vol. IV, N° 19, 1953.

²⁶ John Gillin, *op. cit.*, pág. 15.

concentrar los recursos en un centro de investigación y enseñanza, que contara con profesores visitantes y ofrecer a los estudiantes la posibilidad de completar su formación en las universidades de los Estados Unidos y Europa. Finalmente, el informe de Gillin recomendaba que, dada la internacionalización creciente de las ciencias sociales, era necesario universalizar el requisito del conocimiento de inglés y francés para la concesión de grados universitarios.

A partir de entonces, el interés de las principales organizaciones internacionales por la situación de las ciencias sociales en los países de América Latina no haría más que acrecentarse. En 1952 el *International Social Science Bulletin*, una publicación editada por la UNESCO, consagró un número entero a la situación de las ciencias sociales en América Latina.²⁷ A su vez, el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO, dirigido entonces por el sociólogo británico T.H. Marshall, planificó una serie de seminarios sobre enseñanza e investigación en ciencias sociales en América Latina.²⁸ La conferencia relativa a los países del cono sur, celebrada en Río de Janeiro en 1956, sería decisiva para el futuro de las ciencias sociales en la región. En efecto, además de subrayar la necesidad de flexibilizar las currícula de enseñanza, incorporar el trabajo de investigación en la instrucción, establecer encuentros periódicos de intercambio regionales e internacionales y extender las dedicaciones de tiempo completo para los profesores e investigadores con altos niveles de calificación, los participantes de la reunión sugirieron el establecimiento de dos centros, uno de ellos dedicado a la enseñanza y otro a la investigación, una propuesta que se vería concretada al año siguiente.²⁹

En efecto, en 1957 una conferencia intergubernamental que reunió a representantes de 19 países latinoamericanos (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Paraguay, Uruguay y Venezuela) aprobó la creación de un centro de enseñanza, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, y un centro de investigación, el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS), en Río de Janeiro.

²⁷ Véase, *International Social Science Bulletin*, vol. IV, N°3, 1952.

²⁸ "Mesa redonda sobre la enseñanza de las ciencias sociales en la América Central y las Antillas", Cuba, Universidad de la Habana, 1955; "Primer seminario Sul-Americano para o ensino universitario das ciencias sociais", Río de Janeiro, 1956 y "Seminario latino americano sobre metodología de la enseñanza y la investigación en sociología, ciencia política y economía en Latinoamérica", Santiago de Chile, 1958.

²⁹ Véase, Themistocles B. Cavalcanti, "Round Table on the University Teaching of the Social Sciences in South America" en *International Social Science Bulletin*, vol. VIII (2), 1956.

Este último comenzó a funcionar el mismo año de su creación bajo la dirección Louis Aguiar Costa Pinto (Brasil) -y al año siguiente lanzó la edición de *América Latina*, la primera publicación regional en ciencias sociales- mientras que la FLACSO entró en vigencia al año siguiente a partir de la creación de la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS), bajo la dirección, en un comienzo, del sociólogo mexicano y funcionario de la CEPAL, José Medina Echavarría y, por el experto de la UNESCO, Peter Heintz, más tarde, dando así inicio así al primer curso regional de sociología. Ambas instituciones funcionaron sobre la base de una constante asistencia financiera, servicios de expertos y equipamiento provisto por el Departamento de la UNESCO. Se trató de una creación institucional francamente novedosa, de carácter regional en la medida en que trascendía límites nacionales o territoriales y con un programa netamente internacional tanto en lo que respecta a los estudios emprendidos, el reclutamiento de los profesores, la membresía de los cuerpos internos, la coordinación de sus actividades como el entrenamiento de sus alumnos. La experiencia fue relativamente exitosa, sobre todo en el caso de FLACSO, dado el carácter único de la institución. Durante la primera década, FLACSO ofreció cursos avanzados en sociología a 163 jóvenes licenciados (43 de Chile, 32 de Argentina, 25 de Brasil y entre 8 y 12 de México, Perú, Colombia y Uruguay). El total de la cifra, aunque modesta, resulta razonable dado que dichos cursos, fundamentalmente consagrados a un entrenamiento en los métodos y técnicas de investigación a expensas de una formación más teórica y filosófica, estaban destinados básicamente a formar futuros profesores de sociología y no científicos sociales en general. Por su parte, el CENTRO, durante el mismo período, llegó a emprender 37 proyectos de investigación vinculados con distintas problemáticas de América Latina, algunos de ellos iniciados por el propio CENTRO y otros a pedido o en colaboración con otras instituciones.

La actuación de los organismos regionales e internacionales sería decisiva asimismo para el desarrollo de las primeras investigaciones empíricas. La UNESCO promovió y apoyó la investigación sobre las relaciones raciales en el Brasil, la investigación sobre estratificación y movilidad social en América Latina,³⁰ la que a su

³⁰ La insuficiencia de recursos, la falta de equipos de investigación adecuados a la empresa y la carencia de datos censales obligaron a limitar la investigación a cuatro capitales latinoamericanas (Montevideo, Río de Janeiro, Santiago, Buenos Aires). Una descripción de las características teóricas y metodológicas de la investigación en Louis A. Costa Pinto, "Metodología de una investigación sobre las clases sociales en América Latina" en *Estructura de clases y cambio social*. Paidós, Bs. As., 1964.

vez, y gracias al apoyo de los programas Smith-Mondt y Fullbright de los Estados Unidos,³¹ pudo contar con la asistencia de profesores extranjeros reclutados para tal fin.

La presencia de toda esta red internacional (international networks) sería gravitante igualmente en términos de las problemáticas que estuvieron en el centro de la atención de los científicos sociales. Así, si entre 1946 y 1953 el programa del Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO estuvo centrado en las necesidades vinculadas a la reconstrucción intelectual y profesional y, muy especialmente, al establecimiento de centros de enseñanza e investigación en ciencias sociales, cuyos iniciativas más significativas fueron reseñadas más arriba, a partir de mediados de los años '50, no obstante no abandonar el programa anterior, añadió a éste el desarrollo de un conjunto de investigaciones en torno a los problemas de la raza, la industrialización, la urbanización y el subdesarrollo a través una sistemática expansión en enseñanza y entrenamiento en ciencias sociales o bien a través de la realización de una serie de conferencias y seminarios de carácter internacional sobre dichas problemáticas. Para el caso de América Latina, cabe mencionar a este respecto el seminario "La urbanización en América Latina" realizada en Santiago de Chile en 1959, patrocinado conjuntamente por la ONU, la CEPAL y la UNESCO con la cooperación de la OIT y la OEA. El seminario reunió a un nutrido grupo de científicos sociales y profesionales de otras disciplinas, especialmente arquitectos e ingenieros de toda América Latina para tratar los problemas emergentes de los procesos de rápida urbanización que venían caracterizando a los países de la región. Como expertos designados por la UNESCO participaron Herbert Blumer, Gino Germani, José Medina Echavarría, José Matos Mar, Carlos Rama y Philip Hauser.³² Igualmente significativo a este respecto fue el seminario sobre desarrollo económico realizado en México organizado por la CEPAL en colaboración con la Dirección de Asuntos Sociales de la ONU y patrocinado por el CLAPCS. Nuevamente, el evento congregó a un nutrido grupo de sociólogos latinoamericanos y especialistas internacionales de la UNESCO. Participaron, entre otros, José Medina Echavarría, Gino Germani, Florestán Fernandes, Helio Jaguaribe, José González Casanova.³³

³¹ Véase, Gino Germani, "Informe relativo al desempeño de la Cátedra de Profesor Titular de Sociología (1956-1963) y en los cargos anexos de Director del Instituto (1956-1963) y Director del Departamento de Sociología (1958-1962)", Instituto de Sociología, Buenos Aires, 1962.

³² Los resultados de las deliberaciones fueron reunidos en una publicación, *La urbanización en América Latina*, preparada por Philip Hauser y editada por la UNESCO en 1962 y reeditada en 1967 por Ediciones Solar.

³³ Los trabajos presentados aparecieron publicados en una edición preparada por Egbert de Vries y José

En resumen: en los años comprendidos entre fines de los '40 y principios de los sesenta, se asiste a una notable expansión de organismos regionales e internacionales que sería decisiva para el desarrollo y expansión de las ciencias sociales en América Latina. Hacia fines de los '50 las iniciativas emprendidas por los departamentos o divisiones sociales de la ONU, la UNESCO y de la OEA habían logrado implantar un compacto tejido de instituciones consagradas a la promoción y desarrollo de las ciencias sociales en los países de la región. La Naciones Unidas comprendían el Departamento de Asuntos Económicos, la Comisión Económica para América Latina y el Departamento de Asuntos Sociales, que a su vez, incluía varias divisiones: la División de los Derechos del Hombre, la de Estudios Demográficos y la de Actividades Sociales. La UNESCO incluía su Departamento de Ciencias Sociales, un centro de investigación, el CLAPCS y en centro de enseñanza, la FLACSO. Finalmente, y en calidad de organismos especializados interamericanos dependientes de la OEA figuraban la División de Asuntos Sociales, el Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia; Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas; Instituto Indigenista Interamericano y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

En la década comprendida entre mediados de los '50 y mediados de los '60 la labor emprendida por esa red de agencias regionales e internacionales llegaría a modificar sustancialmente la situación de las ciencias sociales en América Latina. En primer lugar, puede afirmarse que al cabo de esos años las ciencias sociales en general y la sociología en particular llegarían a ser reconocidas por casi todos los gobiernos de la región. La acción de dichos organismos fue decisiva igualmente en lo que respecta a la infraestructura institucional de las nuevas disciplinas: se crearon, en unos casos y se fortalecieron, en otros, institutos y centros regionales y nacionales de enseñanza e investigación, se estimuló la creación de asociaciones nacionales e internacionales de las distintas disciplinas y se estableció un sistema de publicaciones. Todo ello amplificó los medios de comunicación entre los sociólogos de la región y ofreció nuevos espacios para el intercambio intelectual así como para el ejercicio profesional de la enseñanza y la investigación. La nueva infraestructura abrió nuevos canales de promoción de las ciencias sociales en un momento en que la región no contaba con un sistema institucional especializado relativamente sólido. En tal sentido, ese emergente tejido de instituciones de enseñanza y de investigación y ese sistema de publicaciones

proporcionó a los practicantes de la región la posibilidad de promocionar sus trabajos en momentos en que las condiciones institucionales e intelectuales no se mostraban propicias o deseables para ello, evitando de ese modo el aislamiento, a la vez que una vía para conquistar una reputación regional e internacional. Un examen de las publicaciones de Gino Germani durante el período certifica esto último. Casi el 90% de los artículos que publicó en los diez años que median entre 1945 y 1955 aparecieron en revistas internacionales, especialmente, en la revista *Ciencias Sociales*, de la Unión Panamericana.³⁴ También Alfredo Poviña aprovechó las nuevas oportunidades ofrecidas, aunque en menor medida, dada su mayor visibilidad en la región y su control sobre las publicaciones nacionales.³⁵

A su vez, el establecimiento de oficinas de planificación estimulado por las ideas de la CEPAL acerca del desarrollo económico colocaría a los sociólogos en una posición de relevancia en tanto expertos en las cuestiones sociales relativas al desarrollo económico. En cierto sentido, los organismos internacionales actuaron como “sustitutos funcionales” de una demanda interna prácticamente inexistente o en todo caso, muy débil en el pasado inmediato. En efecto, hasta entonces, las relaciones de los practicantes de la sociología con el contexto institucional más amplio eran relativamente débiles en términos instrumentales. Con excepción quizá del censo de 1947, las instituciones gubernamentales no habían exhibido demasiado interés en las investigaciones sociales de carácter empírico, o en todo caso, no eran los sociólogos los destinatarios de esa demanda. En la inmediata posguerra, sin embargo, y como parte de ese proceso de internacionalización de las ciencias sociales, la presencia activa de los organismos internacionales y regionales desempeñaron un papel determinante en el surgimiento de una demanda en esa dirección y empujaron decisivamente hacia una profesionalización.

³⁴ En 1950, como ya se anticipara, publicó “La clase media en Argentina” como parte de la investigación colectiva coordinada por la Unión Panamericana y editada en Theo Crevenna (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Washington, Unión Panamericana, 1950, 6 volúmenes. Los ensayos publicados en *Ciencias Sociales* fueron los siguientes: “Una década de discusiones metodológicas”, N° 11 y 12, vol. II, octubre-diciembre de 1951; “Algunas repercusiones de los cambios económicos en la Argentina”, N° 18, vol. III, diciembre 1952; “La sociología en Francia”, N° 31, vol. VI, febrero 1955; “Las ciencias sociales contemporáneas”, N° 31, vol. VI, febrero 1955 y reseña sobre Ph. L. Harriman, J.S. Roucek y G.B. Huszar (edits.), *Contemporary social science*, Harrisburg, USA, 1953.

³⁵ Además del ensayo sobre la clase media aparecido junto al de Germani en la referencia anteriormente citada, Poviña publicó en *Ciencias Sociales* dos artículos: “La sociología nacional y sus antecedentes americanos”, N° 24, vol. IV, diciembre de 1953 y, en el mismo número, “Hay sociología en América y hay sociología de América”.

La expansión de esa demanda coincidió, a su vez, con una drástica renovación de los ideales intelectuales de la disciplina y no menos drástica transformación de su componente disciplinario. Todo ello contribuiría a abrir dentro del campo un conflicto que hasta ese momento sólo había sido latente. Tanto la estructura de aquella demanda como esa renovación disciplinaria estimularon un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra o al menos contra la posibilidad de subsistir sin competidores. La importancia acordada a las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía, en efecto, una serie de condiciones de trabajo (dedicación full time a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, trabajo en equipo, etc.) que no formaban parte de las rutinas de trabajo de la mayoría de los practicantes de la disciplina.

La difusión de ese nuevo patrón profesional dio nacimiento a una nueva figura de intelectual, la del científico social como experto y/o especialista que comenzó a desplazar a la tradicional figura del intelectual o “sociólogo académico”. El establecimiento de esa red de agencias contribuyó, asimismo, y en el transcurso de unos pocos años, a perfilar la existencia de un mercado regional e internacional de las ciencias sociales. Diversos especialistas en ciencias sociales fueron contratados como investigadores por las distintas agencias localizadas en América Latina, lo que ofreció, a su vez, más oportunidades de movilidad y posibilidades de continuar con una carrera de investigación una vez que la situación interna de las universidades no se mostraban propicias para ello.

Pero lo que es todavía más importante, y como tendremos oportunidad de ver más adelante, toda esta serie de creaciones institucionales sumada a la realización de encuentros y seminarios periódicos promovidos especialmente por la UNESCO y las distintas agencias regionales, además de contribuir al reconocimiento de las ciencias sociales en los países de la región, sentaría las bases de una nueva red de solidaridad continental entre un grupo de sociólogos latinoamericanos comprometidos con la defensa de una orientación empírica de la sociología, y que, en estrecha comunión con ese tejido de organismos internacionales y sociólogos profesionales de los países desarrollados, obraría como una firme plataforma para el sostenimiento de la empresa intelectual conocida con el nombre de “sociología científica”. Un tejido institucional conformado fundamentalmente por FLACSO, CEPAL y el CLAPCS y articulado en torno a los nombres de unas cuantas figuras intelectuales: Gino Germani por Argentina,

Louis Aguiar de Costa Pinto y Florestan Fernandes por Brasil, José Medina Echavarría por México y Peter Heintz por UNESCO.

Desde que, a comienzos de la década del '40, la sociología comenzó a exhibir los primeros signos de institucionalización, se trató siempre de un movimiento de fuerte acento regional. En efecto, ya en sus inicios, el Instituto de Sociología en la Argentina había logrado establecer con relativo éxito una extensa y significativa red de relaciones con otros institutos de sociología de la región y en 1950 había sido creada la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la primera asociación profesional de tipo regional en el mundo, que organizó durante la primera mitad de los '50 los primeros congresos regionales que contaron con una activa participación de los sociólogos de la región. Por lo demás, el acento regional del proyecto se evidencia en el tema central que reunió a los congresistas del primer encuentro, el de la elaboración de una sociología latinoamericana. Esta regionalización de la disciplina se vió igualmente favorecida por la actuación de otros centros de irradiación cultural, en especial, por la editorial del Fondo de Cultura Económica y la *Revista Mexicana de Sociología*, creada en 1939. Ambos jugaron un papel relevante no solamente en la difusión de las principales novedades del pensamiento sociológico sino también en la publicidad de los trabajos de los sociólogos latinoamericanos. Un claro indicador de ello es el catálogo de la colección "Sección de Obras de Sociología", dirigida por José Medina Echavarría, que, entre otras cosas, editó en 1941 la *Historia de la sociología en Latino América*, de Alfredo Poviña, la primera obra en su género en lengua castellana, así como las numerosas colaboraciones de sociólogos argentinos aparecidas en la *Revista Mexicana de Sociología*.³⁶ Finalmente, y como parte de ese esfuerzo por conectar el trabajo de los sociólogos latinoamericanos quizá deba mencionarse igualmente la labor editorial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México, fundada también en 1939, en cuya colección de "Cuadernos de Sociología de la Biblioteca de Ensayos Sociológicos", dirigida por Lucio Mendieta y Núñez, aparecieron *Decálogo y programa de aprendiz de sociólogo*, de Alfredo Poviña, en 1958 y dos títulos del propio Germani, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, en 1956 y en el mismo año, *Estudios de psicología social*.

Sin embargo, la intervención, a partir de los años '50, de los organismos internacionales, si bien no alteró esa forma regional de institucionalización, modificó

³⁶ Entre 1939 y 1959 el número de colaboraciones fue el siguiente: Ricardo Levene (2), Raúl Orgaz (2), Renato Treves (2), Francisco Ayala (3), Gino Germani (3) y Alfredo Poviña (7).

sustantivamente el patrón de institucionalización y profesionalización. En efecto, esta etapa de la institucionalización se inscribió en un proceso más vasto de internacionalización de la disciplina que se operó a través de la formulación de una demanda que tuvo perfiles temáticos, teóricos y metodológicos relativamente bien precisos. En el orden temático, dicha demanda estuvo estrechamente asociada con los problemas del desarrollo económico y cuestiones conexas, como la urbanización, la estratificación social y el sistema político.³⁷ En el orden teórico-metodológico, el rasgo predominante fue la prioridad asignada a la recolección de datos y a la investigación interdisciplinaria de gran escala, de carácter predominantemente cuantitativa, y conducida a partir del uso de los datos masivos y el recurso a las grandes variables agregadas (industrialización, desarrollo económico, urbanización).

Ciertamente, reconocer que estas agencias internacionales promovieron determinadas investigaciones y favorecieron determinados estilos de investigación, especialmente empíricos y cuantitativos de gran escala no significa afirmar, como se pretendió en su momento, una relación de causalidad entre la actuación de dichas agencias y la implantación de la investigación empírica en la disciplina. En efecto, en su momento la literatura referida al tópico argumentó que el curso del trabajo empírico en sociología se había visto influenciado por los patrones de financiamiento de las agencias mencionadas que habrían jugado un rol decisivo en la promoción de la cuantificación y determinados métodos de investigación, al parecer provocando un efecto de “distorsión” sobre las expectativas y aspiraciones de los practicantes.³⁸

En realidad, la tendencia hacia la investigación empírica y cuantitativa figuró como una preocupación en la comunidad de sociólogos con bastante anterioridad a la actividad de financiamiento de dichos organismos, tal como lo ilustran las trayectorias de los principales defensores de la investigación empírica cuantitativa en sociología: William Ogburn, Paul Chapin, Paul Lazarsfeld y William Stouffer. Los dos primeros fueron parte de esa generación de la universidad de Columbia que, inspirados en

³⁷ Un caso representativo es la investigación sobre las clases medias impulsada por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana en Washington en la que participaron distintos especialistas en ciencias sociales de la región. Véase, Theo Crevenna (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Washington, Unión Panamericana, 1950, 6 volúmenes. Por la Argentina colaboraron Gino Germani, Alfredo Poviña y Sergio Bagú. Igualmente, la investigación sobre estratificación y movilidad social. Por lo demás, la instalación de la problemática del desarrollo económico acentuó la latinoamericanización de la sociología en curso. En efecto, la atención a las realidades nacionales se ve desplazada en provecho de una unidad de referencia más amplia, la de América Latina.

³⁸ Donald Ficher, “The Role of Philanthropic Foundations in the Reproduction and Production of Hegemony: Rockefeller Foundations and the Social Sciences” en *Sociology*, vol.17, 1983.

Franklin Giddings, adoptaron tempranamente los métodos estadísticos en sociología.³⁹ El interés de Paul Lazarsfeld por la investigación empírica, como es sobradamente sabido, se originó en los años '30 en el contexto de su Austria natal, donde emprendió las primeras investigaciones sociográficas sobre los jóvenes y la profesión y los efectos sociales de la desocupación sobre las familias de Marienthal.⁴⁰ Samuel Stouffer, inspirado por Ogburn, se interesó en los métodos cuantitativos desde fecha muy temprana, interés que se consolidó a partir de su paso por Londres y experiencia junto a los estadísticos británicos.

En rigor, hacia los años '50 la idea de que era necesario adquirir un mejor equipamiento técnico para la investigación cuantitativa era una convicción bastante extendida entre los sociólogos. En tal sentido, al financiar las investigaciones de carácter cuantitativo las agencias de financiamiento no estaban tanto persiguiendo su propia agenda como tomando el consejo de los líderes académicos que veían en ella una necesidad impostergable. Lo que la evidencia empírica revela no es entonces una situación en la que los funcionarios de dichas agencias imponen sobre los investigadores determinadas problemáticas y métodos que les son ajenos sino la existencia de un cierto grado de consenso en torno a la cuestión. Incluso, quienes estuvieron comprometidos con el financiamiento de las ciencias sociales eran ellos mismos científicos sociales, e incluso algunos de ellos se movían en ambos mundos, el de las universidades y las agencias de financiamiento, de manera tal que las redes académicas y las de las fundaciones más que oponerse se cruzaban.⁴¹

A este respecto, la carrera de quién ha sido considerado, tanto en América Latina en general como en Argentina en particular, como el líder y portavoz de la investigación empírica es más que elocuente. En efecto, Gino Germani sostuvo su compromiso con la investigación empírica en un momento en que dicha orientación de trabajo no estaba en la mira de ninguna agencia de investigación y tampoco ofrecía una vía segura para el desarrollo de una carrera. Su campaña en favor de la investigación empírica (tanto cuantitativa como !cualitativa!) datan de los años '40, cuando se integró al Instituto de

³⁹ Charles Camic and Xie Yu, "The Statistical Turn in American Social Science: Columbia University 1890 to 1915" en *American Sociological Review*, vol. 59, 1994.

⁴⁰ Véase, Hans Zeisel, "L'école viennoise des recherches de motivation" en *Revue Française de Sociologie*, IX (2), 1968; Michel Pollak, "Paul Lazarsfeld, fondateur d'une multinationale scientifique" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 25, 1979; Paul Lazarsfeld, "An episode in the history of Social Research: A Memoir" en Donald Fleming y Bernard Bailyn, *The Intellectual Migration, Europe and America, 1930-1960*, Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts, 1969.

⁴¹ En Jennifer Platt, "Has Funding Made a Difference to Research Method?" en *Sociological Research Online*, vol 1 (1), 1996. Más ampliamente y de la misma autora, *A History of Sociological Research*

Sociología. En este último, como se recordará, tuvo bajo su responsabilidad la sección “Datos sobre la realidad social argentina contemporánea”, destinada a recoger y analizar información estadística relevante. Empezó asimismo una investigación sobre la clase media en la Argentina apoyada en datos recogidos a través de los métodos de la encuesta y la entrevista. Integró, además, la Comisión Asesora Honoraria en Demografía para la realización del IV Censo Nacional, preparó una ficha demográfica para tal fin y escribió, fruto de su labor al frente de dicha comisión, dos ensayos referidos al tema. Fue en esos años, además, que publicó un extenso ensayo sobre los métodos cuantitativos en la investigación de la opinión pública y las actitudes sociales y reseñó cinco obras norteamericanas sobre problemas metodológicos y en los que exhibe un conocimiento y familiaridad notables con la literatura más reciente relativa al tema. Todavía más. Hacia mediados de los años '40, como tendremos oportunidad de ver en el próximo capítulo, redactó una extensa monografía -que permanecería inédita- destinada a argumentar en favor de la conversión de la sociología en una ciencia empírica. Por lo demás, el ejemplar empírico y cuantitativo por excelencia, *La Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, aparecido en 1955 fue una obra enteramente artesanal, elaborada sin la ayuda financiera de ninguna institución nacional, regional o internacional.

La trayectoria de Germani confirma entonces que no fue necesario haber obtenido financiamiento para adoptar una línea de investigación y que su interés por ella surgió de manera independiente de cualquier intento de alguna agencia por estimularlo. En todo caso, el escenario que a partir de los años '50 fue configurándose como consecuencia de la emergencia y expansión de esa red de agencias de financiamiento obró como una plataforma favorable para el desarrollo de un tipo y estilo de trabajo previamente concebido. En tal sentido, si bien el rol de las agencias externas de financiamiento fue decisivo para la realización de investigaciones empíricas de gran escala que requieren, en muchos casos, una importante inversión en equipamiento y personal, dicho rol no fue determinante o independiente de los factores internos de la disciplina.

Es entonces en el contexto de aquellas transformaciones intelectuales experimentadas por la disciplina como de esa activa campaña internacional de promoción de las ciencias sociales que debe comprenderse la ofensiva intelectual desplegada por Germani en favor de una redefinición de la disciplina. En forma casi

paralela a su proyecto editorial, Germani desplegó su ofensiva igualmente en otros dos frentes: intelectual e institucional. En el primero procuró redefinir fundamentos de la disciplinas, proponiendo una visión de la sociología como ciencia empírico-analítica. En el segundo, buscó cambiar las bases institucionales y las formas de organización de la disciplina.

Capítulo X

La disputa por el método y el proyecto de una “ciencia unificada”

Resumen: las periodizaciones más corrientes de la historia de la disciplina sitúan la emergencia de la “sociología científica” preconizada por Germani a mediados de la década del '50, más precisamente en el período abierto con posterioridad al derrocamiento del peronismo en 1955. Sin embargo, Germani inició su ofensiva intelectual ya hacia mediados de la década del '40. En tal sentido, este capítulo examina la batalla librada por Germani en favor de la implantación de esa nueva orientación teórico-metodológica conocida con el nombre de “sociología científica”. Sobre la base de una reconstrucción del debate sociológico de esos años en torno a las cuestiones de método, el capítulo intenta precisar los temas en debate, las apuestas conceptuales y las tradiciones intelectuales contra las que polemiza Germani a lo largo de estos años. Un punto importante de este capítulo estará destinado a mostrar hasta qué punto, dada la centralidad de la sociología alemana en el campo, la ofensiva de Germani pondrá en juego una evaluación crítica de dicha tradición y, muy especialmente, una relectura de la metodología sociológica de Max Weber.

Como toda innovación epistemológica importante, el reconocimiento público de que gozó por un tiempo la “sociología científica” preconizada por Germani se debió a la conjunción singular de cuadros de recepción más o menos favorables como al esfuerzo, militante y denodado, de autopromoción por parte de sus principales impulsores. En su conjunto una empresa de tal envergadura pone en juego una serie de apuestas -que se corresponden con diferentes tipos de legitimidad- destinadas a obtener reconocimiento a una nueva disciplina o a una innovación dentro de una disciplina ya establecida. Convencionalmente, suele distinguirse tres tipos de legitimidad: a) una legitimidad institucional, es decir, el reconocimiento acordado a un determinado cuerpo de saber o conocimiento por parte de las instituciones que se sitúan en la cima de la jerarquía de las instituciones consagradas a la producción, reproducción y difusión de los conocimientos. Esta dimensión de la legitimidad comprende dos formas principales. Por un lado, aquella que se vincula con la enseñanza oficial (facultades o escuelas) y aquella otra que remite a las instancias académicas (institutos, sociedades profesionales, etc.). b) una legitimidad científica, que apunta a la opinión docta y que puede expresarse a través de las instituciones. Es una expresión desencarnada de legitimidad y que con frecuencia puede variar de manera independiente o con grados diversos con respecto al reconocimiento otorgado por las instituciones. c) por último, una legitimidad social, que puede tomar aspectos diversos según se trate de grupos de presión, agentes de poder, órganos de prensa, etc., que intervienen en la difusión, promoción y financiamiento de los nuevos saberes por fuera de las instituciones y establecimientos científicos. La

legitimidad social se manifiesta generalmente a través de una demanda pública de investigación que suele encontrar expresión institucional o bien en dependencias estatales o bien en establecimientos de carácter privado.¹

Como veremos a lo largo de los próximos capítulos, en la batalla librada en favor de una reorientación teórica y metodológica de la disciplina, Germani desplegará una serie de argumentos con el objetivo de legitimar social, institucional y científicamente la nueva orientación preconizada. En este capítulo nos ocuparemos especialmente de la última de las dimensiones mencionadas, procurando clarificar las connotaciones asociadas con la fórmula de la “sociología científica”. Pues, en rigor, esta última expresión no ha sido hasta ahora intelectualmente explorada o, a lo sumo, solamente ha sido tematizada a partir de una de sus aristas, quizá la más convencional, en la que la “sociología científica” aparece definida como una perspectiva intelectual y un género de escritura alternativo al tradicional ensayismo. En tal sentido, el propósito de este capítulo consistirá en rehacer la historia intelectual de dicha fórmula en el contexto de la cultura argentina, intentando precisar las repercusiones de su recepción, los temas en debate, las apuestas conceptuales y las tradiciones intelectuales contra las que polemizará Germani a lo largo de estos años.

En su esfuerzo por dotar a la sociología de las credenciales de legitimidad científica, Germani realizó las siguientes operaciones: a) recurrió a la legitimidad de las disciplinas establecidas en el extranjero en general y en los Estados Unidos en particular. La apelación a la ciencia social norteamericana, en efecto, se constituirá en un dispositivo de legitimación central en la estrategia de Germani, y c) estableció una serie de alianzas e intercambios de servicios de investigación con las principales agencias de promoción de la investigación social científica surgidas a partir de la posguerra, aspecto este último que será comentado en los siguientes capítulos. Toda la estrategia estará consagrada a desacreditar la sociología preexistente, ya sea como pre-científica o como ensayística.

Como se ha dicho, la enseñanza de la disciplina ya había sido incorporada en nuestro medio con anterioridad al establecimiento de la “sociología científica”. Ahora bien, ¿qué forma había adoptado esa incorporación? Institucionalmente, la disciplina no podía ser enseñada más que en relación con otras disciplinas. En efecto, y como ya ha sido recordado, la sociología no alcanzó su definitiva institucionalización sino en 1957,

¹ Victor Karady, “Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens” en *Revue Française de Sociologie*, 20 (2), 1979.

cuando fueron creados el Departamento y la carrera. Hasta entonces, y no obstante los progresos experimentados desde la etapa abierta con el Instituto de Sociología y los fenómenos conexos que han sido ya mencionados, la sociología permanecía todavía subordinada a otras disciplinas en la medida en que era enseñada como materia en las Facultades de Derecho o de Filosofía y Letras. Esta posición de los profesores de sociología en el sistema universitario sumado a sus propias trayectorias profesionales (la mayoría de ellos formados en derecho o filosofía) explica el tipo de producción intelectual que eran capaces de articular. Así, en su gran mayoría, los trabajos de intención sociológica que publicaban los sociólogos de la época consistían en exposiciones y comentarios de las principales doctrinas sociológicas de fines del siglo XIX y principios del XX, tanto nacionales como extranjeras, en unos casos, en la elaboración de materiales para la enseñanza de la sociología, a través de la confección de manuales e introducciones a la sociología en otros, o bien en trabajos de naturaleza historiográfica (como es el caso de Raúl Orgaz o el mismo Ricardo Levene). En lo que respecta a los trabajos de índole más sociológica, en su gran mayoría se trataba menos de investigaciones originales que de trabajos de vulgarización. El papel principal era como profesionales de la sociedad o como maestros universitarios y en general no se esperaba de ellos que realizaran investigaciones empíricas. La enseñanza de la disciplina, por lo demás, no se realizaba con el fin de formar sociólogos sino de ofrecer a los estudiantes de otras carreras una suerte de complemento cultural relativo a un conocimiento de los fenómenos sociales.

Ciertamente, la creación del Instituto de Sociología introdujo ciertas modificaciones. No solamente aparecieron y fueron estimuladas las primeras investigaciones empíricas sino, y como ya se ha mencionado, desde su primer número el *Boletín del Instituto de Sociología* abrió una sección "Datos sobre la realidad social argentina contemporánea", destinada precisamente a recoger y analizar información estadística relevante. Finalmente, la participación del Instituto en la comisión de asesoramiento del Cuarto Censo Nacional constituye un indicador adicional de la existencia de una relativa importancia acordada a la investigación empírica. Con todo, lo cierto es que esos primeros ensayos de investigación empírica serían obra exclusiva de Germani y su pequeño grupo de colaboradores y, con la excepción de Renato Treves, que había emprendido una investigación empírica,² dichos ensayos apenas llegarían a

² Véase, Renato Treves, *Introducción a las investigaciones sociales*. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1942.

despertar el interés de los miembros del consejo honorario del Instituto como Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Jordán B. Genta, Raúl Orgaz y Alfredo Poviña. En tal sentido, si por un lado, el hecho de que Germani no encontrara obstáculos a la realización de sus proyectos de investigación y a su estilo particular de trabajo obliga a tomar distancia respecto a la imagen de un medio intelectual enteramente hostil al tipo de investigaciones a las que era afecto, al parecer, solamente Germani, por el otro, esa ausencia de obstáculos tampoco podría ser tomada como un indicador suficiente del respaldo y la aprobación de que aquellos eran objeto. Y en efecto, con excepción de Raúl Orgaz, el tipo de producción intelectual que sería de ahí en más característico de los miembros del Instituto como Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Jordán B. Genta y Alfredo Poviña, confirma tanto la vigencia de un “modelo” más inclinado a los escritos de vulgarización que a la investigación original, así como la renuencia de todos ellos a adquirir competencias distintas a las de su formación inicial.

En todo caso, lo cierto es que, como consecuencia de la reacción antipositivista, la autocomprensión “positivista” de la sociología vigente hasta las primeras décadas de este siglo se había visto desplazada por una autocomprensión “culturalista”, que suponía el trazado de una rígida frontera entre la investigación empírica o sociografía y la sociología pura o ciencia de la cultura. De acuerdo a esta nueva visión, sobre la que existía un relativo consenso entre los practicantes de la disciplina, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como disciplina auxiliar de la sociología; a esta última quedaba reservada la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva. Es precisamente esta visión de la ciencia social la que estará en el blanco de la ofensiva intelectual desplegada por Germani en favor de una nueva orientación teórico-metodológica de la disciplina que se conocerá con el nombre de “sociología científica”. A través de la misma Germani se aprestaba a trascender la dicotomía existente entre sociología y sociografía procurando establecer la formulación de una perspectiva que fuera capaz de integrar teoría e investigación empírica en el cuadro de un esquema unificado.

La renovación de los ideales intelectuales

En los medios de habla hispana, el primer libro que inició un movimiento en esta dirección fue *Sociología. Teoría y método*, de José Medina Echavarría, aparecido en 1941, libro que Germani saludaría dos décadas más tarde como el que inició “la ola de

la sociología científica en América Latina”. En el prólogo a la primera edición, Medina Echavarría escribía: “Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. [...] La Sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles”.³

El programa de Medina Echavarría de convertir a la sociología en una ciencia significaba a la vez aplicar el “método científico” al estudio de los asuntos humanos y terminar con la dicotomía de ciencias naturales y ciencias sociales. Aún cuando reconocía la diferencia entre la materia de las ciencias naturales y la de las ciencias sociales, advertía que el método científico es el mismo para todas las ciencias. Este programa de una unificación de las ciencias o mejor dicho, de una “unidad del método científico” era el componente más decisivo de la reorientación ensayada por Medina Echavarría.

En sintonía con las formulaciones de Karl Mannheim, Echavarría enfatizaba la función instrumental de la sociología: esta última debía servir de guía orientadora de la acción humana. A los ojos de Echavarría, la redefinición de la sociología suponía rechazar las dos reducciones que habían dominado la discusión sociológica referida al objeto de la disciplina hasta entonces. Por un lado, la “reducción naturalista” (tanto en su variante organicista como ambientalista) que concibe los hechos sociales como fenómenos naturales y la consiguiente necesidad de tratarlos con los instrumentos de las ciencias naturales. Por el otro, la “reducción culturalista” (en sus versiones historicistas o fenomenológicas) que concibe el hecho social como una manifestación de la cultura o del espíritu y que subraya por consiguiente métodos especiales de aprehensión de esas totalidades de sentido. Frente a esas dos reducciones, Medina Echavarría declaraba que “la sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva”. Por consiguiente, a ella podían ser aplicados los métodos que habían demostrado su fertilidad en otras ciencias: observación, experimentación y comparación. Y que el hecho de que la sociología tratara con datos sociales, de carácter eminentemente histórico, no debía

³ José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*. F.C.E., México, 1941, pág. 8.

modificar en nada, según el autor, la sustancia del planteo. Como ejemplo logrado de esta nueva actualización Medina Echavarría refería al caso de la “sociología norteamericana” en un extenso capítulo titulado precisamente “La investigación social y sus técnicas.”⁴ A este respecto Medina Echavarría había afirmado que “es evidente que el centro de la producción sociológica en lengua inglesa corresponde, en lo que va del siglo, a los Estados Unidos, en donde la Sociología alcanza un desarrollo extraordinario y tiene una significación positiva en la cultura y educación”.⁵ Esta temprana referencia a los Estados Unidos resulta por demás significativa en un contexto en el que la sociología alemana constituía el universo de referencia casi exclusivo entre los practicantes de la disciplina y dominaba la autocomprensión de la disciplina. Pocos años después, la referencia a la sociología norteamericana, que comenzará a desplazar a la alemana, habría de convertirse en un dispositivo central de legitimación de la disciplina.

En la Argentina, los primeros signos de una renovación en esa dirección se hicieron sentir ya en la experiencia asociada con el Instituto de Sociología de Buenos Aires y con el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas de Tucumán y especialmente en torno de tres figuras, Renato Treves, Miguel Figueroa Román y Gino Germani. Como se vió en el capítulo II de esta tesis, ambas instituciones fueron el asiento de las primeras investigaciones empíricas desarrolladas dentro de las universidades y el ámbito de los primeros reclamos en favor de una incorporación de la investigación social a las tareas de la sociología. Aquí también la renovación de la disciplina estuvo estrechamente asociada con ese doble movimiento presente en Medina Echavarría: por un lado, el de hacer de la sociología una ciencia empírica y aplicada y, por el otro, la referencia a la sociología norteamericana como una experiencia ejemplar en esa dirección. En efecto, durante los años ‘40 tanto Renato Treves como Miguel Figueroa Román subrayaron con insistencia la necesidad de superar las visiones “enciclopédicas” de la sociología, establecer una relación estrecha entre enseñanza de la teoría e investigación práctica de los problemas, incorporar la investigación empírica a la enseñanza de la sociología y promover -tomando como referencia la experiencia norteamericana- la creación y organización de institutos universitarios de investigación.

Por esos mismos años, como se recordará, Germani publicó un ensayo referido a

⁴ Para una evaluación de la figura de Medina Echavarría en la historia de las ciencias sociales en América Latina, véase, Adolfo Gurrieri (comp.), *La obra de José Medina Echavarría*, Cultura Hispánica, Madrid, 1980.

⁵ José Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*, La Casa de España en México, México, 1940.

las relaciones entre sociología y planificación desplegando argumentos similares a los esgrimidos por Medina Echavarría, en México, y Treves y Figueroa Román en Argentina. “La sociología -afirmaba allí- no puede dejar de ser una ciencia empírica e inductiva si es que verdaderamente quiere cumplir su función orientadora en una sociedad que se encamina hacia la planificación”.⁶ Ahora bien, la posibilidad misma de esa función de orientación implicaba –según el autor- la conversión de la sociología en una ciencia positiva (empírica e inductiva) y el subsiguiente abandono del método de la intuición y/o de otras formas alternativas a la observación controlada, pues sólo de este modo estaría ella en condiciones de descubrir uniformidades de la acción humana cuyo conocimiento pudiera ingresar en la elaboración de estrategias de planificación. Convertir a la sociología en una ciencia positiva implicaba entonces torcer el rumbo “especulativo” de la reflexión sociológica y desarrollar un programa de investigaciones empíricas sobre aquellas materias que resultaban estratégicas para la planificación social.⁷ Como puede apreciarse, los reclamos de Treves, de Figueroa Román como de Germani aspiraban no solamente a otorgar rango universitario a la investigación social sino también a introducir cambios sustanciales en los modos de enseñanza de la disciplina.

Todos estos signos de renovación alcanzarían la forma de un argumento sistemático en una monografía que Germani preparó para el concurso de Profesor Adjunto de la Cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. El manuscrito, que ha permanecido prácticamente ignorado en la literatura relativa a la historia de la sociología en la Argentina, llevaba por título *Teoría e investigación en la sociología empírica* y estaba consagrado a examinar “la posibilidad de una ciencia empírica de la realidad social”.⁸ El texto recogía los distintos reclamos que aquí y allá habían sido señalados como parte de una renovación intelectual de la disciplina, fundamentalmente, el de incorporar la investigación social y sus técnicas a las tareas de la sociología, subrayando al mismo tiempo la relevancia de la teoría en la investigación social.

La fecha de redacción de la monografía permite advertir que las preocupaciones de Germani en torno de la investigación empírica ya están presentes en la primera mitad

⁶ Gino Germani, “Sociología y planificación”. *Boletín de la Biblioteca del Congreso Nacional*, Buenos Aires, Nos. 57-58-59, julio/diciembre de 1946, incluido más tarde en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México, Universidad Autónoma de México, 1956. Las cursivas son mías.

⁷ Un desarrollo *in extenso* de esta cuestión en el capítulo VI.

⁸ Gino Germani, *Teoría e investigación en la sociología empírica*, texto inédito, Buenos Aires, 1946, pág.

de los años '40. Esta última constatación cambia sensiblemente la visión de conjunto sobre el estado del campo y las periodizaciones más habituales en la historia de la sociología moderna en la Argentina. La fecha de redacción resulta importante entonces porque reordena la memoria colectiva de la disciplina. En efecto, las periodizaciones más corrientes sitúan la emergencia de la sociología empírica preconizada por Germani a mediados de la década del '50, más precisamente en el período abierto con posterioridad al derrocamiento del peronismo en 1955. Se trata de una periodización en la que la historia de las ideas coincide casi punto por punto con la historia de los principales acontecimientos políticos que sacudieron al país durante esos años. Desde un punto de vista estrictamente institucional, la periodización se halla hasta cierto punto justificada. En primer lugar, y como ha sido demostrado, durante buena parte del siglo XX, al menos desde la reforma del '18 en adelante, la vida en las universidades públicas estuvo constantemente sometida a los avatares de la vida política nacional.⁹ En medio de ello, planteles enteros de profesores o bien eran automáticamente expulsados o bien forzados a renunciar. Así, y para tomar un ejemplo, según los cálculos de Félix Luna, entre 1943 y 1946 1200 docentes (un tercio del cuerpo profesoral) fueron excluidos, de los cuales 423 fueron echados y 823 renunciaron. Algo similar ocurrió en 1955, cuando se desató una campaña a favor de una "desperonización" de la universidad pública.¹⁰ En segundo lugar, cierto es también -como se verá más adelante- que sería con el derrocamiento del peronismo que la empresa liderada por Germani encontraría las condiciones políticas e institucionales propicias para su implantación.

Pero esta periodización, aunque justificada desde un punto de vista institucional, llevada al límite corre el riesgo de terminar reduciendo las batallas intelectuales a meros reflejos de batallas estrictamente políticas o, en todo caso, a perder de vista la dimensión intelectual o cognitiva de los conflictos políticos. Como tendremos oportunidad de ver más adelante, muchos de aquellos con los que Germani entabla la polémica en torno del método estaban ubicados, desde un punto de vista político, en el mismo campo en el que se situaba Germani, es decir en el antiperonismo. Es el caso de Francisco Ayala, Raúl Orgaz y Alfredo Poviña. Todos ellos estuvieron vinculados, de manera activa, en unos casos, de manera más indirecta, en otros, con los distintos círculos intelectuales antiperonistas, como el Colegio Libre de Estudios Superiores, el diario *La Nación* y

3.

⁹ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires, 1991, cap.I.¹⁰ Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998.

revistas como *Sur*, *Realidad e Imago Mundi*. El mismo Raúl Orgaz, miembro del partido socialista, había sido separado del cargo por motivos políticos en 1946. Todavía más. En su crítica Germani incluiría una figura como la de Francisco Romero, expulsado de la universidad durante el peronismo, y cuya posición metodológica, articulada sobre la base de una radical separación entre ciencias naturales y ciencias sociales, habría de ser juzgada por Germani como “directamente responsable del escaso desarrollo de la investigación sociológica”. Finalmente, algunos de ellos, como Miguel Figueroa Román y Renato Treves, promoverán una renovación de la disciplina en una dirección similar a la de Germana. De manera que, leído a la luz de aquella periodización en la que batallas intelectuales y batallas políticas se sobreimprimen, estas críticas de Germani resultan incomprensibles. Comprenderlas supone entonces incorporar la dimensión cognitiva del conflicto, reconociendo así que, no obstante sus frecuentes solapamientos, entre campo político y campo intelectual existe una diferencia que opera efectivamente en el comportamiento de los actores involucrados.

En cualquier caso, el argumento central de la *Teoría e investigación en la sociología empírica* apuntaba a mostrar que la separación entre sociografía y sociología, que por entonces dominaba la autocomprensión de la disciplina, terminaba en una falsa alternativa: un “empirismo desordenado” o la “especulación desenfadada”. En rigor, dicha separación estaba fundada en una errada interpretación de la teoría como de la investigación. En principio, la teoría -argumentaba Germani- no es la expresión de la realidad o su reproducción conceptual, sino una abstracción operada sobre la base de un determinado interés cognoscitivo. En tal sentido, ni la teoría o los conceptos que la informan son capaces de captar la realidad en toda su plenitud. Al mismo tiempo, subrayaba, no hay conocimiento sin teoría. En tal sentido, la noción misma de “hecho” implica la presencia del elemento lógico. Por consiguiente, resultaba infructuoso delegar en la sociografía la tarea “descriptiva” de recoger los hechos, pues ellos son precisamente algo a la luz de un esquema conceptual que guía su observación. En suma, teoría y la investigación no podían ser vistas como empresas separadas sino mutuamente relacionadas.

En tal sentido, Germani subrayaba la necesidad de apuntar en la dirección de la formulación de un esquema analítico unificado capaz de integrar las distintas perspectivas teóricas por entonces vigentes. El desorden conceptual expresado en el espectáculo de las teorías en conflicto, de las interminables disputas de escuelas, de la pluralidad de puntos de vista y de la multiplicación de conceptos era -según creía- más

aparente que real. Bien mirado, argumentaba, podía descubrirse una incipiente pero firme unificación de la teoría sociológica en la dirección que había tomado la sociología norteamericana en las obras de R. M. Mac Iver, W. Thomas, F. Znaniecki, E. Faris, Ch. Ellwood, H. Blumer y T. Parsons, entre otros, en las que podía observarse tanto una crítica a las tendencias más objetivistas del behaviorismo norteamericano como el reclamo de la integración del elemento subjetivo en la comprensión de la acción humana. Sobre este último aspecto, la gran ventaja de esta tradición, según Germani, residía en el hecho de que, a diferencia de las tradiciones idealistas alemanas, la incorporación de ese elemento subjetivo no implicaba la negación del carácter empírico de la sociología.

La nueva Carta de incorporación

Una década más tarde, Germani publicaba *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*¹¹, que recogía buena parte de los argumentos expuestos en el ensayo que acaba de comentarse. El libro, podría decirse, constituía la coronación de toda una ofensiva intelectual en favor de un nuevo programa para las ciencias sociales en directa sintonía con la actualización emprendida por Medina Echavarría. En su estructura, en su retórica, *La sociología científica...* guarda un fuerte parecido con lo que en el mundo de la ley Anglo-Americana se denomina como una “Carta de incorporación”: un documento público destinado a constituir una asociación formal o grupo corporativo a través de la designación de sus propósitos distintivos, de sus procedimientos operatorios, de sus recursos disponibles y de sus objetivos futuros. Una carta de incorporación implica asimismo el reclamo de una identidad establecida así como la exigencia de derechos y privilegios correspondientes al estatus separado de una corporación.¹² En suma, a través de esa designación como de ese reclamo y exigencia Germani se aprestaba así a edificar una Carta Magna para la sociología. El objetivo nuclear de la misma apuntaba a trascender la dicotomía entre sociología general y sociografía y proponer en su lugar una ciencia empírico-analítica. El cumplimiento de este objetivo requería una clara transformación de la enseñanza de la sociología consistente básicamente en una jerarquización del aprendizaje de los métodos y las

¹¹ Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional México, 1956.

¹² He tomado en préstamo de Charles Camic la expresión “carta de incorporación” que la utiliza en su ensayo referido a *La estructura de la acción social* de Talcott Parsons, en Charles Camic, “Structure After 50 Years. The Anatomy of a Charter”, en *American Journal of Sociology*, vol. 93 (1), 1989, pág. 48.

técnicas de investigación.

Tanto el título como los términos de dicha Carta no se comprenden sino en el contexto de una corriente filosófica, el neopositivismo, que desde los años '30 en adelante se convertiría en la fuente de inspiración de todos aquellos que procuraban convertir a la sociología en una "ciencia". Originado en Austria y Alemania, el núcleo del movimiento siguió activo en los Estados Unidos (y en menor medida en Inglaterra) y entró en contacto con las tradiciones empiristas y pragmatistas que tenían hondo arraigo en la filosofía anglosajona. Sus principales proponentes fueron Carl Hempel, Herbert Feigl, Rudolph Carnap, Hans Reichenbach, John von Neumann y Philip Frank. En tanto filosofía de la ciencia, el neopositivismo postuló como criterio para juzgar la científicidad de las ciencias cognitivas el rigor formal (la validez deductiva) y la base empírica del conocimiento (la verificabilidad de sus proposiciones), y estuvo animado asimismo por un propósito de largo aliento: edificar un sistema de axiomas comprensivo que fuera capaz de representar la totalidad del conocimiento científico positivo. De aquí nació precisamente el movimiento de ciencia unificada (*unified science*). Las convicciones centrales del movimiento, no obstante sus diferencias, fueron las siguientes: a) que existe un "método" para obtener conocimiento científico; b) que dicho método descansa en una serie de procedimientos que pueden ser expresados en algoritmos formales relacionando las observaciones empíricas de la ciencia con las proposiciones teóricas en términos de las cuales ellas serán explicadas; c) que la racionalidad de la ciencia descansa en ese conjunto de procedimientos formalmente válidos.¹³ Estas convicciones indicaban el camino que debían adoptar las ciencias sociales si pretendían alcanzar conocimiento científico: se trataba de transferir los métodos de las ciencias naturales —el "método científico"— al estudio de los asuntos humanos.

En la Argentina, el ideario neopositivista ingresa en una fecha relativamente temprana. En los años '40 aparece una publicación dirigida por Mario Bunge, *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, el primer medio académico que comienza a difundir las ideas neopositivismo asociado al Círculo de Viena.¹⁴ Hasta dónde sabemos, Germani estaba en contacto con los miembros de dicha publicación y había prometido un ensayo

¹³ Véase para esto el esclarecedor ensayo de Stephen Toulmin, "From Form to Function: Philosophy and History of Science in the 1950 and Now" en *Daedalus*, vol.1, 1974.

¹⁴ Un ensayo relativo al tema apareció en su primer número. Véase, Hans Lindemann, "El 'Círculo de Viena' y la filosofía científica" en *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, Año I, vol. 1, 1944. Entre los colaboradores de la revista de Bunge se contaron filósofos como Rodolfo Mondolfo, Risieri Frondizi

consagrado a la sociología norteamericana que, por razones que desconocemos, no fue finalmente publicado.¹⁵ Además de razones estrictamente teóricas, la adhesión de la revista al ideario neopositivista reconocía también motivos extra-teóricos: se trataba del combate contra el irracionalismo que, según reconocía la editorial, había venido a poner en entredicho la soberanía de la razón como guía práctica de la acción humana.

En la Carta de Germani las referencias al neopositivismo remiten a distintos focos de inspiración. En primer lugar, a una figura por entonces relativamente conocida en los medios de habla hispana, la del filósofo de la ciencia Hans Reichenbach, un miembro prominente del llamado Círculo de Viena, fundador de la Escuela del Positivismo Lógico en Berlín,¹⁶ y autor de *La filosofía científica*, uno de los manifiestos del nuevo movimiento filosófico.¹⁷ Aunque no explícitamente referidas, Germani conocía igualmente la obra de Otto Neurath, *Foundation of the Social Sciences*, aparecida en USA en 1944 y la *Encyclopaedia of Unified Science*, de O. Neurath, N. Bohr, J. Dewey y otros, editada también en USA en 1940. Ambas obras serían luego incluidas como bibliografía en el programa del curso de Sociología dictado en 1956 en la Facultad de Filosofía y Letras. El segundo foco remite a Félix Kaufman, que, aunque no estrictamente enrolado en la escuela del positivismo lógico, compartía, sin embargo, algunas de sus premisas, en especial, la relativa a la necesidad de una unificación de las ciencias. Su principal obra, *Methodology of Social Sciences*, también tempranamente introducida al público de habla hispana, sería referida por Germani precisamente en lo relativo a este punto.¹⁸ Finalmente, en 1956, el mismo año en que aparecía *La sociología científica*, Germani editaba, acompañado de un prólogo, *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris Cohen¹⁹ y *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, lo que prueba, una vez más, su interés por esta

y Francisco Romero.

¹⁵ El ensayo de Germani fue anunciado en el primer número de la revista con el título de "La sociología norteamericana" en *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, Año I, vol. 1, 1944.

¹⁶ En 1938 Reichenbach migró a los Estados Unidos y colaboró en la fundación de una revista inspirada en dicha corriente filosófica, el *Journal of Unified Sciences*.

¹⁷ En 1953, dos años después de su edición original, el Fondo de Cultura Económica editaba dicha obra. Un análisis de la influencia del neopositivismo en la sociología en Anthony Giddens, "El positivismo y sus críticos" en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *Historia del análisis sociológico*. Amorrortu, Buenos Aires, 1996.

¹⁸ En efecto, la versión española de la obra de Kaufman apareció en 1946, en la colección "Sección de Obras de Sociología" dirigida por José Medina Echavarría en el Fondo de Cultura Económica. La traducción, realizada por Eugenio Imaz, fue hecha del original alemán de 1936 y no de la versión anglosajona, aparecida en 1944 en forma bastante modificada.

¹⁹ Años más tarde, junto a Ernst Nagel, Cohen escribiría *El método científico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1967, el libro que de algún modo venía a resumir los principales postulados filosóficos del nuevo "consenso ortodoxo" que dominó la autocomprensión de la disciplina hasta bien entrados los años '60.

corriente filosófica.

Con todo, los términos del manifiesto de Germani en favor de la conversión de la sociología en una ciencia empírica no reconocían como su fuente única de inspiración los diversos focos provenientes del llamado Círculo de Viena. Una fuente adicional de inspiración se hallaría Germani en la tradición “cientista” americana que, aunque pronto se mostraría afin con las ideas vienesas, se había originado en las tradiciones americanas del pragmatismo, el conductismo y el operacionalismo.²⁰ El más importante representante de esta tradición fue, sin duda, George Lundberg,²¹ reconocido durante los '40 y '50 como uno de los principales voceros de la introducción de la “ciencia” en la sociología y autor de dos libros de texto sobre el método científico ampliamente leídos y utilizados, *Social Research* (1929)²² -reseñado por el propio Germani hacia la mitad de los años '40 en el *Boletín del Instituto-* y *Foundations of Sociology* (1939), una especie de manifiesto metasociológico que Germani conocía desde comienzo de los años '40 y en el que Lundberg establecía los pasos de lo que consideraba el método científico: la producción de hipótesis, la observación y recolección de datos, la clasificación y organización de los datos recolectados y la generalización de una ley científica aplicable a todos los fenómenos similares del universo estudiado bajo determinadas condiciones dadas. Desde los años '30, Lundberg se mostró entusiasmado con las ideas del Círculo de Viena y se nutrió de ellas más que ningún otro sociólogo de la época. Con frecuencia criticó a quienes sostenían que existía una diferencia entre ciencia natural y ciencia social argumentando que lo que se aplica a un dominio se aplica por igual al otro y solía referir a la *International Encyclopedia of Unified Science* como a la fuente más autorizada sobre teoría de la ciencia. Entre 1940 y 1945 Lundberg dirigió *Sociometry*, una publicación que Germani seguía de cerca (el Instituto estaba suscripto a dicha publicación) y a cuyas investigaciones consagraría, años más tarde, un elogioso incluido en *La sociología científica*.²³

²⁰ En una entrevista de hace unos años, Germani declaró lo siguiente: “[Hacia los años '40] descubrí un tesoro en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires; su director se interesaba de alguna manera en la sociología y contaba con unos cincuenta libros de autores norteamericanos. Sobre metodología encontré a Bogardus y a Lundberg, encontré a Parsons, *La estructura de la acción social*, y una colección del *American Sociological Review* desde el primer número junto con el *American Journal of Sociology*, a partir de 1935”. En Joseph A. Kahl, “Gino Germani: modernización” en *Tres Sociólogos Latinoamericanos*, UNAM, México, 1986, págs. 55-56.

²¹ Un examen del cientismo en USA y del papel de George Lundberg en Jennifer Platt, “Scientism” en *A History of Sociological Research Methods in America 1920-1960*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

²² Entre 1942 -año de la segunda edición- y 1952 se vendieron 12.541 copias de la obra. En 1949 el Fondo de Cultura Económica editó la obra de Lundberg sobre la base de la reedición americana de 1942.

²³ Gino Germani, “Introducción a la sociometría” en *La sociología científica. Apuntes para su*

Como puede observarse, la Carta exhibe menos el cuadro de un texto coherente o de una nueva y recia ortodoxia que la mezcla de un conjunto de diferentes perspectivas sobre un mismo problema. En general, las ideas y los autores citados son tomados de manera bastante ecléctica de diferentes tradiciones y escuelas de pensamiento -neopositivismo, behaviorismo, pragmatismo- y son discutidos de una manera bastante general. Por lo demás, y como se vió en el capítulo VI de esta tesis, Germani había expresado una serie de reservas hacia ciertas derivaciones del programa de neopositivista en su pretensión de alcanzar un “racionalismo sin residuos”. En ese sentido, no es que Germani suscribiera *in toto* los distintos argumentos expuestos por cada una de esas tradiciones sino que éstas eran utilizadas de una manera instrumental y con fines legitimatorios. No estaba en los planes de Germani convertirse en el exponente de dichas tradiciones o de alguna de ellas. Si acudía a todas ellas era porque allí reconocía un movimiento intelectual animado por una idea de la ciencia que resultaba afín con su estrategia de hacer de la investigación empírica el *locus* de la profesión de sociólogo. En efecto, y no obstante las diferencias, esas tradiciones tenían un rasgo en común: en todas ellas la “ciencia” era vista como inductiva, como una empresa opuesta a las perspectivas más filosóficas o especulativas de la ciencia social, en suma, como opuesta al trabajo no empírico, y aparece asociada con una actitud objetiva, no directamente influida por asuntos políticos o religiosos.

De todas esas fuentes Germani adoptaría fundamentalmente tres ideas rectoras que habrá de dirigir en su polémica relativa al método: a) la preminencia otorgada a la investigación empírica en la producción de conocimientos; b) la idea de que las bases últimas del conocimiento residen en la verificación experimental de carácter pública, intersubjetiva, más que en la experiencia personal. c) la convicción de que no existe diferencia entre ciencias naturales y ciencias sociales o de la cultura en lo que a sus fundamentos lógicos se refiere. De ahí la necesidad de un programa de unificación “metódica” de las ciencias.

La primera estación importante de la ofensiva de Germani tuvo lugar en el *Primer Congreso Latinoamericano de Sociología* celebrado en Buenos Aires en 1951. En su intervención, Germani ajustó cuentas con todo el espectro de la “sociología de cátedra” local (R. Treves, A. Baldrich, A. Poviña, F. Ayala, R. Orgaz, J. Miguens, M.Figueroa Román) y latinoamericana (G. Freyre, Recasens Siches). En rigor, la intervención de Germani en dicho congreso tuvo un carácter ostensiblemente inusitado.

Presentó dos ponencias en las que, desde su título mismo, proponía un debate acerca de los fundamentos teóricos y epistemológicos de la disciplina en una Comisión cuyo tema era, en realidad, la “Necesidad y existencia de una sociología latinoamericana y de sociologías especiales. Los problemas comunes y las cuestiones específicas. Las cátedras y las obras de sociología en América”.²⁴

La cuestión relativa a la nacionalidad constituía por entonces un aspecto importante del debate no solamente sociológico. Como se ha dicho, algunos de los trabajos de intención sociológica que publicaban los sociólogos de la época consistían en ensayos de naturaleza historiográfica destinados a explorar la formación de la nacionalidad argentina. La búsqueda de una definición del “carácter nacional”, de su proceso formativo y de sus rasgos peculiares fue una de las notas particulares de esa producción sociológica. En forma paralela a esa búsqueda temática, resultado en buena medida del clima “espiritualista” de las primeras tres décadas de siglo y de la emergencia del “americanismo” durante los años '30, fue prohiado igualmente el proyecto de definir los contornos de una “sociología nacional” y más tarde latinoamericana. Hacia los años '40, este proyecto fue articulado de manera doctrinaria, entre otros, por Gilberto Freyre, en Brasil, y Alfredo Poviña, en la Argentina. En un ensayo publicado en el *Boletín de Instituto de Sociología*, Freyre argumentaba que la sociología es “una ciencia nacional, ya que los hechos sociales tienen una originalidad que salta a los ojos” y por tanto, no puede ser considerada como “una ciencia natural, absoluta, independiente de influencias regionales de cultura que otorgan sentido particular a sus interpretaciones”.²⁵ En distintos ensayos aparecidos por esos años, Alfredo Poviña elaboró un argumento en la misma dirección.²⁶ En suma, el proyecto de una sociología nacional y americanista y el establecimiento de una tradición nacional constituyó uno de los puntos más prominentes de la agenda de la naciente sociología.

El debate en torno a una sociología nacional y latinoamericana resultaba central en lo que respecta a una definición de las tareas y de los métodos de la sociología. En principio, la admisión de la posibilidad de una sociología nacional, entendiendo por ello el desarrollo de una perspectiva particular acorde con los rasgos idiosincráticos de una

²⁴ Véase, Gino Germani, “Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América latina” y “Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 6, 1952.

²⁵ En Gilberto Freyre, “Factores sociales en la formación de la sociología brasileña”, *Boletín del Instituto*, N2, 1942.

²⁶ En Alfredo Poviña, “La sociología nacional y sus antecedentes americanos” y “Hay sociología en

cultura nacional venía a cuestionar, como explícitamente lo hacía Freyre, una definición de la sociología en tanto *ciencia*, es decir, “independiente de influencias regionales de cultura que otorgan sentido particular a sus interpretaciones”, en suma, cuestionaba la posibilidad de un conocimiento independiente de contextos locales o nacionales. De ahí la preferencia, habitual entre los practicantes de la disciplina, por una concepción de la sociología como una *ciencia de la cultura*.

Un examen de los trabajos presentados a la Comisión, que serían reproducidos en el *Boletín de Sociología*,²⁷ permite advertir que todos ellos, con excepción del trabajo de Germani, respetaron al pie de la letra la consigna lanzada por la comisión. La ponencia de Germani, por el contrario, no solamente presentaba una temática que no estaba incluida en el temario de la comisión sino que, lo que es más sorprendente, constituía un directo cuestionamiento al mismo problema de la comisión, o al menos, al modo en como éste había sido planteado. En efecto, la apuesta intelectual de Germani estuvo destinada a subrayar la necesidad de un método universalista de conocimiento aplicable por igual a cualquier región o país. No es que Germani negara *in toto* la idea misma de una sociología latinoamericana sino que procuraba advertir que lo “nacional” o “latinoamericano” de esa sociología no debía calificar los instrumentos analíticos sino en todo caso a su objeto u objetos de estudio. Como se ve, el debate en torno a una sociología latinoamericana sería entonces también el reflejo de una oposición que se estaba manifestando en torno a la definición de la disciplina, de sus tareas como de sus métodos.

La convicción que empujaba a Germani a establecer una “disputa por el método” era que en el campo de las ciencias sociales el predominio de una determinada teoría sobre el método repercute no solamente sobre los métodos empleados sino también sobre el desarrollo de la ciencia misma. En tal sentido, Germani estaba convencido que el predominio de una autocomprensión “culturalista” de la disciplina, al dotar a ésta de un carácter eminentemente filosófico y especulativo, terminaba desalentando la investigación empírica. Como consecuencia de ello, los métodos y las técnicas de investigación estaban ausentes de la enseñanza de la disciplina. La crítica de Germani estaba dirigida entonces hacia esta autocomprensión según la cual, la existencia, en el hombre, de una doble dimensión, espiritual y natural, torna necesario el desarrollo de

América y hay sociología de América”, en *Ciencias Sociales*, N° 24, vol. IV, diciembre de 1953.

²⁷ Las comunicaciones al Congreso fueron reproducidas en los números 7 y 8 de 1952 y 1953 respectivamente.

métodos de abordaje distintos para cada uno de estos ordenes de realidad. Así, el análisis de la dimensión espiritual de lo humano debía emprenderse con métodos comprensivos o intuicionistas capaces de captar el “significado” de las formaciones espirituales de la conciencia; la dimensión natural, en cambio, era pasible de ser abordada con el recurso a métodos de carácter naturalista. Así, y en virtud de esta autocomprensión, la sociología quedaba escindida en dos disciplinas: la “sociología”, entendida como ciencia de la cultura y fundada en métodos de inspiración fenomenológica, y la “sociografía”, de carácter naturalista y destinada a proporcionar a la primera los “materiales” para la construcción conceptual. El error de esa división, a juicio de Germani, residía en que nadie alcanzaba explicar de qué manera se operaba el tránsito de la teoría a los datos, de la sociología a la sociografía.

Por cierto, Germani se mostraba igualmente crítico hacia la tendencia opuesta, el “empirismo a-crítico” de procedencia anglosajona. La segunda sección de la versión originaria del libro llevaba precisamente por título “La investigación social limitada y el ‘empirismo desordenado’ en la sociología norteamericana” y estaba precisamente consagrada a un examen crítico del asunto. En efecto, aún reconociendo los progresos en las técnicas de investigación concreta que dicha tradición había alcanzado, la mera acumulación de los “hechos” -señalaba Germani- tenía la mayor de las veces un valor sociológico más que dudoso. Sin embargo, Germani creía que era precisamente esa separación entre ciencias naturales y ciencias sociales la que justificaba la separación -igualmente perjudicial- de la sociología, entendida como ciencia cultural o del espíritu y guiada por métodos de carácter introspectivo o intuicionistas y la sociografía, subdisciplina encargada de emprender investigaciones empíricas con métodos naturalistas. La superación de dicha escisión implicaba plantear la investigación sobre la realidad social sobre un plano integrador y reconstructivo tal como la había bosquejado Karl Mannheim en su sociología del conocimiento. En efecto, Germani creía que la teoría del método reconstructivo que Mannheim resumía en la conocida fórmula de la “síntesis de perspectivas” constituía no sólo un modo de trascender, sin abandonarlo, el estrecho y vacío especialismo sino -y lo que era aun más importante- un medio de salvaguardar la objetividad del conocimiento histórico-social que el desafío relativista planteado por el historicismo -y las primeras formulaciones del propio Mannheim al respecto- había venido a poner en peligro. En todo caso, la única manera de escapar al “empirismo desordenado” como a la “especulación descontrolada”, argumentaba, residía en la conversión de la sociología en una ciencia empírico-analítica, en la que la teoría -su

elemento lógico- estuviera en condiciones de proporcionar el cuadro categorial capaz de ordenar y guiar la percepción de los datos así como las hipótesis que la investigación empírica se encargaría más tarde de verificar.

En su polémica contra las visiones “culturalistas” y/o filosóficas de la disciplina en favor de una redefinición de la sociología como disciplina empírica Germani realiza un doble movimiento: por un lado, el de una disputa interpretativa en torno al significado de la metodología de Max Weber en la definición de la disciplina y, por el otro, el de una crítica a las tradiciones existencialistas y fenomenológicas en las que por entonces se fundaba la autocomprensión de la sociología. El resto del capítulo estará destinado a examinar ambas cuestiones por separado.

La disputa por el significado de la metodología weberiana

Hacia los años '50 la figura de Max Weber ya era familiar entre quienes tenían a su cargo la enseñanza de la sociología. Como ya fuera señalado, las primeras traducciones al castellano aparecieron a comienzos de los años '40.²⁸ En 1942 el Fondo de Cultura Económica editó la *Historia económica general* y, dos años más tarde, la primera versión integral en lengua extranjera de *Economía y Sociedad*, la obra de mayor aliento teórico de Max Weber.²⁹

Sin embargo, la obra de Weber ya era conocida entre nuestros profesores de sociología antes de esas traducciones. En 1932, Raúl Orgaz, que enseñaba sociología en Córdoba, publicó *La ciencia social contemporánea*, uno de cuyos capítulos estaba consagrado precisamente a Max Weber.³⁰ Nueve años más tarde, Alfredo Poviña, también profesor de sociología en Córdoba, escribió un ensayo sobre Weber titulado *La metodología sociológica de Max Weber*³¹. En el mismo año, Renato Treves se refirió a

²⁸ No obstante, el primer texto de Weber en castellano apareció en 1926, “La decadencia de la cultura antigua”, y fue publicado por la *Revista de Occidente*, vol. XIII, Madrid.

²⁹ Esto último constituye un dato por demás llamativo si se piensa que en los países centrales la edición de dicha obra es bastante posterior. En efecto, la edición italiana es de 1962, la anglosajona de 1968 y en francés apareció solo la primera parte en 1971.

³⁰ Raúl Orgaz, “La obra de Max Weber” en *La ciencia social contemporánea*, Cabaut y Cia, Buenos Aires, 1932. Orgaz escribió el ensayo sobre Weber en el contexto de un examen de la ciencia social en Alemania que fueron publicados originariamente en el diario La Prensa y recogidos poco después en dicho volumen: “La ciencia social en Alemania”, La Prensa, 11 de mayo de 1930; “La ciencia social en Alemania. Las doctrinas de von Wiese”, La Prensa, 3 de mayo de 1931 y “La ciencia social en Alemania. La obra de Max Weber”, La Prensa, 7 de junio de 1931.

Raúl Orgaz, “La obra de Max Weber” en *La ciencia social contemporánea*, Cabaut y Cia, Buenos Aires, 1932.

³¹ Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1941.

Weber en su *Sociología y filosofía social*³² y, al año siguiente, dedicó a Weber la última parte de su *Introducción a las investigaciones sociales*.³³

El interés de los profesores de sociología por la figura de Weber se inscribió en el contexto de ese ingreso editorial de la cultura alemana en la Argentina comentado en el capítulo VI, como de la gradual, pero firme difusión de la sociología alemana en el público docto en general como en los programas de enseñanza de la sociología en particular. Revuelta contra el positivismo e ingreso editorial de la cultura alemana: es entonces en este contexto cuando la obra de Max Weber comienza a ser objeto de atención en los medios sociológicos. Pero se trató, ciertamente, de un interés tardío con respecto a otras figuras de la sociología alemana como Simmel, Vierkandt, Freyer, Toennies y Spann. En efecto, durante los años '30 la presencia de Weber en el concierto de los autores alemanes es todavía relativamente marginal. Simmel, Vierkandt y von Wiese acaparan las preferencias. El índice onomástico de la *Historia de la sociología en Latinoamérica*, de Poviña, refleja de algún modo esto último: el nombre de Max Weber tiene 7 entradas frente a las 32 de Durkheim, 22 de Tarde y 19 de Simmel.

Marginal es también la presencia Weber en el campo editorial. En efecto, aunque para la época –como se ha visto– las traducciones de obras de sociólogos alemanes comienzan a experimentar un notable crecimiento (se traduce a Simmel, a Toennies, a Vierkandt, a Spann, a von Wiese, a Sombart y Alfred Weber), la obra de Max Weber no figura entre ellas. Todavía más. En la sección “Proposiciones para futuras traducciones: (libros cuya traducción es deseable)” del catálogo *Filosofía alemana traducida al español* tampoco figura ningún título de Weber.³⁴ El catálogo sugería, en cambio, *La sociología como ciencia de la realidad*, de Hans Freyer, que más tarde sería traducida por Ayala para su colección “Biblioteca de Sociología” de la editorial Losada; *Lebensanschauung*, de George Simmel, *Die drei Nationalökonomien*, de Werner Sombart, *Einheit der Sinne* y *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, de Hemult Plessner, y *Comunidad y Sociedad*, de Ferdinand Toennies, que sería también editado más tarde por Ayala en la colección de Losada. El dato es en cierto modo revelador del estado del campo: hacia mediados de la década del '30 la sociología

³² Losada, Buenos Aires, 1941.

³³ Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1942.

³⁴ Compilado por Ria Schmidt-Koch y editado por la Sociedad Kantiana de Buenos Aires en 1935, *Filosofía alemana traducida al español* era un catálogo consagrado al registro de las publicaciones alemanas. El volumen, precedido de una introducción de Francisco Romero, comprende las ediciones realizadas en los distintos dominios del saber (ontología, lógica, filosofía de la cultura, teoría del conocimiento, etc..) desde comienzos de siglo hasta 1935 y ofrece una visión de conjunto del ingreso de

alemana se resume fundamentalmente en los nombres de Simmel, Toennies, Sombart, Spann, Freyer y Vierkandt, entre otros, y nos pone guardia frente a la corriente “ilusión retrospectiva” de asignar a Weber, a la luz de su importancia contemporánea, un lugar que en el pasado no tenía.

Sin embargo, hacia los años '40 Weber comienza a ganar mayor notoriedad entre nuestros profesores de sociología y su obra comienza a ser objeto de una atención más sistemática. El comentario breve y como ‘como al pasar’, que Roberto Fraboschi consagró en el *Boletín del Instituto de Sociología* a la edición castellana de *Economía y Sociedad* revela, en cierto modo, que la figura de Weber ya era para entonces relativamente familiar entre el público de los sociólogos. En efecto, en su reseña Fraboschi reconocía que “esta obra es ya suficientemente conocida a través de citas y comentarios. Nos limitamos, por lo tanto, a dar esta simple noticia de la aparición en castellano de este estudio que ha de interesar a los estudiosos en ciencias sociales”.³⁵ Ese mismo año, Francisco Ayala consagró dos notas a Weber en el diario *La Nación*.³⁶ En 1947, Gino Germani, que por entonces dirigía la colección “Ciencia y Sociedad” en la editorial Abril anunciaba la próxima aparición de *La sociología alemana*, de Raymond Aron, en los siguientes términos: además de un estudio sobre los sociólogos alemanes -decía- “[el libro de] Aron presta una consideración especial a Max Weber, dedicándole un extenso capítulo de la obra”.³⁷ La inscripción revela entonces no solamente la importancia y reputación de la sociología alemana entre el público de habla hispana, sino también la importancia que había adquirido Weber en la constelación de dicha tradición. Por lo demás, en la Primera Reunión Nacional de Sociología, celebrada en 1950, las reiteradas referencias a Max Weber sugieren que la invocación de su nombre ya era un lugar común de la conversación en la comunidad de los sociólogos.³⁸

Ahora bien, ¿cuál era el interés por Weber? ¿En el contexto de qué discusión Weber retuvo la atención de nuestros profesores de sociología? Dado que la recepción de un autor está siempre asociada, de un modo o de otro, a los proyectos y apuestas

la cultura alemana en lengua castellana.

³⁵ Roberto Fraboschi, “Max Weber, *Economía y Sociedad*”, F.C.E., México, 1944, en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 3, 1944, pág. 364.

³⁶ Véase, Francisco Ayala, “Max Weber”, *La Nación*, 12 de noviembre 1944 y “Historicismo y formalismo en la sociología de Max Weber”, *La Nación*, 17 de diciembre de 1944, incluidos más tarde en Francisco Ayala, *Tratado de Sociología*. Losada, Buenos Aires, 1947, 3 vols.. Las citas que aparecen más adelante están extraídas de la obra citada.

³⁷ Por motivos que ignoramos, la obra fue finalmente publicada en 1953.

³⁸ Fernando Cuevillas, “Primera Reunión Nacional de Sociología Argentina” en *Revista de Estudios*

intelectuales y científicas de sus diferentes receptores, todo fenómeno de recepción es, inevitablemente, selectivo. Según sea la naturaleza y el alcance de esos proyectos y apuestas intelectuales, determinados campos temáticos serán privilegiados en lugar de otros. Y bien, ¿en torno de qué campos temáticos y con qué proyectos teóricos estuvo centrada esa primera recepción de Weber en la Argentina? El estudio de las referencias a un autor extranjero -ha observado Michel Pollak- suele transformarse en un revelador de las tensiones y de los polos que estructuran las líneas de fuerza de un determinado campo intelectual.³⁹ Por entonces la sociología era una disciplina en formación y, como tal, deseosa de afirmar su legitimidad intelectual en el sistema universitario. En efecto, y como se vió en los capítulos II y III de esta tesis, entre 1940 y 1950 la sociología experimenta un importante proceso de institucionalización. Aparecen las primeras instituciones especializadas en los estudios sociológicos, la primera publicación oficial consagrada a la materia, las primeras colecciones de libros especializadas y las principales organizaciones formales de la disciplina. La recepción de Weber tuvo lugar entonces en el contexto de una apuesta intelectual bien específica de nuestros profesores de sociología: la de obtener aquella legitimidad mediante una definición de su dominio temático y su especificidad metodológica.

Sin embargo, esa relativamente exitosa implantación institucional no fue el resultado de una previa unidad intelectual. Por el contrario, en términos intelectuales la sociología se hallaba fragmentada: era objeto de diversas representaciones y estaba asociada con distintas actividades intelectuales. Dentro de ella cabía el estudio histórico de las ideas sociales, el estudio de los sentimientos y creencias que forman el carácter de una nación, el examen del presente a través de su morfología como el estudio de las doctrinas sociológicas. Diferentes concepciones de sus tareas como de sus métodos estaban por entonces en discusión. La misma producción intelectual reflejó esa heterogeneidad. Aunque el libro de texto o el tratado llegarían a convertirse en el género más extendido, los sociólogos de entonces practicaban igualmente el ensayo político, la historia de las ideas y los informes de investigación empírica.

Asimismo, y dado su carácter de disciplina en formación, una parte de esa producción intelectual estuvo destinada a establecer sus credenciales y obtener reconocimiento en el campo mediante una definición de su dominio temático y su

Políticos, Madrid, N° 54, 1950.

³⁹ Véase, Michael Pollak, "Max Weber en France. L'itinéraire d'une oeuvre" en *Cahiers de l'I.H.T.P.*, 3, 1986.

especificidad metodológica. El debate relativo a este tópico se planteó en los siguientes términos: ¿es la sociología una ciencia del espíritu o una ciencia positiva? ¿Debe regirse por el método de la comprensión o por métodos naturalistas? Fue en el contexto de este campo temático en el que la obra de Max Weber despertó el interés de los sociólogos locales y ello explica que el eje de dicha recepción haya estado centrado casi exclusivamente en las cuestiones relativas al método. En general, dos cuestiones retuvieron la atención de los comentaristas, el método de la comprensión y el concepto del tipo ideal.

Así, en la interpretación de Raúl Orgaz, la obra de Weber resultaba relevante en torno a dos problemas diferentes pero estrechamente relacionados: el de la definición de la realidad de lo social y el del método. En lo que respecta al primer problema, Orgaz situaba la “sociología comprensiva” de Weber en la línea de la sociología formalista de Simmel y von Wiese. Su definición de la realidad de lo social en tanto actuación humana dotada de sentido permitía así, según nuestro intérprete, oponerla tanto a una “concepción romántica” de la sociedad, que ve en ésta una entidad viviente o una personalidad, como a una “concepción mecanicista”, que priva a la acción humana de sentido subjetivo.

En lo que respecta a la cuestión del método, Orgaz –que seguía en este punto la interpretación de Pitirim Sorokin, por entonces la más autorizada, al menos entre el público de habla hispana-⁴⁰ argumentaba que el mérito de la metodología sociológica de Weber residía en haber reemplazado las nociones de causa y efecto, propias de una definición mecanicista de la acción humana, por las de “variable” y “función”. Los estudios religiosos de Weber, según nuestro intérprete, ilustraban esta aproximación metódica, caracterizada por un rechazo a las interpretaciones unilaterales (economismo histórico y filosofía económica de la historia) en provecho de un esquema funcional e interdependiente. A este respecto, señalaba: “Al ilusorio monismo reemplaza el pluralismo causal; a la relación unilateral, la relación funcional; a la causa, la variable y al efecto, la función; a la dependencia singular, la interdependencia”.⁴¹ En un argumento muy similar al que pocos años más tarde desplegaría Talcott Parsons, Orgaz reconocía que tanto en Weber como en Durkheim y Pareto podía discernirse un planteamiento nuevo y convergente en torno del problema de la causalidad, “verdadero corazón de una

⁴⁰ Pitirim Sorokin, *Contemporary Sociological Theories*. Cambridge MA, Harvard University Press, 1928

⁴¹ Raúl Orgaz, *Sociología, Obras Completas*, Assandri, Córdoba, 1950, pág. 163.

sociología científica”.⁴² Todavía más. Orgaz reconocía que el mérito tanto de Weber como de Durkheim residía en que ambos habían sacado la indagación sociológica “del atrayente pero riesgoso sendero de la introspección y de la intuición, dominios favoritos de otros sociólogos, como Tarde y Simmel”.⁴³ En este sentido, Orgaz argumentaba que aún cuando Weber asumiera la comprensión como el método característico de las ciencias sociales, “se trataba de una asunción desprovista de implicaciones filosóficas, y que buscaba, por el contrario, “integrar ese método, que permite captar por intuición un sentido, con la explicación estrictamente científica”.⁴⁴

La presentación del sociólogo alemán efectuada por Alfredo Poviña se iniciaba con una clasificación retrospectivamente curiosa: inscribía *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* como parte de sus “trabajos económicos” mientras que asignaba a *Economía y Sociedad* el estatuto de su verdadero trabajo sociológico. A diferencia de Orgaz, Poviña identificó a Weber como “el mejor representante de la sociología histórico-cultural o espiritualista”.⁴⁵ Esta identificación aparece enfatizada en otro pasaje del texto en el que, refiriéndose a la famosa máxima weberiana según la cual la sociología es una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos, Poviña comenta: [la sociología] “es una disciplina de comprensión interior, en primer término” y que de “esas nociones se desprende que esta ciencia se propone, ante todo, comprender, y solo secundariamente, explicar la acción social”.⁴⁶ En las conclusiones de su ensayo Poviña apuntaba que “nos parece que su doctrina, aunque no rigurosamente metódica ni orgánica, representa la mejor expresión de la sociología como ciencia de tipo cultural o espiritualista. Solo tiene en cuenta la materia de la vida social como reacción exagerada contra el formalismo, vacío de contenido, de la escuela que iniciara Simmel”.⁴⁷ Finalmente, Poviña, que también seguía a Sorokin, repetía las mismas críticas de éste – críticas que Orgaz, curiosamente, había omitido- según la cuales, la debilidad de la obra de Weber residía en que terminaba sacrificando el punto de vista funcional a favor de uno causalista, en el carácter confuso de su noción de ética y en el hecho de que los “hechos”, en lo que al origen del capitalismo se refiere, contradecían su teoría. No

⁴² Raúl Orgaz, *op. cit.*, pág. 58.

⁴³ Raúl Orgaz, *op. cit.*, pág. 58.

⁴⁴ Raúl Orgaz, *op. cit.*, pág. 149.

⁴⁵ Alfredo Poviña, *La metodología sociológica de Max Weber*. Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1941, pág 5.

⁴⁶ Alfredo Poviña, *op. cit.*, pág. 7, subrayado mío.

⁴⁷ Alfredo Poviña, *op. cit.*, pág. 14.

obstante lo cual, concluía su ensayo confesando que la obra de Weber ofrecía “la sistematización de mayor prestigio intelectual en la sociología alemana de estos últimos tiempos”.⁴⁸

En *Sociología y filosofía social*, Renato Treves articuló una interpretación muy en sintonía con la que por entonces había elaborado Raymond Aron en Francia. Treves reconocía que en el contexto de la disciplina la perspectiva de Weber representaba una “posición particular”, que no se ajustaba a “las direcciones examinadas a lo largo del libro (positivista, formalismo crítico y empírico, fenomenología e idealismo e historicismo)”. Treves añadía, asimismo, que “su obra, quizá por ser irreductible a direcciones y a sistemas fijos, puede proporcionar las contribuciones más hondas y concluyentes para comprender la naturaleza del método y del objeto de la sociología”.⁴⁹ Según el argumento de Treves, el mérito de Weber radicaba en que había logrado definir a la sociología como una disciplina que no pertenece ni a las ciencias naturales ni a las ciencias históricas y en haber subrayado que el método de la comprensión, enfatizado por Dilthey, debía ser integrado por medio de una explicación causal, fundado en el criterio de la adecuación y la probabilidad, y diferente en ese sentido a la causalidad general de las ciencias de la naturaleza como a la causalidad individual de las ciencias históricas. Finalmente, Treves destacaba como meritorio de la posición metodológica de Weber el haber señalado el carácter limitado y relativo de la objetividad, al reconocer que la misma no puede fundarse en valores culturales universales sino en aquellos valores que en una época determinada se tornan dominantes.

Finalmente, la interpretación de Francisco Ayala estuvo prácticamente centrada en un examen de la construcción y aplicaciones del tipo ideal y su importancia para el conocimiento sociológico. Ayala, que por entonces había traducido y editado *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer, ofreció una interpretación del tipo ideal weberiano en la línea interpretativa de este último, subrayando especialmente su orientación hacia la captación de la peculiaridad del objeto histórico. En este sentido, presentó una caracterización de la metodología del tipo ideal como un tipo de aproximación a medio camino entre la sociología formalista y una sociología histórica. A este respecto, aunque observó críticamente la tendencia formalista de la conceptualización weberiana que suele

⁴⁸ Alfredo Poviña, *op. cit.*, pág. 15.

⁴⁹ Renato Treves, *Sociología y filosofía social*. Losada, Buenos Aires, 1941, pág. 116.

recaer “en el tipo de conocimiento físico-matemático”, concluyó no obstante señalando lo siguiente: “El mérito imperecedero de Weber –señalaba- consiste en haber sabido dar a la conceptualización sociológica el contenido histórico y el emplazamiento histórico sin los cuales se pierde el objeto de la sociología en una serie de formas, al propio tiempo que acentuaba, frente a la historia, el formalismo de los conceptos sociológicos, destinados a servir al conocimiento de estructuras que se repiten con contenidos históricos variables”.⁵⁰

Como ha podido apreciarse, las visiones de Weber entre nuestros profesores de sociología eran bastante divergentes. Levene, quizá el menos familiarizado con la obra del sociólogo alemán y más atento en cambio a la escuela de Durkheim, incluyó a Weber, junto con Karl Marx, en la familia de las “concepciones unitarias” de las que era necesario tomar distancia, calificándolas de “ideológica” y de “económica” respectivamente.⁵¹ En la interpretación de Poviña, Weber aparecía como una de los exponentes de una concepción de la ciencia sociológica en tanto ciencia cultural o espiritualista mientras que Renato Treves procuraba diferenciar a Weber de las distintas orientaciones que dominaban por entonces la disciplina, situándolo en todo caso en una posición distanciada tanto de una representación de la sociología en tanto ciencia cultural como de una concepción naturalista de la misma. En todo caso, lo cierto es que en torno de la figura de Weber y, en especial, de su perspectiva metodológica, ya existía cierta tradición interpretativa y algunas opiniones encontradas.

Es entonces en el contexto de esta discusión que debe comprenderse la intervención de Germani en torno de Weber. Su apuesta consistió básicamente en separar a éste de las interpretaciones en clave espiritualistas o culturalistas por entonces vigentes.⁵² Ciertamente, en la disputa por el significado de la perspectiva weberiana Germani hizo algo más que disputar una determinada imagen de ésta. En realidad, su

⁵⁰ Francisco Ayala, *Tratado de Sociología*. Losada, Buenos Aires, 1947, vol. II, pág. 124.

⁵¹ Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras”, *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, 1942. No hemos podido determinar el sentido de la expresión “ideológica” en el texto de Levene, pero es posible conjeturar que la misma se refería simplemente –y por oposición a lo económico en Marx- a las ideas y su predominio en la determinación de lo social, sesgo que Levene sugería había que corregir con el auxilio de una sociología cultural tal como, siempre según Levene, era practicada por Durkheim.

⁵² Una tentativa en la misma dirección fue ensayada por Plácido Horas en la Primera Reunión Nacional de Sociología. En su intervención, Horas criticó las expresiones extremas del naturalismo y el culturalismo sociológicos y argumentó en favor de una metodología sociológica en la que “explicación y comprensión se sirven mutuamente”. Frente a la interpretación en clave culturalista de la metodología weberiana, Horas reconocía que “Weber permanece en la caracterización empírica de la sociología, y no se pierde en el terreno de la filosofía social, que es capítulo aparte, aunque vinculado a la sociología”. Véase, Plácido Horas “Metodología y técnicas de investigación en sociología” en Fernando Cuevillas, *op. cit.*, pág. 188.

intervención estuvo igualmente caracterizada por un examen crítico de la sociología alemana de enorme gravitación entre nuestros sociólogos como de su impacto -que evaluaba como negativo- en la representación de la disciplina, de sus tareas como de sus métodos. Las críticas estuvieron especialmente dirigidas contra la perspectiva fenomenológica de Alfred Vierkandt como contra los intentos de Ferdinand Toennies y Hans Freyer de establecer una distinción entre sociología general y sociografía. A su juicio, tanto una como los otros conducían a una concepción de la sociología como una disciplina de naturaleza filosófica antes que empírica. En ese sentido, gran parte de la tradición alemana no ofrecía los medios para superar aquella distinción y lograr así una unificación de la teoría y la investigación empírica. Las palabras con que concluía su examen de dicha tradición son bastante elocuentes a este respecto: “[...] puede afirmarse ahora -decía- que la posibilidad de síntesis, de visión total, de unificación, cuya necesidad es tan manifiesta frente a la incoherencia y al estado fragmentario en que puede caer la investigación social si carece de una teoría unitaria, no puede buscarse en la dirección que indica la tradición idealista alemana, a menos de no querer renunciar simplemente al conocimiento científico -en el sentido positivo- de la realidad social.”⁵³ En este cuadro, las únicas excepciones eran Max Weber -sobre el que volveré enseguida- y la posición -que Germani citaba con aprobación- adoptaba por el sociólogo alemán Leopold von Wiese, que, rechazando la separación entre sociología y sociografía, se mostraba partidario de hacer de la sociología una ciencia empírica.⁵⁴

Naturalmente, la intervención de Germani se centró en aquellas cuestiones sobre las que ya existía cierta tradición interpretativa, el método de la comprensión y el tipo ideal, y se inscribió en el contexto más general del debate -reseñado más arriba- relativo al estatuto de la sociología en tanto disciplina como de su apuesta por otorgar “carta de nobleza” a la investigación empírica en la definición de sus tareas. En el contexto de ese

⁵³ Gino Germani, *Teoría e investigación en la sociología empírica*, Buenos Aires, 1946, pág. 17.

⁵⁴ En Alemania, von Wiese fue uno de los principales organizadores de la disciplina. Después de la Primera Guerra, participó activamente de la Sociedad Alemana de Sociología, y en Colonia fundó el primer Departamento de Sociología, la primera revista dedicada exclusivamente a la disciplina y el primer Instituto para la Investigación Social. A mediados de los años '30 y merced a sus contactos internacionales, enseñó sociología en Wisconsin y Harvard y, pocos años después, Howard Becker tradujo *Systematic Sociology*. Después de la Segunda Guerra y hasta 1955 presidió la Sociedad Alemana de Sociología. Sobre von Wiese, Harry Lerbersohn, “von Wiese and the ambivalence of functionalist sociology” en *Archivées Européennes de Sociologie*, N°23, 1982 y M. Rainer Lepsius, “Sociology in Interwar Period: Trends in Development and Criteria for Evaluation” en Volker Meja, Dieter Misgeld y Nico Stehr, *Modern German Sociology*, Columbia University Press, New York, 1987. Sobre la Sociedad Alemana de Sociología y el papel de von Wiese en ella, Dirk Käsler, “Fromm Republic of Scholars to Jamboree of Academic Sociologist. The German Sociological Society, 1909-99” en *International Sociology*, vol. 17, 2002.

debate, como vimos, el estatuto de la metodología weberiana era ambiguo. Aunque esta última era reconocida por algunos como parte de un ensayo tendiente a sintetizar la vertiente “naturalista” y culturalista”, según la clasificación por entonces vigente, en general era inscripta dentro de las tradiciones espiritualistas alemanas. La operación de Germani consistirá en este punto en sustraer a Weber de ese contexto interpretativo (el de la dicotomía ciencias naturales/ciencias del espíritu) y colocar su apuesta metodológica en el contexto de una definición general y única del proceder científico.

Esta operación interpretativa ya había sido avanzada por José Medina Echavarría en México, como parte, igualmente, de esa estrategia de renovación de la disciplina que fuera reseñada más arriba. En efecto, una nueva interpretación de la metodología sociológica de Max Weber habrá de constituir un capítulo decisivo de esa reorientación preconizada por Medina Echavarría. Una y otra vez insistirá este último en la necesidad de deslindar a Weber de las “posiciones culturalistas” que, partiendo de la dicotomía entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, operaban una reducción del dato social a un dato del espíritu, concebido este último ya como “esencias”, ya como “conexiones o totalidades de sentido” y de esta manera negaban razón de ser a la sociología. O, en todo caso, esta última dejaba de ser “una investigación de la realidad empírica para convertirse en una disciplina filosófica y especulativa”⁵⁵. En el historicismo, el neo-hegelianismo y la fenomenología [que] “influyeron de manera decisiva gran parte de la sociología alemana durante las tres primeras décadas del siglo XX”,⁵⁶ Echavarría identificaba ese “lamentable culturalismo”, una compañía de la que había que separar a Max Weber. Poco después, en el prefacio a la edición castellana de *Economía y Sociedad*, Echavarría advertía que “lo que de su obra ha pasado al público y se repite en las aulas no deja de ser una deformación o caricatura de su propio pensamiento”. En un gesto que describe bien la dirección de las apuestas, Echavarría ponía de relieve la interpretación que, pocos años antes, Talcott Parsons había emprendido en *La estructura de la acción social*, y a quien no dudaba en calificar como a “uno de los mejores conocedores actuales de Max Weber”.⁵⁷

Hacia mediados de los años '40, en *Teoría e investigación en la sociología empírica*, Germani avanzaba una interpretación de la metodología weberiana en la misma dirección. En dicho ensayo, en efecto, alegaba que la dicotomía ciencia de la

⁵⁵ José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*. F.C.E., México, 1941, pág. 52.

⁵⁶ José Medina Echavarría, *op. cit.*, pág. 46.

⁵⁷ José Medina Echavarría, “Nota preliminar de la primera edición en español” en Max Weber, *Economía y Sociedad*, F.C.E., México, 1992, pág. XXII.

naturaleza-ciencia del espíritu, que “había llegado a tener difusión y arraigo en Hispanoamérica, especialmente en los círculos filosóficos” había sido “superada en gran parte en la misma Alemania por obra de Max Weber”.⁵⁸ Argumentaba igualmente que “el conocimiento procede siempre abstrayendo y -como lo mostró M. Weber frente a las tendencias ‘particularistas’- no hay en ello ninguna diferencia entre los fenómenos naturales y los sociales”.⁵⁹ Según Germani, Weber había mostrado claramente que los “hechos” que son parte de la experiencia común o de la elaboración científica no son nunca una reproducción de la realidad sino una selección de ciertos aspectos, principio que se aplica tanto a la realidad natural como a la realidad histórico social. En ambos casos estamos -decía Germani- frente a una infinita y compleja variedad de fenómenos que no puede ser captada en su plenitud por ningún concepto. En todo caso, concluía, la diferencia entre ciencias naturales y ciencias del espíritu no radicaba en el uso de conceptos generales -uso que en realidad ambas compartían- sino en la dirección del interés científico, hacia lo general, en las primeras, hacia lo individual en las segundas.

Ciertamente, el proyecto mismo de una definición general y única del proceder científico o de una “ciencia unificada” debe comprenderse en el contexto de las ideas del neopositivismo con las que Germani -como se vió más arriba- estaba familiarizado y que constituían uno de los núcleos de la renovación de la disciplina. Por lo demás, es en el contexto de este cuadro de referencia neopositivista que -como veremos enseguida- se vuelve comprensible su interpretación de la metodología weberiana en clave “cientista” tanto como la anacrónica atribución a Weber del vocabulario de la verificabilidad de una proposición.

En dos trabajos presentados en ocasión del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951 Germani volvió sobre el tema con la siguiente declaración: “[...] aún perteneciendo a la tradición idealista alemana -afirmaba- [Weber] llegó a formular una metodología que disminuyó considerablemente el *hiatus* entre las ciencias naturales y las culturales”.⁶⁰ Su argumentación se articuló de la siguiente manera. En primer lugar, Germani procuró asociar el método de la comprensión con la explicación, frente al lugar secundario reservado a esta última, entre otros, por Poviña. Era precisamente esa separación entre comprensión y explicación uno

⁵⁸ Gino Germani, *op. cit.*, pág. 6.

⁵⁹ Gino Germani, *op. cit.*, pág. 23.

⁶⁰ Véase, Gino Germani, “Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América latina” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 6, 1952, pág. 111.

de los reproches que Germani dirigía a los intérpretes latinoamericanos de Weber. Refiriéndose a las dificultades para superar el dualismo entre sociología, entendida como disciplina cultural o filosófica e investigación empírica, afirmaba: “[...] muchos sociólogos latinoamericanos piensan que esta dificultad no existe cuando se adopta una metodología inspirada en Max Weber, basada sobre el empleo del ‘tipo ideal’ y del contemporáneo empleo de la comprensión y explicación. Sin embargo, su tentativa no puede tener todo el éxito que se espera, pues al considerar que el momento de la ‘comprensión’ corresponde a los aspectos espirituales de lo social, y el de la ‘explicación’ a los naturales, vuelven a introducir un dualismo ontológico que conduce una vez más al divorcio entre teoría e investigación”.⁶¹

En segundo lugar, intentó disociar el método de la comprensión de cualquier procedimiento puramente intuicionista, argumentando que el mismo Weber rechazaba el intuicionismo por razones éticas, pues –decía– “puede fácilmente transformarse en un incentivo para evadir u olvidar el penoso proceso de la verificación [...] cuyo rasgo esencial es su alcance intersubjetivo”.⁶² Así, aún cuando la comprensión incluyera la observación de fenómenos inmateriales, como los motivos de las acciones, estos últimos habrán de manifestarse a través de una expresión simbólica cualquiera, permitiendo de ese modo su captación por inferencia. En todo caso, lo que pretendía desautorizar Germani era la asociación de la comprensión con un procedimiento destinado a captar alguna esencia o fenómeno irreductible a su expresión en un conjunto de proposiciones empíricamente verificables.

En lo que respecta al tipo ideal como método de comprensión de conexiones objetiva de sentido, Germani afirmaba que, “a pesar de las interpretaciones que suele dársele, no difiere en su fundamentación lógica de los procedimientos que se emplean en las ciencias naturales”. El tipo ideal weberiano, argumentaba, es una construcción arbitraria, que si bien posee algunos elementos extraídos de realidad, no aspira a reproducir esta última. Por el contrario, su construcción resulta de una estilización que se realiza mediante la acentuación de algunos rasgos extraídos de una pluralidad de casos concretos. En ese sentido, aunque irreal, el tipo ideal ofrece la posibilidad de estudiar los casos reales que se le acercan, ya que, al estar dotado de coherencia lógica, permite estudiar el fenómeno en cuestión en condiciones simples y claramente

⁶¹ Gino Germani, “Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 6, 1952, pág. 88.

⁶² Gino Germani, “Sobre algunas consecuencias...” pág. 112.

definidas, llegando incluso a la posibilidad de formular sobre dicho fenómeno leyes condicionales y tendenciales. En términos lógicos, razonaba Germani, lo mismo ocurría con las ciencias naturales. Así, al igual que las reglas de un mercado perfecto, la ley de la caída de los cuerpos sólo se cumple en un vacío absoluto, es decir, en condiciones irreales o ideal-típicas. De esta manera, según Germani, el empleo del tipo ideal en la investigación social no implicaba de ninguna manera un procedimiento distinto al de las ciencias naturales.

Ciertamente, la discusión metodológica emprendida por Germani, aunque versada exclusivamente sobre problemas metodológicos, no concernía solamente un debate sobre los principios metódicos que debían presidir la práctica de la sociología sino que llevaba implícito, igualmente, una discusión en torno a la definición de la práctica misma del trabajo intelectual. En efecto, cuando en su polémica con los métodos intuicionistas de aprehensión de lo social afirmaba que dicho método “puede fácilmente transformarse en un incentivo para evadir u olvidar el penoso proceso de la verificación”, Germani no se estaba refiriendo a un simple procedimiento técnico o metodológico capaz de discriminar entre lo verdadero y lo falso sino todo un modo de encarar el trabajo intelectual. En efecto, pocas líneas más adelante, Germani escribía: “Parece bastante claro, sin embargo, que ni la ‘vivencia’ ni estos supuestos ‘criterios exteriores’ [se refiere a Dilthey] pueden sustituir al proceso de verificación, *cuyo rasgo esencial es su alcance intersubjetivo*”. (El subrayado es mío). La cita deja entrever que lo que estaba en juego en la polémica no era meramente una discusión instrumental sino de otro orden, cultural e institucional si se quiere: la relativa a un modelo de sociabilidad intelectual, que subraya fundamentalmente el carácter público y colectivo del conocimiento. Es precisamente en este contexto que deben interpretarse las reiteradas referencias críticas de Germani hacia la “condición solitaria” del ensayista. En la defensa encendida que hacía Germani del procedimiento de verificación hay que ver entonces algo más que un método para diferenciar lo verdadero de lo falso o de lo solamente verosímil. Por el contrario, es necesario inscribir la defensa de dicho procedimiento en el contexto de su polémica contra una concepción del trabajo intelectual fundada en la figura “tradicional” del pensador solitario que elabora su propio sistema que refuta a los precedentes. Es esto precisamente lo que estaba en centro de la polémica y el reproche que dirigirá a Renato Treves, que, no obstante sus esfuerzos en favor de la incorporación de la investigación empírica a la sociología, terminaba reponiendo la figura tradicional del sociólogo como pensador solitario en

desmedro de la investigación empírica, pues aceptaba esa especie de división tradicional del trabajo en la que la sociología empírica, fruto del trabajo combinado de diversos especialistas, es tan sólo “el trabajo preparatorio para la sociología propiamente dicha”, que “tiene que ser obra continua y personal de un solo investigador”.⁶³ Como puede apreciarse, toda la discusión giraba en torno al lugar que debía ocupar la investigación empírica en el *métier* sociológico como en la definición de la identidad profesional. A la luz de una autocomprensión más decididamente filosófica de la sociología, la investigación empírica quedaba relegada a una tarea secundaria y subsidiaria mientras ocurría lo contrario desde una perspectiva inversa. Lo que se modificaba igualmente era la “figura de sociólogo” que uno y otro caso se jerarquizaba: la del pensador solitario, en un caso, y la del investigador en otro.

En cualquier caso, parece claro que las disputas interpretativas en torno al significado de la metodología weberiana fueron el reflejo de concepciones diferentes de la disciplina y que, en esa medida, sólo pueden ser comprendidas como parte de un debate más general relativo a la definición de sus tareas como de su método. La difusión de Weber en castellano tuvo lugar en un momento de transición, caracterizado por la emergencia de una serie de intentos de renovación de los ideales intelectuales de la disciplina que vinieron a resumirse en el proyecto de hacer de la sociología una ciencia empírica y analítica. Un componente importante de esa renovación fue el desplazamiento de la referencia alemana hacia la sociología norteamericana. La nueva interpretación de Weber ensayada por Germani no puede dissociarse entonces de ese movimiento de renovación como de la aparición de ese nuevo centro de referencia: la sociología norteamericana. En tal sentido, la disputa en torno del significado de la metodología sociológica de Max Weber no hizo más que reflejar las tensiones y las líneas de fuerza de un campo por entonces en formación. En ese contexto, las referencias a Weber obraron de algún modo como motor de las transformaciones intelectuales que por entonces experimentaba el campo y que, pocos años después, al promediar los años ‘50, cristalizarían en la institucionalización de una fórmula intelectual conocida con el nombre de “sociología científica”.

Como se ha dicho, la imagen de una autor es una función de los contextos interpretativos como de los proyectos y apuestas intelectuales de sus receptores. Los primeros intérpretes de Weber estaban más inclinados a la enseñanza que a la

⁶³ Citado en Gino Germani, *La sociología científica...*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional México, 1956, pág. 116.

investigación. Por entonces, la sociología era enseñada como una materia auxiliar de otras disciplinas. Esta posición de los profesores de sociología en el sistema universitario, sumado a sus propias trayectorias profesionales (la mayoría de ellos formados en derecho o en filosofía) explica el tipo de producción intelectual que eran capaces de articular, limitada, en su gran mayoría, a un examen -muy tradicional, por lo demás- de las ideas sociológicas, en sus dos variantes más conocidas, el tratado y el libro de texto. Su lectura de Weber asumió así la forma del “inventario” en una práctica de la sociología más consagrada al “comentario” de las doctrinas sociológicas que al análisis de los fenómenos sociales en sí mismos.

En un medio más acostumbrado a referirse más al pasado que al presente, y más específicamente, al pasado de las ideas, el movimiento de renovación pretendió enfocar la disciplina hacia el presente, hacia un examen de la vida contemporánea. La fórmula que unía la sociología con la planificación expresó en aquel momento ese nuevo enfoque. En ese contexto, la interpretación que Germani ensayó de la metodología weberiana sólo puede comprenderse a la luz de sus preocupaciones en torno a la investigación empírica en particular y, más específicamente, relativas a la necesidad de integrar la teoría con la investigación social. Antes que el inventario, su interpretación de Weber asumió la forma de una “integración analítica” que pudiera dotar a la investigación de un marco de referencia unificado. Esa diferencia en los proyectos intelectuales de unos y otros contribuye a explicar los sesgos interpretativos que exhibieron a propósito de la metodología de Max Weber.

En cierto modo también, esas distintas interpretaciones de Weber vinieron a expresar no solamente dos formas de entender la disciplina, sino también representaciones distintas de la tradición sociológica misma. Por entonces, la disciplina no estaba articulada en torno a un esquema conceptual y metodológico unificado. Más bien, existían dos representaciones de la tradición sociológica, empirista, una, pluralista, la otra. La primera de ellas había sido articulada por la influyente “Green Bible” de Park y Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, de 1921, que trazaba una historia de la disciplina bajo la forma de un progresivo desplazamiento de la especulación acerca de los fenómenos sociales en favor de la observación rigurosa de los hechos sociales. La segunda fue elaborada pocos años después por Pitirim Sorokin, en *Contemporary Sociological Theories*. En contraste con la anterior, Sorokin señalaba que aún cuando la primera tarea del sociólogo es tratar con los hechos más que con las teorías, reconocía que no era la unidad sino la diversidad de teorías, muchas de ellas, incluso,

contradictorias entre sí, lo que mejor caracterizaba el campo.

Los primeros intérpretes de Weber conservaron una concepción “pluralista” de la tradición sociológica, en la línea de Pitirim Sorokin. De esa manera Weber fue incluido en una larga galería de sociólogos, cada uno de ellos representando o bien un punto de vista o un sistema, o bien una determinada doctrina sobre la sociedad. No obstante compartir ciertas notas de la representación empírica, Germani asumió una representación distinta, desarrollada ejemplarmente entonces por Talcott Parsons en *La estructura de la acción social*. Así, contra la visión empirista argumentó que la observación rigurosa no era suficiente para establecer una disciplina científica sino, también, la existencia de un conjunto de presupuestos teóricos independientemente elaborados que servirían como guía de la observación de los hechos. Contra la visión pluralista de Sorokin vió en esa pluralidad el signo de la inmadurez de una disciplina y reconoció entonces la necesidad de reunir las divergentes tradiciones teóricas en un esquema sintético y unificado. Fue así que inscribió los desarrollos metodológicos de Weber como parte de ese incipiente pero sostenido esfuerzo en la dirección de una unificación teórica que, según entendía, volvería posible el proyecto de una sociología empírica a la vez que analítica.

Las críticas a las tradiciones existencialistas y fenomenológicas

Como se ha señalado más arriba, el debate con el existencialismo y la fenomenología habría de constituir el otro componente esencial de la ofensiva intelectual librada por Germani en favor del programa de una sociología científica. En efecto, no obstante las posibles afinidades entre fenomenología y existencialismo sartreano y las ciencias sociales, desde un comienzo Germani mantendría una prolongada polémica con ambas tradiciones, aunque con diferentes argumentos y distintos niveles de intensidad.

Hacia los años '40, y como parte de la expansión de la cultura alemana en los medios intelectuales, las vertientes alemanas de la fenomenología existencial ya tenían aquí a sus divulgadores. El interés por la fenomenología existencial alemana ya se había puesto de manifiesto en los círculos filosóficos y literarios hacia mediados de la década del '30. El filósofo Carlos Astrada escritor y el ensayista Carlos Alberto Erro serían sus portavoces más destacados.⁶⁴ La importancia del existencialismo en nuestro medio

⁶⁴ En 1933 Carlos Astrada publicó *El juego existencial*, Babel; tres años después, “Filosofía y existencia humana”, en *Nosotros*, N° 2° serie, N° 9, 1936, y “De Kierkegaard a Heidegger”, en *Sur*, N° 25, 1939,

intelectual se vería confirmada en oportunidad de la realización del Primer Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en Mendoza en 1949, que dedicaría al existencialismo una sección plenaria con exposiciones de Nicola Abbagnano, Hernán Benítez, Karl Löwith, Gabriel Marcel y Carlos Astrada.

La reacción crítica de Germani hacia el existencialismo o más propiamente hablando, hacia la fenomenología existencial alemana tuvo lugar en el prólogo que escribió en 1947 a propósito de la edición en castellano de *El miedo a la libertad*. En el mismo Germani tomaba al existencialismo como una expresión, en el plano filosófico, y en el contexto de la emergencia de una sociedad de masas, de la crisis de la personalidad. La crítica que Germani dirige al existencialismo, en especial a Martin Heidegger, se funda en el hecho de que aquel ve en la denunciada falta de autenticidad, la esclavitud del anónimo todo el mundo y la impersonalidad de la experiencia una condición fatal de la vida en sociedad y no un momento particular de la historia humana. De esta manera, Germani imputa al existencialismo su carácter a-histórico y, consecuentemente, su incapacidad para reconocer el carácter histórico de la vida social, en suma, la historicidad como uno de sus dimensiones constitutivas, razón por la cual tildaba de “decadentista” la perspectiva derivada de la filosofía existencialista. Como parte de su ofensiva contra la filosofía existencial alemana, ese mismo año de 1947 Germani editaba *Filosofías del siglo XX*, de Guido de Ruggiero, que contenía un ensayo crítico sobre el existencialismo y que fuera motivo de una dura y áspera crítica por parte de Carlos Astrada,⁶⁵ por entonces el representante más acabado del existencialismo en la Argentina.⁶⁶

Si la primera estación existencialista tuvo como figuras representativas a Karl Jasper, Gabriel Marcel y Martin Heidegger, la segunda, en cambio, que se inicia hacia los años '50, hallará en Jean Paul Sartre, y en menor medida, en Maurice Merleau

“Con Heidegger en Friburgo”, *La Nación*, 27 de junio de 1937 y “La filosofía existencial” en *Sur*, N° 66, 1940. En 1937, Erro publicó *Diálogo existencial*; al año siguiente, la revista *Sur* publicó del mismo autor en su número 48 “Unamuno y Kierkegaard”. En 1948 Vicente Fatone publicó *El existencialismo y la libertad creadora*, Argos, e *Introducción al existencialismo*, en la colección “Esquemas” de la editorial Columba en 1953. Para todo esto, véase Carlos Correa, “Historia del existencialismo en la Argentina” en *Cuadernos de filosofía*, N° 40, abril de 1994 y Oscar Terán, “Rasgos de la cultura argentina en la década del '50” en *En busca de la ideología argentina*. Catálogos, Buenos Aires, 1986.

⁶⁵ Carlos Astrada, “La mostración ontológica en círculo de la idea de ser”, *Cuestiones de filosofía*, Fascículo I, Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1949.

⁶⁶ Sobre la extendida difusión del existencialismo, Eduardo Prieto, compañero de estudios de Germani en la Facultad de Filosofía y Letras durante la segunda mitad de los años '30 recuerda lo siguiente: “[Carlos Astrada] enseñaba Filosofía Contemporánea, Heidegger y todas esas cosas. Gino les tenía un odio espantoso, de modo que el idealismo y todas las formas del existencialismo las conocía porque tenía que

Ponty, a sus figura señeras. Estas nuevas expresiones culturales, cuya recepción desbordó los ámbitos filosóficos, gravitaron especialmente entre los jóvenes de la nueva generación (la llamada “generación denunciadora”) y tuvo su foco de difusión más importante en la revista *Contorno*. Pero su ascendiente habría de contagiar otros espacios de la discusión intelectual. A comienzos de los años ‘60, Rodolfo Ghioldi, desde las filas del Partido Comunista, denunciaba las “invasiones sucesivas de diversas manías burguesas”, entre las cuales incluía al psicoanálisis y el existencialismo.⁶⁷ El espacio de la carrera de sociología tampoco era ajeno a los nuevos vientos. Torcuato Di Tella recuerda: “[...] ellos creían [se refiere a Juan Carlos Marín y a Miguel Murmis] que sobre la base de un marxismo renovado, iban a sacar elementos de la sociología para hacer la renovación del marxismo. [...] Creían que la dialéctica existía, que era importante. A veces yo les decía, un poco humorísticamente, que yo no entendía nada de la dialéctica. Todò el mundo leía esas cosas, *La cuestión del método* de Sartre, y Merleau Ponty”.⁶⁸ En cualquier caso, la nueva filosofía vino a dar expresión a una doble insatisfacción experimentada por las nuevas generaciones. Insatisfacción hacia la filosofía académica, a la que percibían como ajena a los problemas de la realidad nacional y de la que estaba del todo ausente el aspecto “concreto” y comprometido del pensamiento. Insatisfacción, igualmente, con respecto a la actitud que hacia el peronismo habían adoptado aquellos en quienes ellos por un tiempo habían reconocido como sus maestros. En cualquier caso, los contornistas hallarían en la filosofía de Sartre un modo de asomarse a ese nuevo estrato de la experiencia, el de lo “concreto”, y una moral, la del compromiso, a través de la cuales podían conectar sus preocupaciones de carácter político que les planteaba la persistencia del peronismo y articular, asimismo, una nueva autocomprensión como intelectuales.⁶⁹

Como se vió en el capítulo V, una de las direcciones que adoptó el movimiento de renovación y actualización intelectual que durante los años del peronismo llegaría a expresarse en el campo editorial fue la difusión del existencialismo y la fenomenología. En este sentido, el campo editorial estimuló en unos casos, y acompañó en otros, las inquietudes de las nuevas generaciones. A comienzos de la década del '50, la editorial Deucalión, bajo la dirección de Osiris Troiani, un colaborador de una revista

estudiarlas”. Entrevista con Eduardo Prieto, 1997.

⁶⁷ Véase, Rodolfo Ghioldi, “Cosas de la sociología”, en *Cuadernos de cultura*, N° 53, págs. 22/38, setiembre/octubre de 1961.

⁶⁸ Torcuato Di Tella, entrevista con el autor, marzo de 1997.

⁶⁹ Véase, Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*. Puntosur, Buenos Aires, 1991, cap. I, y Beatriz Sarlo, *La*

emblemática de la nueva generación, *Contorno*, lanzaba al mercado la colección “Todo lo nuevo” que prometía dar a conocer “las últimas direcciones de la sociología, la política como ciencia y como aventura, las concepciones cambiantes de la economía. La filosofía en sus *tres vertientes más activas*: el catolicismo, un marxismo “abierto” (las comillas son del original) y el existencialismo.” De algún modo, y acaso sin proponérselo, el aviso era, a la vez, el reflejo de un cierto clima intelectual y el anticipo del éxito editorial que aguardaba a las figuras representativas de dicho clima. De Jean Paul Sartre, en 1950 la editorial Losada daba a conocer *Qué es la literatura*, obra que pocos años después constituiría el núcleo argumental de una conferencia de Ramón Alcalde sobre “La literatura comprometida” dictada en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras y que, según consignaban los redactores de la revista del centro, había sido motivo de un “vivo debate”.⁷⁰ La editorial de la revista Sur hará lo suyo con la publicación, en 1957, de *El existencialismo es un humanismo*. En 1954 el sello Deucalión editaba *Existencialismo y marxismo*, de Maurice Merleau Ponty y unos años después aparecían del mismo autor *Humanismo y terror* y *Las aventuras de la dialéctica*, editadas por Leviatán en 1956 y 1957 respectivamente y traducidas por otro miembro de *Contorno*, León Rozitchner. La colección “Ideas de nuestro tiempo”, de la editorial Galatea/Nueva Visión, daría a conocer en 1957 *Elogio de la filosofía*, de Maurice Merleau Ponty y al año siguiente, *Las ciencias humanas y la filosofía*, de Lucien Goldmann. La colección “Crítica y polémica”, de la editorial Lautaro, dirigida por Gregorio Weinberg editó en 1957 *El existencialismo*, de George Lefevre. A su vez, en 1962 la revista *Cuestiones de filosofía* dedicó su primer número al filósofo francés a través de la publicación del ensayo “El filósofo y su sombra”, traducido por Sofía Fischer, y acompañado de un texto crítico de Eliseo Verón, “Merleau Ponty o las aventuras de la filosofía”.

La presencia de la figura de Sartre y la fenomenología entre los integrantes de la “nueva izquierda” habría de significar a la vez que una renovación del marxismo y una relativa apertura a las ciencias sociales. En efecto, Sartre consideraba a la sociología (junto al psicoanálisis y el existencialismo) como una “disciplina mediadora”, que le permitiría al marxismo rescatar aquello que el propio marxismo contemporáneo disolvía, a saber, lo subjetivo, lo concreto, lo particular. En fin, por vía de Sartre y a diferencia del marxismo del Partido Comunista Argentino, que veía en la sociología una

batalla de las ideas (1943-1973). Ariel, Buenos Aires, 2001, cap. IV.

⁷⁰ En *Centro*, Facultad de Filosofía y Letras, N° 9, Buenos Aires, 1955, pág. 89.

ciencia burguesa,⁷¹ el marxismo se conectaba de esta manera con el universo de las ciencias sociales. Todo parecía indicar entonces la existencia de una convergencia entre existencialismo sartreano y fenomenología, por un lado, y el proyecto de edificación de una ciencia social empírica como la que por entonces pregonaba Germani, por el otro. Incluso, algunos de los jóvenes de esa generación, como Eliseo Verón y Regina Gibaja, ambos ligados a *Centro* y a *Contorno*, se integrarían por esos años a la empresa intelectual comandada por Germani en el Departamento de Sociología. Sin embargo, y muy lejos de ello, en uno como en la otra, salvo algunas excepciones, Germani habrá de reconocer una amenaza al proyecto de hacer de la sociología una ciencia positiva. Así, en un informe sobre la sociología y la investigación social en Francia publicado en 1955, Germani escribía:

Existencialismo y fenomenología se hallan a la base de estos renovados ataques a la sociología –y otras disciplinas sociales- *como ciencias*. Y a su sustitución por otras formas de conocer en el que se pierde el *valor de intersubjetividad que la distinguía* (a la fenomenología precisamente). Sartre ataca la psicología ‘de los psicólogos’ en nombre de una Psicología fundada en la comprensión de las esencias y un abandono de los hechos y Merleau Ponty, cuya posición cuenta con muchos adeptos en Latino América, desarrolla en obras de innegable valor su psicología fenomenológica.⁷²

Argumentos en la misma dirección formularía Germani en “Investigación y especulación en sociología. La sociología científica”, un texto ofrecido como bibliografía para el curso de “Elementos de metodología y técnicas de la investigación social”, dictado en el Departamento de Sociología por Regina Gibaja, en *La sociología científica. Apuntes para su Fundamentación* y, finalmente, en *La sociología en la América Latina*. A este respecto, en un informe de 1958 relativo a la enseñanza e investigación de la sociología en la Argentina Germani advertía lo siguiente:

Existe la mayor confusión en muchos ambientes acerca de la verdadera situación actual de la sociología y sus posibilidades. No sólo algunos siguen identificándola con una u otra forma de filosofía social, casi siempre vinculada a determinadas corrientes filosóficas aceptadas en esos mismos ambientes, por ejemplo, el *existencialismo*, el

⁷¹ En el diagnóstico de Rodolfo Ghioldi, “a las invasiones sucesivas de diversas manías burguesas, entre las cuales [se cuenta] el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde hace algunos años, la moda sociológica; créanse por doquier institutos, escuelas especiales...y se contratan, como es de rigor, a los profesores norteamericanos de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues, propagan las diversas corrientes burguesas actuales -es decir, las más degeneradas de todas las corrientes burguesas-, y muy principalmente sus expresiones más banales, la norteamericanas”. Rodolfo Ghioldi, “Cosas de la sociología”, en *Cuadernos de cultura*, N° 53, págs. 22/38, setiembre/octubre de 1961.

⁷² Gino Germani, “Informe sobre la sociología y la investigación social en Francia (1944-1954)”, en *Ciencias Sociales*, Unión Panamericana, Washington, 6, D.C., N 31, vol. VI, 1955. Las cursivas son del autor.

neotomismo, la *fenomenología*, etc., sino que la imagen que muchos se han formado de la orientación empírica y experimental es generalmente parcial y a menudo errónea, y esta deficiencia de información no se observa únicamente en los adversarios de las nuevas tendencias sino también en aquellos que se muestran sus partidarios”.⁷³

Por cierto, el debate de Germani con el existencialismo y la fenomenología era menos un debate con los propios autores que con las interpretaciones y las inferencias extraídas de sus obras por los intérpretes locales. Asimismo, dicho polémica no habrá de implicar una condena *in toto* de toda la tradición, y en especial de la tradición de la fenomenología, como lo demuestra su apreciación sobre la perspectiva filosófica articulada por Merleau Ponty. En efecto, según Germani, Merleau Ponty se contaba entre aquellos que, a partir de una renovada lectura de Husserl, había terminado por reconocer la autonomía del conocimiento científico con respecto al saber filosófico a la vez que el carácter anterior y previo de aquel con respecto a éste. A este respecto, Germani afirmaba:

[...Merleau Ponty llega a reconocer a las ciencias del hombre el status de ciencias positivas en general y a devolverles todo el terreno que muchos secuaces de la fenomenología le habían quitado”.....De cualquier manera, retengamos que este autor (Merleau Ponty) mantiene la especificidad del conocer científico-social (como objetivo y positivo): es éste un hecho muy significativo que señalamos especialmente a los sociólogos y psicólogos que en esta parte del continente americano aman inspirarse con tanto entusiasmo en el existencialismo y la fenomenología

En resumen, vista en una perspectiva amplia, podría decirse que Germani libró su batalla en el campo en tres frentes diferentes: *editorial, intelectual e institucional*. Como se vió en la segunda parte de esta tesis, a través de su proyecto editorial Germani procedió a una unificación temática de la disciplina. Conectó a la disciplina con el debate relativo a las tensiones abiertas por la emergencia de una sociedad de masas y su conexión con el totalitarismo y el porvenir de la democracia y promovió nuevos vocabularios y esquemas conceptuales para transitar por dicho debate. En el frente institucional -que será examinado en los próximos capítulos- Germani desplegará un conjunto de estrategias de construcción institucional, de profesionalización y de legitimación de la disciplina alternativas a las que por entonces estaban vigentes. Finalmente, en este otro frente, comentado en este capítulo, y que por comodidad expositiva llamaremos intelectual, su apuesta, que puso en juego un debate con la

⁷³ Gino Germani y Jorge Graciarena, “Enseñanza e investigación de la Sociología, Ciencia Política y Economía. La situación en la Argentina”, Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras,

concepción de la sociología articulada por las principales figuras del medio local y latinoamericano, con la interpretación de la metodología sociológica de Max Weber así como con las tradiciones del existencialismo y la fenomenología, consistió en una operación de unificación metodológica de la disciplina.

Capítulo XI

La institucionalización de la “sociología científica”

Resumen: este capítulo estudia las características que asumió la institucionalización de la orientación de la sociología científica preconizada por Germani. En la primera parte se reconstruye el contexto político e intelectual. En la segunda se examinan las políticas de reclutamiento, los cambios operados en la disciplina tanto en el plano de la enseñanza como en el de la investigación, la política de publicaciones y actualización bibliográfica y los principales proyectos de investigación. En la última parte se avanzan algunas hipótesis relativas a las condiciones que favorecieron el relativo éxito de la empresa y que incluye un examen del contexto político más general, de las condiciones institucionales como de ciertos rasgos de la trayectoria intelectual del propio Germani.

La modernización universitaria

Como es bien sabido, con la caída del peronismo se inició un proceso de modernización de la universidad que introdujo modificaciones sustanciales en el perfil académico, la estructura curricular y la orientación en la enseñanza.¹ La promoción y apoyo a la investigación científica y la creación de nuevas carreras fueron, quizá, los factores más novedosos y dinámicos de la reforma. En un ensayo consagrado a la universidad y sus misiones, Risieri Frondizi, designado rector de la Universidad de Buenos Aires en 1958, sintetizó las principales núcleos del proyecto de reforma. Las universidades argentinas -decía- no eran universidades en el sentido pleno de la palabra sino “un conglomerado de escuelas profesionales”. El déficit principal se hallaba, a su juicio, en la falta de una cultura de la investigación científica. “Lo que hay que cambiar -afirmaba- es la actitud de profesores y estudiantes frente a la investigación científica. [...] No se enseñan las técnicas de la investigación sino que se exalta, de palabra y de hecho, el valor del manual y del tratado”. La nueva universidad exigía una radical transformación de su sesgo profesionalista. Esto último implicaba jerarquizar la actividad de investigación a través de la creación de centros e institutos de investigación en los que la enseñanza, la cátedra, deberá asumir un rol secundario. Tomando como referencia la experiencia norteamericana, Frondizi observaba que las carreras como abogacía, ingeniería y medicina, que tradicionalmente habían dominado la vida universitaria, representaban ahora una porción muy reducida de la vida universitaria. Ese predominio profesionalista, todavía visible en la Argentina, impedía el estímulo a la investigación. Casi como replicando un argumento esgrimido por Germani, Frondizi

¹ Véase Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. EUDEBA, Buenos Aires, 1962; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del '60*. Puntosur, Buenos Aires, 1991; y Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1997.

afirmaba: “El predominio profesionalista ha impedido el cultivo de muchas disciplinas. Hay, por ejemplo, una Facultad que se llama de Derecho y Ciencias Sociales, donde la abogacía se ha fagocitado a las ciencias sociales”.²

La modernización tuvo su epicentro en las Facultades de Ciencias Exactas y Humanidades, y especialmente, de la Universidad de Buenos Aires, acaso por tratarse de facultades que carecían prácticamente de objetivos profesionales y en las que, en cambio, la investigación ocupaba un lugar central. Una de las primeras medidas de la Reforma Universitaria que se impuso después de 1955 fue la creación de departamentos en torno de los cuales se organizaría las tareas de docencia e investigación. Así, fueron creados los departamentos de Historia, Ciencias Antropológicas, Ciencias de la Educación, Filosofía, Geografía, Psicología y Sociología, dentro de los que se crearían, a su vez, las primeras carreras de Psicología, Antropología, Educación y Sociología. El proyecto modernizador contempló el impulso a la investigación a través de la expansión de la dedicación exclusiva de sus docentes –en 1957 en toda la Universidad de Buenos Aires había 10 profesores *full time*, cinco años más tarde, la cifra ascendía a 600-³, la implantación de las ciencias sociales, el fortalecimiento de bibliotecas y laboratorios hasta la creación de una editorial universitaria, EUDEBA. La creación del CONICET, en 1957, tendió a fortalecer el impulso a la investigación al ofrecer tanto programas de becas, internas y externas como puestos de investigador. Así, entre 1957 y 1966 el CONICET llegó a otorgar más de 50 becas internas por año (anualmente la progresión es la siguiente: 54, 63, 76, 93, 87, 130, 118, 124) y otras tantas al exterior (63, 76, 51, 44, 48, 80, 55, 63). A su vez, y en una evolución creciente, los puestos de investigador treparon hacia el fin del período señalado a 297.⁴

La evolución de la matrícula terminaría por confirmar las expectativas del proyecto modernizador. En efecto, los censos de 1959 y 1964 de la Universidad de Buenos Aires, que hacia la fecha incluía el casi el %50 del total de la población estudiantil del país, muestran que el grueso de las aspiraciones se concentró en aquellas facultades más fuertemente identificadas con el proyecto modernizador. Así, en Ciencias Exactas la población estudiantil aumentó en 60,5% mientras que en Filosofía y Letras, que albergaba a las nuevas carreras de Sociología, Ciencias de la Educación y

² Risieri Frondizi, “La universidad y sus misiones”, citado en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas* (1943-1973). Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII, Buenos Aires, 2001, págs. 314-322.

³ Véase, Dora Schwarzstein y Pablo Yankelevich, “Historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución: la Universidad de Buenos Aires, 1955-1966”, Documento CEDES/21, 1989.

⁴ Fuente: *Informes del CONICET*, Buenos Aires, citado en Silvia Sigal, *op. cit.*, 1991.

Psicología los porcentajes treparon al 146%. En cambio, en las tradicionales Facultades de Derecho e Ingeniería la matrícula permaneció prácticamente estable mientras que Medicina llegó incluso a experimentar una reducción de los inscriptos en el orden de un 9,1%.⁵ En el caso particular de Sociología, la evolución de los nuevos inscriptos en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires exhibe el relativo éxito de la empresa: 1960: 483; 1961: 487; 1962: 420; 1963: 349; 1964: 319; 1965: 483; 1966: 533; 1967: 365; 1968: 510; 1969: 419.⁶

Ahora bien ¿qué era la sociología para entonces? Como se vio en capítulos anteriores, hacia mediados de la década del '40 la disciplina había alcanzado cierto grado de reconocimiento tanto en la esfera universitaria como en el campo cultural. Signos de dicho reconocimiento eran, por un lado, la creación del Instituto de Sociología y, por el otro, la aparición de una colección consagrada al tema en una de las editoriales más importantes e innovadoras del momento, como la editorial Losada. La enseñanza de la temática sería igualmente auspiciada por una de las instituciones más tradicionales del campo intelectual en la Argentina, el Colegio Libre de Estudios Superiores, en la que tanto Ayala como Germani tendrían a su cargo cursos referidos al tema. Con todo, era más bien parco el entusiasmo que la disciplina había llegado a despertar tanto en la comunidad universitaria como extra-universitaria.

No obstante la hospitalidad del Colegio Libre hacia la sociología, esta última no era, en rigor de verdad, una materia especialmente frecuentada y mucho menos estimulada dada las características de los intelectuales agrupados en dicha institución, más inclinados hacia las tradicionales disciplinas humanísticas, especialmente, la filosofía, la literatura, la crítica literaria, el ensayo y la historia que a las ciencias sociales propiamente dichas. La sociología nunca contó con una cátedra en el CLES. A lo sumo, y según testimonio del propio Germani, fue hacia mediados de los años '50 que el CLES se dispuso a crear una sección de sociología cuya dirección encargó a Germani. Hasta entonces, Germani impartió sus cursos en la Cátedra de Economía Lisandro de la Torre. Ciertamente, sus cursos llegarían a despertar un encendido entusiasmo entre la audiencia que acudía a ellos. En un informe de actividades de la filial de Rosario, su secretaria Olga Cossettini confesaba que Germani había logrado formar “un núcleo asiduo de estudiosos, oyentes y discípulos adictos”.⁷ Con todo, sería

⁵ En Silvia Sigal, *op. cit.*, 1991.

⁶ Véase, Norberto Rodríguez Bustamente, “La sociologie dans l'Amérique Latine contemporaine: l'expérience de l'Argentine”, *Revue Internationale de Sciences Sociales*, vol. XXXI, N°1, 1979.

⁷ En *Cursos y conferencias*, N° 266, setiembre de 1955, citado en Federico Neiburg, *Los intelectuales y la*

un entusiasmo que sólo alcanzaría a unos pocos. Así, si la asistencia habitual a los cursos de figuras renombradas como Francisco Romero, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges y José Luis Romero solía ascender a 70 personas, los cursos de Germani apenas llegaban a contar con poco más de un diez por ciento de esa cifra.

En la revista CENTRO, una publicación del Centro Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras que comenzó a editarse en 1951, no es posible hallar ningún comentario o reseña sobre algún libro de sociología o ciencias sociales en general, lo que muestra, de manera bastante elocuente, que ni una ni las otras formaban parte del sistema de referencias del estudiantado universitario. A este respecto, Juan Carlos Marín, uno de los protagonistas del movimiento estudiantil y futuro miembro del Departamento de Sociología, confiesa que “hacia mediados de la década del ‘50 Germani prácticamente nunca había existido para el movimiento estudiantil”. Más adelante añade: “Sociología era una irrealidad, reducida a un fulano (Gino Germani)”.⁸ Quizá no podría ser de otro modo. En principio, los cambios operados en la disciplina durante los años del peronismo tendieron a desacreditarla frente al movimiento estudiantil. A la presencia casi dominante de sectores católicos y nacionalistas situados en las antípodas de la identidad reformista profesada por aquel, hay que añadir las relaciones estrechas de algunos de quienes por entonces ejercieron el control de la disciplina con el régimen político imperante. No es incomprensible entonces que la sociología no formara parte del universo de referencia de las nuevas generaciones de estudiantes, enrolados como lo estaban en las filas opositoras al peronismo. La imagen que Miguel Murmis, uno de los futuros colaboradores de la nueva empresa, conserva de Tecera del Franco, que por entonces enseñaba sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, revela algo de la percepción de la disciplina entre los estudiantes universitarios:

[...] en aquel entonces nos parecía que [Tecera del Franco] no sabía una palabra. Había un apunte que se leía en la cátedra, y la virtud que tenía esa cátedra es que en vez de cien páginas se leían diez, que explicaban las cuatro causas de la sociedad, las aristotélicas. Entonces, vos tenías que decir por qué existía la sociedad, existía porque tenía cuatro causas, todo el mundo decía lo mismo en el examen”.⁹

El testimonio de Ana María Eichelbaun de Babini, una de las primeras reclutadas en el

invención del peronismo. Alianza, Buenos Aires, 1998, pág. 204.

⁸ Alberto Noé, “Gino Germani y la sociología en la Argentina”. Entrevista a Juan Carlos Marín en *Antropomoderno*.

⁹ En Mario Toer (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, vol.1, Centro Editor de América

Instituto de Sociología, revela, por contraste, aquella percepción. Refiriendo su primera entrevista con Germani recuerda:

[...] me contó la idea de su programa de sociología que había elaborado y me sorprendí mucho, porque era una sociología que no me esperaba que fuera esa; era una sociología que tenía mucho más que ver con mis intereses de lo que yo había pensado. Fue un impacto muy favorable porque no podía creer que la sociología fuera eso, tenía una imagen muy diferente. En esa época me había interesado un poco en la psicología social y en la antropología”.¹⁰

En suma, la sociología estaba visiblemente desacreditada. El hecho de que un libro como *Estructura Social de la Argentina*, consagrado posteriormente como el libro que inició la “sociología empírica” en nuestro medio intelectual, fuera publicado en una colección no precisamente de sociología o ciencias sociales sino de estudios económicos,¹¹ constituye un claro indicador del lugar que tenía la sociología por esos años en dichos círculos intelectuales. Por lo demás, el libro fue reseñado en la revista del CLES, *Cursos y conferencias*, por el historiador Sergio Bagú. En la nota Bagú afirmaba que la obra “presenta un cuadro histórico amplio” y [...] constituye una obra fundamental para el estudio de nuestros problemas sociales y para *cualquier investigación de historia social*”. [las cursivas son mías]. Como se ve, la obra era inscripta claramente no en la sociología sino en la historia social, una disciplina o subdisciplina, cabe añadir, por entonces inexistente en nuestro medio intelectual, sólo quizá cultivada por el mismo Bagú, que en esos años había publicado un libro de similar título aunque referido al período colonial.

Las condiciones iniciales

Con todo, en unos pocos años, la sociología llegó a convertirse en una de las disciplinas más dinámicas e innovadoras de la renovación universitaria, alcanzando un prestigio y popularidad que nunca había tenido. Las condiciones iniciales resultaron bastante favorables. En principio, las autoridades universitarias estaban interesadas en el desarrollo y modernización de las ciencias sociales. En principio, no bien José Luis Romero asumió como rector interventor de la Universidad de Buenos Aires, designó a Alberto Salas como decano interventor de Filosofía y Letras, quien a su vez conformó una Comisión Asesora en la que designó a Gino Germani junto a Luis Aznar, Roberto

Latina, Buenos Aires, 1988, pág. 29.

¹⁰ Entrevista con el autor, agosto de 1997.

¹¹ El libro de Germani, en efecto, fue publicado en la colección de Estudios Económicos Biblioteca

Giusti, Fracisco Romero y Juan Mantovani. A su vez, en 1956 la UNESCO organizó en Río de Janeiro una conferencia sobre la Enseñanza de las Ciencias Sociales en América Latina y la Universidad de Buenos Aires envió a Juan Mantovani, de la Facultad de Filosofía y Letras, como delegado por la Argentina.

Además, Germani mantenía estrechas relaciones con algunas de las nuevas autoridades universitarias. A muchos de ellos los había conocido en los años '40. Con Manuel Sadosky y Oscar Varsavky había entablado relaciones en el contexto de la editorial Abril. Más tarde, junto a Risieri Frondizi, Gregorio Klimovsky, Boris Spivacov, Rolando García y Oscar Cornblit compartirían las tertulias celebradas en la casa de una tal señora Gryn. Muchos eran de ciencias exactas. "Germani era medio matematizante -recuerda Torcuato Di Tella- le gustaban las formalizaciones y estaba muy en la onda del empirismo lógico, tal vez por eso se rodeó de matemáticos, dejando de lado la fraseología marxista clásica de tipo dialéctica. Dio la casualidad que ese grupo estaba muy vinculado a las autoridades de la intervención en el 1955-56. Especialmente vía Risieri Frondizi más que José Luis Romero". [...] Germani siempre me decía que allí empezó todo el asunto del control de la universidad".¹²

El movimiento estudiantil reformista cumplió un papel político muy importante en el nacimiento de la empresa de Germani, y en especial, los estudiantes y graduados agrupados en el CEFYL. En realidad, muchos de quienes formarían parte del grupo inicial que rodeó a Germani habían participado activamente en la política universitaria durante los últimos años del gobierno peronista, ya sea como encargados de alguna de las secretarías del Centro, como delegados al Consejo Directivo de la Facultad o como colaboradores de la revista *Centro*, que se publicó entre 1951 y 1960. Así, Eliseo Verón, fue durante un tiempo director de la revista CENTRO y delegado al Consejo Directivo entre 1954-1955. Gerardo Andújar fue presidente de la Comisión Directiva del CEFYL entre 1951-1952 y publicó algunos poemas en *Centro*. Gloria Cucullu estuvo al frente de la Secretaría de Hacienda del Centro entre 1954 y 1955 y Miguel Murnis ocupó la Secretaría de Relaciones Universitarias entre 1954 y 1955. Marta Bechis estuvo al frente de la Secretaría de Ateneo del Centro entre 1951 y 1952. Darío Canton estuvo durante un tiempo en la redacción de la revista y Regina Gibaja fue una colaboradora habitual de las páginas de *Centro*.¹³

Manuel Belgrano, de la editorial Raigal, dirigida por Ricardo Ortiz.

¹² Entrevista con el autor, marzo 1997.

¹³ Véase Regina Gibaja, "Le deuxième sexe", de Simone de Beauvoir, N° 3, 1952; "Sobre lo femenino", N° 4, 1952 y reseña sobre *Los demonios de Loudun*, de Aldous Huxley, N° 7, 1953.

Muchos de quienes frecuentaban el Centro conocían a Germani como editor. En su ensayo “Sobre lo femenino”, aparecido en *Centro* en 1952 Perla Gibaja polemizó con las definiciones que al respecto propusiera Ernesto Sábato en *Sur* y en apoyo a su argumento relativo al carácter social y culturalmente determinado del sexo contra las afirmaciones metafísicas de Sabato, Gibaja refería a los recientes “estudios psicológicos y antropológicos” de Margaret Mead y Viola Klein (*Sexo y temperamento*, de Mead y *El carácter femenino*, de Klein), “obras admirables por su seriedad y buena fe”. Lo cual, pone de relieve el impacto de la biblioteca de Germani en el mundo cultural de la cultura extraoficial. El testimonio de Ana Marí Babini confirma igualmente ese impacto entre las nuevas generaciones. “Mi interés por la sociología es anterior a mi relación con Germani. Me interesó un poco por el puesto de la mujer en el cosmos, esa era la lectura del material antropológico y sociológico sobre la situación de la mujer. Germani tuvo un papel enorme con la editorial Abril. El hizo publicar algunos trabajos importantes en la Argentina como la obra de Margaret Mead, George Mead y otras. En ese momento había un movimiento editorial que tenía un papel importante en lo que era nuestra formación. En mi caso era estudiar George Mead, Viola Klein, y tantos autores que habían escrito sobre la situación de la mujer: también por supuesto Simone de Beauvoir.”.¹⁴

Hacia fines de 1955 el Instituto de Sociología, ya bajo la dirección de Germani, realizó una encuesta sobre la situación social de los estudiantes universitarios de la Facultad de Filosofía y Letras (ocupación y origen social de los estudiantes) con el fin de averiguar los factores que intervienen en la elección de la carrera universitaria. La encuesta contó con la colaboración de un grupo de estudiantes y del CEFyL, tanto en la elaboración del cuestionario como en la tabulación de los datos, lo que revela el entusiasmo y las muestras de apoyo que había llegado a despertar la empresa de Germani entre el público estudiantil. “Era la primera vez que tomábamos contacto con encuestas, codificación, etc.”, confiesa Ana María Babini. “Esta [la investigación sobre los estudiantes universitarios] fue –continúa– un momento muy importante para la popularidad de la sociología y también para la animosidad que conquistó en la Facultad”.¹⁵ Los primeros resultados de la encuesta fueron publicados por la revista del CEFyL¹⁶ y, al año siguiente, el propio CEFyL emprendió otra encuesta entre los

¹⁴ Entrevista con Ana María Babini, agosto de 1997.

¹⁵ Entrevista con Ana María Babini, agosto de 1997.

¹⁶ Gino Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios”, en *Centro*, N° 12, Buenos, Aires, octubre de 1956.

alumnos de primer año. En 1959, y como una muestra más de las relaciones estrechas entre el movimiento estudiantil y la empresa de Germani, *Centro* anunciaba que su próximo plan de publicaciones incluiría las “Investigaciones del Departamento de Sociología” emprendidas por Sergio Bagú, Darío Cantón, Miguel Murmis y otros.¹⁷ Al año siguiente, la revista publicó “Psicología social del miedo”, un texto de Kurt Riezler, que figuraba en la bibliografía del programa del curso de “Introducción a la sociología” dictado por Germani. El artículo fue traducido por Nuria Cortada y supervisado por Marta Bechis, ya por entonces profesoras del Departamento de Sociología.

Una nueva coyuntura política y las expectativas que llegó a generar entre el público en general, y en especial, entre las nuevas autoridades políticas surgidas de la Revolución Libertadora, no fue un elemento menor de las condiciones iniciales que favorecieron la implantación de la empresa. Como es bien sabido, el derrocamiento del gobierno del General Perón implicó la inmediata apertura de un debate de alcance nacional que puso en juego no solamente una evaluación del significado del pasado inmediato sino también la búsqueda de una fórmula política posperonista para la nueva etapa que se abría.¹⁸ Una doble demanda, hermenéutica a la vez que práctica, estaba presente en la esfera pública, tanto política como intelectual. La “sociología científica” se erigió en uno de los tantos candidatos de ese variado coro de voces que hacia 1955 comenzó a disputarse el significado de la experiencia peronista.

Fue en este contexto que, según una confesión tardía del propio Germani, en 1955, el entonces presidente Pedro Eugenio Aramburu requirió de aquel su consejo sobre “la posibilidad y la forma” de organizar una campaña de “desperonización”. El sumario de su respuesta desembocó al año siguiente en el conocido ensayo sobre el peronismo, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, resultado de un curso dictado en julio de 1956 en el Colegio Libre de Estudios Superiores y publicado meses después en la revista del Colegio, *Cursos y conferencias*.¹⁹ Ya en un curso de 1950 dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores y destinado a examinar las repercusiones de los cambios producidos en el orden económico sobre la

¹⁷ “Investigaciones del Departamento de Sociología”, en *Centro*, N° 12, Buenos Aires, octubre de 1959.

¹⁸ Una visión histórica y política de conjunto del período en Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*. F.C.E., Buenos Aires, 1994, cap. V; una reconstrucción de las distintas apuestas interpretativas en Federico Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998 y Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas*. Ariel, Buenos Aires, 2001.

¹⁹ En Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, Transaction Books, New Brunswick, New Jersey, 1978.

realidad social del país, Germani había adelantado algunos de sus argumentos cuando advertía a su auditorio lo siguiente: “El saldo que queda es, en efecto, la transformación de un proletariado campesino y urbano relativamente indiferenciado en una masa obrera industrial, concentrada en grandes núcleos urbanos, imbuida -por un camino u otro- del sentimiento de sus derechos sociales, acostumbrada durante varios años a hacerlos valer, ya sea de manera indirecta, ya sea directamente por medio de la huelga. [...] Con otras palabras, se ha constituido una nueva fuerza social, llamada a desempeñar papeles de primer plano en la historia del país, una fuerza dotada de cierta capacidad de autodeterminación, que parece muy difícil que pueda ser reducida a mera masa de maniobra de movimientos que le sean ajenos por su origen y propósitos”.²⁰

Ahora, en su nuevo ensayo, Germani amplificaba su interpretación “sociológica” del fenómeno, situándolo en el contexto de una crisis de múltiples dimensiones. La emergencia del peronismo como fenómeno político y social debía ser comprendida, argumentaba, en el contexto de una crisis que había venido a afectar todos los órdenes de la vida social: económico, moral y político. En lo económico, por el contraste entre una “inmensa capacidad técnica de producción” y la existencia de grandes masas de población que se hallan por debajo del mínimo vital; en lo moral, por un desajuste de las normas tradicionales a la nueva situación y la falta de interiorización de las normas propias de la sociedad moderna; finalmente, en lo político, la crisis era resultado de la emergencia de una sociedad de masas caracterizada por un proceso de democratización fundamental, y que planteaba el problema en el que venían a resumirse de algún modo todos los anteriores: el de la integración de las masas a la vida política.

Como ya ha sido recordado en el capítulo VIII de esta investigación, para Germani el peronismo había ofrecido una pseudo integración, dado que ella había tenido lugar bajo una forma política totalitaria, anulando “la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina”. Sin embargo, y no obstante ese aspecto negativo en el que Germani cifraba la tragedia política argentina, el peronismo había suministrado a las clases populares “cierta experiencia de participación en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador”. En un lenguaje que, como el de los derechos (o la ciudadanía), sólo unos treinta años más tarde las ciencias sociales harían suyo, Germani reconocía que “contrariamente a lo que se suele pensar, los logros efectivos de los trabajadores en el

²⁰ En Gino Germani, “Algunas repercusiones sociales de los cambios económicos en la Argentina (1940-1950)” en *Cursos y conferencias*, Año XX, vol. XI, N° 238, 1952, pág. 577.

decenio transcurrido no debemos buscarlos -repetimos- en el orden de las ventajas materiales [...] sino en este *reconocimiento de derechos*, en la circunstancia capital de que ahora la masa popular *debe* ser tenida en cuenta, y se impone a la consideración incluso de la llamada “gente de orden”, aquella misma que otrora consideraba “agitadores profesionales” a los dirigentes sindicales.²¹ Era precisamente este aspecto del fenómeno el que empujaba a Germani a reconocer en el peronismo -a diferencia de lo ocurrido en los regímenes europeos con los que era frecuente asociarlos- una dimensión emancipatoria y ciertos elementos de una “democracia sustantiva”, reconocimiento que diferenciaba claramente su interpretación de aquellas otras para las cuales se trataba de una experiencia enteramente negativa. Ello explica, por lo demás, su distancia tomada con relación al imperativo de la hora, la “desperonización” y sus recomendaciones prácticas a este respecto cuando declaraba que la llamada ‘desperonización’ no se agota en una “cuestión de educación e información” ni “en un cambio de mentalidad, sino en ofrecer a la acción política de esas masas un cambio de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos reales (objetivos que, a pesar de todo, habían percibido sin excesiva deformación, aunque sí fueron engañadas con las incumplidas promesas relativas a las reformas de estructura”. Se trataba, por consiguiente, de reeditar aquella experiencia sustantiva de participación pero “vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y la libertad”.²²

Como puede apreciarse, el ensayo afrontaba una demanda que estaba en el centro del debate político-intelectual. Combinando enunciados descriptivos y prescriptivos, el diagnóstico con el pronóstico, la nueva sociología no solamente ofrecía una serie de claves interpretativas sobre la naturaleza del fenómeno político en cuestión -que a diferencia de sus competidoras se reclamaba investida de la autoridad de la ciencia- sino también una serie de recomendaciones prácticas relativas al modo de enfrentarlo.

Ese mismo año de 1956, a su vez, las autoridades del Ministerio de Trabajo y Previsión solicitaron al Instituto de Sociología su colaboración para observar el

²¹ En Gino Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós, Buenos Aires, pág. 250. (Las cursivas, a excepción de la última, son mías). Aunque en la versión original del texto de 1956 no se encuentra ninguna referencia al ahora clásico texto de Thomas Humprey Marshall, *Citizenship and Social Class* (1950), es indudable que el mismo constituye su fuente de inspiración. Referencias al mismo pueden ya hallarse en el capítulo V de *Política y sociedad...* consagrado al análisis del proceso político latinoamericano.

funcionamiento de una de las Comisiones Paritarias más importantes de las que en ese momento debatían los nuevos convenios que debían regir las relaciones laborales hasta 1957. Germani encargó el trabajo a Jorge García Bouza y los resultados de la investigación fueron publicados al año siguiente en la colección de los *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología*.²³ La presentación pública del trabajo revela algo de las expectativas que la empresa comandada por Germani había despertado en el público en general y en los círculos oficiales en particular así como el modo mismo en que la empresa se legitimaba. Así, en la nota de presentación, firmada por Germani, este último además de relatar las dificultades que habían tenido que enfrentarse durante la investigación a raíz de un enrarecido clima político, declaraba que el Ministerio había dispuesto la presencia de un “observador” en una de las comisiones paritarias y añadía que las sugerencias formuladas por el autor habrían de constituir de por sí “un aporte concreto que el administrador habrá de tener en cuenta, con notable beneficio para el mejor funcionamiento de las comisiones paritarias de convenio”.²⁴

De algún modo, este hecho, si por un lado expresa de manera elocuente la emergencia de un nuevo perfil profesional, el del “experto”, revela, por el otro, el fuerte compromiso político de la disciplina con el imperativo político de la hora: la desperonización de la Argentina, algo que puede advertirse en las conclusiones de la investigación en las que su autor, al exponer las razones de la “ineficacia” de un sistema de convenios colectivos producto de “la herencia peronista”, subrayaba la “necesidad de desmontar [ese sistema] para sustituirlo por un método científico y técnico de encarar los conflictos sindicales”.²⁵ He ahí entonces la expectativa que la nueva empresa había sabido despertar así como la forma en que ella misma y su intervención en la vida social se legitimaba ante el público: la confianza en que un conocimiento científico de la realidad podría llevar a buen puerto los conflictos ideológicos que dividían por entonces a la sociedad argentina.

Un experimento liberal-socialista

Ahora bien, ¿quiénes participan de esa nueva experiencia? ¿A quiénes recluta Germani? De un lado, figuran Carlos Alberto Erro y Norberto Rodríguez Bustamante.

²² En Gino Germani, *op. cit.*, pág. 252.

²³ Jorge García Bouza, “Observaciones sobre contratación colectiva”, en *Cuadernos de Sociología*, N° 3, tomo X, Instituto de Sociología, F.F. y L., 1957.

²⁴ En Gino Germani, “Nota preliminar” en Jorge García Bouza, *op. cit.*, 1957, pág. 86.

²⁵ En Jorge García Bouza, *op. cit.*, 1957, pág. 102.

Con excepción de un ensayo de Rodríguez Bustamante sobre Simmel, ninguno de ellos, curiosamente, había incursionado hasta entonces en la sociología ni muchos menos había realizado trabajos de investigación empírica (como tampoco lo harán posteriormente). Por entonces ambos eran miembros activos de la Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo (ASCUA), un agrupamiento cívico creado y dirigido desde 1952 por Carlos Alberto Erro e integrado igualmente por Vicente Fatone y Francisco Romero, entre otros y que formaría parte de una de las tantas iniciativas que articularían una oposición cultural al peronismo. Ambos pertenecían a la franja de la tradición liberal en la Argentina.

Norberto Rodríguez Bustamante había egresado como Maestro Normal en 1937 en la Escuela Normal de Lomas de Zamora y en 1942 obtuvo el título de profesor de filosofía en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de la Capital Federal. De 1941 a 1943 se desempeñó como profesor adscripto a la Cátedra Alejandro Korn del Colegio Libre de Estudios Superiores y de 1943 a 1950 como profesor de lógica y epistemología y psicología e historia de la educación en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Catamarca. En los '50 dictó conferencias y cursos en las filiales de Rosario y Bahía Blanca del Colegio Libre de Estudios Superiores sobre John Dewey, Alejandro Korn y sobre Filosofía en ASCUA. Escribió en *Sur*, *La Nación* y algunas revistas académicas sobre temas de filosofía, educación, algunos ensayos sobre sociología y sobre distintos aspectos de la cultura nacional. En 1946 escribió *G. Simmel y el problema de la sociología*; en 1948 *Teoría de las generaciones en Ortega y Gasset* y en 1950 "La psicología comprensiva: Dilthey, Spranger y Jasper", capítulo de *Psicologías del siglo XX*, de Edna Heibreder. Posteriormente escribiría *A. Korn y el problema de la cultura nacional*, 1960 y *La filosofía de Alberdi*, 1960. Germani había conocido a Rodríguez Bustamante a través de Eduardo Prieto, que mantenía una estrecha relación con Germani cuando ambos cursaban sus estudios de grado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Hacia fines de los años '40 Rodríguez Bustamante era secretario del Instituto de Profesorado Secundario en la provincia de Catamarca donde Prieto había pasado dos años enseñando latín y griego.

Carlos Alberto Erro era un colaborador asiduo de los medios más representativos de la tradición liberal argentina, como el diario *La Nación* y la revista *Sur*. Era autor de varios libros como *Medida del criollismo* (1929), *Tiempo lacerado* (1936), y *Diálogo existencial* (1936). Este último título refleja sus incursiones e inquietudes acerca del existencialismo (Erro se entrevistó con Heidegger en Friburgo en 1936). Esto último

tiene importancia si se recuerdo la severa crítica de Germani al existencialismo en general y a la figura de Heidegger en particular en el prólogo a *El miedo a la libertad*, una década más tarde. Fue Director Interino y Consejero del Departamento de Sociología y tenía a su cargo el dictado de sociología.

Finalmente Enrique Butelman, que, como se vió en capítulos anteriores, además de compartir una larga amistad con Germani, había fundado, junto con Jaime Bernstein, la editorial Paidós, un emprendimiento al que Germani se había integrado desde un comienzo. Con Butelman habían compartido, además, la experiencia en la revista *Idilio*, propiedad de Cesar Civita, en la que tenían a su cargo la interpretación de los sueños ilustrados con los fotomontajes de Grete Stern. Asimismo, en los años '50 habían formado parte, junto con otros egresados de la Facultad de Filosofía y Letras entre los que se encontraban Aris Freyer, Ines Malinov, Eduardo Prieto, Jaime Bernstein, Ida Butelman y Rodríguez Bustamante, de un grupo llamado "Versores", creado inicialmente para hacer trabajos de traducción, pero también para discutir obras, poesías e intercambiar ideas, "una manera de escapar del clima opresivo creado por el peronismo."²⁶ En el Departamento Enrique Butelman tendría a su cargo la enseñanza de Psicología Social, una de las disciplinas a la Germani pretendía integrar en su proyecto de una renovada ciencia del hombre.

Del otro lado estaban Jorge Graciarena, Torcuato Di Tella, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín, todos ellos miembros del Partido Socialista. ¿Qué afinidades existían entre todos ellos? Básicamente, una afinidad política fundamental, su común oposición al peronismo. En efecto, todos ellos habían formado parte, de una u otra manera, de ese frente cultural que se constituyó como oposición al peronismo. ¿Cómo explicar, de otro modo, la presencia de Carlos Alberto Erro, y en menor medida la de Norberto Rodríguez Bustamante, cuyos estilos de trabajo y preocupaciones diferían tanto de los de Germani? El propio Eduardo Prieto reconoce que Rodríguez Bustamante "no era un sociólogo empírico ni mucho menos un metodólogo sino que le había interesado la sociología más tradicional, la historia de la sociología".²⁷ ¿No exhibían los escritos de Erro esa clase de actitud "especulativa" contra la que tanto cargara Germani? Indudablemente, las afinidades entre ambos y Germani eran más políticas que intelectuales.

Sin embargo, tanto Erro como Rodríguez Bustamante, y en menor medida

²⁶ Entrevista con Eduardo Prieto, agosto de 1996.

²⁷ Entrevista con Eduardo Prieto, agosto de 1996.

Butelman, cumplirían funciones clave dentro del organigrama institucional. Erro sería Director Interino del Departamento e integraba asimismo la Junta en representación del claustro docente. De los 19 profesores que hacia 1961 integraban el plantel del Departamento sólo cinco eran profesores titulares mientras que el resto se repartía entre las categorías de Asociado y Adjunto. Erro, Rodríguez Bustamante y Butelman eran tres de ellos. La presencia de Erro era quizá un modo de mantener un lazo con la tradición argentina y una suerte de “escudo protector” de la nueva empresa intelectual.²⁸ Se decía que Germani lo toleraba porque su presencia “protegía” la carrera de sociología de una inspección poco amistosa de los poderes tradicionales a los que Erro, a través de la SADE y ASCUA, estaba estrechamente vinculado.

La sociología nacía así de la conjunción de una alianza intelectual entre un “jefe moderno” y un “elenco humanista” y una alianza política entre la tradición liberal, representada por Erro y Rodríguez Bustamante y la tradición socialista, encarnada por Jorge Graciarena, Torcuato Di Tella, José Luis Romero y Juan Carlos Marín. La excepción a esta regla fue la incorporación de José Luis de Imaz, proveniente de las filas del catolicismo, que pareció reflejar, como en espejo, las fuerzas políticas que en ese momento se disputaban el control de la nueva situación política abierta con la caída del peronismo.²⁹

Un dato revelador del clima político como del modo en que se constituyó la empresa fue la exclusión de todos aquellos que durante los años del peronismo habían representado oficialmente a la disciplina, y cuyas consecuencias serán exploradas en el último capítulo de esta investigación. Esto diferenció claramente a la sociología de la historia y la antropología, en las que la configuración de los planes de estudio y la selección del personal estuvo regida por una especie de compromiso con los sectores que habían controlado la institución durante el peronismo.³⁰ Por el contrario, Germani se rodeó de un grupo de graduados formados en diferentes disciplinas y que fueron

²⁸ Entrevista con Juan Carlos Marín, abril de 1997.

²⁹ Según el propio De Imaz, “Pasé diez años al lado de Germani [...] como un sospechoso aceptado [...] era un hombre del ‘ancien régime’ de la Facultad, único supérstite de un Instituto infeccionado por Dilthey, Freyer, Alfred Weber [...] Pero tenía además otras taras: un espantoso pasado peronista, y peor aún nacionalista, y encima católico. [...] era ‘la oveja negra’ de aquel Departamento de Sociología, y la lección fue de tolerancia, brindada por un intolerante. Y fue sobre la auténtica vida del espíritu, dada por alguien que tenía punto de apoyo en algunos sectores universitarios neopositivistas”. En José Luis De Imaz, *Promediando los cuarenta*. Sudamericana, Buenos Aires, 1977, págs. 128 y 132.

³⁰ Para el caso de antropología, véase Sergio Visacovsky, Rosana Guber y Estela Gurevich, “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires” en *Redes*, vol. IV, N° 10, 1997; para historia, Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo veinte*. Buenos Aires, CEAL, 1993.

sumándose de manera progresiva: Jorge Graciarena y Ruth Sautu (formados en economía), Ana María Babini y Marta Bechis (formadas en letras), Eliseo Verón, Miguel Murmis, Gloria Cucullu, Magalí Sarfatti Larson, Inéz Izaguirre y Darío Cantón (en filosofía), Juan Carlos Marín y Torcuato Di Tella (en ingeniería), José Luis De Imaz (derecho y ciencias políticas), Francis Korn y Catalania Wainerman (en arquitectura), entre otros. Esa exclusión se veía reflejada igualmente en los materiales de enseñanza, que prácticamente no incluyeron -con excepción del *Tratado de sociología*, de Francisco Ayala, y *Sociología Argentina*, de Raúl Orgaz- los trabajos de los que hasta entonces habían enseñado sociología.

La organización de la disciplina y los contornos de una cultura intelectual

Con la caída del peronismo, pues, y la apertura del proceso de renovación universitaria, Germani logró conquistar una posición estratégicamente importante en el campo. Había logrado desplazar de la Universidad de Buenos Aires a la sociología de cátedra, especialmente, a dos de sus figuras más encumbradas, Alfredo Poviña y Tecera del Franco, que hasta entonces habían ocupaba la cátedra y el instituto de sociologías. En octubre de 1955 Germani asumió el dictado de Sociología y la jefatura del instituto. Ese mismo año, el interventor de la Facultad de Filosofía y Letras, Alberto Salas, nombró como directores de estudios a Caillet Bois, Roberto Giusti, Juan Manovani y Gino Germani, entre otros. Al año siguiente Germani obtuvo por concurso la cátedra de sociología en la FFyL así como las cátedras homónimas de las Facultades de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, de Filosofía de la Universidad Nacional del Litoral y de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral. Terminó optando, no obstante, por Filosofía y Letras de la UBA y a partir de entonces se consagró a elaborar el plan para la creación del Departamento y la carrera de Sociología. ¿En qué consistió esa empresa institucional?

Convencido de que la institucionalización de la disciplina debía ajustarse a un patrón internacional que ya había comenzado a manifestarse firmeza, como se vió en el capítulo IX, desde la posguerra en adelante, Germani procuró consolidar dicha institucionalización en los dos niveles: en el de la formación del personal docente y en el de la investigación. La estrategia puesta en práctica para tal fin asumió distintas modalidades, que fueron desde la obtención de becas de estudio en el exterior, el desarrollo intensivo de un programa de asistencia y colaboración de profesores e investigadores extranjeros en las tareas de enseñanza e investigación del Instituto y el

Departamento hasta la colaboración con distintos centros de investigación internacionales y regionales en la realización conjunta de proyectos de investigación.

En 1954 Germani viajó a Italia. Con algo de sorpresa comprobó que, no obstante el predominio de una cultura tradicionalmente hostil a las ciencias sociales, ya comenzaban a establecerse los primeros centros de investigación sociológica, si bien fuera del contexto académico y fuertemente ligados a institutos de planificación social y económica de Italia del Norte. Durante su estadía recorrió algunos institutos y centros universitarios en psicología y sociología en las ciudades de Milán, Turín y Roma, y comenzó a establecer sus primeros contactos personales con algunos profesores y estudiosos de las ciencias sociales europeas.

Pero fue en los Estados Unidos donde Germani hallaría una referencia central para la elaboración de los planes y el diseño de la estrategia de organización de la disciplina. En 1956 solicita una licencia para realizar un viaje de estudio a los Estados Unidos. En la carta a las autoridades académicas escribe lo siguiente:

Desde hace 15 años aproximadamente, el suscrito trabaja en el campo de la Sociología empírica. En contraste con la orientación filosófica y especulativa que prevaleció hasta ahora en la enseñanza universitaria, ha sostenido la necesidad de la investigación y, siempre que le ha sido posible, la ha practicado. Desde la cátedra del Colegio Libre de Estudios Superiores en Buenos Aires y en Rosario, y ahora desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, y desde el Instituto que de ella depende, el suscrito ha orientado su enseñanza en ese sentido. En su labor de docente y de investigación el suscrito se ha inspirado sobre todo en la metodología y técnicas de investigación perfeccionadas y aplicadas en los Estados Unidos: en las presentes circunstancias, en que se abren nuevas posibilidades para impulsar en la Argentina los estudios sociológicos (ya en que además, tales estudios se presentan como una imperiosa necesidad), el suscrito considera que sería de suma conveniencia para el país lograr un contacto personal con los principales centros de investigación y de enseñanza de los Estados Unidos. La información y experiencia que así pueda recogerse hallarán una aplicación inmediata en su labor aquí en la Argentina, ya sea en la Cátedra y en el Instituto universitario, ya sea en el Colegio de Estudios Superiores que también cuenta ahora con una Sección de Sociología, cuya dirección le ha sido confiada.³¹

Finalmente, en noviembre del mismo año, a través del *Educational Exchange Program* del Gobierno de los Estados Unidos Germani obtuvo una beca por un período de dos meses con el fin de “observar y conocer los métodos de estudio e investigación en el campo sociológico y de intercambiar ideas con colegas norteamericanos” (Carta del Embajador Norteamericano en Buenos Aires de diciembre 1956 Foreign Service of the USA, citada a Ana Germani). Durante 1957 se pasó tres meses visitando universidades

³¹ Gino Germani, Buenos Aires, 24 de Febrero de 1956. Archivo Personal.

y centros de investigación del exterior, en su mayoría americanas (Columbia, Chicago, Harvard, Michigan, California, Yale, Iowa, además de la London School of Economics y la Ecole des Hautes Etudes de Paris, entre otras) examinado alternativas de organización universitaria de la disciplina. Entabló relaciones con Talcott Parsons, Robert Merton y Paul Lazarsfeld, y con una serie de investigadores y profesores que, más tarde, serían invitados a dictar cursos en el nuevo departamento. Coleccionó manuales de metodología y de estadística, muchos de los cuales, a su regreso, serían rápidamente traducidos y utilizados como guías en el aprendizaje de los principales métodos y técnicas de investigación social.

La enseñanza

Desde un comienzo el proyecto estuvo presionado por la sensación de un tiempo perdido, por la conciencia de un “retardo”, que sería señalada con insistencia por Germani a lo largo de las publicaciones referidas al estado de la disciplina. La sensación era que en la década transcurrida durante el gobierno peronista el país había quedado al margen del desarrollo mundial de la sociología, que especialmente a partir de la posguerra había experimentado un rápido y substancial crecimiento. Todo debía hacerse, por consiguiente, muy rápido, y quizá debían acortarse las etapas. El testimonio de José Luis de Imaz, uno de los protagonistas de la nueva empresa, proporciona una caracterización aproximada de la situación en que se encontraba la disciplina por entonces: “¿Qué era el Instituto de Sociología en setiembre de 1955, vale decir, en vísperas del desembarco de Germani? [De Imaz se había incorporado al Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras a comienzos de 1954] Un Max Weber mal entendido, la filosofía de la historia de Alfred Weber, pero por sobre todo Hans Freyer. [...] Repetíamos por entonces autores alemanes sin haberlos leído acabadamente: nos era imposible la lectura directa en su idioma original y nos faltaban además los presupuestos epistemológicos para la comprensibilidad de aquellos textos, que estaban al alcance de nuestra mano por obra y gracia de los filósofos españoles que los vertieron a nuestra lengua. [...] nos habíamos dado el lujo de rechazar de pleno la vertiente anglosajona, simplemente ignorándola. Nombres como los de Parsons y Merton nos eran totalmente desconocidos”.³²

En el plano de la enseñanza, una de los indicadores más elocuentes de aquella sensación de “retraso” que debía enfrentar la renovación de la disciplina era el relativo a

la documentación bibliográfica, al menos de aquella que reflejara las últimas innovaciones producidas en el campo de la sociología a nivel internacional. Según un estudio relativo al estado de la sociología en la Argentina hacia mediados de la década del '50, la literatura sociológica latinoamericana se hallaba en la misma situación, en términos de actualización, en la que se encontraba veinticinco años atrás. En efecto, según los datos proporcionados por la encuesta que apoyaba la investigación, la bibliografía del 50% de los programas de enseñanza de la sociología se distribuía de la siguiente manera: el 27% de la misma comprendía las obras escritas con anterioridad a 1930; el 28% a las del período comprendido entre 1930 y 1935; el 26% incluía obras filosóficas y de otras disciplinas sociales producidas en el período anterior a 1930 mientras que el 19% a las obras de la misma especialidad producidas en el período 1930-1935.³³

Dicha carencia había comenzado a ser atacada, en parte, desde la colección "Biblioteca de Psicología Social y Sociología" que Germani dirigía en la editorial Paidós y a través de la editorial de la Universidad, EUDEBA, fundada en 1958, con cuyo director, Boris Spivacov, Germani mantenía relaciones estrechas desde mediados de los '40.³⁴ Asimismo, y para tal fin, fue creado el *Servicio de Documentación de Sociología* encargado de traducir y publicar fragmentos de textos inéditos. Hacia 1963 se habían publicado aproximadamente fragmentos de unos 400 títulos, además de la célebre antología, preparada por Germani y Graciarena y destinada al curso de Introducción de Sociología, *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, editada en 1961. Igualmente, la creación de la serie de los *Cuadernos*, una publicación del Instituto de Sociología que aspiraba a continuar el tradicional *Boletín del Instituto*, estuvo en parte destinada a proporcionar material de enseñanza de la disciplina, ya que en la misma fueron incluidas no solamente investigaciones empíricas emprendidas por el propio Instituto sino también las recientes contribuciones teóricas de autores extranjeros, en especial, americanos. Para 1963 se habían editado 24 números de los *Cuadernos*. Además del *Servicio de Documentación de Sociología* y de los cuadernos, se creó también la serie de *Publicaciones Internas*, que incluía trabajos originales,

³² AAVV, "Gino Germani y su época" en *Ciencia Hoy*, vol.2, N 12, 1992, pág. 12 y 13.

³³ En Gino Germani, "Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana" en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Cuaderno 17, Tomo XII, 1959.

³⁴ Germani había conocido a Spivacov en la editorial Abril, donde Germani dirigió la colección "Ciencia y Sociedad". Un retrato de la trayectoria de Boris Spivacov como editor en la Argentina en Delia Maunás, *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*. Colihue, Buenos Aires, 1995.

informes definitivos o provisionales, textos de proyectos y otros materiales relacionados con las investigaciones del Instituto.³⁵ Hacia 1963 la serie había llegado a editar poco más de 60 títulos. Así, en unos pocos años, la disciplina se había puesto al día. El principal foco de la actualización bibliográfica estuvo puesto en la literatura norteamericana. Nada sorprendentemente, no bien asumió la dirección del Departamento de Sociología, Germani estableció el conocimiento del inglés como requisito de ingreso a la carrera. Ambas elecciones resultan comprensibles fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, porque hacia esos años Estados Unidos llegó a convertirse en el principal centro de experimentación y producción sociológicas y, en segundo lugar, porque dicha literatura era prácticamente desconocida en los medios locales. Pero sería difícil hablar de la difusión de una ortodoxia. A este respecto, una breve comparación entre lo publicado por el *Servicio de Documentación de Sociología*, los *Cuadernos* y la *Antología* permite advertir el carácter marcadamente ecléctico de esa política de actualización. El repertorio bibliográfico incluía el estructural-funcionalismo, la escuela “cultura y personalidad”, la teoría del conflicto y de los pequeños grupos, la psicología social y cognitiva, el psicoanálisis reformista, el interaccionismo simbólico y la teoría del campo, entre otros.

El primer cambio en la dirección de la implantación de una nueva cultura intelectual se hizo sentir en la práctica de la enseñanza y transmisión de los contenidos de la disciplina. Un claro indicador de la dirección que Germani intentó imprimir en esta dimensión nos lo ofrece la comparación entre los programas con que se enseñaba la sociología antes y durante la época del peronismo y el programa que confeccionó Germani una vez que asumió la cátedra de Introducción a la sociología en 1955. Así, y si bien hemos hecho referencia al hecho de que ya durante la primera mitad de los años ‘40 puede observarse una importante apertura hacia la sociología norteamericana, debe notarse no obstante que la literatura sociológica producida en los Estados Unidos estuvo prácticamente ausente de los programas de enseñanza de la sociología. El primero y único intento en esa dirección, por lo demás muy tímido, provino de Alfredo Poviña, que en el programa de 1948 incorporó algunas referencias, aunque especialmente críticas hacia la tradición empírica de la sociología norteamericana. La primera de ellas, *Critiques of Research in the Social Sciences*, de Herbert Blumer, y *The Structure of*

³⁵ En Gino Germani, “Informe relativo al desempeño de la Cátedra de Profesor Titular de Sociología (1956-1963) y en los cargos anexos de Director del Instituto (1956-1963) y Director del Departamento de Sociología (1958-1962)”, Buenos Aires, octubre de 1963.

Social Action, de Talcott Parsons. Asimismo, Poviña recomendaba la lectura de las principales revistas de sociología, entre las que incluía, además de las mexicanas y francesas, las norteamericanas, en especial, el *American Journal of Sociology* y *American Sociological Review*. Con Germani la literatura norteamericana adquirió carta de ciudadanía en la enseñanza de la disciplina.

Otra elemento diferenciador consistió en la importancia asignada a las técnicas de investigación social. Ya en el curso de Introducción a la sociología de 1956 Germani dividió el programa del mismo en dos áreas: un parte introductoria, consagrada a los “Elementos de Sociología General” y una parte específica de “Teoría y Práctica de la Investigación Social”, que incluía, por un lado, cuestiones concernientes a los fundamentos metodológicos de las ciencias del hombre y, por el otro, a problemas relativos a las técnicas de la investigación: los datos y sus fuentes, el método de caso y el método estadístico, las técnicas de la observación libre y de la observación participante, entrevistas, cuestionarios, cédulas, índices y escalas, método ecológico, método sociométrico, etc.

Era la primera vez que el aprendizaje de las técnicas de la investigación empírica era plenamente integrado a un programa de enseñanza de la sociología. “Partir de una visión asentada en actitud fenomenológica donde usted tenía una aprehensión directa e inmediata del objeto a conocer a hacer el camino inverso, los datos, era un salto impresionante”.³⁶ Por cierto, no es que anteriormente las técnicas de investigación hubieran estado del todo ausentes de los programas de sociología. Una ojeada a los principales libros de texto con que se enseñaba la sociología en el período inmediatamente precedente así lo confirma. En principio, *Teoría y técnica*, de José Medina Echavarría, que incluía un extenso capítulo consagrado a la investigación social, figuró en los programas de enseñanza de sociología tanto en las facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Económicas como en Derecho y Ciencias Sociales. El otro libro de gran circulación, *Cursos de Sociología*, de Alfredo Poviña, contenía una historia de los métodos sociológicos que subrayaba los aportes de Comte, Durkheim, Le Play y Weber, pero poniendo igualmente de relieve la obra de Charles Booth y las técnicas americanas. Asimismo, la obra ofrecía una reseña de las tres técnicas de investigación más usadas durante los años ‘30 y ‘40: el método de caso, la entrevista y la historia de vida, señalando, asimismo, los beneficios que podían extraerse de la aplicación de los *test* sociométricos. Con todo, se trataba de una referencia libresca

antes que práctica y ocupaba en rigor un lugar secundario frente la enseñanza de las doctrinas sociológicas. A diferencia de ello, el curso preparado por Germani constaba de una instancia de trabajos prácticos que incluía un curso de metodología de la investigación social y la participación en una investigación realizada en el marco del programa de investigaciones del Instituto de Sociología. La literatura era, en lo que a los métodos y a las técnicas se refiere, predominantemente anglosajona, e incluía textos consagrados a la estadística y a las diversas técnicas de la investigación social. Ahí estaba el clásico *The Language of social research*, de Lazarsfeld y Rosemberg, para lo concerniente a las técnicas de la investigación social como el *Foundation of Social Sciences* (1944), de O. Neurath. La bibliografía incluía, igualmente, la *Encyclopaedia of Unified Science*, de O. Neurath, N. Bohr, J. Dewey y otros. La inscripción al Instituto era obligatoria, lo que sugiere la importancia asignada a las tareas de investigación tanto en la enseñanza de la disciplina como en la formación profesional, importancia que se vería finalmente reflejada en el diseño del plan de estudios a partir de la inclusión, en la currícula, de una serie de cursos destinados a entrenar a los alumnos en las modernas técnicas y procedimientos de la investigación social. En efecto, el plan de estudios del Departamento contemplaba dos niveles o ciclos diferenciados, el Certificado de Estudios Básicos en Sociología y la Licenciatura en Sociología. En ambos, los alumnos debían aprobar dos cursos de “Elementos de Metodología Estadística” y “Elementos de Metodología y Técnicas de la Investigación Social” respectivamente.³⁷

Juan Carlos Marín, uno de los protagonistas de aquellos años, recuerda la experiencia en los siguientes términos:

La regla de oro era la determinación investigativa, ese era el chiste. La gente estaba acostumbrada a que los paquetes bibliográficos tuvieran una permanente referencia a un amplio espectro de investigaciones. Uno estaba acostumbrado a leer investigaciones, a estar atentos a que existían investigaciones, y no sólo a participar aún escolarmente en tareas investigativas. [...] La dinámica de la investigación dentro de la carrera funcionaba [de la siguiente manera:] los paquetes bibliográficos de las currícula didácticas docentes se armaban a partir de la descripción e instalación de investigaciones realizadas, sobre todo las investigaciones propias como americanas. Por ejemplo, si el curso era sobre Emile Durkheim, uno leía *El suicidio*, pero se lo leía, [y] no simplemente se lo hojeara, su lectura era un elemento curricular sustantivo”.³⁸

En efecto, las fuentes documentales confirman que, por ejemplo, en el curso “Elementos

³⁶ Entrevista con José Luis de Imaz, agosto de 1997.

³⁷ Véase, “El Departamento y la Escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del Director”, Buenos Aires, 1961.

de metodología y técnicas de la investigación social” el aprendizaje del *métier* metodológico se hacía tomando como referencia una serie de investigaciones empíricas a la manera de ejemplares. Los ejemplares más frecuentes eran, entre otros, *El Suicidio*, de Emile Durkheim, *La personalidad autoritaria*, de Theodor Adorno y otros, y *The absorption of inmigrants*, de N. Eisenstadt. Por lo demás, los trabajos prácticos del curso consistían o bien en un análisis de *El suicidio* de Durkheim, o bien en la preparación de un diseño de investigación sobre la absorción de los inmigrantes en la Argentina o sobre los prejuicios étnicos y las actitudes autoritarias en la Argentina. Así, a través de la estrecha conexión entre la enseñanza y la investigación, Germani otorgaba título de nobleza a un *métier*, la investigación social, que hasta entonces sólo había ocupaba un lugar secundario o marginal en la definición de la disciplina y no era considerado relevante en la formación del sociólogo.

El desarrollo del programa enfrentaba, sin embargo, una severa dificultad: la falta de personal idóneo en la enseñanza de la disciplina, y especialmente, en la enseñanza de las técnicas de investigación social. Para enfrentar el problema, Germani emprendió un intensivo programa de cooperación con profesores e investigadores extranjeros provenientes de los Estados Unidos, de Europa así como de otros países latinoamericanos. Así, en los primeros dos años, el Departamento recibió la visita de 12 profesores del exterior.

Inicialmente, todo ello se logró a través del Programa Smith Mondt y Fulbright y de la vinculación establecida con especialistas y centros extranjeros. En 1957 arribaron los primeros: J.B Knox, de la Universidad de Tennessee, que impartió cursos sobre Sociología industrial y Demografía y Alan Touraine, del Centre d'Etudes Sociologique, que empezó un seminario sobre Sociología Industrial. Paralelamente, y como parte del plan de formación de investigadores, el Instituto organizó una serie de cursos de perfeccionamiento en metodología para graduados que complementaba la labor del Departamento de Sociología y cursillos técnicos de utilidad principalmente para el personal de auxiliares de investigación. Los mismos estuvieron a cargo de Araon Cicourel, sobre Problemas de Investigación en Sociología de la Familia y de David Nasatir sobre Técnica de Análisis Multivariado de datos empíricos, entre otros. En poco tiempo, la colaboración de investigadores extranjeros fue tan significativa que tanto el Instituto como el Departamento se asemejaban mucho más a un centro de estudios e investigación de carácter internacional que a lo que efectivamente eran. Así, y en el

³⁸ Entrevista con Juan Carlos Marín, abril de 1997.

transcurso de unos pocos años, desfilaron por la institución Kalman Silvert, de la Universidad de Tulane, Irving Horowitz, de Bard College, Peter Heintz y Lucien Brams, de FLACSO, George Friedman de L'Ecole des Hautes Etudes, José Medina Echavarría de FLACSO-CEPAL, Louis Aguiar Costa Pinto de Brasil, Ralph Beals y Thomas Ktsanes, de la Universidad de Tulane, EEUU, Rex Hopper, del Brooklyn College, EEUU, Bernard Rosemberg, del City College, EEUU, Frida Silvert, de la Universidad de Tulane, EEUU, Nathan Keyfitz, de la Universidad de Toronto, Canadá, Albert Meister, de L'Ecole Pratique des Hautes Etudes, Francia, entre otros. Todo ello testimonia el *perfil internacionalista* que Germani aspiraba otorgar a la disciplina.

La investigación

En el plano de la investigación, y como ya se ha afirmado, hacia mediados de la década del '50 existían varios institutos de investigaciones en ciencias sociales. A la creación, en 1941, del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, le seguirían el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, en 1947, el Instituto de Estudios Políticos y Sociales, de la Escuela Superior de Estudios Políticos y Sociales de la Universidad de Cuyo, Mendoza, en 1952, el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral, Rosario, en el mismo año, el Instituto de Sociología e Historia de la Cultura de la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba, en 1956 y el Instituto de Sociología Argentina y Bonaerense del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires en 1950. Pero en general, todos ellos carecían de personal remunerado, con excepción del Director (en algunos caso también ad-honoren) y de fondos para el desarrollo de investigaciones. Hacia 1958, según Germani, los únicos institutos que disponían de cierta organización eran el de la Facultad de Filosofía y Letras y el del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Una de las primeras iniciativas de Germani destinadas a quebrar este obstáculo consistió en el establecimiento de una serie de alianzas con distintas agencias u organismos regionales e internacionales de enseñanza e investigación y con las organizaciones profesionales de la disciplina. Así, desde el inicio el Instituto requirió su afiliación a la *International Sociological Association* a la vez que se establecieron relaciones estrechas con el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO. La participación de Germani en la organización y luego dirección de los dos centros regionales de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales, FLACSO Y CLAPCS

creados en 1957 (Germani integró el Comité Director de ambos centros entre 1957 y 1963) así como su participación en la Comisión Asesora en Ciencias Sociales del recientemente creado Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) logró consolidar una red de relaciones que no sólo contribuyó a legitimar la nueva empresa intelectual ante las nuevas agencias de promoción de la enseñanza y la investigación en ciencias sociales sino que fue decisiva para el desarrollo de las primeras investigaciones empíricas y de gran escala desarrolladas en el marco del instituto. En efecto, tanto UNESCO como el CLAPCS cumplieron un papel decisivo en la investigación sobre estratificación, que cubrió cuatro capitales latinoamericanas (Montevideo, Río de Janeiro, Santiago, Buenos Aires) mientras que el CONICET apoyó la muestra para Buenos Aires de esta última. En efecto, hasta 1963 los fondos para la investigación provinieron, en primer lugar, de un contrato con la UNESCO que permitió financiar la investigación sobre los efectos sociales de la urbanización; en segundo lugar, la investigación sobre estratificación y movilidad social fue financiada en parte con una subvención del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales de Río de Janeiro (CLAPCS) mientras que el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET) financió la construcción de una muestra de áreas del Gran Buenos Aires y parte de la investigación sobre estratificación social.³⁹ Esta última pudo igualmente contar con la asistencia de profesores del exterior que fueron contratados gracias al apoyo de los programas Smith-Mondt y Fulbright de los Estados Unidos.⁴⁰

Así, en unos pocos años, Germani logró dotar al Instituto de Sociología de un conjunto de investigaciones, de un personal fijo remunerado y de una estructura organizativa a la vez que abrió la disciplina a la exploración de toda una nueva serie de objetos: la estratificación, la movilidad, la inmigración, la movilización política, el prejuicio, la personalidad autoritaria, la secularización y la urbanización, el desarrollo económico. Hacia 1958 el Instituto ya contaba con 19 personas, incluido el Director, y hacia 1964 eran 59 las investigaciones radicadas, en su mayoría de carácter empírica, pero también investigaciones o bien teóricas o bien que utilizaban datos secundarios.

³⁹ En Gino Germani y Jorge Graciarena, "Enseñanza e investigación de la Sociología, Ciencia Política y Economía. La situación en la Argentina", Estudio preparado para el Seminario Latinoamericano sobre Metodología de la Enseñanza y la Investigación, organizado por UNESCO, FLACSO Y CENTRO LATINOAMERICANO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIAS SOCIALES, Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1958.

⁴⁰ Gino Germani, "Informe relativo al desempeño de la Cátedra de Profesor Titular de Sociología (1956-1963) y en los cargos anexos de Director del Instituto (1956-1963) y Director del Departamento de

Hasta 1958, momento en que comienza a funcionar la carrera y del Departamento de sociología, el Instituto fue a un tiempo el asiento de las primeras investigaciones en escala reducida y lugar de formación de los primeros reclutados. En efecto, las investigaciones sobre estratificación y movilidad y sobre la inmigración masiva en el Río de la Plata se constituyeron en la matriz fundamental de formación y entrenamiento de los aspirantes a la profesión. A su vez, la licenciatura había establecido como requisito de obtención del título el cumplimiento de una determinada cantidad de “horas de investigación” en la realización de encuestas, entrevistas, codificación y elaboración de cuadros, obligando de esta manera al aspirante a transitar por todas las fases características de una investigación fundada en la elaboración de datos.

Durante el primer año, las dos primeras investigaciones fueron consagradas a los problemas de la vida estudiantil y a la observación del funcionamiento de una comisión paritaria del Ministerio de Trabajo mencionadas en nota más arriba. A su vez, la formación fue canalizada a través de cursillos y seminarios de especialización y perfeccionamiento del personal. A partir de 1957 el Instituto inició investigaciones de mayor envergadura a las que se hizo referencia hace un instante. Con el auspicio de la UNESCO, se emprendieron dos proyectos sobre urbanización. El primero referido a un análisis general del proceso de urbanización en la Argentina y el otro a los efectos sociales de la urbanización en una zona obrera de Buenos Aires, La Isla Maciel, el primer estudio de esta naturaleza en el país. Ese mismo año, a su vez, el Instituto contó con la colaboración de dos profesores extranjeros, J.B. Knox y Alain Touraine, que dictaron cursos sobre Sociología industrial y Demografía.

A partir de 1958, ya en marcha el Departamento y la carrera, el Instituto se concentró en las tareas de investigación. Ese año fue realizada con el financiamiento del CONICET la construcción de una muestra aleatoria de áreas para la zona metropolitana del Gran Buenos Aires. El objetivo de la misma era crear un instrumento para el estudio de la zona urbana del Gran Buenos Aires. Así, a partir de dicha muestra se procedió a la realización de tres encuestas: a) estratificación y movilidad social; b) etnocentrismo y actitudes autoritarias; c) asimilación de inmigrantes. Ese año el Instituto participó en las tareas del Censo Universitario y se realizó en Buenos Aires el primer Seminario Latinoamericano sobre Estratificación y Movilidad Social, un proyecto de investigación de carácter regional que abarcó cuatro capitales latinoamericanas (Buenos Aires, Río de

Janeiro, Santiago y Montevideo). Hacia 1960 Germani y José Luis Romero obtuvieron un subsidio especial de 35.000 dólares de la Fundación Rockefeller destinado a financiar e proyecto sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata emprendido por el Instituto de Sociología y el de Historia Social dirigido por Romero.

Esta vinculación con organismos internacionales y con centros extranjeros se materializó igualmente a través de la subvención ofrecida por la Ford Foundation, que permitió fortalecer el programa de formación intensiva del personal docente, mejorar la infraestructura y proseguir con la contratación de especialistas del exterior. En efecto, en 1960 la Ford Foundation concedió al Departamento de Sociología un subsidio de 210.000 dólares que había sido gestionado por Germani durante sus visitas a los Estados Unidos. El subsidio se distribuyó de la siguiente manera: \$100.000 para la contratación de expertos y profesores extranjeros; \$55.000 para becas y períodos de perfeccionamiento en el exterior; \$30.000 para equipamiento de la biblioteca y \$15.000 para equipamiento material. Junto con el apoyo del CONICET, dicho subsidio permitió realizar la parte más ambiciosa del programa: contribuyó a la capacitación y perfeccionamiento del personal docente y de investigación por medio de becas en universidades norteamericanas y europeas, al mejoramiento y diversificación de la enseñanza a través de la contratación de profesores extranjeros y a una actualización bibliográfica a través de la compra de libros y publicaciones periódicas. El financiamiento permitió, asimismo, proseguir investigaciones ya en curso y a financiar nuevos proyectos.⁴¹

La encuesta empírica frente a la síntesis libresca

Como se ha visto, una de las innovaciones más importantes de la nueva empresa fue la introducción de la investigación empírica en la formación profesional. Ciertamente, aunque hubo intentos en esa dirección, en la universidad no existía tradición en investigación social. La necesidad de acudir a los manuales, un tipo de publicación cuya principal finalidad es instruir a un público profano en una materia de difícil acceso revela la escasa familiaridad de los aprendices de sociólogos con las nuevas técnicas de investigación. Se trataba del aprendizaje de un nuevo oficio. A este respecto, los manuales tenían por propósito instruir a profesores y alumnos en el *métier* de la investigación: cómo entrevistar, cómo preguntar, cómo tabular y codificar una

⁴¹ Véase, "Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Informe del Director, Buenos Aires, junio de 1964.

encuesta, en fin, cómo y qué observar. Para tal fin, el Departamento había puesto en disponibilidad dos manuales generales, el *Manual del encuestador*, redactado por el propio Germani y el *Manual de codificación*, redactado por Jorge Graciarena. Nada, absolutamente nada, debía quedar librado a la espontaneidad. A este respecto, el *Manual del encuestador* no ahorra indicaciones: las mismas iban desde la forma de acercarse al entrevistado hasta la forma de organizar el cuestionario, formular las preguntas y tomar apuntes. Sometida a una serie de operaciones de objetivación, la acción misma de observar era objeto de una problematización teórica y de un tratamiento reflexivo y sistemático. La observación se convertía así en una operación extremadamente compleja, asistida de manera sistemática por guías, esquemas e instrucciones que la organizaban y la focalizaban de maneras más o menos rígidas. La observación adoptaba así la forma de una organización de técnicas e instrumentos cuidadosamente seleccionados en vistas de los problemas planteados. El control ejercido sobre el proceso de la observación alcanzaba igualmente a la propia persona del observador con una serie de instrucciones relativas a su “aspecto externo, su tipo físico, su indumentaria” que afectan -en un sentido u otro- a la entrevista. Así, frente a una situación caracterizada por problemas raciales, el *Manual* sugería que el entrevistador perteneciera al mismo grupo étnico del entrevistado de tal manera de evitar distorsiones en las respuestas. La misma regla debía seguirse para el caso de las diferencias de clase, especialmente en el caso de entrevistas a miembros de las clases altas; en el caso de las clases populares, en cambio, el entrevistador debía adecuar su apariencia a las expectativas de los sectores populares respecto al tipo de personas que hacen encuestas (estudiantes o obrero). Finalmente, las instrucciones concernían igualmente al énfasis y al tono de la voz empleado en la formulación de las preguntas que afectaban -según se afirmaba- la producción de la información.⁴² Por cierto, el mismo *Manual del encuestador* contemplaba formas de observación menos rígidas o comúnmente llamada “observación libre” y a la que Germani se refería como aquella que habitualmente “emplea el escritor al describir cierta realidad social”. A este respecto, Germani recordaba que “muchos novelistas suelen tomar notas de sus observaciones y a menudo lo hacen de manera más o menos sistemática. Muchas obras de ficción son verdaderos documentos de gran interés sobre la realidad social, en tanto son el resultado de

⁴² Para esto, véase de las Publicaciones Internas de la carrera el *Manual del Encuestador*, de 1960, redactado por Gino Germani; también Jorge Graciarena, “Instrucciones a los encuestadores para el trabajo de campo de las encuestas proyectos 6.12.26.”, 1960.

observaciones directas realizadas por personas de particular capacidad y penetración. De este modo, una parte de la novelística clásica –por ejemplo, Dickens, Balzac o Zola– pueden ser aprovechados desde el punto de vista científico, pudiéndoseles considerar como protocolos de observación producidos por el escritor”.⁴³ No obstante, la observación libre constituía, a sus ojos, una etapa previa aunque necesaria, de la observación científica, caracterizada por el uso de esquemas precisos que permitieran guiar sistemáticamente la observación.

A su vez, el Departamento confeccionaba una serie de separatas con “instrucciones” relativas a investigaciones concretas, como por ejemplo, las “Instrucciones a los encuestadores para la realización de las entrevistas, el uso y el registro del cuestionario” redactado por Graciarena a propósito de la investigación sobre “Estratificación y movilidad social en cinco capitales latinoamericanas”.⁴⁴ Así, la investigación adquiriría las cualidades de una actividad extremadamente sistematizada para un público que no estaba habituado a ella. La dimensión instrumental de la investigación tenía una importancia central. La tarea consistía en aprender un oficio escasamente cultivado en la Argentina. “Era la primera vez que tomábamos contacto con encuestas, codificación, etc. Esta [la investigación sobre los estudiantes universitarios] fue un momento muy importante para la popularidad de la sociología y también para la animosidad que conquistó en la Facultad”.⁴⁵

Así, la *encuesta empírica* en lugar de la síntesis libresco se convirtió en la forma dominante de acceso a la documentación de la nueva fórmula de investigación. La sociología ya no debía fundar sus reflexiones sobre la base de la documentación proporcionada por el trabajo de historiadores y/o ensayistas del pasado. Por el contrario, la reflexión sociológica debía operar a partir de nuevas fuentes de documentación producidas, sobre la base de diversas técnicas de acceso a ellas (fundamentalmente encuestas), por los propios practicantes. Así, de las 59 investigaciones existentes en el Instituto de Sociología hacia 1964, más de la mitad de las mismas eran investigaciones realizadas sobre la base de un relevamiento y análisis de datos primarios mientras que las restantes eran o bien investigaciones teóricas o bien investigaciones que utilizaban datos de otras investigaciones con el fin de utilizarlas para la comprobación de

⁴³ Gino Germani, *Manual del encuestador*, Instituto de Investigaciones, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1960, pág. 18.

⁴⁴ Jorge Graciarena, “Instrucciones a los encuestadores para la realización de las entrevistas, el uso y el registro del cuestionario”, Publicación Interna N° 23, 1960.

⁴⁵ Testimonio de Ana María Babini. Entrevista con el autor, agosto de 1997.

determinadas hipótesis.

No es casual, a este respecto, que el Instituto de Sociología contara, además de la "Colección estructura", con una colección titulada secamente "Datos", que de algún modo continuaba aquella sección del *Boletín del Instituto de Sociología* inaugurada por Levene en los años '40 y dirigida por el propio Germani. La diferencia estaba en que la información publicada era ahora la producida por las encuestas emprendidas por los propios practicantes de la disciplina y no recogida de agencias externas al instituto como en el pasado. Igualmente merece mencionarse la colección "Publicaciones Internas", que reunía textos referidos a diseños teóricos, proyectos, informes preliminares o parciales, instrumentos de análisis y otros materiales empleados en las investigaciones. Hacia 1963 se habían editado poco más de 60 publicaciones internas. Mediante este énfasis en la encuesta la reflexión sociológica giraba hacia el mundo contemporáneo: la sociología como una ciencia del presente, un aspecto este último que había sido subrayado por Norberto Rodríguez Bustamante en su evaluación de la enseñanza de la sociología desde principios de siglo hasta 1955. A este respecto Rodríguez Bustamante señalaba que uno de los rasgos que había caracterizado la reflexión sociológica durante el período era precisamente "su relativa preocupación por los problemas de la sociedad argentina, enfocados *con criterios socio-histórico*, y la ausencia de investigaciones de campo o siquiera de una indagación *con perspectiva sociológica* de los problemas de la vida actual".⁴⁶ Con todo, la dimensión histórica de los problemas no sería por ello menos importante. A este respecto, basta recordar la investigación sobre la Inmigración al Río de la Plata emprendida con el Centro de Historia Social y en general las investigaciones sobre la década del '80 etc. que serían recogidas más tarde en *Argentina, sociedad de masas*.⁴⁷ Asimismo, este énfasis sobre la encuesta empírica modificó sustancialmente la idea de la sociología como una disciplina de síntesis de las demás ciencias sociales: ya no se trataba de limitar la reflexión sociológica a los trabajos publicados por historiadores y otros científicos sociales sino de encarar investigaciones sobre los problemas que interesan y sobre la base de una información producida por el propio practicante a través de los diferentes procedimientos de producción y recolección de los datos disponibles por entonces en la

⁴⁶ En Norberto Rodríguez Bustamante, "Cronología de la enseñanza de la sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires" en Informe del Director, 1961, pág. 15. Las cursivas son mías.

⁴⁷ Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y col., *Argentina, sociedad de masas*. EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

tradición de la disciplina. La síntesis libresca, como *métier* tradicional del sociólogo, fue desplazada en favor de la síntesis empírica.

Este cambio en la forma de acceso a la documentación introdujo una nueva forma de escritura sociológica. El “informe de investigación” se impuso al tratado y la figura del profesor universitario se vio desplazada por la del investigador. En tanto profesores universitarios, la tarea de los sociólogos aparecía estrechamente conectada con la enseñanza de las diferentes doctrinas sociológicas (ordenándolas ya sea por “escuelas” o “sistemas”) y destinada fundamentalmente a completar la formación profesional de aquellos a quienes está dirigido, fundamentalmente el público de los estudiantes de derecho y filosofía. De ahí la forma predilecta de esa transmisión: el manual, que asumía distintas variantes, ya sea el tratado de sociología, la introducción a la sociología o una historia de la sociología. Por el contrario, el “informe de investigación” impone una nueva forma de trabajo intelectual, de acceso a la documentación, de lenguaje y de escritura. En principio, y a diferencia del carácter individual de la ejecución del tratado y/o el manual, con el informe el trabajo intelectual se convierte en una empresa colectiva. Una ojeada a las investigaciones encaradas por el Instituto de Sociología permite advertir la participación de dos o más miembros del departamento en cada una de ellas. Pero no es solamente esta participación de dos o más investigadores la que otorga carácter colectivo a la empresa de investigación sino la producción misma de la información, que supone la participación de investigadores no necesariamente vinculadas a la investigación en cuestión. Es el caso, por ejemplo, de la realización de la encuesta sobre estratificación social y movilidad, cuya información fue utilizada para diversas investigaciones. Con la introducción del informe se modifica igualmente el lenguaje y los procedimientos cognitivos de la disciplina: variables, dimensiones, indicadores, test estadísticos, escalas, tipos de muestras (muestras aleatorias y muestras no aleatorias, muestras accidentales y por cuotas) y formulación y verificación de hipótesis se convierten en los instrumentos y procedimientos cognitivos de clasificación e interpretación de la información recogida. Las investigaciones adquieren así un carácter marcadamente analítico. Finalmente, el informe impone una nueva forma de exposición y redacción de los resultados de la investigación: la descripción del material de encuesta y de las condiciones de su recolección como el uso recurrente de cuadros en la organización y clasificación del material es precedida de un protocolo de lectura o de lo que más comúnmente hoy se denomina una observación de

segundo orden consistente en una reflexión sobre los métodos utilizados, las posibilidades abiertas por el uso de los mismos así como sus limitaciones.

Estos nuevos modos de acceso a la documentación y producción de la información exigían una nueva forma de organización institucional. Ciertamente, en este punto la estrategia de Germani se apoyó parcialmente en las estructuras ya existentes, en especial, el Instituto de Sociología, pero introdujo en él una innovación institucional importante: lo convirtió en un centro de investigación y entrenamiento, una réplica de la fórmula institucional que por entonces había comenzado a ganar terreno en los departamentos de sociología de las universidades americanas y que sirvió de modelo para su desarrollo y expansión en Europa y América Latina. El Instituto se convirtió en una organización extremadamente compleja y fuertemente burocratizada, apoyada sobre una estructura de roles y funciones jerárquicamente diferenciadas y fundada en la división del trabajo y la especialización. En su estructura, el instituto se componía de varias secciones: la Dirección, la Oficina Estadística de Muestreo, la Oficina de Encuestadores, la Oficina de Codificación, cómputos y análisis y la Oficina de Compilación Mecánica. Cada una ellas tenía a su cargo el cumplimiento de determinadas funciones llevadas a cabo por personal especializado para tal fin. Además de papeles y libros, toda una serie de objetos novedosos como la perforadora y la máquina de IBM ofrecían una imagen de un instituto de investigaciones que era absolutamente extraña a las imágenes habituales.

El desarrollo de un intensivo programa de becas con el objeto de obtener una especialización en el extranjero constituyó un capítulo decisivo en la formación del personal docente y de investigación. "Germani quería enviarnos a toda costa a los Estados Unidos -recuerda José Luis de Imaz- yo insistía en que no, en que si me presentaba para una beca sería para ir a Francia".⁴⁸

En efecto, el viaje a los Estados Unidos habrá de constituir una etapa importante en la adquisición del *métier* que Germani hallaba acorde con la nueva cultura intelectual que pretendía instalar. En esos años, casi todos los miembros del nuevo departamento fueron al exterior para perfeccionarse. La mayoría a los Estados Unidos, otros a Inglaterra y unos pocos a Francia. La formación de investigadores y docentes en el exterior comenzó ya en los primeros años. Las primeras becas de la UNESCO, la UBA y el CONICET, otorgadas en 1957, fueron destinadas para cursar estudios en la Escuela de Sociología recientemente creada de la FLACSO. En los primeros años, los becados

al exterior sumaron poco menos de una veintena. Así, entre 1957 y 1959, Perla Gibaja y María Eugenia Dubois, ya por entonces docentes del Departamento, tomaron cursos intensivos en FLACSO con becas de la UNESCO y de la UBA; más tarde, hicieron lo propio Gerardo Andújar, Lidia Redlbacher y Edmundo Sustaíta (1960-1962), que por entonces cursaban la carrera en el Departamento. Del grupo de alumnos, viajaron, igualmente, Ana María Eichelbaun de Babini, al Institute of Education de la Universidad de Londres; Marta Bechis y Silvia Sigal a la School of Economics and Political Sciences de la Universidad de Londres; Mabel Arruñada, Enrique Butelman, Jorge Graciarena y Ruth Sautu pasaron temporadas en distintas Escuelas e Institutos de la Universidad de Londres. Federico Nebbia, con beca de CONICET, estuvo dos años en la Universidad de Harvard y en la New School for Social Research; Gloria Cucullu, Miguel Murmis, Dario Canton y Elsa Schamis, con becas de CONICET, se dirigieron a la Universidad de Berkeley, California (1960-1962); Eliseo Veron y José Luis de Imaz viajaron a Francia, el primero al *Laboratoire D'Anthropologie Sociale du Collège de France* y a la *Ecole Pratique des Hautes Etudes* y el segundo al *Centre D' Etudes Sociologiques* de Paris; Jorge Graciarena, Ruth Sautu y Marta Bechis marcharon para la *London School of Economic*. Finalmente, Jorge García Bouza, estuvo dos años en la Universidad de Michigan y Alejandro Dehollain en el Centro Latinoamericano de Demografía en Santiago de Chile.

Las razones de una fórmula exitosa

Ahora bien, ¿qué condiciones y/o factores se conjugaron para que la fórmula ensayada por Germani lograra ese grado de institucionalización? Indudablemente, el hecho se debió a la concurrencia de factores de distinto orden: político, cultural, institucional e intelectual, algunos de los cuales ya fueron mencionados más arriba. En primer lugar, a la existencia de un clima cultural favorable que, desde fuera y dentro del campo intelectual, se mostrará receptivo a las iniciativas destinadas a una modernización de las instituciones universitarias, y especialmente al desarrollo de las ciencias sociales, y que alcanzarían forma institucional a partir de la creación de nuevas carreras universitarias, departamentos e institutos de investigación. En segundo lugar, por una eficaz estrategia de legitimación de la disciplina en el sistema universitario y en la esfera pública. A este respecto, se ha señalado que cuanto más próximos están los innovadores respecto al sistema de valores de la universidad tantas más probabilidades

⁴⁸ José Luis De Imaz, *op. cit.*, pág. 165.

existen de que la propuesta sea juzgada como aceptable.⁴⁹ En principio, el plan de modernización de la sociología emprendido por Germani se revelaría enteramente afin con la dirección que adoptó, en general, el proyecto de modernización universitaria. Según fuera señalado más arriba, este último incluyó una jerarquización de la tarea de investigación que fue promovida a través de la creación de centros e institutos de investigación, de la contratación de profesores extranjeros cuando las demandas de entrenamiento así lo requirieran así como a través de la ampliación de la dedicación exclusiva. La reforma incluyó, igualmente, la división de las facultades en departamentos y un plan de becas internas y externas para investigación y perfeccionamiento en los centros de investigación europeos y norteamericanos. De algún modo, todas estas iniciativas parecían cortadas al talle de las aspiraciones de Germani respecto a su propia empresa intelectual.

Todavía más. En un contexto en el que la Universidad, y en especial, la investigación científica, serían invocados aquí y allá como un factor estratégico en el desarrollo nacional, Germani articuló una estrategia de legitimación antes las nuevas autoridades universitarias que se revelaría eficaz precisamente porque conectaba la reorientación de la disciplina así como la necesidad de una reforma amplia y sistemática de la organización universitaria con las nuevas condiciones generadas como consecuencia de los profundos cambios sociales, políticos y culturales que enfrentaba por entonces la nación. Ya a comienzos de los años '50, en un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, una institución de la que habría de surgir, pocos años más tarde, buena parte del elenco de las nuevas autoridades universitarias,⁵⁰ Germani advertía que los profundos cambios sociales operados en el transcurso de esa década sólo podían ser adecuadamente comprendidos con el recurso a los instrumentos y procedimientos proporcionados por la metodología y la técnica de la investigación social, capaz de lograr -decía- “una descripción cualitativa y cuantitativa de los hechos y, a la vez, de establecer o descubrir las principales correlaciones entre las diferentes series de fenómenos sometidos a estudio”. En fin, se trataba de “organizar, con sistema y espíritu científico, el conocimiento de la realidad social del país”, todo lo cual requería, claro está, no solamente de recursos materiales adecuados, institutos

⁴⁹ Terry N. Clark, “Émile Durkheim and The Institutionalization of Sociology in the French University System”, en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. IX, 1968.

⁵⁰ En la segunda mitad de los años '50, 19 miembros del Colegio llegarían a ocupar los cargos de mayor jerarquía en las principales universidades del país (rectores, interventores, decanos y vicedecanos). En Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires, 1998, pág. 181.

especializados y personal técnico capacitado sino del apoyo decidido de los organismos públicos como de las instituciones privadas.⁵¹ De esa manera, Germani lograba identificar la existencia misma de la sociología científica con una “causa” nacional y, de esa manera, vincular a aquella con una serie de expectativas y de propósitos práctico-instrumentales, una dimensión central del proceso de legitimación de toda ciencia. El título de la última parte de lo que poco tiempo después se convertiría en el manifiesto de la nueva empresa, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación* (1956) resulta por demás elocuente: “Sociología y Acción social”. Más tarde, en un ensayo destinado a evaluar el estado de la disciplina en los países de América Latina, dictaminaba que “[...] la urbanización, la industrialización, la incorporación de masas a este tipo de vida en la sociedades industriales, la integración política de amplios sectores de la población, todo ello –afirmaba– no sólo ha creado una multiplicidad de problemas, sino que ha cambiado la estructura de clase y, en particular, el origen social tanto del estudiante universitario como de su profesor, así como de las elites intelectuales. De este modo, la actitud ‘contemplativa’ vinculada a las elites de tipo aristocrático está dando lugar a una mayor inclinación hacia los estudios empíricos y el entrenamiento científico”.⁵²

Ya para entonces, el tópico se había vuelto un tema recurrente en sus escritos. Dos años antes, incluso, llegó a reclamar la formación en las ciencias del hombre como un componente esencial de la cultura cívica de los miembros de una sociedad moderna. Las profundas transformaciones históricas que caracterizaron el advenimiento de la sociedad moderna han colocado a los hombres –decía– en una situación sin precedentes. El “saber tradicional” ya no estaba en condiciones de ofrecer alguna orientación frente a la extensión y, fundamentalmente, la rapidez de los cambios. “Los problemas eran demasiado nuevos e imprevistos, demasiado complejos y extensos para que pudieran ser tratados con los antiguos procedimientos, adecuados para sociedades más estáticas, más sencillas”.⁵³ Asimismo, la afinidad de la reorientación disciplinaria propugnada por Germani con el rumbo adoptado por la disciplina a nivel internacional, y especialmente, con la orientación del programa de implantación y desarrollo de las ciencias sociales promovido en la región por ese tejido institucional descrito en el capítulo IX (OEA,

⁵¹ En Gino Germani, “Algunas repercusiones sociales de los cambios económicos en la Argentina (1940-1950)” en *Cursos y conferencias*, Año XX, vol. XI, N° 238, 1952, pág. 560-561.

⁵² En Gino Germani, “Development and Present State of Sociology in Latin America”, *Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1958, pág. 19.

⁵³ En Gino Germani, “La enseñanza de las ciencias del hombre” en *Revista Universitaria*, N°1, Buenos

ONU, CEPAL) fue un elemento adicional que contribuyó a investir de legitimidad a su empresa. Tanto una como la otra apelaron, como pudo verse, a una drástica modificación de los contenidos y los métodos de la enseñanza haciendo de la investigación social un componente central de la formación profesional.

El grado de desarrollo de una empresa intelectual considerada en términos de la coherencia, sistematización y sofisticación de sus esquemas conceptuales centrales así como el carácter intelectualmente persuasivo, la capacidad de exhibida para plantear problemas “interesantes” y el grado de correspondencia con previas disposiciones y patrones de pensamiento de los potenciales receptores son, asimismo, factores importantes respecto a las posibilidades de institucionalización de una determinada empresa intelectual.⁵⁴ En este sentido, y a diferencia de sus oponentes, la empresa intelectual de la sociología científica fue capaz de exhibir ambos rasgos: articuló una fórmula intelectual relativamente sistemática, coherente y sofisticada con capacidad de reproducción y al mismo tiempo conectó dicha fórmula con problemas considerados entonces relevantes, tales como la naturaleza y el significado del peronismo en la vida política nacional y las cuestiones más generales referidas al desarrollo económico y la modernización, como se verá en el capítulo siguiente. En ese sentido, el importante grado de proximidad de la nueva empresa intelectual respecto del sistema de valores de la universidad se correspondió igualmente con un grado importante de proximidad en el terreno de las preocupaciones políticas. En el centro de estas últimas se hallaba, como fue comentado más arriba, la “cuestión peronista”, cuestión que constituyó una de las apuestas alrededor del cual precisamente se articuló el proyecto intelectual de la sociología científica. Ciertamente, este nuevo clima político y las demandas a él asociadas conspiraron contra las posibilidades de los antiguos ocupantes de la sociología dada su identificación con el movimiento político recientemente derrocado.

Asimismo, el problema de una innovación institucional amerita una consideración de las características personales de los innovadores, pues un conjunto de ideas no puede ser institucionalizada sin estar encarnada en ciertos *Traeger*, para retomar el término weberiano. En principio, las “credenciales” antifacistas de Germani lo posicionaron de manera inmejorable frente a la *intelligentsia* antiperonista. Pero además, durante los años del peronismo Germani se hizo acreedor de una reputación que trascendía los límites de la disciplina. Como hemos visto, durante esos años llevó a

Aires, 1956, pág. 17.

⁵⁴ Terry N. Clark, *op. cit.*, 1968.

cabo una activa campaña de promoción de las ciencias sociales a través de su proyecto editorial e impartió regularmente cursos de sociología en una institución central de ese complejo cultural de oposición al peronismo, el Colegio Libre de Estudios Superiores. A través de ello –como se vió en el capítulo V- estrechó lazos con instituciones y figuras intelectuales, como José Luis Romero y Risieri Frondizi, que serían claves en el proceso de reforma universitaria posperonista y que de algún modo patrocinaron la incorporación de la disciplina en el sistema universitario. Asimismo, para que una innovación institucional resulte exitosa, los innovadores deben desarrollar cierta clase de agrupamiento. En este sentido, y nuevamente a diferencia de Levene o de Poviña, Germani logró un liderazgo intelectual que, sumado a sus destrezas organizativas, le permitió constituir un grupo de discípulos.

Finalmente, una condición adicional fue, sin dudas, la relativamente débil resistencia intelectual que en dicha coyuntura lograron oponer quienes hasta entonces habían controlado las principales instituciones del campo, que en rigor de verdad no contaban con el grado de unidad interna -en términos de una perspectiva intelectual - que sería capaz de exhibir, al menos por un tiempo, el grupo liderado por Germani y, aunque fueron capaces de retener el control de ciertos espacios institucionales, quedaron excluidos del centro de la institución universitaria, la Universidad de Buenos Aires. A esto vino a sumarse su relativo descrédito en los ámbitos de la opinión pública universitaria, en los que habían quedado identificados con la universidad peronista. A lo sumo, intentarán disputar el control del espacio institucional y en algunos casos con relativo éxito, pero sin capacidad para producir una reorientación de la disciplina o una visión intelectual alternativa. Por lo demás, y en muy poco tiempo, Germani logró articular su empresa con las principales organizaciones regionales e internacionales destinadas a la promoción de la enseñanza e investigación en ciencias sociales mientras que sus contendientes -como se verá en el último capítulo- permanecerían ligados a aquellas instituciones ubicadas en la periferia del sistema académico internacional.

Capítulo XII

Sociología y desarrollo: utopía y desencanto

Resumen: hacia fines de los años '50 la problemática del desarrollo económico se convirtió en el tema de debate central de la sociología. Este capítulo muestra de qué modo la implantación de dicha problemática propició una unificación temática y programática de la disciplina que se conectó con una doble expectativa, a la vez política e intelectual: el proyecto de una modernización de la sociedad y la edificación de una ciencia del desarrollo y el cambio planificado. Asimismo, se analiza la serie de transformaciones que se operaron tanto en la representación de la disciplina como en su identidad en tanto empresa cognitiva, y en especial, la novedosa alianza entre sociología y economía que cristalizaría en diversos proyectos de creación institucional y de investigación con un carácter marcadamente regional. En la primera parte, se reconstruye la historia de la idea de desarrollo económico y su relación con las preocupaciones políticas del período, tanto a nivel nacional, regional como internacional. En la segunda parte, se analiza el ingreso de la temática en el campo de la sociología y su conexión con la amplia difusión que experimentó en ese contexto el paradigma sociológico del estructural-funcionalismo, en especial, en la versión de Talcott Parsons. Hacia el final del capítulo se documentan las razones de la decepción que los propios sociólogos del desarrollo experimentan ya en la primera mitad de los años '60 respecto a las expectativas formadas en torno al desarrollo económico.

El desarrollo económico: itinerarios de una idea

Como se ha visto en el capítulo anterior, a mediados de la década del '50 Germani asumió la dirección del Instituto de Sociología e inició una serie de innovaciones intelectuales e institucionales destinadas tanto a una definitiva institucionalización de la sociología como a una reorientación intelectual de la misma. Como resultado de ello fueron creados, en 1957, el Departamento y la Carrera de sociologías en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El proyecto se articuló sobre la base de dos grandes apuestas conceptuales. La primera de ellas estuvo referida a una redefinición del perfil de la disciplina, de sus tareas, de sus esquemas conceptuales como de sus procedimientos metódicos. Fue una apuesta al interior del campo en favor de una visión de la disciplina que sus impulsores calificarían de "científica" frente a una visión juzgada como "filosófica" o "especulativa". En tal sentido, la institucionalización de la sociología vino a plantearse como una ruptura con respecto a la etapa inmediatamente anterior, actitud que desencadenaría -como tendremos oportunidad de examinar en profundidad en el próximo capítulo- un áspero y persistente conflicto entre quienes por entonces reclamaban la identidad de sociólogos. La segunda apuesta, de naturaleza político-intelectual, consistió en ofrecer una interpretación de la naturaleza y significado del fenómeno político peronista. En efecto, la institucionalización de la disciplina tuvo lugar en un contexto socio-político

caracterizado por el derrocamiento del gobierno del general Perón y la inmediata apertura de un debate de alcance nacional que habría de implicar una toma de posición tanto respecto del significado del pasado inmediato como la búsqueda de una fórmula política posperonista para la nueva etapa que se abría.

Es en este contexto que la problemática y el debate en torno del “desarrollo económico” ingresó a la discusión no solo intelectual sino también política. En este capítulo intentaré mostrar de qué manera la implantación de la problemática propició una unificación temática y programática de la disciplina que se conectó con una doble expectativa, a la vez política e intelectual: el proyecto de una modernización de la sociedad y la edificación de una ciencia del desarrollo y el *cambio planificado*. Es el momento en que los ideales de la modernidad y las tareas de la sociología se tornan indiscernibles.

Todo ello habría de provocar una serie de transformaciones tanto en la representación de la disciplina como en su identidad en tanto empresa cognitiva. En principio, la instalación de la cuestión del desarrollo económico fue un factor decisivo en la la promoción y consolidación de la economía como disciplina autónoma. En efecto, salvo en los países anglosajones, la institucionalización de la economía como disciplina universitaria tuvo lugar recién en la posguerra. Hasta entonces, la economía era enseñada en los países latinos -Francia, Italia, España- como una materia en los currícula de las facultades de derecho. Algo similar ocurría en los países de América Latina,¹ con excepción de la Argentina, que ya para entonces contaba con una importante tradición. En 1913 se fundó la Facultad de Ciencias Económicas y la primera publicación oficial en la materia, la *Revista de Ciencias Económicas* y, poco después, la *Revista de Economía Argentina*, creada y dirigida por Alejandro Bunge. Tanto una como la otra promovieron los primeros debates tanto en torno de la situación, los problemas y el rumbo de la economía argentina como de la disciplina misma.² Pero más importante aún, la propogación de la problemática del desarrollo económico y, con ella, la de la modernización, dio origen a una novedosa alianza entre sociología, economía e historia que cristalizaría en diversos proyectos de creación institucional y de

¹ Véase, *La enseñanza de la economía en América Latina*. Unión Panamericana, Washington D.C., OEA, 1961.

² Sólo recientemente la institucionalización de la economía como disciplina universitaria y las transformaciones experimentadas fundamentalmente a partir de los década del '40 han comenzado a ser objeto de atención historiográfica. Véase, Jorge Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge” y Federico Neiburg y Mariano Plotkin, “Los economistas. El Instituto Di Tella y las nuevas elites estatales en los años sesenta” en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y*

investigación interdisciplinaria promoviendo, a su vez, una profunda renovación tanto de la economía como de la historia. Finalmente, esa novedosa alianza promovió el nacimiento de una nueva figura de intelectual, la del especialista o experto en el desarrollo económico, que comenzó a desplazar a la tradicional figura del intelectual o “sociólogo académico”. Pero veamos ahora en detalle el itinerario de la idea del desarrollo y el modo en que ella ingresó en la disciplina que nos ocupa.

En 1960 aparecía *Política e masa*,³ una edición portuguesa que reunía una serie de ensayos de Germani, la mayoría de los cuales serían incorporados, dos años más tarde, en *Política y sociedad en una época de transición*. El volumen llevaba por subtítulo “Estudio sobre la integración de las masas en la vida política en los países en desarrollo”.⁴ La misma expresión, “países en desarrollo”, reaparece ese mismo año en un texto de Germani incluido en una publicación colectiva, *Resistencias a mudanca*, editada por el Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS). Sin embargo, en ensayos escritos poco tiempo antes, Germani utiliza, *todavía*, la expresión más tradicional de industrialización.⁵ ¿A qué circunstancias entonces obedeció la aparición de este nuevo vocabulario y en conexión con qué problemática estuvo vinculado?

En principio, fue recién hacia el final de la segunda Guerra Mundial que la expresión “desarrollo económico” comenzó a reemplazar a la más familiar hasta entonces de “industrialización”. La propagación de la temática se debió fundamentalmente a la iniciativa de un conjunto de instituciones de carácter internacional y regional, entre las que cabe mencionar, en primer lugar, a las Naciones Unidas, la institución que acuña precisamente la expresión “subdesarrollo” o “países en desarrollo” y los aportes provenientes de destacados economistas de los organismos internacionales como Paul Singer, Paul Rosenstein-Rodan, Nagar Nurske, Gurnar Myrdal y Arthur Lewis, cuya *Teoría del crecimiento económico*, aparecido en 1955, fue, quizá, la obra más integral sobre el tópico.⁶ Entre las razones que despertaron el

expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina. Buenos Aires, Paidós, 2004.

³ Gino Germani, *Política e massa*. Minas Gerais, Estudos Sociais e Políticos, 1960.

⁴ La edición castellana llevaría por subtítulo, en cambio, “De la sociedad tradicional a la sociedad de masas”.

⁵ Véase, Gino Germani, “Algunas repercusiones sociales de los cambios económicos en la Argentina”, *Cursos y conferencias*, de 1952 y “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *Cursos y conferencias*, de 1956.

⁶ El repertorio de las principales teorías del desarrollo y el subdesarrollo, muchas de las cuales aparecen comentadas por el mismo Germani en su libro, incluye, entre otras, las siguientes: a) Teoría del círculo vicioso de la pobreza (Nurske): una baja productividad significa ingreso bajo; un ingreso bajo, poca capacidad de ahorro; poca capacidad de ahorro, falta de acumulación de capital; finalmente, si no hay

interés de los países centrales por el desarrollo económico de los países menos desarrollados (una de cuyas consecuencias fundamentales fue la ayuda financiera a las investigaciones sociales, sobre todo con la activa participación de los Estados Unidos) figuran indudablemente el nuevo equilibrio del poder mundial resultante de la finalización de la guerra, el comienzo del proceso de descolonización y el esfuerzo de las nuevas naciones para salir del subdesarrollo así como el ascendiente de la Unión Soviética y la consiguiente difusión de la influencia comunista.⁷

En este contexto, el desarrollo económico devino en una meta política inmediata. Estuvo presente en las agendas de los organismos internacionales y de los gobiernos de la región. No faltó en las conferencias políticas entre los Estados americanos. Por cierto, las connotaciones del término no pueden comprenderse sino en el contexto de un debate que era no solamente económico sino también político. A la presencia de la Unión Soviética vino a añadirse, al menos para el caso de América Latina, el estallido de la Revolución Cubana, que había hecho sonar la alarma de una inminente revolución popular, llegando incluso a doblegar las resistencias más conservadoras al desarrollo. La revolución cubana, en efecto, mostraba a los países de la región que existía una vía alternativa para salir del estancamiento, como elocuentemente lo expresaba el título de un trabajo de Jorge Graciarena: "Dos alternativas políticas del desarrollo: cambio gradual o revolución".⁸ De allí en más, el desarrollo llegó a ser considerado como un instrumento destinado a garantizar estabilidad política y a neutralizar potenciales presiones disruptivas.⁹ El programa de cooperación para el desarrollo conocido con el nombre de "Alianza para el Progreso", que constituiría un activador importante de la

inversión, la productividad está condenada al fracaso. b) la Teoría de la estrechez de los mercados: suponiendo que exista capacidad de ahorro (superación del primer problema) el estancamiento se produce porque no hay mercados suficientemente amplios como para estimular la inversión del excedente. c) Teoría de los mecanismos perversos de los llamados "efectos de demostración" (Duesenberry): aún cuando existe un excedente de ingreso, se tiende más a consumirlo que a invertirlo por la atracción que ejercen sobre las elites de los países subdesarrollados los modos de vida de los países desarrollados. d) Hipótesis del círculo vicioso demográfico: el aumento del ingreso provoca un aumento de la población que, en consecuencia, absorbe los excedentes. Ergo, la capacidad de ahorro continúa estancada. Una ilustración de la visión de conjunto sobre los problemas del desarrollo en los países en vías de desarrollo puede hallarse en un libro colectivo, publicado en inglés en 1961 y traducido ese mismo año por el Fondo de Cultura Económica, y firmado por los economistas, historiadores de la economía y sociólogos del desarrollo más renombrados de la época. Me refiero a *Las naciones que surgen. Su desarrollo y la política de los Estados Unidos*, que contó con la participación de W.W. Rostow, E.E. Hagen, D. Lerner y P.N. Rosenstein-Rodan, entre otros.

⁷ H. W. Arndt, *El desarrollo económico. La historia de una idea*. Buenos Aires, Rei, 1992.

⁸ En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año VI, N°1, enero-marzo de 1961.

⁹ Véase Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires, Paidós, 1972.

temática, se inscribió precisamente en el contexto de esas preocupaciones, bajo la forma de una estrategia de reformas alternativa a la cubana.

Desarrollo económico y ciencias sociales

En América Latina, el desarrollo pasó a ser a mediados de la década del '50 el gran tema de las ciencias sociales. La creación de la CEPAL en 1947 por parte de las Naciones Unidas, y en especial, el trabajo de Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de latinoamérica y sus principales problemas* (1950) -algo así como el manifiesto de la nueva institución- una de las figuras más conspicuas de dicha institución, se convirtieron en el principal centro de influencia teórico-doctrinaria tanto en lo que respecta a la cuestión del desarrollo como en relación a la concepción de las ciencias sociales mismas.¹⁰ Sin dicha influencia, en efecto, sin ese conjunto de ideas, creencias y actitudes distintivas, resulta difícil pensar el extraordinario desarrollo e impulso que conocieron las ciencias sociales en América Latina durante el período.¹¹ Prebisch logró reunir a un grupo de científicos sociales, fundamentalmente economistas y unos pocos sociólogos, que estaban preocupados por la cuestión del desarrollo de América Latina. La tarea a la que se consagraron fue la examinar los obstáculos mayores al desarrollo económico en América Latina. A juicio de los miembros de la Cepal, la contribución de los economistas neoclásicos a los problemas del desarrollo que enfrentaban los países periféricos había sido escasa. En tal sentido, se propusieron edificar una perspectiva de análisis alternativa a la vez que autóctona. La originalidad del nuevo planteo residió en la proposición de que el proceso de desarrollo y subdesarrollo constituía un único proceso, es decir que el centro y la periferia estaban interrelacionados, formando parte del mismo sistema económico. En tal sentido, las disparidades entre centro y periferia eran reproducidas a través del comercio internacional. En suma, que los problemas del desarrollo de la periferia se hallan localizados dentro del contexto de la economía mundial. Asimismo, y a diferencia, nuevamente, de los planteos economicistas de la economía neoclásica, la perspectiva de la Cepal se caracterizaría por enfatizar los

¹⁰ Para un desarrollo de las ideas de la CEPAL y su papel en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, véase, Albert Hirschman, *Controversia sobre latinoamérica. Ensayos y comentarios*. Dirigido por Albert O. Hirschman. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella, 1963; asimismo, Albert O. Hirschman, "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo" en *El trimestre económico*, vol. XLVII, (4), N° 188, México, octubre/diciembre de 1980, y Cristóbal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. Routledge, London and New York, 1989.

¹¹ No es sorprendente, a este respecto, el abultado número de referencias a los trabajos de dicha institución que puede hallarse en los trabajos de los sociólogos de la época.

factores sociales e institucionales en el funcionamiento de una economía y particularmente el rol del Estado como una agente clave en el proceso de desarrollo.

Además de la CEPAL, y como se vió en el capítulo IX, un papel no menos decisivo en la instalación de la problemática del desarrollo en las ciencias sociales sería desempeñado por los dos organismos regionales de enseñanza e investigación en ciencias sociales creados en la segunda mitad de los años '50, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS). El primer director del CLAPCS, el sociólogo brasileño Luiz de Aguiar Costa Pinto, describía del siguiente modo la finalidad de la creación de dicho Centro: “estudiar los problemas sociales fundamentales de las poblaciones de esta parte del mundo, en especial, los vinculados con el desarrollo económico y social”. En 1958, FLACSO, con el auspicio de la UNESCO, el CLAPCS y la CEPAL organizó un Seminario Latinoamericano sobre Metodología de la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias Sociales. El seminario, que se estructuró sobre la base de dos comisiones, consagró una de ellas a un examen de los “Problemas metodológicos de la investigación interdisciplinaria en Sociología, Economía y Ciencia Política para el estudio del desarrollo económico en América Latina”.

Al año siguiente, el CLAPCS organizaba un seminario internacional consagrado enteramente al tema, “Resistencias al cambio: factores que impiden o dificultan el desarrollo económico”. Por lo demás, en la revista editada por el centro, *América latina*, la temática del desarrollo llegaría a ocupar la mayor parte de los artículos publicados durante el primer período.¹² En las reuniones programadas por dichos organismos, que a partir de mediados de la década del '50 se volvieron frecuentes y que reunían a una numerosa comitiva de científicos sociales de la región y funcionarios de los distintos organismos regionales (OEA, OIT, CEPAL, OMS, etc.) la problemática del desarrollo económico se convertiría en uno de los tópicos predilectos. Buena parte del debate de las ciencias sociales durante el período tuvo lugar en dichas reuniones, que se convertirían no solamente en un escenario de intercambio intelectual sino en uno de organización y programación de la agenda temática con que la que de ahí en más había que comprometer a las ciencias sociales en la región: se fijaban prioridades de investigación, se sugerían transformaciones en los sistemas de educación superior y se

¹² Véase para esto, Lúcia Lippi de Oliveira, “As ciencias sociais no Rio de Janeiro” en Sergio Miceli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*, vol. 2, Editora Sumaré, 1995. Creada en 1958, la revista conservó hasta 1962 el nombre de *Boletim* y recién a partir de ese año adopta el nombre de *América Latina*.

aconsejaban determinadas reformas en el plano de las disciplinas así como formas de coordinación de las investigaciones en curso.

En 1960, y a pedido de la CEPAL, la UNESCO reunió en un seminario a un nutrido grupo de sociólogos, economistas, científicos políticos, antropólogos y funcionarios de los distintos organismos internacionales para tratar los “aspectos sociales del desarrollo económico”. El resultado de las deliberaciones fue la edición de dos macizos volúmenes intitulados *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, representativos de las preocupaciones y el nuevo clima de ideas imperante.¹³ En fin, era tal el grado de expansión de la nueva problemática que, poco tiempo después, el sociólogo brasileño Luiz de Aguiar Costa Pinto podía declarar:

El estudio científico de las ‘implicaciones sociales del desarrollo económico’ -al que en este trabajo nos referiremos más sintéticamente como ‘sociología del desarrollo’- ha pasado a ser en los últimos tiempos, sin sombra de duda, el principal campo de interés para las ciencias sociales.[...] el *desarrollo* pasó a ser el gran tema de las ciencias sociales en América Latina, y las *ciencias sociales*, por su parte, están llegando a ser consideradas cada vez más como uno de los instrumentos esenciales de los planes de desarrollo y del cambio provocado” (las cursivas del autor).¹⁴

La Argentina no sería ajena a este proceso,¹⁵ aunque fue sólo con posterioridad a la caída del peronismo que la literatura producida sobre el tema del desarrollo desde fines de la Segunda Guerra adquirió relevancia y se convirtió en materia de debate tanto político como intelectual. Dicho debate no tuvo uno sino diversos focos de irradiación a la vez políticos e intelectuales. Pero no obstante las diferencias que pudieran separar, por ejemplo, al desarrollismo proveniente de la CEPAL de aquel otro expresado por la revista *Qué*, el órgano doctrinario del desarrollismo frondizista, lo cierto es que todos compartían un horizonte común de preocupaciones, que venía a resumirse en la idea de que la salida del “atraso económico” exigía abandonar el rango de país especializado en la producción de materias primas que ocupaba en el división internacional del trabajo y embarcarse en un proyecto de industrialización —el imperativo de la orden del día— que

¹³ *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, edición preparada por Egbert de Vries y José Medina Echevarría, UNESCO, París, 1962. Emblemático de la misma situación es el libro, bajo la dirección de Bert Hoselitz y Wilbert Moore, *Industrialization e société*, UNESCO, Mouton, 1963.

¹⁴ En Luiz de Aguiar Costa Pinto, “La sociología del desarrollo en América Latina” en *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*. Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

¹⁵ Véase, a este respecto el excelente trabajo de Kathryn Sikkink, *Ideas and Institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina*. Cornell University Press, New York, 1991. Más recientemente, Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Nº 2, Buenos Aires, 1998.

no sobrevendría por evolución espontánea sino que demandaba -tal la convicción- un enorme esfuerzo de planificación.

Una vez instalada, los signos de esta preocupación comenzaron a multiplicarse. En 1958 asumió la presidencia Arturo Frondizi y colocó la cuestión del desarrollo económico en el centro de su programa de gobierno. Ese mismo año, a su vez, quedó formalmente institucionalizada en la Universidad de Buenos Aires la licenciatura en Economía, la disciplina que había dado impulso a la temática del desarrollo. Asimismo, y aunque no tuvieron aquí la misma gravitación que en Brasil o Chile, las ideas de la CEPAL, que hasta entonces apenas eran conocidas en la Argentina, comenzaron a ganar difusión y notoriedad a través de los primeros cursos que la institución comenzó a impartir en la Facultad de Ciencias Económicas, destinados fundamentalmente a la formación de una elite de técnicos y especialistas en los problemas del desarrollo económico.¹⁶ En 1958, asimismo, Aldo Ferrer, por entonces Ministro de Economía de la Provincia de Buenos Aires, lanzaba a través de la Junta de Planificación Económica de la Provincia de Buenos Aires la edición de la *Revista de Desarrollo Económico*, que, tres años más tarde se convertiría en *Desarrollo Económico*. En esos años se crean dos instituciones consagradas a las cuestiones del desarrollo económico, el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), a pedido de las cuales, el Instituto de Sociología inició algunas investigaciones relativas al tema. Es el caso, por ejemplo, de la investigación sobre “Educación y Desarrollo Económico”, realizada por Germani y Graciarena, que fue requerida y financiada en parte con fondos del Consejo Federal de Inversiones. Lo es, asimismo, la investigación sobre “Desarrollo comunitario y cambio social. Investigación acerca de los factores que favorables y las resistencias al cambio social en una zona de la Argentina”, dirigida por Albert Meister con la colaboración de investigadores del Departamento de Sociología (Hugo Calello, Santos Colabella, Elizabeth Jelin, Ana Lía Kornblit, Elvira Rissech y Daniel Slutzky) y que contó con el apoyo del Consejo Federal de Inversiones y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). A su vez, en 1960, el grupo ligado a Aldo Ferrer crea el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y, al año siguiente, como fuera anticipado, lanzaron la edición de la revista *Desarrollo Económico*.¹⁷ Incluso una

¹⁶ Véase “Programa de capacitación en problemas de desarrollo económico”, discurso del Dr. Jorge Ahumada en el acto de clausura de los cursos, reproducido en *Revista de Desarrollo Económico*, vol. II, Nº 2, enero/marzo de 1959.

¹⁷ El primer presidente del IDES fue Norberto González y Oscar Comblit su secretario. La comisión directiva estaba integrada por Adolfo Buscaglia, Guido Di Tella, Aldo Ferrer, Ezequiel Gallo, Héctor

revista como *Centro*,¹⁸ que había permanecido -y permanecería- relativamente ajena a estas cuestiones, abrió su último número de 1959 con una nota sugestivamente titulada “Y ahora... desarrollo económico”.¹⁹ Dos años más tarde, la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* consagraba su número temático a dicha problemática.²⁰ Puede afirmarse entonces que el ingreso del vocabulario del desarrollo en la sociología latinoamericana aparece asociado a esos eventos institucionales. Igualmente que, a instancia de la problemática del desarrollo, la sociología deviene sociología *del* desarrollo y por ello mismo amplifica su contexto de referencia. Este último ya no es exclusivamente nacional sino más bien latinoamericano.

En el caso de la producción intelectual de Germani, este último desplazamiento puede percibirse claramente en el siguiente episodio. En 1962 Germani convirtió en capítulo de su nuevo libro *Política y sociedad en una época de transición* su ensayo sobre el peronismo, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, publicado originariamente en 1956 en la revista *Cursos y conferencias*. Y al hacerlo, añadió una nota en la que afirmaba lo siguiente:

Este ensayo constituye un análisis de un movimiento “nacional-popular” típico: el peronismo. En realidad, se trata de un trabajo que representó el punto de partida de las formulaciones de carácter más general que se han expuesto en la primera parte del libro. Publicado en 1956 *tenía* el propósito principal de distinguir claramente el fenómeno peronista de los demás movimientos totalitarios europeos con los cuales se le solía (y suele aún ahora) confundir. Al mismo tiempo, al poner en claro su carácter de pseudo izquierda permitió aislar algunos de los rasgos de los movimientos populares en situaciones de transición rápida, que, en base a conceptos de más elevado nivel de generalidad, se han examinado en los capítulos anteriores. (El subrayado es mío)

[...] en 1956 *tenía* el propósito...”. Pues bien, ¿qué otro propósito está presente en 1962? ¿No pueden acaso percibirse aquí los signos de un cambio de problemática que va de la *problemática del totalitarismo* a la *del desarrollo y la modernización*? ¿No se ha operado un cierto desplazamiento de la perspectiva interpretativa, regida en un primer momento por la oposición “democracia-totalitarismo” y ahora por la de “desarrollo-subdesarrollo”? A este respecto, quizá vale la pena recordar que, según consta en los avisos publicitarios de la editorial Paidós aparecidos en distintos medios académicos, el

Grupe, Federico Julio Herschel y Elena Rodríguez.

¹⁸ Publicación del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

¹⁹ Elena Rodríguez, “Y ahora... desarrollo económico” en *Centro*, N° 14, cuarto cuatrimestre de 1959.

primer título de lo que después se convertiría en *Política y sociedad en una época de transición* fue “Política, sociedad y desarrollo”. Pero, ¿cómo ha incidido este cambio en la interpretación misma? ¿Qué nuevos acentos incorpora y qué antiguos énfasis son contrapesados? ¿Qué es ahora el peronismo a la luz de la nueva problemática? En todo caso, su inclusión como una variante de los “movimientos-nacional populares” coloca ahora al fenómeno en el contexto de un conjunto de fenómenos comunes (el de los países de modernización tardía de América Latina), disolviendo así la especificidad del peronismo definido antes por oposición al totalitarismo.²¹ En cualquier caso, lo cierto es que el peronismo es ahora enfocado a la luz de otra problemática, la del desarrollo económico y la modernización, que, en líneas generales, presupone que existe algo en común entre, pongamos por caso, el desarrollo de la Inglaterra del siglo XVIII y la Prusia del siglo XIX y, a su vez, que hay también algo en común entre el subdesarrollo de Zaire y Nicaragua.²² En suma, puede afirmarse que de 1956 a 1962 se ha operado el pasaje de la *problemática del totalitarismo* a la *del desarrollo y la modernización*. En virtud del mismo, el peronismo adquiere un nuevo significado, a saber, el de una variante de un fenómeno común, el de los “movimientos nacional-populares”, propio, por lo demás, de un proceso igualmente común, el de la modernización de los países en vías de desarrollo.

Ahora bien, ¿cuál era la novedad de la idea del desarrollo económico en relación a la más tradicional de industrialización? Fundamentalmente el carácter *deliberado y/o programado* de la primera y la importancia asignada al Estado en tanto agente crucial en el cambio social y político y en la promoción del desarrollo.

Por lo demás, el tema del desarrollo dejó de ser así una cuestión exclusiva de la economía, la disciplina que lo había puesto en circulación y cuando la sociología lo hizo suyo, el concepto amplió su connotación no obstante ser reducido en sus componentes

²⁰ Véase, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Quinta época, Año VI, N° 1, enero/marzo de 1961. Colaboraron Jorge Graciarena, Torcuato Di Tella, Norberto González y Aníbal Pinto Santa Cruz.

²¹ El concepto de movimiento “nacional-popular”, cuyas innegables resonancias gramscianas deberían ser objeto de una exploración, es acuñado por Germani recién a comienzos de los años sesenta. Aparece por primera vez en un texto publicado en francés, “Démocratie représentative et classe populaires en Amérique latine”. *Sociologie du travail*, N° 4, 1961 y traducido al español al año siguiente como “Clases populares y democracia representativa en América Latina”, en *Desarrollo Económico*, N° 2, julio/setiembre de 1962. Por tal razón, en la edición portuguesa (1960) del texto comentado el peronismo no aparece todavía bajo esta denominación.

²² Los artículos “del” o “de la” (sociología “del” desarrollo o sociología “de la” modernización) son los que precisamente abren la posibilidad de hablar del desarrollo y de la modernización en singular. Ambos traducen, de esa manera, la idea de la existencia de una forma *a priori*, de un patrón o de un modelo. Del mismo modo, dichos artículos permiten suponer que el análisis tanto del desarrollo como del subdesarrollo pueden ser planteados sobre la base de una teoría general que se trata de buscar.

expresivos. En efecto, en lugar de “desarrollo económico”, los sociólogos comenzaron a hablar de desarrollo sin más, queriendo dar a entender que el proceso no se reducía a una operación meramente técnica (aunque la incluye), medida exclusivamente por el aumento de la cantidad de los bienes producidos o por la capacidad de renovación tecnológica, sino que se trataba más bien de un proceso de carácter global, que implicaba cambios estructurales e interdependientes, pues al iniciarse en un punto cualquiera, dichos cambios repercutían, tarde o temprano, sobre las demás partes de la estructura.²³ El desarrollo se convirtió en una categoría *política*, en el sentido en que era entendido como un proceso “inducido” y no espontáneo, un proceso de carácter deliberado, intencionado, que suponía una movilización intensa de la sociedad. De ahí en adelante, la exploración de los “factores favorables” o “desfavorables” al desarrollo llegaría a convertirse prácticamente en una obsesión de sociólogos, economistas y antropólogos. El volumen compilado por Seymour Martin Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América Latina*, resultado de un seminario colectivo celebrado en Montevideo en 1965, habría de constituir una expresión emblemática de dicha obsesión.²⁴

El énfasis de la CEPAL en la importancia de los factores sociales e institucionales en el proceso de desarrollo así como su mirada puesta más en lo que enseñaba la experiencia histórica que lo que revelaban los modelos de los manuales de macroeconomía abrió de esa manera las puertas para una colaboración estrecha entre economistas, sociólogos e historiadores y colocó especialmente a los sociólogos en una posición de relevancia en tanto expertos en las cuestiones sociales relativas al desarrollo económico. En su sexto período de sesiones, celebrado en Bogotá en 1955, la CEPAL hizo un pronunciamiento explícito en esta dirección. En efecto, en una de sus resoluciones instaba “a los gobiernos de América Latina que, al estudiar y elaborar planes de desarrollo económico o de política social tengan en cuenta la interdependencia que existe entre los factores económicos y sociales” e insistía en “la necesidad de realizar un intercambio de informaciones y, en la medida de lo posible, una coordinación con las instituciones preocupadas con esta categoría de problemas”. Como parte de esta preocupación, y como fuera señalado más arriba, poco después la CEPAL invitó a la UNESCO a organizar un seminario sobre los aspectos sociales del desarrollo

²³ Véase, Luis Aguiar Costa Pinto, *Desarrollo económico y transición social*. Madrid, Revista de Occidente, Biblioteca Política y Sociológica, 1969.

²⁴ Seymour Martin Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América Latina*. Paidós, Buenos Aires, 1967.

económico que tendría lugar en México en 1960 y que contó con la participación de científicos sociales de toda la región. La confesión realizada en la reunión por el economista Benjamin Higgins revela con elocuencia este nuevo clima de ideas: “[...] desde que los economistas han empezado a preocuparse de los problemas de los países insuficientemente desarrollados, es cada día más difícil ver dónde termina la economía y dónde empiezan la sociología, la psicología social, la antropología y las ciencias políticas”.²⁵

Fue entonces esa conceptualización del desarrollo económico la que arrancó a las ciencias sociales de la insularidad en la que hasta entonces habían permanecido y preparó el terreno para un examen interdisciplinario del asunto, conectando el trabajo del economista con el del sociólogo, el historiador, el politólogo y el antropólogo. Y es que, de acuerdo a esa nueva conceptualización, los problemas del desarrollo económico latinoamericano no podían ser pensados sino en relación con las características del sistema político, los rasgos de la estructura social, el sistema de estratificación, la composición de sus elites políticas, sociales e intelectuales, la naturaleza de los sistemas educativos y las tasas de crecimiento de la población, entre otros. Una ojeada a la lista de las “prioridades y necesidades de investigación” elaborada durante los distintos seminarios revela con elocuencia las preocupaciones con las que la problemática del desarrollo estuvo asociada: ¿qué modelos de desarrollo económico permiten los distintos tipos de sistemas políticos? ¿Qué formas de gobierno democrático son adecuadas para sociedades en distintos niveles de desarrollo económico y social? ¿Cuál es el papel de los sindicatos, de los medios de comunicación de masas y de la educación en el desarrollo económico? La asignación de prioridades alcanzaba igualmente a los instrumentos de investigación: se instaba a una compilación y difusión sistemática de las diversas investigaciones en curso, a la difusión de manual de metodología para investigadores, al perfeccionamiento de los datos demográficos y de los censos nacionales con el fin de encarar investigaciones comparadas y un perfeccionamiento en la obtención de los datos sociales básicos y de la capacitación de los investigadores. Sobre este último aspecto, José Medina Echavarría sintetizaba bien la dirección que debían adoptar las ciencias sociales para hacer frente a los nuevos problemas prácticos: en América Latina -decía- “parece evidente que las mayores lagunas y fallas se

²⁵ En Benjamin Higgins, “La opinión de un economista” en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, edición preparada por Egbert de Vries y José Medina Echevarría, UNESCO, París, 1962.

encuentran no tanto en los planteamientos teóricos como en la carencia de las aportaciones concretas de la investigación empírica. [...] en la fase actual del esfuerzo por conocer los aspectos sociales del desarrollo económico, el centro de atención se desplaza y debe desplazarse al acopio de esas investigaciones empíricas de base”.²⁶

En la Argentina, esa colaboración interdisciplinaria habría de expresarse fundamentalmente en el IDES y la revista *Desarrollo Económico*. En 1961 la aparición de *Desarrollo Económico* era anunciada en los siguientes términos: “La revista *Desarrollo Económico* es una publicación del Instituto de Desarrollo Económico y Social, organismo destinado a promover el análisis objetivo del desarrollo en todos sus aspectos: económico, social, histórico y cultural”.²⁷ De algún modo, esta declaración sellaría por unos años una alianza estratégica entre economía, sociología e historia y prefigura el rumbo que habría de tomar la profesionalización de las ciencias sociales caracterizado fundamentalmente por el trabajo interdisciplinario.

La transformación experimentada por la originaria *Revista de Desarrollo Económico* en lo que concierne tanto a sus objetivos como a su *staff* atestigua claramente un proceso en esa dirección. En efecto, en su primera versión el horizonte de la publicación estaba constituido por los economistas. “Por su intermedio -según se lee en la introducción al primer número- se darán a conocer estudios teóricos y experiencias prácticas sobre cuestiones de desarrollo económico; en ese sentido, deseamos ofrecer a los investigadores, y en especial a los economistas latinoamericanos, un órgano técnico de difusión”.²⁸ Su comité editorial estaba integrada en su totalidad por economistas: Norberto González, Alfredo Eric Calcagno, Ricardo F. Cibotti, Andrés Devoto Moreno, Osvaldo Fernández Balmaceda, Héctor Grupe, Federico Julio Herschel y Samuel Itzcovich. Poco tiempo después, cuando la revista reaparece con el nombre de *Desarrollo Económico*, su enfoque se ha modificado sensiblemente. Se trata ahora de examinar el desarrollo en todos sus aspectos, económico, social, histórico y cultural, y a su *staff* se suman sociólogos e historiadores. Los primeros provenían del Departamento de Sociología, “casi todos de la mano de Gino Germani” mientras que los segundos “se nucleaban en torno a Sergio Bagú o a José Luis Romero”, según el testimonio de uno de

²⁶ En José Medina Echavarría, “Un modelo teórico de desarrollo aplicable a América Latina” en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, edición preparada por Egbert de Vries y José Medina Echevarría, UNESCO, París, 1962, pág. 25.

²⁷ “Prólogo” a *Desarrollo Económico*, vol. 1, N° 1, 1961.

²⁸ “Introducción” en *Revista de Desarrollo Económico*, vol. 1, N° 1, La Plata, octubre/diciembre de 1958.

sus protagonistas.²⁹ La celebración, en 1961, de las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología organizadas por el Departamento de Sociología y la inclusión de un “Seminario Interdisciplinario sobre el desarrollo económico y social de la Argentina” constituyó, de algún modo, el puntapié inicial de una sociedad intelectual y alianza institucional entre economistas, sociólogos e historiadores que dio nacimiento a un nuevo espacio de intercambio intelectual, a proyectos de investigación conjunta y a un patrón de trabajo intelectual de carácter interdisciplinario y fundado en el uso de datos masivos. Emblemático de esa nueva sociedad intelectual sería el volumen *Argentina, sociedad de masas* (EUDEBA, 1965), compilado por Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, en el que, historiadores, sociólogos y economistas se entregaban, cruzando datos agregados y distintas perspectivas analíticas, a una tarea común, la de un renovado examen histórico a la vez que sistemático de los problemas de la modernización de la sociedad argentina en sus diferentes dimensiones, económica, política y social. La investigación sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata, emprendida por el Instituto de Sociología y la Cátedra de Historia Social y el volumen *Los fragmentos del poder* (Jorge Alvarez Editor, 1969), compilado por Torcuato Di Tella y Tulio Halperín Donghi, constituyeron, sin duda, los otros dos capítulos más significativos de esa nueva sociedad intelectual.³⁰

De esta manera, la problemática del desarrollo y la teoría a ella asociada proporcionó un marco analítico de interpretación que no solamente provocaría una renovación de las disciplinas sociales -en especial de la historia, que se tornó más analítica que narrativa- sino también una renovación considerable en los modos de acercarse al pasado. Así, frente a la tradicional historia política (tanto la proveniente de la historiografía más académica nucleada alrededor de la Nueva Escuela Histórica como de su opuesta, la historiografía revisionista) centrada casi exclusivamente en las grandes personalidades políticas como agentes casi demiúrgicos de los acontecimientos históricos, emergió la idea de un proceso histórico unitario, el del desarrollo y la modernización, que permitió, a su vez, subsumir la peculiaridad del caso argentino en el

²⁹ José Luis De Imaz, *Promediando los cuarenta*. Sudamerica, Buenos Aires, 1977, pág. 161.

³⁰ En *Argentina, sociedad de masas* colaboraron, además de sus compiladores, Tulio Halperín Donghi, Oscar Cornblit, Ezequiel Gallo, Alfredo O’Connell, Roberto Cortés Conde, Gustavo Beyhaut, Haydée Gorostegui, Susana Torrado, Silvia Sigal, Guido Di Tella, Manuel Zymelman y Kalman Silvert. En *Los fragmentos del poder* colaboraron, además de los compiladores, Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde, José Carlos Chiamonte, Haydée Gorostegui de Torres, Javier Bejarano, Javier Villanueva, Darío Cantón, Oscar Cornblit, Francis Korn, Gino Germani, Félix Pérez, Juan Taccone, Enrique Oteiza y Aldo Ferrer. Finalmente, algunos de los resultados de la investigación sobre la inmigración masiva aparecieron en los dos volúmenes mencionados.

contexto más amplio del desarrollo occidental y latinoamericano. A partir de la introducción de grandes variables económicas y sociales, el pasado mismo fue redescrito a partir de nuevos ejes temáticos -sociales y ya no políticos (ejemplar en este sentido es el estudio sobre la inmigración) y nuevos ejes cronológicos (el interés de la primera mitad del siglo XIX se vio desplazado hacia la segunda mitad del mismo siglo).³¹

A partir de entonces fue tejiéndose una red o circuito intelectual que comunicaba el IDES con el Departamento y el Instituto de Sociología y el Instituto de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella (1960), dirigido por Federico Herschel, miembro fundador del IDES y de la revista *Desarrollo Económico*. Las ramificaciones alcanzaban, igualmente, a los centros regionales como CLAPCS, CEPAL y FLACSO. Todo ello puede advertirse en los seminarios, cursos, conferencias y mesas redondas que de manera regular organizaba el IDES para sus socios y en los que desfilaban miembros del IDES, economistas de la CEPAL y del Instituto Di Tella, profesores de FLACSO e investigadores del Instituto de Sociología.³²

Desarrollo y modernización: Germani y Parsons

Es entonces en el contexto de estas nuevas preocupaciones en torno al problema del desarrollo que debemos comprender la importancia que fue ganando la teoría de la modernización, especialmente en su versión parsoniana. y su gravitación en la producción y perspectiva intelectuales de Germani. ¿Por qué?

Antes de encarar una respuesta a este problema, y dado que la identificación de la perspectiva de Germani con el estructural-funcionalismo parsoniano ha sido un motivo recurrente en la literatura, según fuera señalado en la introducción de esta investigación, me gustaría examinar con cierto detalle la relación de Germani con el estructural-funcionalismo en general y con la obra de Talcott Parsons, en particular. El examen de dicha relación reviste particular interés por una razón adicional: como se vió en el primer capítulo de esta investigación, a partir de la segunda posguerra, y durante un período que se extiende aproximadamente hasta 1970, Talcott Parsons se constituyó en una figura dominante de la disciplina a ambos lados del atlántico. Proporcionó a la

³¹ Véase, Fernando Devoto, "Del crisol al pluralismo: treinta años de estudios sobre la migraciones europeas a la Argentina" en DTS 118, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1992.

³² Véase, "El IDES hace inventario de su trayectoria institucional" en *Desarrollo Económico*, vol. 7, N° 28, enero/marzo de 1968.

disciplina un marco de referencia común, la teoría de la acción y el análisis funcional de los sistemas, que rigió buena parte de la producción sociológica durante el período, tanto en términos del horizonte de problemas como de su marco conceptual y que marcó, un nuevo y esplendoroso ascenso de la sociología como disciplina del campo académico. Por consiguiente, la comprensión del surgimiento y desarrollo de la sociología en los diferentes contextos nacionales no podría alcanzarse sin una mínima atención al que ha sido, al menos durante los treinta años posteriores a la segunda posguerra, el más vasto y sistemático intento de edificar una teoría del mundo social. Ahora bien, el reconocimiento de la importancia de la figura de Parsons ha inclinado a los comentaristas a dar por sentado lo que precisamente debía ser objeto de interrogación. ¿Cuándo y cómo ingresa Parsons en la Argentina? ¿En el contexto de qué discusiones? En fin, ¿qué tópicos de su vasta obra fueron mayormente motivo de recepción? Veamos.

En un texto de 1958, redactado a la manera de una autobiografía intelectual, Germani confesaba lo siguiente:

Las influencias son varias. [...] Pueden mencionarse expresamente: Alfredo Nicéforo -del que fue un alumno en la Universidad de Roma-; Vilfredo Pareto; Emile Durkheim y su escuela; F. [Felix] Kaufmann; corrientes neopositivistas, especialmente [Hans] Reichenbach, Karl Mannheim, corrientes neopsicoanalistas, particularmente Erich Fromm y Stack Sullivan; George Herbert Mead y la corriente interaccionista de la psicología social norteamericana. Para las técnicas de investigación, además de la enseñanza de los sociólogos de la escuela de Durkheim, la experiencia norteamericana actual.³³

El repertorio de autores y escuelas, al que se podría privar de cualquier calificativo menos el de generoso, no incluía, sin embargo, el nombre de Talcott Parsons ni el de la escuela estructural-funcionalista. El nombre de Parsons tampoco figura entre los autores que componen la célebre antología *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, preparada por Germani y Jorge Graciarena como material para la enseñanza de la sociología.³⁴ En todo caso, el peso del funcionalismo en dicha antología se opera a través de la antropología cultural (M. J. Herskovits, R. Linton y M. Mead), una

³³ "Germani por Germani (circa 1958)", en Raúl Jorrot y Ruth Sautu (comp.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 1992. Ciertamente, el recurso a las fuentes autobiográficas no pretende erigirse aquí en una prueba "definitiva" de nuestro interrogante en absoluto, entre otras cosas porque en fuentes de esta naturaleza juega un papel central la imagen que su autor quiere dar de sí mismo, lo que debilita naturalmente su grado de confiabilidad. En todo caso, la consideración de estas fuentes se realizan aquí solamente a título de indicaciones que pueden resultar relevantes ya sea para la exploración de determinados aspectos no advertidos hasta el momento o para la formulación de hipótesis que luego deberán ser demostradas en la investigación.

tradición hacia la que Germani, como se vió en la segunda parte de esta investigación, se había mostrado particularmente interesado desde mediados de los años '40. Ciertamente, Germani no excluyó la obra de Parsons de los materiales bibliográficos con los que se enseñaba entonces la sociología. El programa de la asignatura "Sociología Sistemática" de 1960 incluye fragmentos de *El sistema social* y *Hacia una teoría de la acción social*. Además, en la serie de los *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología*, Germani editó en 1957 *La teoría de la acción*, un ensayo colectivo escrito por un grupo de sociólogos, psicólogos y antropólogos, entre ellos, T. Parsons, E. Shils, G. Allport, C. Kluckhohn. Dos años más tarde, apareció en la misma serie *Estratificación social*, que reunía textos de Talcott Parsons, Richard Kornhauser, y Seymour M. Lipset y Reinhard Bendix. En todo caso, de lo expuesto hasta este momento puede inferirse que la recepción de la obra de Parsons tiene lugar en el contexto de una formación tramada con el nombre de los autores que han sido mencionados. Esto último sugiere los siguientes interrogantes: ¿qué repercusiones tuvo la lectura de Parsons en esa formación? ¿Significó una ruptura significativa respecto a la dirección que había tomado la reflexión de Germani hasta ese momento?

La primera referencia a Parsons proviene de un ensayo de 1945, "Anomia y desintegración social",³⁵ en el que Germani cita *La estructura de la acción social* (1937), obra con la que, según su propio testimonio, se topó en los años '40 en el Instituto de Filosofía de la UBA junto a la colección de la *American Sociological Review* y del *American Journal of Sociology*.³⁶ Más tarde, en *Estructura social de Argentina. Análisis estadístico*, aparecido en 1955, encontramos una sola referencia a Parsons, más precisamente, a un artículo sobre la importancia de las categorías de la edad y el sexo en la determinación de la estructura social.³⁷ En *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, de 1956, Germani cita nuevamente *La estructura de la acción social* y *Hacia una teoría de la acción social* (1952) como modelo ejemplar de unificación teórica consistente en fundar una teoría *general* de la acción a través de una perspectiva interdisciplinaria.

³⁴ La antología apareció en 1961 y fue reeditada, ¡sin modificaciones!, en 1964.

³⁵ Gino Germani, "Anomia y desintegración social" en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 4, Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, 1945.

³⁶ Véase, Joseph Kahl, "Gino Germani: modernización" en *Tres Sociólogos Latinoamericanos*, UNAM, México, 1986.

³⁷ El texto de Parsons citado es "Age and sex in the social structure of the United States", aparecido en *American Sociological Review*, N° 7, 1942, y posteriormente incluido en Talcott Parsons, *Ensayos de teoría sociológica*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

Ahora bien, ¿cómo aparece Parsons en estos textos? Veamos. En “Anomia y desintegración social” Germani ensaya una exploración de los motivos de la crisis de la sociedad moderna y su conexión con el fenómeno del totalitarismo. ¿Cuál es el esquema que escoge Germani para tematizar esta cuestión? Básicamente, el que está presente en buena parte de la literatura sociológica de la época: el esquema dicotómico del pasaje de una sociedad tradicional a una moderna. En tal perspectiva, la sociedad tradicional viene conceptualizada como un tipo de estructura social dotada de un fuerte grado de homogeneidad social, escasamente diferenciada y caracterizada por el predominio de un sistema de valores comunes a todos los miembros de la comunidad. En contraposición a ella, la sociedad moderna se caracteriza por un alto grado de diferenciación social y cultural y por el predominio del individualismo. El advenimiento de una sociedad moderna en tanto proceso de movilización supone así un desplazamiento que es no solamente de orden cuantitativo sino también, y fundamentalmente, de orden cualitativo: no implica solamente un aumento de la participación de la población en nuevas actividades sociales sino también la incorporación a la escena social y política de sectores que, de acuerdo a aquel esquema dicotómico, son portadores de una cultura de tipo tradicional. El tránsito de una forma a otra entraña el choque entre dos culturas que provoca la aparición de diferentes formas de conducta divergentes en la medida en que los antiguos esquemas de acción y representación social ya no resultan adecuados para la nueva situación social y su desajuste respecto a esta última origina procesos de desintegración social.

Con todo, lejos de una visión pesimista sobre el curso y la dirección de estas transformaciones, el argumento de Germani apuntaba a mostrar que la crisis de la sociedad moderna no era inevitable (o intrínseca al orden moderno) sino de transición, producto de un retraso en la afirmación de los nuevos valores (individualistas) correspondientes al tipo social de “estructura secular accesible” (en la terminología de Howard Becker) u “orgánico” de solidaridad (en la de Emile Durkheim), propio de las sociedades modernas. En las palabras del autor:

[...] no es en el ‘espíritu moderno’, como tal, donde debe buscarse la causa de la desintegración creciente en nuestra sociedad, sino, por el contrario, en el hecho de que ese espíritu no haya podido extenderse e impregnar toda la organización social....

En el contexto de este argumento, la referencia de Germani a Parsons concierne la interpretación que este último había ofrecido de la noción de “conciencia colectiva”

acuñada por Emile Durkheim. Según la tesis de Parsons, de *La división del trabajo social* a *El suicidio* la noción misma de conciencia colectiva y la contraposición entre los tipos sociales contrapuestos de solidaridad mecánica y solidaridad orgánica experimentan un sensible cambio de sentido. Mientras en la primera de las obras citadas dicha noción aparece asociada a un determinado tipo de solidaridad, la solidaridad mecánica, en la segunda obra, la distinción entre los tipos sociales ya no es una distinción fundada en el predominio o no de la conciencia colectiva sino en la diferencia de contenido de la conciencia colectiva misma.

No obstante ello, Germani sospecha que esta interpretación de Parsons pueda apoyarse en los textos mismos de Durkheim, aún cuando reconoce que efectivamente ha habido un cambio en la noción de conciencia colectiva. De cualquier modo, esta referencia a Parsons es menos central de lo que parece, entre otras cosas porque para explicar las desorganización social resultante de los cambios de actitud y conducta provocados por el tránsito de formas de vida rurales a urbanas Germani acude expresamente a la por entonces en boga tipología de los deseos así como al concepto de “definición de la situación” elaborados por W. Thomas y F. Znaniecki. Ni el menor indicio, a este respecto, de la presencia del esquema de la acción en términos de “medios y fines” que caracteriza el marco de referencia de la acción elaborado por Parsons. En su lugar, predominan más bien los conceptos de “actitud”, “valor”, “deseos” y “motivo”, entre otros, que se los encuentra en la literatura sociológica norteamericana de las primeras dos décadas de este siglo corrientemente identificada como interaccionista y con la que Germani, como lo prueban sus primeros escritos, estaba familiarizado.³⁸

En suma, en “Anomia y desintegración social” Germani construye su visión de la sociedad moderna como la de un orden no destructivo o corrosivo sino progresivo y en el que la crisis asume un carácter transicional, resultante de un orden tradicional en descomposición antes que de tendencias inherentes a la sociedad moderna. Pero es una visión que no reconoce en Parsons una referencia importante (aún cuando a la postre pudiera revelarse en muchos aspectos relativamente convergente).

³⁸ La literatura norteamericana referida incluye los trabajos de autores como Robert Park, Ellsworth Faris, George Mead, Ernest Burgess, William Thomas y Florian Znaniecki, entre otros. El conocimiento que Germani tenía de la misma puede apreciarse en el ensayo que estamos comentando como así también en Gino Germani, “Métodos cuantitativos en la investigación de la opinión pública y de las actitudes sociales” en Boletín del Instituto de Sociología, N°3, 1944.

En *Estructura de la sociedad argentina* (1955) encontramos una referencia a Parsons pero, en conjunto, el sistema de referencias es el mismo que en el caso del ensayo anterior. Y en lo que respecta a los conceptos más importantes de esta obra, la marca es indudablemente la sociología francesa de la escuela de Durkheim. Como lo declara explícitamente Germani en la introducción a dicha obra: “Nuestro trabajo corresponde entonces a lo que la escuela francesa de sociología llama *morfología social*, tal como la definió en principio Durkheim y la precisaron luego sus continuadores. [...] su cometido es el estudio de la forma material de las sociedades, es decir, el número y la naturaleza de sus partes y la forma en que éstas aparecen sobre el suelo, así como las migraciones internas de país a país, la forma de las aglomeraciones, las habitaciones, etc.”.³⁹

En este libro ya puede reconocerse la presencia de conceptos y tópicos decisivos de la obra posterior de Germani: el concepto de “sociedad de masas” que adopta de Karl Mannheim, el importante papel de la inmigración de ultramar en la modernización de la sociedad argentina y fundamentalmente, la importancia de las “migraciones internas” (individuos “dotados de características psicosociales propias y diferente de la de los diferentes habitantes de larga radicación en la ciudad”) en la reconfiguración del sistema político. En cierto modo, entonces, Germani ha escrito su primer e importante libro a partir de un sistema de referencias en el que no se reconoce la presencia de Parsons y se ha formado una visión de los problemas que enfrenta la sociedad moderna en general y la sociedad argentina en particular que se apoya más bien en las fuentes que fueron mencionadas anteriormente. De manera que todavía hacia mediados de la década del '50 Germani escribe en los marcos categoriales de la morfología francesa de inspiración durkheimniana, de la sociología norteamericana *preparsoniana*, de la psicología social también norteamericana, de la antropología cultural y del psicoanálisis reformista y culturalista de Erich Fromm.

Ahora bien, ¿debería ser esto último motivo de sorpresa? Quizá no tanto, pues, ¿quién era Parsons en América Latina hacia los años '50? Para darnos una idea, el boletín *Ciencias Sociales*, una publicación bimestral editada por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana y destinada a la promoción y actualización bibliográfica de las ciencias sociales en la América Latina, sugería la traducción al castellano de los siguientes autores: Graham Sumner, E. A. Ross, Lester F. Ward y

³⁹ Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Solar Hachette, Buenos Aires, 1987, pág. 13 (de. orig. 1955)

Thorstein Veblen, es decir, ¡todos aquellos autores que, a juzgar por el éxito del canon edificado por Parsons, ya habían caído en el olvido!⁴⁰ Pero además, ¿quién era Parsons en la literatura y en los libros de texto de la época disponibles en español? Veamos. En *Historia del pensamiento social*, de Harry Barnes y Howard Becker, editado por F.C.E. en 1945, el nombre de Parsons aparece en el rubro de “Sociología analítica” junto a los de Pitrim Sorokin, Florian Znaniecki, Robert MacIver, George Homans, Hans Gerth y Wright Mills. En *La teoría sociológica*, de Nichols Timasheff, editada por el Fondo de Cultura Económica en 1961, ocurre lo mismo.⁴¹ En el capítulo que sobre la sociología norteamericana Robert Faris escribió para la edición del volumen *Sociología del siglo XX*, compilado por George Gurvicht y Wilbert E. More, aparecido originariamente en 1945 y editado en Argentina en 1956, el nombre de Parsons directamente no figura. El mismo Germani editó en 1956 un libro de texto, *Sociología. La ciencia de la sociedad*, de Jay Rummey y Joseph Maier, donde, nuevamente, el nombre de Parsons aparece junto a los de Pitrim Sorokin, Robert MacIver y Robert Merton. Por lo demás, no debería olvidarse que la obra de Parsons sólo muy tardíamente sería traducida al castellano.⁴² Estos datos muestran entonces la necesidad de no transferir retrospectivamente la importancia que Parsons adquirió en el escenario internacional de la disciplina a una época y a un contexto en la que ese liderazgo no era tal.

No era tal incluso en los mismos Estados Unidos. A este respecto, y si bien en su mayoría favorables, las reseñas a propósito de la aparición de *La estructura de la acción social* se caracterizaron por inscribir la obra en el contexto de la tradición sociológica existente en los Estados Unidos referida a teoría de la acción, tradición tallada por los nombres de W. Thomas, E. Faris, G. H. Mead y R. Park, entre otros.⁴³ Louis Wirth iba todavía más lejos al afirmar que, a la luz de los escritos de John Dewey y George Mead, la teoría voluntarista de la acción pergueñada por Parsons no exhibía nada demasiado novedoso.⁴⁴ En un ensayo de mediados de los años cincuenta destinado a evaluar los

⁴⁰ En *Ciencias Sociales*, Departamento de Asuntos Culturales, Unión Panamericana, Washington 6. D.C., Nº 10, vol. II, agosto de 1951.

⁴¹ Veinte años después, el libro de Timasheff había alcanzado su decimoprimer reedición, lo que indica su importancia como libro de texto en la formación de los sociólogos hispanoparlantes.

⁴² Además de los dos libros editados por Germani, aparecieron sucesivamente *El sistema social*, Revista de Occidente, Guadarrama, Madrid, 1966; *Estructura y proceso en las sociedades contemporáneas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966; *La estructura de la acción social*, Guadarrama, Madrid, 1968 y finalmente, *Apuntes sobre la teoría de la acción social*, junto a Robert Bales y Edward Shils, Amorrortu, Bs. As., 1970.

⁴³ Véase, Charles Camic, “Structure after 50 Years: The Anatomy of a Charter” en *American Journal of Sociology*, vol 85, 1989.

⁴⁴ Louis Wirth, “Review of *The Structure of Social Action*” en *American Sociological Review*, vol. 4, 1939.

últimos aportes en “teoría sistemática”, Alvin Gouldner incluía en dicha tipología los escritos de Florian Znaniecki, George Homans, Prithim Sorokin y Talcott Parsons.⁴⁵ Unos años más tarde, Roscoe Hinkle, en un ensayo consagrado a poner de relieve los antecedentes de la “orientación en teoría de la acción” de la sociología norteamericana, tomaba como puntos de referencia de madurez de esta última las obras de Florian Znaniecki, Robert Maclver y Talcott Parsons. El argumento de Hinkle, por lo demás, intentaba mostrar que los antecedentes de esas obras de madurez se hallaban, no obstante las pocas referencias de dichos autores a ellas, en las tradiciones sociológicas norteamericanas del positivismo evolucionista y del idealismo subjetivista.⁴⁶ Todo lo cual demuestra, una vez más, el lugar relativo que tenía Parsons en las visiones que sobre el desarrollo de la disciplina predominaban de la época así como la riqueza y variedad de orientaciones que estaban presentes en la sociología norteamericana de entonces para un lector latinoamericano.

Ciertamente, es a partir de publicación de *Política y sociedad en una época de transición* que la presencia de Parsons se torna significativa.⁴⁷ Con todo, una inspección de la historia y estructura del libro en cuestión plantea nuevos interrogantes a nuestro problema. En primer lugar, *Política y sociedad en una época de transición*, publicado en 1962, es una obra compuesta de dos partes bien diferenciadas. La primera reúne una serie de ensayos de carácter teórico-conceptual. La segunda, en cambio, está integrada por trabajos de naturaleza empírica (que son pocos comparativamente), escritos entre 1956 y 1961. En tal sentido, *Política y sociedad...* es un *compositum* de textos escritos en diferentes momentos y en los que resulta difícil discernir la presencia de una *única* problemática que domina el planteamiento de los problemas y la formulación de los conceptos. Así, puede decirse, por ejemplo, que buena parte de ellos están escritos sobre

⁴⁵ Véase, Alvin Gouldner, “Some Observations on Systematic Theory, 1945-1955” en Hans Zetterberg (ed.), *Sociology in The United States of America: A trend Report*, Paris, UNESCO, 1956.

⁴⁶ Véase, Roscoe C. Hinkle, “Antecedents of The Action Orientation in American Sociology Before 1935” en *American Sociological Review*, vol. 28, N° 5, 1963.

⁴⁷ En un informe de 1963 relativo a su desempeño como Profesor Titular de Sociología Sistemática el mismo Germani reconocía esto último cuando declaraba que “comparando los programas de [Sociología Sistemática] 1957-58 con los de 1962 puede observarse cierta acentuación del enfoque estructural-funcional. Debe advertirse que el punto de vista adoptado en el curso se halla resumido en los primeros capítulos del libro *Política y sociedad en una época de transición*”. En Gino Germani, “Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos. Informe de 1963”, pág. 21. Por lo demás, los pie de imprenta de las obras de los autores clásicos del funcionalismo sociológico norteamericano referidas por Germani confirman el aserto pues datan de fines de los ‘50. Así, la edición de *El sistema social*, de Parsons, citada por Germani es la de 1959 (mientras que la primera edición es de 1951); de *Theory and Social Structure*, de Robert Merton, cita la edición de 1959 (mientras que la original es de 1949); y finalmente de *The Structure and Society*, Germani cita la edición de 1959 (siendo la original de 1952).

el fondo de la problemática del desarrollo económico, pero sólo forzando las cosas podría afirmarse que el ensayo sobre el peronismo, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, tiene como horizonte dicha problemática. Más bien es aquí necesario referirse a la cuestión del fascismo y la crisis de la sociedad moderna.⁴⁸

Por otra parte, mientras en la primera parte del libro las referencias a Talcott Parsons son abundantes, en los trabajos empíricos no hay una sola referencia ni es posible identificar la presencia de alguna de las categorías parsonianas, lo que, de por sí, claro está, no implica sin más su ausencia, pero obliga en todo caso a precisar la respuesta a dos interrogantes estrechamente relacionados: a) ¿cuál o cuáles fueron efectivamente los esquemas conceptuales a partir de los cuales Germani redactó dichos trabajos? y, b) dentro de los mismos, ¿cuál fue el grado de incidencia de la perspectiva analítica parsoniana?

Además, es necesario reparar en que trabajos empíricos de *Política y sociedad...* como “El autoritarismo y las clases populares” y “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” tienen como cuadro de referencia la obra Karl Mannheim y las investigaciones del Instituto de Frankfurt sobre el autoritarismo moderno, algo que puede apreciarse en los fragmentos consagrados al fenómeno del tradicionalismo ideológico y al antisemitismo así como en la distinción misma entre antisemitismo tradicional y antisemitismo ideológico, inspirada en la distinción mannheimniana entre tradicionalismo y conservadorismo.⁴⁹ Más específicamente, el marco de referencia del

⁴⁸ Esto puede comprobarse observando el contenido y la bibliografía del programa del cursillo que dictara Germani en el Colegio Libre de Estudios Superiores y que constituiría el material para la escritura y posterior publicación del texto en la revista del Colegio, *Cursos y conferencias*. Según la declaración programática, el cursillo, que llevaba por título “La crisis contemporánea y el totalitarismo”, se proponía “examinar las causas estructurales y psicológicas del totalitarismo, y de qué manera tales causas se arraigan en ciertos aspectos de la sociedad contemporánea”. Los puntos a tratar eran los siguientes: a) algunos rasgos esenciales de la crisis contemporánea; b) la transformación en el orden técnico-económico; c) cambios demográficos y en la estructura social; d) cambios generales en la organización social: burocratización y tendencias oligárquicas; e) masificación de la sociedad: sus aspectos psicosociales; f) crisis de la estimativa, desintegración social y crisis de la personalidad contemporánea; g) las respuestas irracionales: el carácter autoritario y las tendencias conformistas; h) análisis de los diferentes tipos de totalitarismo. Los autores recomendados como parte de la bibliografía del curso eran los siguientes: Mannheim, Ogburn, Russel, Friedmann, Munford, Fromm, Schumpeter, Linton, Sweezy, Kluckhohn, Frondizi y Romero. En *Boletín del Colegio Libre de Estudios Superiores*, Filial Bahía Blanca, 1956. Archivo Personal “Gino Germani”.

⁴⁹ Así, según Mannheim lo que diferencia al conservadorismo moderno del tradicionalismo es el carácter “conciente y reflexivo [del primero] desde el principio, ya que nace como un contramovimiento en oposición conciente al movimiento ‘progresista’ muy organizado, coherente y sistemático”. En Karl Mannheim, “El pensamiento conservador” en *Ensayos sobre sociología y psicología social*, F.C.E., México, 1963, pág. 111. Del mismo modo, y según Germani, lo que distingue al antisemitismo ideológico del tradicional es el carácter deliberado del primero, resultado de una adhesión ideológico que equivale a elección conciente y reflexiva. En Gino Germani, “Nota sobre una forma particular de conflicto: el tradicionalismo ideológico” en *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires,

segundo de los ensayos mencionados está constituido por la literatura relativa al debate en torno a los orígenes del fenómeno del totalitarismo, y muy especialmente, al papel de las clases medias en la emergencia del mismo.⁵⁰ Finalmente, una consideración adicional. Las abundantes referencias a la obra de Talcott Parsons que pueden encontrarse en *Política y sociedad en una época de transición*, en especial a *El sistema social*, conviven con referencias a las obras de Ralf Dahrendorf y Lewis Coser, en ese momento dos de los críticos más prominentes del funcionalismo.⁵¹ En efecto, y frente a la centralidad adquirida por la noción de integración y equilibrio en la teoría parsoniana, tanto Dahrendorf (desde Marx) como Coser (a partir de Simmel) se propusieron una revalorización del conflicto como dimensión estructurante de la vida social.⁵² Tampoco hay que olvidar que la referencia a Parsons convive igualmente -y sin conflicto aparente- con la referencia a George H. Mead, un autor que en ese momento inspiraba una tradición sociológica crítica de la obra parsoniana, como la del interaccionismo simbólico.⁵³

En resumen, la edición de sus trabajos empíricos en *Política y sociedad...*, edición precedida de una primera parte donde se expone la teoría de Parsons, supone una reescritura en clave parsoniana (aunque no solo de ella) de buena parte de textos producidos a partir de marcos de referencias ajenos a la teoría de Parsons. Es entonces ese “efecto textual” de reescritura el que ha sido pasado por alto por los comentaristas, atribuyendo al libro una unidad que la evidencia empírica no permite corroborar. Dicho efecto textual los ha empujado igualmente a atribuir la paternidad de una perspectiva analítica que una atención más acusada al contexto en el que fueron producidos cada uno de los ensayos que dan cuerpo al libro pone en entredicho.

1962, págs. 112-116.

⁵⁰ La misma comprende los escritos de Karl Mannheim, Erich Fromm, Harold Lasswell, Rudolf Heberle y los estudios sobre el autoritarismo dirigidos por Max Horkheimer y Theodor Adorno.

⁵¹ La crítica de Ralf Dahrendorf al funcionalismo fue expuesta por el autor en “Más allá de la utopía. Para una nueva orientación del análisis sociológico”, aparecido originariamente en 1957 en el *American Journal of Sociology* e incluido posteriormente en *Sociedad y Libertad*, Madrid, Tecnos, 1966 (ed. orig. en alemán 1961). Lewis Coser saldó sus cuentas con Parsons en su ya clásico *Las funciones del conflicto social*. México, F.C.E., 1961 (ed. orig. 1956)

⁵² Dejo de lado aquí, para evitar controversias, la opinión, no muy extendida sin embargo, según la cual, las aproximaciones al problema del conflicto de ambos autores resultaron, a la postre, más complementarias que alternativas al estructural-funcionalismo. Véase para esto, entre otros, John Rex, *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*. Buenos Aires, Amorrortu, 1985 (de. org. 1961)

Sociología del desarrollo y teoría de la modernización: convergencia y utopía

No obstante estas consideraciones, puede afirmarse que hacia fines de los años '50 la perspectiva parsoniana comienza a gravitar en los escritos de Germani. Volvamos ahora nuestro interrogante inicial. ¿Por qué? ¿Qué relación guardaban las preocupaciones en torno a la sociología del desarrollo con la teoría de la modernización de Parsons? En principio, y aún cuando Parsons consagrara dos ensayos a la problemática del desarrollo,⁵⁴ no fue el desarrollo sino la modernización el objeto de su reflexión. Y sin embargo, la teoría de la modernización de Parsons se revelaría enteramente complementaria de la problemática del desarrollo económico. ¿Cómo? ¿Por qué? El enigma se aclara si reparamos en la problemática que toma a su cargo la teoría de la modernización y en las preguntas que formula. En efecto, si algo caracterizó la teoría de la modernización fue su atención dirigida hacia los países marginales a la modernidad, pero que, no obstante, no habían adoptado la vía soviética de industrialización. ¿Por qué en dichos países no se había producido el pasaje de lo tradicional a lo moderno? ¿Cuáles eran los obstáculos? ¿Qué tipos de transformaciones y/o acciones podían propiciar dicha transición? Como respuesta a estos interrogantes, la teoría de la modernización -que encontraría en la obra de Parsons la fuente de inspiración probablemente más reconocida- se encargaría de elaborar un esquema formalizado de las condiciones sociales, culturales e institucionales favorables al cambio o al desarrollo económico a la vez que un conjunto de tópicos que serían característicos de las "teorías del cambio social" por entonces proliferantes.⁵⁵

Así, de acuerdo con la teoría de la modernización, no obstante las diferencias que pueden reconocerse en sus diferentes portavoces,⁵⁶ las sociedades constituyen a)

⁵³ Una evaluación reciente de la obra de Mead en el contexto de la sociología norteamericana puede hallarse en Jeffrey Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Gedisa, 1992.

⁵⁴ Véase Talcott Parsons, "Algunas reflexiones sobre el marco institucional del desarrollo económico" y "Algunas características principales de las sociedades industriales", en *Estructura y proceso en las sociedades modernas*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966 (ed. orig. 1960).

⁵⁵ Con todo, no sería del todo correcto reconocer en Parsons la exclusiva fuente de inspiración de todas las teorías del cambio social que circularon por entonces. No menos influyentes, al menos entre los científicos sociales latinoamericanos, fueron las teorías de matriz antropológica, especialmente las de R. Redfield, R. Linton y M.J.Herskovits, de cuyos modelos, aunque ciertamente menos formalizados que el de Parsons, se nutrieron buena parte de las teorías del cambio social latinoamericanas, incluida la de Germani. Una exposición sintética de las teorías del cambio social en Guy Rocher, *Le changement social*, vol. 3, Introduction a la sociologie générale, Editions HMN, Paris, 1972 (ed. orig. 1968). Una historia comprehensiva de las teorías del cambio social en América Latina en Juan Marsal, *Cambio social en América Latina. Crítica de algunas interpretaciones dominantes en ciencias sociales*. Solar Hachette, Buenos Aires, 1967.

⁵⁶ Suele afirmarse que la teoría de la modernización nace con la publicación, en 1949, del libro de Marion Levy, *The Family Revolution in Modern China* y se consolida con los trabajos de Daniel Lerner, Alex

sistemas coherentemente organizados cuyos subsistemas son fuertemente interdependientes entre sí; b) el desarrollo histórico se analiza dentro de dos tipos de sistemas sociales, el tradicional y el moderno, siendo la modernización el pasaje de un sistema a otro; c) la modernización se define por referencia a la organización social y a la cultura de las sociedades específicamente occidentales tipificadas como individualistas, democráticas, capitalistas, seculares y estables; d) el desarrollo o modernización se da por etapas e implica cambios que no son revolucionarios sino incrementales; f) existen diferentes vías de modernización alternativas a los patrones europeo y americano; g) los factores del cambio pueden ser endógenos o exógenos y existen actores de la modernización o del cambio, como las elites.

Como se ve, tanto en los interrogantes como en la forma de representarse la modernización de la sociedad no puede sino reconocerse un conjunto de cuestiones y preocupaciones que serían características de la sociología del desarrollo económico y el desarrollo político. Una misma preocupación en torno a los nexos causales o correlaciones funcionales entre las diferentes variables agregadas (industrialización, urbanización, diferenciación social -diferenciación de roles y de los subsistemas-, racionalización de la acción, y desarrollo del sistema político -ampliación de la participación social, etc.) y una misma interrogación relativa a los factores favorables o desfavorables al cambio y la modernización. Por lo demás, y con respecto al rol del Estado, sería el mismo Parsons el que tomaría nota de su importancia en las nuevas condiciones que enfrentaban los llamados países en desarrollo. Así, en opinión del autor, si el “desarrollo *original* del industrialismo [...] no podría haber sucedido sin la liberación de la empresa libre de ciertos tipos de control político”, en la nueva situación “la autoridad política es generalmente un organismo necesario y que, bajo ciertas condiciones, *lejos de obstaculizar, es lo más probable que facilite el proceso*”.⁵⁷ En las conclusiones al ensayo, Parsons redoblaba el énfasis: “Sin embargo, en la actual

Inkeles, Talcott Parsons, David Apter, S.N. Eisenstadt, Walt Rostow, Clark Kerr y Robert Bellah, todos ellos escritos entre 1950 y principios de los sesenta. Con todo, puede decirse que la “teoría de la modernización” se afirma recién a mediados de la década del ‘50 y se nutre fundamentalmente de la obra de Talcott Parsons, por un lado, y de las teorías del desarrollo económico elaboradas por los economistas, por el otro. La fecha de edición de algunas de las obras más importantes de la teoría de la modernización confirman este último aserto: Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society: Modernization the Middle East*, 1958; Bert Hoselitz, “Economic Growth in Latin America” y *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, ambos de 1960; D. C. MacClelland, *The Achieving society*, 1961;; A.O. Hirschmann, *La estrategia del desarrollo económico*, 1958; Ragnar Nurske, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*, 1953.

⁵⁷ En Talcott Parsons, “Algunas reflexiones sobre el marco institucional del desarrollo económico” en *Estructura y proceso en las sociedades modernas*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966 (ed. orig. 1960), págs. 124-125 (las cursivas son mías).

situación, para la ‘difusión’ de este tipo de organización [economía industrial] desde el mundo occidental a otras regiones, parece claro que las *condiciones más favorables están centradas en el adecuado tipo de iniciativa política*’.⁵⁸

Por esos años, fue el libro de Bert Hoselitz, *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, (ed. orig. 1960) -de consulta obligada entre los sociólogos- el que operó, a partir de una presentación de la teoría de la modernización, especialmente de su versión parsoniana, en directa conexión con la problemática del desarrollo económico, el pasaje inmediato entre teoría del desarrollo y teoría de la modernización hasta tornarlos términos casi equivalentes. Según el argumento de Hoselitz, esa especie de subdisciplina denominada “sociología del desarrollo” debía tomar a su cargo la tarea de estudiar lo que los economistas precisamente omitían, a saber, las variables sociales y culturales que participan del proceso económico y que los economistas sólo trataban en calidad de hechos dados. ¿Con qué propósito? El de comprender —precisaba— la “relación funcional entre las variables económicas y las sociales inherentes a la transición desde una situación de ‘subdesarrollo’ a otra de progreso”.⁵⁹ En tal sentido, Hoselitz argumentaba que el esquema de las *pattern-variables* (“afectividad vs. neutralidad afectiva”; “particularismo vs. universalismo”; “difusión vs. especificidad”; “adscripción vs. desempeño”) elaborado por Talcott Parsons en *El sistema social* podía erigirse en un criterio fecundo para explorar los factores sociales básicos de un proceso de modernización (y/o desarrollo) y establecer, comparativamente, los rasgos que diferencian las sociedades desarrolladas de las económicamente atrasadas.⁶⁰ A partir de allí, se estaría en condiciones de establecer un conjunto de correlaciones funcionales entre determinados rasgos de la estructura social y los grados de desarrollo económico. Así, era dable esperar que una sociedad económicamente subdesarrollada estuviera correlacionada funcionalmente, por ejemplo, con el predominio del *particularismo* en el proceso de selección para el logro de las funciones de importancia económica; con la existencia de funciones económicas de carácter *difuso* y con el predominio del principio

⁵⁸ En Talcott Parsons, *op. cit.*, pág. 138 (las cursivas son mías).

⁵⁹ Bert Hoselitz, *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, Hispano Europea, Barcelona, 1963, pág. 25.

⁶⁰ Todo el debate en torno a la problemática del “cambio social”, tan propia de esos años, reconoce como matriz analítica el esquema parsoniano. Con todo, el propio Germani manifestaría hacia el mismo algunas reservas cuando afirmaba que a excepción de las “formas adscriptivas-particularista y desempeño-universalista, las demás no parecen convincentes en cuanto a su aplicabilidad a otras formas históricas de sociedades industriales” en *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962, pág. 79.

de *adscripción* como regulador de las relaciones sociales, especialmente las económicas.

Así, y para tomar una de las tantas fórmulas a partir de las cuales se razonaba en América Latina el problema de la intervención de los factores sociales en el desarrollo, era común entre los economistas atribuir a la falta de elasticidad de la oferta de las principales exportaciones uno de los obstáculos al desarrollo. Pues bien, ¿cómo podía explicarse esto? Reconociendo que aquella falta de elasticidad estaba en estrecha relación -o funcionalmente correlacionada- con la existencia de una determinada estructura de clases sociales así como también con la relación existente entre status social y poder político. En tal sentido, la resistencia de las economías latinoamericanas a evolucionar hacia un tipo de pluralidad de productos según la tendencia del mercado mundial se explicaba por -y resultada funcional con- la habilidad de una vieja clase terrateniente en obtener de los gobiernos condiciones especiales que les permitían continuar y persistir en sus actividades.⁶¹ Del mismo modo, la falta de inversión de capital privado reflejaba aspectos sociales como la inestabilidad política, que no aseguraba condiciones mínimas a los inversores así como la presencia del nacionalismo, que se tornaba un factor político desfavorable a las inversiones extranjeras. Lo mismo ocurría con el sistema de estratificación, cuyo carácter dual (clase alta y estratos populares), según se aducía, constituía, en los países en desarrollo, un serio obstáculo al mismo, mientras que el surgimiento de los sectores medios figuraba como una condición y una consecuencia del desarrollo.⁶² Consideraciones en la misma dirección eran formuladas con relación a los llamados “factores institucionales”, como por ejemplo, la familia, cuya estructura “nuclear”, según se argumentaba, constituía, frente a la tradicional familia ampliada, una condición o un prerrequisito favorable al desarrollo económico. De tal manera que la expansión de las teorías del desarrollo iba anudada a un conjunto de expectativas, la más importante de las cuales era quizá aquella según la cual el desarrollo y/o la modernización económica traerían aparejados una modernización del sistema político en términos de una ampliación de la participación y

⁶¹ Benjamin Higgins, “La opinión de un economista”, en *Aspectos sociales del desarrollo económico*, UNESCO, París, 1963, vol. 1, pág.185.

⁶² La discusión en torno al papel de las clases medias en el proceso de modernización y/o desarrollo y los estudios relativos al sistema de estratificación y movilidad social asociados a ello constituyó un tópico recurrente de la literatura. Desde el esfuerzo pionero, a comienzos de la década del ‘50, de una obra colectiva dirigida por Theo Crevena, *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Unión Panamericana, Washington, 1950-51, y que contó con una contribución del propio Germani, la literatura no dejó de acrecentarse. El estudio probablemente más integral sobre el asunto apareció a fines

la definitiva consolidación de la democracia representativa. En *El hombre político*, probablemente uno de los libros más influyentes de la época a este respecto, Seymour Martin Lipset llegaría a codificar aquellas expectativas en unas cuantas y sencillas proposiciones relativas a la correlación entre bienestar económico y democracia. Según el argumento del politólogo americano: a) el estado de la democracia se encuentra en relación directa con el desarrollo económico; b) el bienestar económico modifica la “lucha de clases” en la medida en que las clases inferiores adquieren ideas más amplias y complejas de la realidad, volviéndose más reformistas antes que extremistas; c) y cuando la industrialización ocurre de manera abrupta o rápida, introduciendo violentas rupturas de continuidad entre la sociedad industrial y la preindustrial hay probabilidades de que surjan movimientos obreros de carácter extremista.⁶³

La confianza en la posibilidad de clarificar los nexos causales y las correlaciones funcionales entre las diferentes variables agregadas propia de la teoría de la modernización parsoniana ofrecía un lenguaje unificado para encauzar las preocupaciones relativas al desarrollo económico y las expectativas asociadas a la institucionalización de la democracia. Dicho lenguaje proporcionaba igualmente la posibilidad de una unificación temática y programática: la modernización y la edificación de una ciencia del desarrollo y el cambio planificado. El mismo carácter de la producción intelectual de esos años refleja bien estas expectativas: en ellos, en efecto, se buscaba integrar la indagación y el análisis científico con la interpretación y el pronóstico y un conjunto de consideraciones relativas a los instrumentos adecuados para la acción pública. El título de un trabajo de Germani de esos años es por demás expresivo: “Estrategia para estimular la movilidad social”.⁶⁴

Así, a la hora de caracterizar los rasgos *peculiares* que, a sus ojos, asumía el proceso de transición en América Latina en general y en Argentina en particular, Germani encontraría en Parsons un modelo o esquema formalizado de las condiciones o *prerrequisitos de la modernización* de una sociedad (secularización, diferenciación social -de roles y subsistemas, etc.) que le permitirían precisar conceptualmente en qué puntos y/o aspectos de la realidad social podía identificarse un proceso de modernización y en qué puntos y/ aspectos podían observarse desvíos respecto al patrón preconcebido. Así, la presencia de esta noción de los prerrequisitos de la modernización

de la década del '50, John J. Johnson, *La transformación política de América Latina. El surgimiento de los sectores medios*. Hachette, Buenos Aires, 1962 (ed. org. 1958).

⁶³ El libro fue editado por EUDEBA en 1965.

⁶⁴ En *Desarrollo Económico*, N°2, 1961.

puede apreciarse perfectamente bien en el análisis que Germani consagra a la inmigración ultramarina en la formación de la Argentina moderna a partir de una consideración de los *roles* que pueden ser tomados como indicadores de un proceso de modernización,⁶⁵ así como en sus investigaciones relativas al papel de la urbanización y los cambios operados en la estructura de la familia (reducción de su tamaño, disminución del autoritarismo, clima más igualitario, mayor independencia de la esposa e hijos, etc.).⁶⁶ Lo mismo ocurre con el desvío en el plano político, en el que la peculiaridad del caso latinoamericano estribaría en la aparición de los movimientos “nacional-populares” como la expresión (forma) política que adopta la movilización política y social resultante del proceso de industrialización y modernización social. En tal sentido, los movimientos nacional-populares pasan a asumir la forma de una alternativa o sustituto funcional de la democracia representativa en los procesos de modernización tardía.

Igualmente, la presencia de Parsons puede verse en el vocabulario –aunque no en la idea misma– al que acude Germani para describir ese *trend* secularizador que caracteriza a la sociedad moderna. Así, dicho *trend* residiría en el pasaje de acciones prescriptivas a acciones electivas, de una institucionalización de lo tradicional a una institucionalización del cambio y, finalmente, de un conjunto relativamente indiferenciado de instituciones a una creciente diferenciación y especialización creciente de las instituciones. Finalmente, la influencia de Parsons se hace sentir en relación a la imagen del “cambio social” de Germani, que se hace más compleja y equilibrada. En efecto, en las primeras formulaciones de este problema, predomina lo que podríamos llamar una teoría “exógena” del cambio en el sentido de imputar la aparición del mismo a la introducción de factores externos a la sociedad. Por cierto esta imagen es deudora de un modelo dicotómico y estático de sociedad (el llamado “dualismo estructural”, muy en boga por esos años) en el que aparecen a un lado la sociedad tradicional y al otro la sociedad moderna. La noción de “efectos de demostración”, recurrente en algunos pasajes de *Política y sociedad...*, cumple a este respecto un papel importante. En cambio, ya en algunos pasajes de *Política y Sociedad...*, y especialmente en un trabajo inmediatamente posterior,⁶⁷ se advierte un

⁶⁵ Cf. Gino Germani, “La inmigración masiva y su papel en la modernización del país” en *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.

⁶⁶ Cf. Gino Germani, “La familia en transición en la Argentina”, *op. cit.*

⁶⁷ Cf. Gino Germani, “El cambio social y los conflictos intergrupales” en Irving Horowitz, *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, vol.2. Amorrortu, Buenos Aires, 1969 (ed. orig. 1964).

desplazamiento respecto a la fuente del cambio en la que se acentúan los factores “endógenos” (las luchas entre las clases o grupos) como motores del cambio. Aquí el análisis adopta una *forma* que proviene de Parsons, el análisis en términos de *tensión*. De cualquier modo, más que constituir un punto de inflexión en su reflexión, su contacto con la obra de Parsons contribuyó a consolidar y a dotar de un mayor grado de sistematicidad una perspectiva intelectual sobre la sociedad moderna que se había formado en contacto con otras tradiciones.

El desencanto

Con todo, aquellas expectativas anudadas a la teoría de la modernización y el desarrollo pronto comenzarían a ser objeto de severas reservas entre los mismos sociólogos que parecían haberse entusiasmado con ellas. Así, por ejemplo, en 1963, en un ensayo consagrado a la cuestión del desarrollo económico, José Medina Echavarría, una figura prominente de la CEPAL, afirmaba lo siguiente:

[...] hay algunos países con los índices más elevados y modernos en el campo socio-cultural que, sin embargo, han sufrido en estos últimos años un patente estancamiento económico frente a otros de grados más bajo en el complejo de sus ‘indicadores’. En una palabra, hay una extraña contradicción entre los índices del crecimiento económico y las tasas *-passez le mot-* del progreso cultural. Concretamente, se trata de la oposición que muestran en este campo la Argentina y Chile, por una parte, frente al Brasil y México muy en particular”.⁶⁸

Una afirmación en la misma dirección realizaba Germani cuando se refería a la Argentina como un país *socialmente avanzado y económicamente retrasado*,⁶⁹ una fórmula que venía a erosionar las certezas relativas a las correlaciones funcionales postuladas por la teoría de la modernización en boga, pues ella ponía de manifiesto que podía existir un proceso de modernización social sin que tuvieran lugar de manera inmediata transformaciones en la estructura económica y/o viceversa. Estas reservas comenzaron igualmente a afectar los núcleos más duros de la teoría de la modernización, quebrándose la confianza en la existencia de una correlación entre sus principales indicadores. Así, en un volumen editado por la secretaría de la CEPAL y preparado por José Medina Echavarría con la colaboración de Luis Ratinoff y Enzo Faletto se afirmaba lo siguiente:

⁶⁸ En José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964, pág. 80.

Es frecuente aceptar con carácter dogmático una supuesta correlación entre urbanización y desarrollo económico. [...] Sin negar que dicha correlación se ha dado y puede darse en determinadas circunstancias históricas, tampoco cabe dudar de que ha existido y existe la posibilidad de una fuerte expansión urbana sin industrialización o un desarrollo económico intenso sin la formación de grandes centros urbanos.⁷⁰

A juicio de los redactores del volumen, similares dudas podían despertaban las confiadas expectativas relativas a una correlación entre emergencia de los sectores medios y modernización económica y política, pues como parecía demostrar la experiencia contemporánea, “el momento en que se ofrece ese predominio de las clases medias es aquel en que aparece más evanescente el espíritu originario de las mismas”.⁷¹ Frente a estas nuevas realidades, el problema del desarrollo en América Latina ya no parecía ser solo imputable a la falta de un esfuerzo generalizado de modernización sino a una conceptualización defectuosa de las relaciones entre esa modernización y las características de las sociedades receptoras. Como lo declaraban los autores del informe:

En las preocupaciones actuales sobre la situación de las denominadas sociedades tradicionales -todo el tercer mundo en definitiva- ha predominado una interpretación demasiado rápida. [...] se ha imaginado a las sociedades tradicionales como cáscaras, más o menos endurecidas, capaces sólo de resistir o de quebrarse en añicos. Lo cierto es que las sociedades tradicionales han resultado ser más o menos flexibles y capaces muchas veces de asimilar elementos en extremo racionales en algunos de sus puntos, sin perder por ello su fisonomía.⁷²

Reservas en la misma dirección se advierten también *Política y sociedad en una época de transición*,⁷³ como cuando Germani cita el caso del Japón, cuyo espectacular desarrollo económico no había implicado, sin embargo, un cambio en las instituciones socio-culturales o con relación a la tesis de la familia nuclear como prerrequisito de un proceso de modernización y desarrollo. En todo caso, todas estas reservas prueban las distancias y la relación crítica hacia la teoría de la modernización que ya para entonces comenzaban a adoptar aquellos sociólogos latinoamericanos frecuentemente más

⁶⁹ Gino Germani, “La Argentina: desarrollo económico y modernización” en *200 millones*. Revista de la Confederación General Económica, Buenos Aires, 1963.

⁷⁰ CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1963, pág. 11. El trabajo fue preparado por José Medina Echavarría con la colaboración de Luis Ratinoff y Enzo Faletto.

⁷¹ CEPAL, *op. cit.*, pág. 91.

⁷² CEPAL, *op. cit.*, pág. 12

⁷³ En Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, *op. cit.*, págs. 88-89.

identificados con aquella. A partir de entonces, pero es este un capítulo que ya no concierne a nuestra historia, una nueva teoría, la teoría de la dependencia en sus diversas modulaciones, comenzaría a erigirse en la candidata más aclamada para explicar la decepción de todas aquellas expectativas asociadas a la sociología del desarrollo y la modernización.

Capítulo XIII

La división del campo: sistema de alianzas y estrategias de legitimación

Resumen: contra una visión tradicional, según la cual, la etapa de renovación universitaria abierta a mediados de la década del '50 con posterioridad al derrocamiento del peronismo cierra el ciclo de la "sociología de cátedra" y abre el ciclo de la sociología moderna o empírica, este capítulo muestra una situación más compleja al revelar que, lejos de extinguirse, la llamada "sociología de cátedra" se constituyó en un competidor institucional permanente de la orientación defendida por Germani. El capítulo analiza entonces la situación del campo y las distintas estrategias institucionales desplegadas por Germani y por sus principales competidores con el fin de conquistar en unos casos, o retener en otros, las bases organizativas de la profesión. Dada la incapacidad de alcanzar criterios comunes de legitimidad en el campo local, el capítulo intenta mostrar, asimismo, de qué manera, en un contexto de creciente internacionalización de la disciplina, los actores en conflicto procuraron proteger y legitimar sus respectivas empresas a través del establecimiento de un sistema de alianzas con las distintas instituciones y organizaciones nacionales, regionales e internacionales de la disciplina.

La división del campo

La recepción de una nueva disciplina en el campo intelectual y, más específicamente, su introducción en el mercado de competencias organizado por la universidad es un proceso que puede despertar resistencias y provocar conflictos. En cualquier caso, la instalación de una empresa intelectual requiere justificación y en tal medida, exige la puesta en juego de parte de los actores involucrados de estrategias de legitimación.

Tradicionalmente suele verse la etapa de renovación universitaria abierta a mediados de la década del '50 con posterioridad al derrocamiento del peronismo como la que cierra el ciclo de la "sociología de cátedra" y abre el ciclo de la "sociología moderna o empírica". Sin embargo, y tal como intentaré mostrar en este capítulo, las cosas no ocurrieron de una manera tan lineal y esquemática. Por el contrario, aunque desplazada del centro metropolitano, los representantes de la sociología de cátedra conservaron bajo su control las principales instituciones del campo así como buena parte de los contactos internacionales, lo que revela las dificultades que tuvo que enfrentar la empresa comandada por Germani en su camino hacia la institucionalización.

A su vez, el conflicto entre ambas orientaciones se dió en el contexto de una internacionalización creciente de la disciplina, una de cuyas consecuencias, como se vió en el capítulo IX, fue la emergencia de una serie de instituciones, un sistema de publicaciones y un conjunto de organizaciones de carácter regional e internacional destinadas a promover el desarrollo de las ciencias sociales. Pero estas nuevas

instituciones no se implantaron en un territorio desierto sino en el contexto de instituciones preexistentes. En efecto, para entonces y tanto a nivel nacional, regional como internacional, la disciplina ya contaba con algunos institutos y centros de investigación, un sistema de publicaciones y estaba profesionalmente organizada en asociaciones nacionales, regionales e internacionales. La creación de esa nueva infraestructura institucional desencadenará conflictos en el campo tanto a nivel internacional como regional, y en un sentido, el conflicto abierto en la Argentina entre ambas orientaciones habría de reproducir, en realidad, divisiones que trascendían el escenario local. Se trató entonces de un escenario diversificado que operó como una suerte de “teatro de operaciones” de las estrategias de los distintos actores locales.

En cualquier caso, el control de las bases institucionales de la profesión resultaba decisivo en un contexto de profesionalización de la disciplina. Como tendremos oportunidad de ver, cada uno de los actores interesados procurará, a su manera, conquistar en unos casos, o retener en otros, esas bases organizativas de la profesión, entre otras cosas porque ello los colocaba en una posición de mayor visibilidad frente a los distintos foros internacionales de promoción de las nuevas disciplinas. Cada uno, igualmente, procurará inclinar a su favor la opinión de las distintas instituciones y organismos de financiamiento con el fin de consolidar la posición en el escenario local.

Hacia mediados de la década del '50 la sociología de cátedra controla las principales instituciones del campo, incluyendo las posiciones directivas y académicas (los institutos y las cátedras), las sociedades doctas nacionales (la *Academia Argentina de Sociología*) y regionales (desde su creación, la sociología de cátedra ejerce un dominio indisputado de la *Asociación Latinoamericana de Sociología*), las publicaciones (el *Boletín del Instituto de Sociología*) y los contactos internacionales.

Además del control que ejercía la sociología de cátedra sobre las principales bases institucionales de la disciplina, sus iniciativas en favor de la difusión de su enseñanza, por lo demás, serían acogidas favorablemente por las autoridades de turno competentes. En efecto, en 1953 los decanos de todas las facultades argentinas, reunidos en ocasión de la unificación de los planes de estudio, acordaron otorgar mayor importancia al estudio de la sociología. Hasta ese momento, en efecto, la sociología se dictaba solamente en la Facultad de Filosofía. Las reformas sancionadas ampliaron la

enseñanza de la materia a todas las facultades de ciencias jurídicas y de ciencias económicas existentes en el país.¹

Al frente de este control de la sociología de cátedra se hallaba Alfredo Poviña. Para esa fecha Poviña ya era dueño de una sólida trayectoria en el campo intelectual, y especialmente en el sistema académico. Nacido en Tucumán en 1904, obtuvo su grado en derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba en 1926 y se doctoró en 1930 con la tesis *Sociología de la Revolución* (1930), apadrinada por una figura importante de los medios sociológicos, como la de Raúl Orgaz. Durante los años '30 publicó sus primeros escritos sobre sociología en la revista *Cursos y Conferencias*,² y era un colaborador habitual de las publicaciones sociológicas más importante de la región, como la mexicana *Revista Mexicana de Sociología* y la brasileña *Sociología*.³ Desde 1930 en adelante fue profesor de sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba; años más tarde, de sociología y política en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma universidad y, entre 1936 y 1943 dirigió la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. En 1939 fue designado por concurso profesor adjunto de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en 1948 accedió, también por concurso, a la titularidad de la cátedra de dicha facultad, cargo que ocupó hasta 1952. Hacia mediados de la década del '50, su *Curso de Sociología*, editado en 1945, ya había alcanzado la tercera edición. Durante las décadas del '40 y '50, por lo demás, había logrado establecer una extensa red de relaciones tanto a nivel regional como internacional que, sumado a sus numerosas publicaciones, le había proporcionado una considerable reputación en el campo. Además de una serie de publicaciones en diferentes y prestigiosas revistas extranjeras,⁴ Poviña presidía la *Asociación Latinoamericana de*

¹ Véase, Alfredo Poviña, "La sociología argentina" en George Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Bs.As., 1956.

² Una referencia sobre los trabajos publicados por Poviña en distintos medios académicos en Héctor Solís Quiroga, "Alfredo Poviña" en *Estudios de Sociología*, 2, 1962.

³ En la publicación mexicana escribió sobre Werner Sombart, Hans Freyer, Emile Durkheim, Gabriel Tarde y Max Weber. En la publicación brasileña apareció "La totalidad estructural de lo social" en *Sociología*, vol. XI, Nº 1, 1949.

⁴ Véase, Alfredo Poviña, "Sociology in Argentina" en *Sociology and Social Research*, agosto de 1933; "La sociología argentina, su pasado y su presente" en *Hand-book of Latin American Studies*, Cambridge, 1942; "La evolución de los estudios sociológicos en la Argentina", *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, Nº 20, 1947; "La educación desde el punto de vista sociológico" y "La sociología latinoamericana" en *Revue Internationale de Sociologie*, en 1938 y 1941 respectivamente; "La sociología nacional y sus antecedentes americanos", Nº 24, vol. IV, 1953 y "Hay sociología en América y hay sociología de América", ambos en *Ciencias Sociales*, y "Die Jungsten Fortschritte der Soziologie in Lateinamerika" en *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, Año 4, vol.1, 1951-1952, la revista dirigida por el reputado sociólogo alemán Leopold von Wiese.

Sociología (ALAS), integraba el consejo directivo del *Institut International de Sociologie* (IIS), una vieja institución de la sociología creada por René Worms en 1893,⁵ dirigía el *Instituto de Sociología e Historia de la Cultura*, profesor Raúl Orgaz, era Socio Honorario de la *Asociación Mexicana de Sociología*, de la *American Sociological Society* y miembro correspondiente de la *Sociedad Chilena de Sociología*, del *Instituto Peruano de Sociología* y del *Instituto Colombiano de Sociología*. En 1950 había representado oficialmente a las Facultades de Filosofía y Letras y de Filosofía de las universidades de Buenos Aires y de Córdoba respectivamente en el XIV Congreso Internacional de Sociología, organizado por el IIS y en el Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la *International Sociological Association* (ISA).

En el contexto latinoamericano el reconocimiento no era menor. En 1941, la colección de sociología más importante de América Latina, la “Sección Obras de Sociología”, dirigida por José Medina Echavarría, editó de Poviña su *Historia de la sociología en Latino América*. En el prólogo, firmado por el mismo Echavarría, este último afirmaba que “Alfredo Poviña ha realizado en esta Historia de la Sociología una tarea exploratoria y de primera mano que será decisiva en el avance posterior de nuestro pensamiento sociológico. Los datos que ordena y los documentos aportados permiten realizar en breve tiempo el examen de conciencia indispensable antes de partir hacia una nueva etapa de desarrollo”. (Paradójicamente, ese mismo año, Medina Echavarría publicaba *Sociología. Teoría y método*, un libro que, pocos años después, y no obstante recibir una acogida favorable en todos los medios sociológicos, sería utilizado por la generación de los sociólogos científicos como una arma de batalla contra la sociología de cátedra). A mediados de la década del '40 George Gurvicht y Wilbert E. Moore confiarían a Poviña la redacción del capítulo consagrado a la Argentina en un libro colectivo destinado a trazar un balance del estado de la disciplina.⁶ Su *Historia de la sociología en Latino América*, por lo demás, se constituyó, a poco tiempo de aparecida, en el principal material de referencia de los libros de textos más importantes de la época referidos a la historia de la sociología en América Latina.⁷ Finalmente, las buenas relaciones que mantenía con el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad

⁵ Hasta la creación de la *International Sociological Association* en 1949, el IIS fue la primera organización internacional de la disciplina.

⁶ Véase, Alfredo Poviña, “La sociología en la Argentina” en George Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*, editado originariamente en 1945. La edición española, supervisada por el mismo Poviña, apareció en 1956, editada por la editorial El Ateneo.

⁷ Así, por ejemplo, el capítulo sobre América Latina del influyente libro de texto de Harry Barnes y Howard Becker, *Historia del pensamiento social*, F.C.E., 1945, (2 vols.) se apoya enteramente en la obra

Nacional de México le habían permitido publicar en la prestigiosa colección “Cuadernos de Sociología de la Biblioteca de Ensayos Sociológicos”, dirigida por Lucio Mendieta y Núñez, el *Decálogo y programa de aprendizaje de sociólogo*, aparecido en 1958.

Como se desprende de la información reseñada, la ofensiva de Germani en favor de una renovación de la disciplina enfrentaría una situación extremadamente compleja, pues, en rigor de verdad, la sociología ya se hallaba relativamente institucionalizada y estaba controlada desde hacía ya unos años por la sociología de cátedra. Necesariamente, la ofensiva de Germani habría de provocar entonces un conflicto en la medida en que ambos declaraban los mismos ideales intelectuales y procuraban el control de un mismo campo intelectual; ambos pretendían para sí la identidad de sociólogos y ambos aspiraban a representar nacional e internacionalmente a la disciplina.

Como se vió en el capítulo XI, con la caída del peronismo y la apertura del proceso de renovación universitaria Germani logró conquistar una posición estratégicamente importante en el campo desplazando a sus antiguos ocupantes. Poco tiempo después, eran creados el Departamento y la Carrera de Sociología bajo su dirección, un hecho por demás significativo en la medida en que marcaba el establecimiento efectivo de un cierre disciplinario, es decir, de un monopolio instituido a favor de los especialistas certificados sobre la producción de los enunciados autorizados y autoritativos de la disciplina.

Sin embargo, la posición conquistada sería firmemente resistida por quienes hasta entonces controlaban los principales resortes de la disciplina. Las primeras expresiones de resistencia se harían sentir en ocasión del V Congreso de ALAS celebrado en Montevideo en 1959. En su alocución, Alfredo Poviña dirigió una dura crítica hacia lo que denominó como la “sociología comprometida” y en la que incluyó a la sociología ideológica, de orientación marxista, a la sociología aplicada, de origen nacionalista, y a la sociología “de dimensión cuantitativa o hechología”, con la que Poviña se refería, naturalmente, a Germani. Según Poviña, una sociología “comprometida”, en cualquiera de sus expresiones (“normativista” o “hecológica”) significaba una pérdida de “su carácter de conocimiento imparcial y neutro en cuanto a sus resultados” y consiguientemente una amenaza a las posibilidades de generalidad y objetividad que son propias del conocimiento científico. La hechología, continuaba

Poviña, “produce una especie de vicio interno, surgido del propio seno de la sociología, como exageración de una función. [...] El punto de partida verdadero está en la necesidad de conocer la realidad social, que como escrita *in lingua mathematica* se traduce y expresa en hechos. De ahí se ha llevado a una técnica instrumentista, puramente empiriológica, a un recuento minucioso, sin sentido, de los hechos, sin base y sustento doctrinario y teórico. Sobre el apoyo del argumento de que todo lo demás es pura teoría ya superada, se ha caído en un grave peligro. [...] Se ha sacrificado la teoría en beneficio de la práctica; surge la testomanía y la quantofrenia, que tanto ha indignado a Sorokin”.⁸ Poviña concluía su alocución confiando en que “a esta sociología comprometida sucederá una sociología nueva, liberada de ‘ismos’ y compromisos prácticos. La ideología seguirá gobernando el mundo pero deberá hacerlo por su propio camino. También la sociología tiene una ruta marcada que debe cuidar celosamente a todo trance, porque en ella alcanzará perspectivas panorámicas, de permanencia y universalidad. He aquí algo de la vocación actual de la sociología latinoamericana”.⁹

Ese mismo año, Poviña fundó en Córdoba la *Sociedad Argentina de Sociología* (SAS), y en poco tiempo había logrado reunir a la mayoría de los profesores de sociología de las principales universidades del interior. Presidida por el mismo Poviña, la asociación estaba integrada por Sara Faisal, Juan Ramón Guevara y Lázaro Barbieri, en calidad de vicepresidentes. Pedro David y Jaime Culleré como secretarios generales por Buenos Aires y Córdoba respectivamente, Abraham Valdez, como Secretario Adjunto. Su Consejo Directivo estaba compuesto de la siguiente manera: Miguel Herrera Figueroa, Fernando Cuevillas, Francisco José Andrés Mulet, José Enrique Miguens y Miguel Figueroa Román, como titulares, y Juan Villaverde, Luis Campoy, Julio César Castiglioni, Luis Roggi y Eduardo Ves Losada, como consejeros suplentes.

La mayoría de ellos eran abogados de profesión y tenían a su cargo la enseñanza de la disciplina en las principales universidades del interior. Juan Ramón Guevara (1902), mendocino, enseñaba sociología en la Escuela de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Cuyo desde 1945 en adelante y era presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas de Mendoza, afiliado a la SAS. Miguel Figueroa Román (1901), tucumano, enseñó sociología en la Universidad Nacional de Tucumán y había

⁸ Alfredo Poviña, “Palabras de apertura” al V Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, Uruguay, reproducido en Alfredo Poviña, “La sociología comprometida” en *Sociología de teoría y de historia*. Ediciones de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Córdoba, 1982, págs. 294.

⁹ Alfredo Poviña, *op. cit.*, pág. 295.

dirigido el Instituto de Sociografía y Planeación de dicha universidad, actividades que fueron ya objeto de comentario en los capítulos II y III de esta tesis. Miguel Herrera Figueroa (1903), tucumano, enseñaba filosofía del derecho en la Universidad Nacional de Tucumán; Juan Pichón Rivière (1900), había participado de algunas de las actividades del Instituto de Sociología durante la época de Levene; más tarde había sido Jefe de Investigaciones del Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, creado y dirigido por Alberto Baldrich en 1947 y se desempeñó como adjunto en la cátedra de sociología del mismo Baldrich en dicha facultad; José E. Miguens (1919) había enseñado sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA junto a Tecera del Franco, fue adjunto de sociología en la cátedra de Baldrich en Ciencias Económicas y Jefe de Investigaciones del Instituto de la misma facultad. Lázaro Barbieri (1911), también tucumano, enseñaba sociología en la Universidad Nacional de Tucumán y era secretario general de la filial de la SAS de la provincia de Tucumán. En 1965 presidiría el II Congreso Nacional de Sociología organizado por la SAS en la ciudad de Tucumán. Francisco Andrés Mulet (...) fue profesor suplente de sociología en la cátedra de Miguel Figueroa Román en Tucumán en los años '50. Colaboró en las actividades del Instituto de Sociografía de dicha universidad y publicó en 1951, en coautoría con Figueroa Román, *Planeación Integral del Valle de Amaicha*, editado por el Instituto. Más tarde emigró a la Plata y trabajó en el Instituto de Sociología de Filosofía del Derecho y Sociología. Alfredo Ves Losada (1919), de la ciudad de La Plata, enseñó sociología en la Universidad Nacional de La Plata y en la Facultad Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. En 1967 presidiría el III Congreso Nacional de Sociología celebrado en La Plata y organizado por la Asociación Bonaerense de Sociología, afiliada a la SAS. Ángela Romera Vera enseñaba en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Litoral. Sara Faisal (...) enseñaba la materia en la Escuela de Servicio Social de la Provincia y era adjunta de sociología en la cátedra de Agustín Zapata Gollán (este último, uno de los organizadores del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología) en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad del Litoral. En 1951 Faisal había fundado el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario. Fernando Cuevillas (1926), santiagueño, fue uno de los miembros más activos de la nueva asociación. En 1947 se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en España. Entre 1947 y 1950 enseñó religión y moral en el Arzobispado de Buenos Aires. En los '50 se había desempeñado como jefe de investigaciones del

Instituto de Filosofía del Derecho y Sociología de la UBA. Era socio fundador del ALAS, consejero titular de la SAS (lo sería por tres períodos consecutivos), participó de todos los seminarios organizados por la SAS (incluido el Primer Congreso Argentino de Sociología de 1961), asistió a los congresos del IIS celebrados en Beyrouth y Nüremberg en 1957 y 1958 respectivamente y era miembro titular del IIS. Dirigía un equipo de investigación en la Facultad de Ciencia Política y Sociológica de la Universidad del Salvador. Juan Villaverde, había sido un activo colaborador del Instituto de Sociología durante la época de Ricardo Levene y había enseñado sociología en la Universidad Nacional de Cuyo. Angélica Mendoza enseñaba sociología en la Universidad Nacional de Cuyo y 1957 había integrado la delegación argentina al IV Congreso Latinoamericano de Sociología. Pedro David (1929), tucumano, se graduó en derecho y se especializó en sociología del derecho en los Estados Unidos. Enseñó sociología del derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. Julio César Castiglione (1926), santiagueño, profesor de sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tucumán y activo colaborador de los Seminarios Argentinos de Sociología, José A. Olmos, tucumano, enseñaba en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán. Juan Carlos Agulla (1928), enseñaba sociología en la Universidad Nacional de Córdoba, Jaime Culleré (...) era adjunto de Poviña en la cátedra de sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba y Carlos Fantini (1924), adjunto de Poviña en la de Filosofía de dicha universidad. Arturo Covián era director de la Escuela de Relaciones Humanas de la Universidad Católica de Buenos Aires.¹⁰

Como puede apreciarse por algunas de las fechas de nacimiento consignadas, la SAS llegó a nuclear a dos generaciones. Con muchos de ellos (Francisco Mulet, Sara Faisal, Fernando Cuevillas, José Enrique Miguens, Juan Villaverde, Juan Pichón Rivière, Miguel Herrera Figueroa) Poviña había trabado relación a comienzos de los años '50, en ocasión de la Primera Reunión Nacional de Sociología en 1950 y del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología organizado por el mismo Poviña en Buenos Aires 1951. Con otros, como Miguel Figueroa Román y Alberto Baldrich -que también se contaba entre sus socios-, Poviña mantenía una relación desde comienzos de

¹⁰ La información sobre los autores mencionados ha sido reconstruida fundamentalmente a través de dos fuentes: a) los nueve números de la revista *Estudios de Sociología* y, b) Alfredo Poviña, *Diccionario de Sociología a través de los sociólogos*. Astrea, Buenos Aires, 1976, dos tomos.

los años '40. Cabe observar, finalmente, que la SAS contaba entre sus miembros a la mayoría de quienes diez años atrás habían integrado la *Academia Argentina de Sociología* (Baldrich, Poviña, Miguens, Tecera del Franco, Figueroa Román, Ricardo Smith y Julio Soler Miralles).

En unos pocos años, el número de socios de la asociación superó los 100, y obligó a una ampliación de los miembros del consejo. En 1961 -aunque sobre este punto volveré más adelante- la SAS lanzó la publicación de una revista, *Estudios de Sociología*, que llegaría a editar nueve números. Según la crónica de las reuniones de la SAS que aparecen consignadas en dicha publicación, la asociación liderada por Poviña mantuvo una intensa actividad a través de la realización de encuentros periódicos (congresos, seminarios y simposios) y había logrado implantar filiales en Santa Fe, Corrientes, Chaco, Cuyo y Mendoza. En el mismo año de su fundación, la SAS inició la organización anual de un Seminario Argentino de Sociología. Los dos primeros se celebraron en Córdoba, en 1959 y 1960 respectivamente. El tercero, dos años más tarde, en Resistencia, organizado por un instituto afiliado a la SAS, el Centro de Estudios Sociológicos del Noroeste (CESNE) y, el cuarto, al año siguiente, en la ciudad de Santa Fe. En los distintos seminarios, la cuestión del desarrollo industrial fue un tópico recurrente, lo que revela cierto grado de actualización respecto a la problemática que por entonces dominaba la sociología. A su vez, en 1961 la SAS celebró en Mendoza el Primer Congreso Argentino de Sociología, que contó con la asistencia de una nutrida concurrencia y cuyo tema central estuvo dedicado a la sociología de la economía. A través de una resolución, los asistentes al congreso recomendaron a todas las filiales de la SAS que entre los diversos trabajos de investigación se diera especial prioridad a la investigación de la estructura social de las distintas regiones. Cuatro años más tarde, la SAS celebraba su segundo congreso en la ciudad de Tucumán y en el mismo año dos simposios, el primero en San Juan y el segundo en Santa Fe. Las actividades de los distintos eventos fueron reproducidas en los Cuadernos del Instituto de Sociología "Raúl Orgaz", una publicación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba dirigida por Alfredo Poviña.

Las actividades de intercambio eran, asimismo, bastante frecuentes. En 1960 la filial de Santa Fe, dirigida por Sara Faisal, organizó un curso de sociología al que asistieron como disertantes Juan R. Guevara, José Miguens, Miguel Herrera Figueroa, Fernando Cuevillas y Francisco Mulet. Asimismo, un curso de sociología económica en Resistencia contó con la colaboración de una veintena de profesores del país y del

extranjero. A su vez, en 1962, un grupo de socios de Buenos Aires, Miguel Herrera Figueroa, José Miguens, Arturo Covián, Pedro David, Francisco José Mulet y Fernando Cuevillas crearon el Centro de Estudios Sociológicos de Buenos Aires (CESBA), que fue afiliado a la SAS y ese mismo año se creó en la Universidad Nacional de Tucumán otra institución vinculada a las SAS, la *Comisión de Investigaciones Sociológicas*, bajo la dirección de Raúl Augusto Hernández que, años más tarde, adoptaría el nombre de *Centro de Investigaciones Sociológicas* y su dirección recaería sobre Lázaro Barbieri. Al año siguiente, la SAS sumó una nueva institución, la Asociación Bonaerense de Sociología, creada ese mismo por Alfredo Ves Losada.

Fundada en 1959, la SAS era, en cierto modo, la expresión de un espacio de exclusión. Dos años antes, en efecto, Germani había creado la primera carrera de sociología en el país y no había incorporado a ninguno de los profesores que hasta entonces habían tenido a su cargo el dictado de la materia en las distintas universidades. “Cuando en el ‘55 nos echan a todos -recuerda Fernando Cuevillas- Germani es encumbrado como democrático y entroniza su grupo de Buenos Aires, que nos niega toda posibilidad. Incluso, Germani lo hace echar a Poviña”.¹¹

En tal sentido, la SAS era un medio para contrarrestar la ofensiva de Germani, que había decidido ignorarlos a la hora de conformar el plantel de los profesores de la nueva carrera. En las diferentes reuniones celebradas durante los seminarios, y según consta en las actas reproducidas en *Estudios de Sociología*, los miembros de la SAS insistirían en la necesidad de petitionar ante las autoridades de los organismos de investigación y financiamiento, especialmente CONICET y a los representantes argentinos de la Alianza para el Progreso, una representación de la SAS. Más concretamente, la solicitud incluía la participación de la SAS en la selección de los candidatos a becas de estudio, especialización e investigación científica del CONICET y un reclamo a las universidades para que la opinión de la SAS fuera tenida en cuenta en la conformación de los tribunales para los concursos de provisión de cátedras vacantes de sociología. “Cuando nuestra gente pedía becas al CONICET para estudiar afuera -recuerda Fernando Cuevillas- Germani sistemáticamente los tachaba. [Los del Departamento de Sociología de Buenos Aires] eran nuestros adversarios”.¹²

¹¹ Entrevista con Fernando Cuevillas, marzo de 2004. El proceso de “desperonización” del espacio universitario no sido todavía suficientemente estudiado. Un primer ensayo en esa dirección es Federico Neiburg, “Politización y universidad. Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Nº 3, 1999.

¹² Entrevista con Fernando Cuevillas, marzo de 2004.

Igualmente, se iniciarían gestiones ante los organismos de la UNESCO y la OEA solicitando la creación y sostenimiento de institutos y escuelas de investigaciones sociológicas que “funcionen con entera independencia de las instituciones oficiales” y se iniciarían las gestiones necesarias a los fines de crear una carrera de sociología en la Universidad Nacional de Cuyo. Los emprendimientos del grupo pronto comenzarían a dar algunos resultados. En el mismo año en que se crea la SAS, se funda la carrera de sociología en la Universidad Católica Argentina (cuyo antecedente era la “Escuela de Ciencias Sociales” de la Acción Católica creada a comienzos de los ‘50), y en 1963 en la Universidad del Salvador, constituyéndose en dos firmes competidores de la carrera en la Universidad de Buenos Aires.

En cierto sentido, la SAS era expresiva de un cierto malestar hacia la política académica seguida por Germani. Un dato revelador a este respecto. El tercer seminario patrocinado por la SAS al que se aludió hace unos momentos contó con la asistencia de Regina Gibaja, por entonces profesora del Departamento de Sociología de Buenos Aires. En la reunión de la SAS que tuvo lugar durante el seminario, uno de los vicepresidentes de la asociación, Juan Ramón Guevara, reconocería como “significativa la presencia en este seminario de la Dra Regina Gibaja, que tiene la representación del Instituto de Sociología de Buenos Aires, y que conceptúo como un síntoma de integración que tiene que producirse”.¹³

El mismo año de fundación de la SAS Germani preparó un informe sobre el estado de los estudios sociológicos en América Latina para el Cuarto Congreso Mundial de Sociología organizado por la *International Sociological Association*. En el mismo describía la situación en los siguientes términos:

Coexisten entonces en la América Latina en la actualidad dos tipos de sociología, y el problema planteado por esta coexistencia es sumamente complejo. No se trata en efecto solamente de ‘modernizar’ cierta parte de la sociología en la América Latina, sino de decidir un cambio de actitudes, una reorientación en el orden de los valores, la adopción de una diferente posición científica al par que cambios sustanciales en cuanto a organización material y a composición del personal docente y de investigación. En esto se halla también implícito (quizá) un problema de generaciones”.¹⁴

¹³ Véase, *Estudios de Sociología*, N° 3, 1962, pág. 356, que reproduce el acta de la reunión de la SAS.

¹⁴ En Gino Germani, “Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana” en *Boletín del Instituto de Sociología*, Cuaderno 17, tomo XII, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1959.

A primera vista, la declaración bien pudiera parecer una exageración. En efecto, para esa fecha Germani ya tenía bajo su control el Instituto de Sociología, el Departamento y la Carrera de sociología. Sin embargo, la evidencia empírica muestra que buena parte de las bases institucionales de la profesión estaban todavía en manos de los sociólogos de cátedra y que las posiciones ganadas por Germani en el campo no estaban todavía del todo aseguradas. En efecto, y con excepción de la universidad de Buenos Aires, la mayoría de las cátedras de sociología de las universidades del interior (Córdoba, Cuyo, Tucumán y el Litoral) así como las asociaciones profesionales tanto regionales (ALAS) como nacionales (SAS) continuaban todavía en manos de la vieja guardia. La asociación regional (ALAS), controlada por Poviña, había logrado implantarse con relativo éxito. Hacia mediados de los años '50 había afiliado a las principales asociaciones e instituciones de la disciplina de América Latina: la Academia Argentina de Sociología, la Sociedad Brasileña de Sociología, la Sociedad Mexicana de Sociología, la Sociedad Chilena de Sociología, el Instituto Peruano de Sociología, la Sociedad Venezolana de Sociología y el Instituto Colombiano de Sociología. A nivel nacional, la SAS había hecho otro tanto, afiliando las instituciones del Interior vinculadas al campo, en unos casos, y promoviendo, en otros, la creación de nuevas filiales. A través de ALAS como de la SAS, en suma, y en unos pocos años, Poviña y su grupo habían logrado implantar una compleja red de contactos nacionales y regionales como un ramificado tejido institucional. Finalmente, tanto ALAS como la SAS habían logrado establecer su propio sistema de publicaciones. Ciertamente, la posición perdida en el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires privó de un medio de comunicación importante, el *Boletín del Instituto*, que hasta entonces, y especialmente durante los años del peronismo, había constituido un importante medio de expresión y amplificación de las actividades del grupo. Pero rápidamente encontraron un sistema de relevo. En 1957 el Instituto de Sociología "Raúl Orgaz" de la Universidad Nacional de Córdoba inició la edición de la serie *Cuadernos del Instituto de Sociología*. Entre 1957 y 1962 se editaron nueve números y, además de artículos, los cuadernos se caracterizaron por difundir las actividades de ALAS y la SAS durante el período. En 1961 apareció *Estudios de Sociología*, editada regularmente hasta 1965 y en 1962 el Instituto de Sociología de la Universidad Nacional de Cuyo comenzó a publicar la revista *Investigaciones en Sociología*, que apareció de manera o menos irregular hasta 1970. Tanto unos como otros obrarían como los principales medios de difusión de las actividades tanto de ALAS como de la SAS.

Todavía más. A los ojos de algunos, el panorama de la disciplina era bien distinto al ofrecido por la nueva generación. En efecto, el cuadro que de la sociología en América Latina ofrecía Roger Bastide hacia mediados de los años '50 lucía bastante promisorio. Centenares de cátedras y algunas escuelas de sociología se hallaban distribuidas en diversas facultades; se habían creado, además, algunos centros de estudio como el Instituto de Sociología de Buenos Aires, el Centro de Pesquisas en la Facultad de San Pablo, el Instituto Boliviano de Sociología de la Universidad de San Francisco Xavier de Sucre y el Instituto de Investigaciones Sociales de México, y se contaba ya con un conjunto de publicaciones especializadas en la materia como el *Boletín* del Instituto de Buenos Aires, *Sociología*, de San Pablo, la *Revista Mexicana de Sociología* y la *Revista Interamericana de Sociología*.¹⁵

En cualquier caso, lo cierto es que la “sociología de cátedra” estaba lejos de haber desaparecido, lo que revela las dificultades que debía enfrentar Germani en su intento de legitimar su nueva empresa intelectual, a tal punto que el nuevo rumbo que pretendió imprimir a la disciplina no trascendería, en rigor, los límites del área metropolitana. En realidad, la batalla recién comenzaba.

La dimensión regional de la división

Pero sería una batalla, como se verá enseguida, de alcance regional. En efecto, las impresiones de Germani respecto al estado de la disciplina en América Latina no eran, en rigor de verdad, impresiones aisladas. Muy por el contrario, opiniones en la misma dirección eran emitidas por distintos sociólogos de la región así como por representantes de diferentes organismos internacionales. Así, en su momento, José Medina Echavarría había dictaminado que “sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. [...] La Sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles. [...] la intervención del indocumentado –señalaba Echavarría- es un penoso privilegio de las ciencias sociales”.¹⁶ Años más tarde, L.A. Costa Pinto hablaría del “azaroso surtido de aventureros” para apostrofar el campo de la investigación social,¹⁷ y Eduardo Hamuy se lamentaba de que “el ambiente de nuestro

¹⁵ Roger Bastide, “La sociología en América Latina” en George Gurvicht y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Bs. As, 1956.

¹⁶ José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*. F.C.E., México, 1941, pág. 8 y 146-147.

¹⁷ L.A. Costa Pinto y J. Carneiro, *As ciencias sociais no Brasil*. CAPES, Rio de Janeiro, 1955.

país considera todavía al sociólogo como un ser académico o como un aficionado entusiasta en lugar de un investigador serio y científico de los problemas sociales”.¹⁸ En 1957, el sociólogo suizo Peter Heintz, experto de la UNESCO, ofrecía un cuadro cerradamente negativo de la enseñanza de la disciplina en los países de América Latina luego de una serie de misiones encargadas a tal fin.¹⁹ Curiosamente, el cuadro de Heintz contrastaba notablemente con el que tan sólo cinco atrás, la misma publicación, el *International Social Science Bulletin*, había dado a conocer a través de Alfredo Poviña.²⁰ Heintz argumentaba que, no obstante la antigüedad como el significativo número de los cursos de sociología ofrecidos en la región así como la difundida popularidad del término (rasgos todos ellos que, según Poviña, justificaban una visión optimista sobre el futuro de la disciplina) el estado de la disciplina era, en rigor, extremadamente deficiente: carácter predominantemente humanista de la enseñanza, creciente desvinculación entre la enseñanza universitaria y la investigación científica, falta de preparación de los profesores en los modernos métodos y técnicas de investigación, etc.. Tal situación, según el informante, ameritaba una urgente y “fundamental reorientación” de la enseñanza de la disciplina, que debía ser emprendida por las agencias encargadas de la “difusión de una sociología moderna en esta área del mundo”.²¹ Expresiones en la misma dirección serían pronunciadas en ocasión del Quinto Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Montevideo en 1959 por C.A. Campos Jiménez, de Costa Rica, J. R. Arboleda, de Colombia y J. A. Silva Michelena de Venezuela.²² “Se ha perpetuado la excesiva valoración de la cultura humanista de las antiguas clases señoriales a través de un tipo de enseñanza basada en los textos y enemiga de la investigación” dictaminaba por los mismos años el sociólogo brasileño Florestan Fernandes.²³ En México, la renovación había comenzado a operarse cuando en 1958 González Casanova asume la dirección de la Escuela Nacional de

¹⁸ Citado en José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo N° 2 60, Programa FLACSO-Santiago de Chile, 1985.

¹⁹ Peter Heintz, “Some specific aspects of the teaching of sociology in Latin American countries” en *International Social Science Bulletin*, vol.IX (1), 1957.

²⁰ Alfredo Poviña, “Latin American Sociology in the Twentieth Century” en *International Social Science Bulletin*, vol.IV (3), 1952.

²¹ Peter Heintz, *idem*, pág. 75.

²² C.A. Campos Jimenez, “Las ciencias sociales en Costa Rica”, J.R. Arboleda, “Las ciencias sociales en Colombia” y J.A. Silva Michelena, “El estado actual de las ciencias sociales en Venezuela”, todos ellos publicados por el *Centro Latino Americano de Pesquisas en Ciências Sociais*, Río de Janeiro, en 1959 y 1960.

²³ Florestan Fernandes, “Padrao e ritmo de desenvolvimento na América Latina”, Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, 1960, reproducido en “Esquema y ritmo del desarrollo en América Latina” en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, edición preparada por Egbert de Vries

Ciencias Políticas y Sociales, que significó una serie de transformaciones importantes tales como un distanciamiento con la tendencia formalista de origen jurídico que había predominado hasta entonces, el incremento del número de materias de tipo estadístico y la enseñanza de diversas técnicas de investigación.²⁴ En torno a todas estas figuras, y en el transcurso de unos pocos años, comenzaría a tejerse una alianza fundada en la reconocida necesidad de modificar radicalmente los patrones de la enseñanza y práctica de la disciplina que debía operarse sobre la base de una reorganización institucional.

Puede decirse entonces que hacia mediados de la década del '50 comienza a producirse una ruptura en el campo de la sociología no solo argentina sino también latinoamericana entre, por un lado, una generación que adscribe a la empresa disciplinaria en nombre de los ideales intelectuales que le habían dado origen en Europa pero que apenas cultiva de manera ritualista y formal, sin ninguna relación con su práctica efectiva, y una nueva generación que aspira a profesionalizar la disciplina sobre la base de la actualización de los ideales disciplinarios que había sido emprendida a partir de la posguerra. Dicha ruptura será de tal envergadura que los sociólogos científicos no llegarían a reconocer ninguna línea de continuidad o filiación con la sociología de cátedra.²⁵

Ahora bien, ¿cómo debía operarse el cambio de la disciplina? El Seminario Latinoamericano sobre Metodología de la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias Sociales, celebrado en Chile, en 1958, fue el escenario en el que un grupo importante de científicos sociales de la región estableció una serie de formulaciones y recomendaciones que sentaron las bases de un consenso en torno a la necesidad de modificar los patrones de la enseñanza de la disciplina y sus formas de organización. El seminario fue organizado por FLACSO y contó con el auspicio de la UNESCO y el CLAPCS y la colaboración de la CEPAL. Las dos comisiones que se establecieron para llevar a cabo las deliberaciones reflejan de algún modo las dos preocupaciones que estarán en el centro de la agenda de las agencias regionales como de los sociólogos vinculados a ellas: a) Enseñanza y métodos de investigación en Sociología, Economía y

y José Medina Echevarría, UNESCO, París, 1962, pág. 216.

²⁴ Véase, Joseph Kahl, "Pablo González Casanova" en *Modernization, Exploitation and Dependency in Latin America. Germani, González Casanova and Cardoso*. Transaction Books, New Brunswick, New Jersey, 1976. Asimismo, Ledda Arguedas y Aurora Loyo, "La institucionalización de la sociología en México" y José Luis Reyna, "La investigación social en México" en AAVV, *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, UNAM, México, 1979.

²⁵ Para el caso chileno, José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo N° 2 60, Programa FLACSO-Santiago de Chile, 1985; para el caso brasileño, Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*. Vértice, Editora Revista dos Tribunais, Sao

Ciencia Política y b) Problemas metodológicos de la investigación interdisciplinaria en Sociología, Economía y Ciencia Política para el estudio del desarrollo económico en América Latina. Participaron Peter Heintz, Lucien Brams y José Medina Echavarría (FLACSO), Gino Germani y Jorge Graciarena (Argentina), Orlando M. Carvalho y L.A. Costa Pinto (Brasil), Pablo González Casanova (México), Eduardo Hamuy y Guillermo Briones (Chile) Issac Ganón (Uruguay), José Agustín Silva Michelena (Venezuela), entre otros.

En lo que respecta al problema de la enseñanza y la investigación, el informe presentado por cada uno de los participantes revelaba un diagnóstico similarmente negativo y la necesidad de una reorientación fundamental de la enseñanza de la disciplina. Los puntos más subrayados eran los siguientes: a) no obstante el sorprendente número de cursos de sociología en la región, en la mayoría de los casos se trataba de cursos muy elementales y generales; b) asimismo, dichos cursos, de acuerdo al informe, estaban concebidos como parte de las humanidades, lo que inevitablemente conspiraba contra la posibilidad de considerar la sociología como una ciencia positiva; c) la poderosa influencia humanística sobre la enseñanza universitaria en los niveles elementales impedía una preparación de los estudiantes en una perspectiva científica sobre los temas d) carencia de idoneidad y *expertise* de los profesores, que en su mayoría eran reclutados entre los profesores de la enseñanza secundaria; e) falta de asociación entre investigación y enseñanza atribuible en parte a la carencia de profesores *full time* así como al hecho de que la enseñanza de la sociología seguía siendo considerada como una función educacional de los estudios profesionales.

Cuando hacia fines de los años sesenta Germani enuncia las condiciones y requisitos necesarios para el establecimiento de la sociología científica o profesional en nuestros países, en rigor, no estaba haciendo más que resumir un consenso programático que se había ido gestando durante los años previos entre un grupo de sociólogos de la región en el contexto de las iniciativas de modernización de las ciencias sociales adoptadas por los organismos regionales. Según Germani, el éxito de la empresa implicaba la puesta en práctica de tres modificaciones, de carácter intelectual e institucional, que ya se habían operado en el nivel internacional.

En primer lugar, la sociología debía separarse claramente de la filosofía, situación contra la que conspiraba el hecho de que la sociología seguía enseñándose dentro de una matriz filosófica y en la Facultades de Educación y Filosofía. En segundo

lugar, ajustar la enseñanza de la disciplina a una metodología más rigurosa frente al carácter más especulativo y literario que predominaba en los escritos de sociología hasta entonces. Finalmente, y como estaba ocurriendo a nivel internacional, la sociología debía tender hacia la especialización contra las generalidades a que estaba acostumbrada la sociología imperante en América Latina. En suma, el afianzamiento de estos tres puntos parecía exigir el abandono de las bases institucionales iniciales (la enseñanza en las Facultades de Filosofía y Derecho) y el lanzamiento de una profesionalización sobre nuevas bases institucionales. En este último frente, el de la organización profesional, Germani despliega una serie de iniciativas destinadas a desalojar a la sociología de cátedra y a legitimar la sociología científica. Las mismas comprenderán fundamentalmente la creación de asociaciones profesionales alternativas frente a los intentos frustrados de controlar las ya existentes así como la conformación de una serie de alianzas con diferentes organismos regionales de enseñanza e investigación y con las distintas organizaciones internacionales de la disciplina.

Profesionales contra notables

El primer episodio de la batalla tiene lugar en 1960. Ese año, Germani y el grupo de sus colaboradores funda la *Asociación Sociológica Argentina* (ASA). Presidida por el mismo Germani, la Asociación estaba integrada, además, por Juan José Bruera, como vicepresidente, Torcuato Di Tella, como secretario, y Enrique Butelman, Jorge García Bouza, Jorge Graciarena y Norberto Rodríguez Bustamante en calidad de vocales. Esta fundación, opuesta a la ya existente *Sociedad Argentina de Sociología*, fundada por Poviña el año anterior, marca, en el plano de la profesionalización, el momento más claro de una intensa escisión entre ambos grupos. Años más tarde, Fernando Cuevillas, un miembro activo de la SAS, calificaría retrospectivamente el episodio de la siguiente manera: “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, con Gino Germani a la cabeza, se desgajó del concierto general de los sociólogos argentinos, organizando una asociación de orientación particularizada”.²⁶

Y es que, en efecto, el plantel de los socios de la ASA estaba constituido casi exclusivamente por la mayoría de quienes por entonces realizaban tareas de docencia e investigación en el Departamento de Sociología²⁷ y muchos de ellos, a su vez, se

²⁶ Fernando Cuevillas, *Sociología argentina e iberoamericana*. Ediciones Macchi, Buenos Aires, 1967, pág. 1043 (Las cursivas son mías).

²⁷ Además de los ya mencionados, la lista de socios hacia 1961 se componía de la siguiente manera: Mabel Arruñada, Martha Bechis de Ameller, Darío Julio Cantón, Carmen Gloria Cucullu de Murmis,

desempeñaban como traductores o correctores de la colección “Biblioteca de Psicología Social y Sociología”, que Germani dirigía en Paidós. Aunque efímera,²⁸ la nueva asociación contaría con una publicación, el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, destinado a difundir las distintas actividades de la misma.

Según la declaración de propósitos, la ASA fue creada con la intención de “definir, defender y mejorar el carácter ‘profesional’” de la sociología.²⁹ En la Argentina, razonaban los miembros de la nueva asociación, el estudio y la investigación en sociología se encontraban “en serio retraso en relación con los niveles alcanzados en otros países e inclusive comparando con los avances realizados en otras disciplinas científicas dentro de nuestro país”. Dicho retraso se explicaba en parte por la existencia de una actitud según la cual la actividad sociológica se la podía realizar con carácter “amateur”.

Este amateurismo se reflejaba, a los ojos de sus fundadores, en las propias asociaciones que nucleaban a los interesados en el desarrollo de la disciplina. Aunque no aparecieran mencionadas de manera explícita, es obvio que la declaración apuntaba a la SAS y al ALAS. Estas últimas, según el texto de la declaración, carecían de un criterio profesional de admisión, reuniendo en su seno a “personas que se dedican totalmente a la actividad científica y otras que sólo pueden considerarse ‘aficionados’, ya que sus actividades principales se encuentran en otros campos”. El mantenimiento de esta situación, argumentaban, “significaba colocar juntos en forma indiscriminada a quienes practican la ciencia y a quienes no”. Frente a esta laxitud, el criterio de selección propuesto por la asociación, a la vez que estrechaba los márgenes de la identidad del ‘profesional’, era también una declaración de guerra contra la inespecífica concepción de la profesión promovida por la tradicional sociología de cátedra. En efecto, según el estatuto de la asociación, “la categoría de socios activos [era] reservada

Alejandro Dehollain, María Eugenia Dubois, Regina Gibaja, Ana María Eichelbaum de Babini, Jorge García Bouza, Elizabeth Jelin, José Luis de Imaz, Analia Kornblit, Juan Carlos Marin, Miguel Murmis, Angel Federico Nebbia, José Manuel Saravia, Margarita Sarfatti, María Sautu, Malvina Segre, Eliseo Verón, Eduardo Andrés Zalduendo y Jorge Zuñiga Ide, en calidad de socios activos. Completaban la lista como socios adjuntos Inés Izaguirre de Cairolí, María Elena Lobato, Alberto Sanchez Crespo y César Vapñarsky.

²⁸ En cambio, su opuesta, la *Sociedad Argentina de Sociología*, perduró hasta comienzos de los años setenta y continuó organizando congresos periódicos. Además del congreso de Mendoza referido más arriba, la SAS llegaría a organizar otros cuatro congresos: Tucumán (1965), La Plata (1967) Buenos Aires (1969) y Santa Fe (1971). Hasta mediados de los años setenta, la SAS organizó un total de 5 congresos, 4 seminarios y 5 simposios. Véase un balance de la asociación en Alfredo Poviña, “Historia y futuro de la SAS” en *Sociología de teoría y de historia*. Ediciones de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Córdoba, 1982, págs. 367-383.

²⁹ En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 1961, pág 3.

para aquellos que tienen título específico, o que teniendo otra clase de título o estudios han producido contribuciones científicas y además se encuentran dedicados en *forma exclusiva* a la disciplina sociológica, sea en la docencia, investigación o actividad aplicada”.³⁰ La categoría de ‘socio adjunto’ incluía a aquellos que no cumplían con estos requisitos aunque el gobierno de la asociación quedaba enteramente limitado a los socios activos.

Ahora bien, ¿qué razones, además de las ofrecidas por los propios actores, pueden esgrimirse para explicar esa división? ¿por qué no se produjo esa integración que Juan R. Guevara declaraba como deseable? La situación es compleja y amerita la consideración de varias dimensiones. En principio, había razones de orden cognitiva o intelectual, que fueron comentadas en el capítulo X de esta tesis. Pero había también razones de orden profesional como ideológicas. En principio, la mayoría de los miembros de la SAS eran abogados y la enseñanza de la sociología era una actividad subsidiaria. Incluso, algunos de ellos combinaban el ejercicio de su profesión con la actividad política, como Juan Ramón Guevara, que fue diputado en la legislatura de Mendoza y Lázaro Barbieri, que en los años ‘60 fue gobernador de la provincia de Tucumán. La ASA exhibía a este respecto un mayor grado de homogeneidad. Para la mayoría de ellos, las tareas vinculadas a la enseñanza e investigación de la sociología constituía su actividad principal y la universidad era su espacio de pertenencia casi exclusivo.

Un clivaje cultural y político dividía, igualmente, ambas agrupaciones. Mientras la SAS reunía a católicos, nacionalistas y peronistas, la ASA reunía a figuras representativas de la tradición liberal y del socialismo, y muchos de ellos fervientes antiperonistas. En ese sentido, políticamente, ambas asociaciones estaban fuertemente connotadas. Sintomático de ese clivaje es la trayectoria del curso de “Sociología Argentina”, una asignatura creada durante el peronismo. Desde su creación, el curso fue asignado a un exponente de la historiografía revisionista, José María Rosa y, con la caída del peronismo, fue reasignado a un claro exponente de la tradición liberal, Carlos Alberto Erro. Tan importante era este clivaje que incluso podía entrar en contradicción con algunos de los propios principios que el grupo liderado por Germani decía profesar. En efecto, bien mirado, la actividad de varios de quienes integraban dicha asociación no era del todo congruente con el ejercicio efectivo de esos principios. El caso más notorio es el Carlos Alberto Erro, que hasta entonces nunca había enseñado sociología ni

³⁰ En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, N° 1, pág.4, las cursivas son nuestras.

contaba con algún entrenamiento en la materia. Por lo demás, su propia producción intelectual estaba más próximo de aquel género “especulativo” e “impresionista” que el mismo Germani se había propuesto combatir y contra el cual se definía la identidad de la nueva sociología preconizada por Germani. Pero también eran los casos de Norberto Rodríguez Bustamente, Enrique Butelman y Jorge Graciarena. Ninguno de ellos estaba en condiciones de exhibir alguna experiencia en la materia. Tampoco habían emprendido investigaciones empíricas en sus respectivos campos de interés. El caso de Miguel Figueroa Román ilustra, por contraste, la importancia de este clivaje político. En efecto, en la crítica que durante el congreso del ALAS Germani lanzó contra las principales figuras del campo, Figueroa Román fue el único que mereció el elogio de Germani: “ha subrayado una y otra vez la unidad de teoría e investigación, de sociología y sociografía. Rechaza, así, la separación entre estudio de la sociedad en abstracto (sociología) y el de las sociedades concretas (sociografía) [...] Cabe recordar además su insistencia sobre otro aspecto esencial de la metodología: el carácter sintético de la investigación como medio indispensable para alcanzar el conocimiento total de la realidad social y su afirmación de que ese carácter sintético sólo puede corresponder a la sociología, como ciencia teórica y empírica a la vez”.³¹ Puestas en perspectivas, estas declaraciones parecieran anunciar un virtual alineamiento de Miguel Figueroa Román con la empresa liderada por Germani. Y sin embargo, Figueroa Román terminaría sumándose a las filas de la asociación dirigida por Poviña.

Last but not least, el clivaje Buenos Aires/Interior cortaba igualmente ambas agrupaciones y obraba como un elemento más que diferenciaba una empresa de la otra. En efecto, salvo algunas excepciones, en su gran mayoría, como ha sido señalado, los miembros de la SAS provenían del interior. Por contraste, el único socio de la ASA proveniente del interior era José Juan Bruera. Las palabras pronunciadas por Juan Ramón Guevara en ocasión del Segundo Seminario de Sociología (1960) son bastante sintomáticas de este clivaje y revela hasta qué punto el mismo formaba parte de las representaciones de los propios involucrados: “[...] la vida de la Argentina está mal dirigida, debe mejorar con un estudio integral, reaccionando contra la absorción de Buenos Aires. Esto debe llevarse a la universidad, que también debe estudiar los

³¹ Gino Germani, “Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana” en *Boletín del Instituto de Sociología*, F.F.y L., UBA, N° 6, 1952, pág. 93.

problemas argentinos. Con esto no se pretende atacar la Capital Federal sino que es una forma de acentuar una técnica provincial, regional, con problemas propios”.³²

Alianzas institucionales

Al año siguiente tiene lugar el segundo episodio. En efecto, y como parte de la misma ofensiva, en 1961, un grupo de sociólogos latinoamericanos creó en Palo Alto, California, en ocasión de la “Conferencia Interamericana sobre Investigación y enseñanza de la sociología” auspiciada por el *Social Science Research Council*, el “Grupo latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”. Los argumentos desplegados en la declaración de propósitos, que fue publicada por el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina* y firmada por Guillermo Briones (Universidad de Chile y FLACSO), Louis de Aguiar Costa Pinto (CLAPCS), Orlando Fals Borda (Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia), Peter Heintz (FLACSO) y Gino Germani (Departamento de Sociología, Universidad de Buenos Aires) eran casi idénticos a los que habían presidido la creación de la Asociación Sociológica Argentina. En efecto, se aducía la necesidad de “promover la elevación del nivel académico y científico de esta disciplina e impulsar su desarrollo en todos los países de América Latina”³³, lo que significaba adaptarla a los cambios que se venían experimentando a nivel internacional. En primer lugar, debía operarse una superación de los estilos nacionales en favor de la tendencia dominante a una creciente universalización de los conceptos, problemas y terminología. Esa elevación del nivel profesional implicaba igualmente una formación especializada en la disciplina y una dedicación exclusiva de los nuevos profesionales sea en el campo de la docencia, la investigación o en la práctica en esferas públicas o privadas. En suma, se trataba de adaptar la disciplina a los patrones internacionales de desarrollo. El grupo solicitó y obtuvo la adhesión de los organismos regionales como la CEPAL y FLACSO así como de otras figuras relevantes de la sociología latinoamericana como Florestan Fernández, de la Universidad de San Pablo, Eduardo Hamuy, de la Universidad de Chile, y José Michelena, de la Universidad Central de Venezuela, Luciem Brams, de FLACSO y Pablo González Casanovas, de la Universidad Nacional de México, entre otros.

³² En *Estudios de Sociología*, N°1, “Segundo Seminario Argentino de Sociología”, pág. 242.

³³ En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 1961, págs 24-27.

La creación del “Grupo latino-americano de Sociología” formó parte de una estrategia más amplia de ofensiva institucional contra la sociología de cátedra que consistió en la elaboración de un sistema de alianzas con diferentes organismos nacionales e internacionales destinado a obtener apoyo institucional y legitimación para el sostenimiento de la empresa intelectual. Pero sería, claro está, un sistema de alianza alternativo al que pacientemente había sabido tejer Poviña. En efecto, la *Sociedad Argentina de Sociología*, liderada por este último, estaba estrechamente asociada a nivel regional con la *Asociación Latinoamericana de Sociología* (ALAS) y a nivel internacional con el *Institut International de Sociologie* (IIS), una asociación tradicional de la sociología europea que nucleaba a la mayoría de los sociólogos de cátedra de América Latina, y de la que Poviña sería elegido presidente en 1963.³⁴

Germani siguió los pasos de Poviña pero cambió el eje de la alianza. Una de las primeras determinaciones que adoptó cuando asumió la dirección del Instituto de Sociología fue precisamente su afiliación a la *International Sociological Association* (ISA), una asociación creada por la UNESCO en 1949 en directa oposición al IIS, lo que ilustra el carácter igualmente internacional del conflicto que en América Latina dividía a los sociólogos de cátedra de los sociólogos científicos.³⁵ De algún modo, las organizaciones internacionales de la disciplina se convertirían en escenario y objeto de

³⁴ La designación de Poviña al frente del IIS venía a coronar un importante participación de la delegación argentina en dicha institución. Así, por ejemplo, en cuanto al número de sus miembros, la Argentina aventajó tanto a México, que contó con dos representantes como a Brasil, que llegó a contar solamente con uno. Hacia el final de los años '20 Antonio Dellepiane había sido designado vicepresidente del comité ejecutivo de la organización. Raúl Orgaz fue otro un miembro del IIS. En *La ciencia social contemporánea*, Cabaut y Cia, Buenos Aires, 1933, consagró una nota a la historia del IIS (plan de constitución y propósitos) y un extenso comentario al N° XVI de los *Anales* del IIS, aparecido en 1932, consagrado a “La sociología de la guerra y de la paz” titulado “Nota sobre la sociología de la guerra”. En tanto discípulo de Orgaz, Poviña heredó de algún modo esta fuerte articulación internacional de los sociólogos argentinos.

³⁵ La ISA fue fundada G. Davy, A.N.J. den Hollander, G. Gurvitch, R. König, P. Lazarsfeld, G. L. Bras, E. Rinde, L. Wirth, A. Brodersen, O. Klineberg y T.H. Marshall. Sus actividades principales consistían en la organización de encuentros de investigación de sus distintos comités (estratificación social y movilidad social, sociología del trabajo, sociología urbana, etc.), la edición de una publicación especializada, *Current Sociology* y la organización, cada tres años, de un Congreso Mundial de Sociología. El primer congreso fue celebrado en Zúrich, en 1950 y contó con la participación de 120 ponentes de 30 países. El crecimiento, firme pero sostenido, de la participación en los sucesivos congresos (en un período de diez años la participación trepó a los 1000 ponentes) terminaron de convertir a la ISA en un desafiante competidor de la IIS por la clientela de la profesión. El sistema de membresía era igualmente distinto. Así, a diferencia del IIS, que fue creada como una organización internacional de “notables” de la sociología, la ISA –aunque con algunas excepciones– fue constituida como una federación de asociaciones e instituciones especializadas en la enseñanza, difusión e investigación sociológicas (asociaciones nacionales, regionales, institutos y centros de investigación y departamentos universitarios de sociología). Hacia los años '70 la ISA lograría imponerse como la organización internacional oficial de la disciplina, a tal punto que el mismo IIS terminó afiliándose en 1971 a la ISA. Véase, William M. Evan, “The International Sociological Association and the Internationalization of Sociology” en *International Social Science Journal*, vol XVIII, (2), 1975.

disputa de las orientaciones sociológicas rivales en América Latina en general y en Argentina en particular.

A su vez, la *Asociación Sociológica Argentina*, liderada por Germani, quedó aliada a nivel regional con el “Grupo latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”, y afiliada a nivel internacional a la *International Sociological Association* (ISA). La alianza a nivel regional comprendía igualmente la estrecha relación del Departamento de Sociología con los dos centros regionales de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales, FLACSO y CLAPCS, creados en 1957 y en cuya organización y dirección Germani participó activamente.³⁶

Ciertamente, la definición de este sistema de alianza fue estableciéndose solo de manera gradual y a tientos, y esto por varias razones. En principio, porque, a nivel internacional, el sistema organizativo de la disciplina no estaba todavía claramente definido, a tal punto que muchos de los miembros que se contaron entre los fundadores y miembros de la ISA eran, a su vez, miembros del IIS. Esto último es comprensible dado que hasta la creación de la ISA, el IIS fue la primera y única organización internacional de la disciplina.³⁷ Por lo demás, nadie estaba en condiciones de asegurar cuál de las dos organizaciones terminaría imponiéndose en el mercado internacional de la disciplina. En cualquier caso, esa inicial falta de definición y diferenciación entre ambas asociaciones explica la doble adscripción de muchos de sus miembros y el hecho de que las apuestas de los distintos actores fueran, en un principio, apuestas múltiples.

Es el caso, por ejemplo, de Alfredo Poviña, que asistió, en calidad de representante oficial de las universidades de Córdoba y Buenos Aires a los congresos tanto del IIS como de la ISA. En efecto, siendo ya miembro activo del *Bureau del Institut* –había integrado el Comité Organizador del XIV y XV congreso celebrados por dicho instituto– en 1950 Poviña solicitó, en ocasión de la celebración del Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la ISA en Zurich la adhesión –que fue

³⁶ Germani integró el Comité Director de ambas instituciones desde 1957 a 1963. Véase, “Instituto de Investigación y Departamento de Sociología. Informes del Director, 1961, 1963 y 1964.

³⁷ Creada por René Worms en 1893, el IIS celebró congresos anuales hasta la primera década del siglo XX y a partir de entonces adoptó un programa trienal. Con la misma periodicidad el IIS editó durante todos esos años los *Annales del Institut Internationale de Sociologie*, que reproducía las actas de los congresos, además de reseñas bibliográficas. Las actividades del instituto se vieron interrumpidas durante las dos guerras mundiales y fueron reanudadas desde la segunda posguerra bajo la dirección del demógrafo italiano Corrado Gini, que presidió la institución entre 1950 y 1963. En 1993 el Institut celebró en París su XXXI Congreso el Centenario de la institución. El papel de esta institución en la formación e institucionalización de la disciplina permanece todavía inexplorado. Una historia oficial y por demás hagiográfica en Ulrike Schuerkens, “Les Congres de l’Institut International de Sociologie de 1894-1930 et l’internationalisation de la Sociologie” en *Revue Internationale de Sociologie*, 6, 1, 1996.

aceptada- a dicha organización en nombre de la *Academia Argentina de Sociología*, dirigida por Alberto Baldrich y de la que Poviña era su vicepresidente. En dicho congreso participaron los sociólogos que en ese momento tenían bajo control los resortes de la profesión: Alfredo Poviña, Juan Pichón Riviére y Tecera del Franco, por Argentina, Luis Bossano, por Ecuador y Astolfo Tapia Moore, de Chile.³⁸ Para entonces la sociedades latinoamericanas de sociología ya habían presentado la solicitud de afiliación a la ISA: la Sociedad Brasileña de Sociología, presidida por Fernando de Azevedo, la Asociación de Sociología Nacional de Ecuador, por Luis Bossano y la Sociedad Mexicana de Sociología, por Lucio Mendieta y Núñez.³⁹ Hasta 1953 Fernando de Azevedo integró el comité ejecutivo de la ISA en calidad de vicepresidente. En el congreso organizado por la ISA, asimismo, Poviña y Mendieta y Núñez serían designados miembros del Comité de Enseñanza y Formación Profesional y Luis Bossano, de Ecuador, se integraría al Comité de Membresía. Todavía más. El mismo Poviña fue ratificado como miembro de dicho comité para el período 1953-1956. Finalmente, hay que recordar que una de las resoluciones adoptadas por el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Buenos Aires en 1951 y presidido por Poviña, fue precisamente la de solicitar la afiliación de la nueva asociación regional tanto al IIS como a la ISA.⁴⁰

Pero es el caso, igualmente, de Germani, cuya membresía, hacia mediados de la década del '50, incluye la *American Sociological Society*, la *Asociación Latinoamericana de Sociología* y el *Institute International de Sociologie*. Todavía más. En 1954 envió una ponencia al XVI Congreso Internacional de Sociología organizado por el IIS en Beaune sobre "Estructura social e ideologías políticas". Al año siguiente, no obstante, cuando asume la dirección del Instituto de Sociología, inicia las tratativas destinadas a obtener la afiliación del Instituto a la *International Sociological Association*

³⁸ Las comunicaciones abordaron distintos aspectos del tema central del congreso, el de las relaciones internacionales en el contexto de la posguerra. En su ponencia, titulada "The Sociological Subject in International Relations", Poviña sugirió no limitar el tratamiento sociológico de las relaciones internacionales a la sola relación entre los estados sino también incluir la nación y sus diferentes fuerzas vivas como objeto del análisis. En "L'entente internationale et la sociologie" Pichon Riviére abordó el problema de las modernas técnicas de producción y comunicación de masas y sus efectos despersonalizadores. Se refirió igualmente a la comunicación de masas como una amenaza a la familia y a la comunidad en tanto instancias de formación y comunicación de valores compartidos y destacó que el nuevo orden mundial debería afirmarse a partir del reconocimiento de las cualidades y diferencias personales más que sobre su estandarización. Finalmente, Tecera del Franco examinó el problema de la relación entre ideologías políticas y realidades socio-culturales enfatizando el carácter cultural y socialmente limitado de las primeras. En *International Social Science Bulletin*, vol III (2), 1951.

³⁹ En *International Social Science Bulletin*, vol II (5), 1950.

(ISA) y poco después procedería del mismo modo con respecto a la *Asociación Sociológica Argentina*.

Igualmente ilustrativo de aquella originaria falta de diferenciación y las consecuentes apuestas múltiples es el hecho que, al año siguiente, en ocasión de la celebración en Buenos Aires del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología organizado por el ALAS recién fundado, sus miembros acordaron que la asociación regional y todas las asociaciones nacionales miembros de la misma procurarían la afiliación tanto a la ISA como al IIS.

Asimismo, en 1952 Alfredo Poviña publica, a solicitud del *International Social Science Bulletin* un ensayo destinado a exponer el estado de la sociología latinoamericana en el siglo XX⁴¹ y la misma publicación informa al año siguiente que la Sociedad Chilena de Sociología, monopolizada por los sociólogos de cátedra, se hallaba en tratativas para su afiliación a la ISA.⁴² Las apuestas múltiples se advierten igualmente en la participación de los sociólogos de la región en los sucesivos congresos de ambas asociaciones. Aunque nos ha sido imposible consultar las actas de los sucesivos congresos, hemos acudido a las crónicas de los mismos a través de algunas publicaciones de la región, especialmente, de la *International Journal of Social Sciences* y de la *Revista Mexicana de Sociología* o en su defecto, a los curriculum vitae de algunos de los protagonistas. Así, en 1950 Alfredo Poviña y Tecera del Franco asistieron al XIV Congreso Internacional organizado en Roma por el IIS.⁴³ Tres años después, Poviña y Baldrich asistieron al Segundo Congreso Mundial de Sociología organizado por al ISA, en Liège, el primero con una ponencia relativa a “La sociología argentina contemporánea”, el segundo con una relativa a “Los conflictos entre grupos”. A dicho congreso asistirían, igualmente, el uruguayo Issac Ganon y los mexicanos Lucio Mendieta y Núñez y C. A. Echánove Tujillo. Al año siguiente, más precisamente en 1954, el *Institut International de Sociologie* celebró en Beaune, Francia, su decimosexto congreso. La delegación argentina estuvo representada por Alfredo Poviña -que presentó una ponencia sobre “La sociología en América Latina”- Alberto Baldrich y por un conjunto de comunicaciones preparadas en el marco del Instituto de Sociología

⁴⁰ Véase, “ALAS y el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología”, en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N°6, 1952.

⁴¹ Alfredo Poviña, “Latin American Sociology in the Twentieth Century” en *International Social Science Bulletin*, vol.IV (3), 1952.

⁴² En en *International Social Science Bulletin*, vol.V(3), 1953.

⁴³ Véase, Alfredo Poviña, “La enseñanza de la sociología en las etapas de la educación” y Tecera del Franco, “La opinión pública y la guerra fría” en separatas de las *Actas del XIV Congreso Internacional de*

de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por entonces bajo la dirección de Tecera del Franco.⁴⁴

Miguel Figueroa Román constituye otro caso de membresía múltiple. Era miembro de la Academia Argentina de Sociología, de ALAS, de la American Sociological Association y, a la vez, de la ISA y del IIS. En 1952 participó del XV Congreso Internacional del *Institut International de Sociologie* celebrado en Estambul, Turquía, con tres trabajos (“Planification: ses mondements sociologiques” “Nouvelles methodes de la sociologie” y “Le probleme de l’ habitation”) y en 1963 fue vicepresidente del Comité Ejecutivo para la celebración del XX congreso del *Institut* celebrado ese año en Córdoba.⁴⁵

En poco tiempo, sin embargo, las relaciones entre ambas asociaciones se tensaron y dicha tensión repercutió entre los sociólogos de la región. Así, hacia mediados de la década del ‘50 esa activa delegación argentina declina su participación, declinación que se vería reflejada en 1956 en ocasión de la celebración, en Amsterdam, del Tercer Congreso Mundial de Sociología de la ISA que ya no cuenta con la participación de ningún sociólogo de la Argentina. Desde entonces, la afiliación a una u otra asociación comenzó a operar como un signo de diferenciación entre dos formas o estilos distintos de concebir la profesión y la práctica de la disciplina. Aunque las razones de la oposición entre la ISA y el IIS nunca fueron del todo aclaradas, Paul Lazarsfeld, uno de los miembros fundadores de la ISA, sugirió que la UNESCO decidió crear una asociación alternativa porque los miembros de la asociación tradicional estaban demasiado involucrados en los problemas políticos de la guerra.⁴⁶ Al parecer, desde un comienzo la ISA intentó incorporar al IIS en la nueva organización, pero el IIS se negó, lo que terminó tensando las relaciones entre ambas organizaciones.

La fuente de la oposición no era solamente política sino también intelectual. En su momento, Lazarsfeld retrató la naturaleza de la oposición entre ambas asociaciones internacionales en los siguientes términos: “a partir de 1950, el IIS parece que ha atraído a los sociólogos que se inclinan más hacia una filosofía social humanista que hacia el desarrollo de la investigación empírica, a la que la ISA concede gran importancia”. Este

Sociologia, Società Italiana di Sociologia, Roma, 1950.

⁴⁴ Emile Sicard, “Notas sobre el Décimosexto Congreso del Instituto Internacional de Sociología” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVII, N° 2 y 3, 1955, pag. 607. En la misma publicación hemos consultado igualmente las crónicas de los congresos XVIII, XIX y XX.

⁴⁵ Miguel Figueroa Román, “Curriculum Viato” en *Estudios de Sociología*, N° 3, 1963.

⁴⁶ En Paul Lazarsfeld, “La sociología internacional como problema sociológico” en *Revista Interamericana de Sociología*, Año 1, vol.1, N°3, 1967, págs 88-89.

énfasis en la investigación empírica por parte de la ISA, que comenzó a ser identificado con una “americanización” de la disciplina, se constituyó, al poco tiempo, en una fuente de controversia dentro de la disciplina.⁴⁷ A la vez, Lazarsfeld señalaba la predilección de los sociólogos latinoamericanos hacia el IIS antes que hacia la ISA, cuya participación en los congresos celebrados por esta última era muy escasa.⁴⁸ Así, por ejemplo, en ocasión de la celebración del Cuarto Congreso Latinoamericano de Sociología, organizado por ALAS en 1957 en Chile, Alfredo Poviña asistió en calidad delegado del *Institut International de Sociologie* y desde entonces el mismo Poviña declinó su participación en los congresos de la ISA mientras continuó participando de los congresos celebrados por el IIS. El XIX Congreso del Institut de México de 1960, celebrado por primera vez en un país de América Latina, lo tuvo como una figura destacada, a tal punto que la *Revista Mexicana de Sociología* reprodujo en gran tamaño una fotografía suya junto a Lucio Mendieta y Núñez, presidente durante años de la Asociación Mexicana de Sociología, y a Pitirim Sorokin, viejo rival de Talcott Parsons en Harvard y autor de una obra, muy popular entre los sociólogos latinoamericanos, *Achaques y manías de la sociología contemporánea* (1957), que embestía contra el empirismo -la “quantofrenia”, según el neologismo acuñado por Sorokin- de la sociología moderna en general y norteamericana en particular, y que había ocasionado una airada reacción de parte de Germani.⁴⁹

La trayectoria y reputación de Poviña en tanto miembro del IIS se vería coronada en 1963, cuando la ciudad de Córdoba fue designada como la sede del próximo Congreso del IIS y Poviña elegido presidente de dicho encuentro. Con todo, la SAS no renunciaría a obtener reconocimiento por parte de la ISA, tal como lo revela

⁴⁷ En Alemania, por ejemplo, desató un incómodo debate, mezclado ciertamente con cuestiones políticas del reciente pasado alemán y provocó la ruptura dentro de la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* (DGS). Helmut Schelsky, Hans Freyer, Gunther Ipsen y Karl V. Müller, acusados por su conducta durante el período del Nacional Socialismo, criticaron duramente la importancia creciente de la investigación empírica en la disciplina y, especialmente, el giro americano que había tomado la misma en manos de von Wiese, presidente de la DGS de 1946 a 1955. Hacia mediados de los '50, dicho grupo, que hasta entonces había participado de los congresos de la ISA, creó una sección alemana en el *Institut International de Sociologie* como una organización opuesta tanto a la DGS –representada por René König y presidida por Helmut Plessner– como a la ISA. El conflicto entre la sección alemana del IIS y la DGS se agudizó hacia 1958, cuando el IIS anunció la organización del XVIII Congreso Internacional de Sociología en Núremberg que estuvo finalmente presidido por Hans Freyer. Hubo acusaciones mutuas hasta que Schelsky decidió renunciar al directorio de la DGS y permanecer en el IIS. Dirk Käsler, “Fromm Republic of Scholars to Jamboree of Academic Sociologist. The German Sociological Society, 1909-99” en *International Sociology*, vol. 17, 2002.

⁴⁸ En Paul Lazarsfeld, “La sociología internacional como problema sociológico” en *Revista Interamericana de Sociología*, Año 1, vol.1, N°3, 1967, págs 88-89.

⁴⁹ Véase, Gino Germani, “Sociología y cambio social en la América Latina” (1959), en *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964, pág. 35.

una sesión de la SAS de 1962, en la que Juan Carlos Agulla planteó la necesidad de iniciar las gestiones necesarias para afiliar la SAS a la nueva asociación internacional.⁵⁰ La sugerencia de Agulla, que según las actas fue plenamente aceptada, revela que la SAS -o al menos el grupo de los más jóvenes- aspiraba a disputar el reconocimiento que en dicha asociación ya tenía el ASA, presidida por Germani, o en todo caso, que estaban convencidos de que esta última no era enteramente representativa del desarrollo de la profesión en la Argentina.

El conflicto y diferenciación entre la ISA y el IIS terminó repercutiendo igualmente en los congresos organizados por la asociación que agrupaba a los sociólogos de la región, la Asociación Latinoamericana de Sociología. En efecto, y de acuerdo a la crónica de los sucesivos congresos, en un comienzo las reuniones congregaban a los representantes de las distintas vertientes. Hasta 1959 Germani, junto a algunos de sus colaboradores, participó de todos los congresos celebrados por la Asociación. Hacia 1960, sin embargo, los representantes de la “sociología científica” terminarían por declinar su participación. La Asociación Latinoamericana de Sociología se había revelado un bastión impenetrable a las iniciativas de los contendientes por hacer reconocer el mensaje de la “sociología científica”. Los primeros signos del desacuerdo habían comenzado a expresarse, no obstante, desde el primer congreso celebrado en 1951 en Buenos Aires y se agudizarían hacia la segunda mitad de la década del '50.

En 1957, L. A. Costa Pinto, que había reemplazado a Fernando de Azevedo en la ISA -por entonces la única representación de América Latina en el Comité Ejecutivo de la asociación- asistió en calidad de miembro de la misma al Cuarto Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Chile. El informe que elevó a las autoridades de la asociación revela, de manera elocuente, el estado de la situación hacia fines de la década del '50. Permítasenos citar *in extenso* algunos fragmentos de las impresiones recogidas por Costa Pinto:

The Fourth Congress of the LA [Latin American] sociologist was an excellent laboratory for the observation of the present changing pattern of these studies in this part of the world: more than ever we found there two conflicting patterns, sometimes in a very crude way, one representing the old approach of a philosophical, if not literally and temperamental 'sociology' interested in the endless discussion of the same problems and theories of a century ago -and on the other, the new one, seriously dedicated to the scientific study of the problems of contemporary LA [Latin American] national societies, specially the process of their change. As a matter of fact, the old pattern is

⁵⁰ Véase, *Estudios de Sociología*, N° 3, 1962, pág. 354.

predominant in the ALAS and in some national societies of sociology, while the new pattern is developing in the institutes and centers of sociological research which are appearing in different countries and universities, some of them under the sponsorship of international institutions. [...]

Dr. Poviña agrees that is his fault the absence of correspondence with ISA headquarters. The trouble, concerning financial matters, is that the national societies no paying their grants to ALAS, ALAS cannot pay ISA. But he will study, as soon as possible, a solution to this and will write to Dr. Bottomore on the whole situation. The directing Committee of ALAS decided in Santiago to remain as a 'regional association' rejecting the suggestion to pass to the condition of 'associated members'. It seems to me that is a matter of prestige to them. [...]

Sociology in Argentina, during the regime of Peron, practically did not exist. Almost all the persons indicated in the report sent to me from the Secretariat were more political leaders or administrative officers connected with social problems (housing, immigration, education, etc.) than sociologist, in the sense of scholars. Dr. Poviña and GG...have the intention of creating a Society of Sociology but, in my personal view, this will not be an easy task, because they must firstly decide between them who will be the top man. GG will be apply in the name of the Institute UBA as an 'associate member' and will ask for a seat in the ISA council until the creation of a national society.[Tres años más tarde, como se vió más arriba, Germani fundaba la *Asociación Sociológica Argentina* que de forma inmediata sería afiliada a la ISA] My opinion es favourable because he is a serious worker, representing the new mind and style, and have a good team working with him not only in Bs As but also in some provincial universities".⁵¹ (El subrayado es nuestro)

Las recomendaciones de Costa Pinto pronto tuvieron su efecto. En 1959 Germani asistió al Cuarto Congreso Mundial de Sociología, organizado por la ISA en Stressa, y ese mismo año fue designado miembro de su Comité Ejecutivo y encargado de la relación de la asociación con América Latina. Desde entonces, su carrera y reputación en esta red de organizaciones no haría más que acrecentarse. Fue convocado en calidad de "experto" de UNESCO al "Seminario internacional sobre efectos sociales de la urbanización e industrialización en América Latina" organizado por Unesco y Naciones Unidas; fue invitado por el *International Social Science Council* a la conferencia, que reunió en 1959, en Paris, a veinte especialistas en ciencias sociales a discutir sobre el "Impacto social del cambio tecnológico" y, dos años más tarde, sería designado miembro de dicho consejo. Un año más tarde, a su vez, y hasta 1966, estaría al frente de la vicepresidencia de la ISA.

En cualquier caso, y como puede apreciarse, la oposición entre las orientaciones sociológicas representadas por Poviña y Germani se vería claramente reflejaba en el sistema de alianza regional e internacional establecida por cada una de ellas. El sistema

⁵¹ ISA Archive, Box 30.1, Brief report of the Four Latin-American Congress of Sociology, by Costa Pinto, July 1957. Agradezco a Diego Pereyra el haberme proporcionado este documento.

de alianzas acentuaba todavía más la dicotomización del campo. Pero la intensidad de esa dicotomización no adoptó, en rigor, la forma del conflicto abierto, sino o bien la de una estigmatización o bien la de una cortés indiferencia: la comunicación entre ambos “estilos” se cortó a tal punto que los sociólogos “tradicionales” no asistían a las reuniones o congresos organizados por los “modernos” y a la inversa.⁵²

Más que significativa de esta ignorancia mutua entre ambas orientaciones es la aparición del primer diccionario de sociología en lengua castellana, escrito por el sociólogo mexicano Carlos Echánove Trujillo, miembro de ALAS y del IIS desde 1951, y por cuya iniciativa, en 1960, el IIS celebró su XIX Congreso Internacional en México. En la edición revisada y aumentada de dicho diccionario, aparecida en 1957, no figura, por ejemplo, el nombre de Gino Germani y sí en cambio el de Ricardo Levene, M. Figueroa Román, A. Poviña, J.B. Genta, A. Baldrich y F. Ayala. Todavía más. No hay prácticamente referencias a los sociólogos norteamericanos, lo que ilustra, una vez más, que la referencia a la sociología norteamericana obraba como un elemento de diferenciación entre ambas orientaciones.⁵³

Al poco tiempo, la ofensiva institucional de Germani arrojaría los primeros resultados favorables al grupo modernizador. Así, el segundo número del *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina* informaba, orgullosa, que “algunos miembros de la Asociación Sociológica Argentina [habían] sido designados recientemente en diversos cargos universitarios de nuestro país”.⁵⁴ Según el informe, Héctor Manuel Bonaparte fue designado Profesor Titular de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario; Héctor Rodríguez Tome asumió la cátedra de Psicología Social en la misma universidad mientras que Juan Carlos Marín fue designado como Profesor Interino de Sociología en la Facultad de Humanidades de la

⁵² Así, por ejemplo, el cuarto Congreso Nacional de Sociología organizado en 1969 en Buenos Aires por la *Sociedad Argentina de Sociología* no contó con la asistencia de ningún delegado del Centro de Investigaciones Sociales del Di Tella, del Instituto de Desarrollo Económico y Social ni del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales. Esta dicotomización de la sociología no solo argentina sino también latinoamericana alcanzaría en Chile una expresión extrema a tal punto que todos los sociólogos “modernos” o “profesionales”, liderados por Eduardo Hamuy y aglutinados en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, fundado por aquel en 1946, renunciarían a integrar la única asociación formal al respecto, la *Sociedad Chilena de Sociología*, controlada por uno de los fundadores de ALAS, Astolfo Tapia. Véase, José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo N° 260, Programa Flacso-Santiago de Chile, 1985.

⁵³ Carlos A. Echánove Trujillo, *Diccionario de Sociología*. Editorial José M. Cajica, México-Buenos Aires, 1957 (primera edición 1944).

⁵⁴ En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, N° 2, Buenos Aires, julio de 1962, pág 21.

Universidad Nacional de la Plata.⁵⁵ A su vez, en 1962 la Universidad Nacional de Tucumán creó el Centro de Investigaciones Sociológicas y el Departamento de Sociología de Buenos Aires designó a dos de sus investigadores egresados de la FLACSO, Gerardo Andújar y Edmundo Sustaita, para participar en las investigaciones emprendidas por el nuevo centro. Regina Gibaja y Juan Carlos Marín tuvieron a su cargo nada menos que el dictado de las clases relativas a Metodología de la Investigación, uno de los artículos de fe profesional constitutivos de los miembros de la nueva asociación, en el curso de Sociología impartido en el Instituto Superior de Profesorado de la Universidad Nacional del Litoral con sede en la ciudad de Paraná. Finalmente, un grupo de profesores del Departamento fueron invitados por la Escuela Superior de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo a dictar una serie de conferencias. Así, la nueva asociación comenzaba a conquistar aquellas posiciones institucionales tradicionalmente bajo la tutela de la sociología de cátedra. Pero sería, con todo, una magra conquista frente al control y señoría que la SAS ejercía sobre la mayoría de las cátedras de sociología y actividades conexas del interior.

La celebración en Buenos Aires de las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología, organizadas por el Departamento de Sociología y patrocinadas por la *Asociación Sociología Argentina* constituyó otro episodio de la batalla institucional a la vez que un acontecimiento central en la legitimación de la “nueva” sociología. En efecto, las Jornadas contaron con la participación de importantes figuras de la sociología latinoamericana, europea y norteamericana. Estuvieron presentes Eduardo Hamuy (Chile), Isaac Ganon (Uruguay), Irving Horowitz (EEUU), Pablo González Casanova (México), Peter Heintz (FLACSO), Aldo Solari (Uruguay), Lucien Brams (FLACSO), J.A. Silva Michelena (Venezuela), Kalman Silvert (EEUU), y L. A. Costa Pinto (Brasil), entre otros. Asimismo, la nómina de los auspiciantes de las jornadas muestra el grado de articulación que había alcanzado la empresa comandada por Germani con los principales centros argentinos y latinoamericanos de investigación. En efecto, las Jornadas contaron con el auspicio de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales (CLAPCS), además del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Los tópicos abordados

⁵⁵ En rigor, la enseñanza de la asignatura en la Universidad Nacional de la Plata ya estaba para entonces en manos del grupo de la nueva asociación. En efecto, en 1956, un estrecho colaborador de Germani, Norberto Rodríguez Bustamente, asumió la cátedra de sociología (que hasta ese momento había estado bajo la jefatura de César Pico) y al año siguiente –curso mediante– lo hizo Germani. Véase, María Magalí Turkenich, “La cátedra de sociología general en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la

en dichas Jornadas fueron los siguientes: la estratificación y la movilidad social en América Latina, el desarrollo económico y social de la Argentina y todo lo relativo a las funciones de las escuelas y departamentos de sociología y la enseñanza de la disciplina en la Universidad.

Con todo, la respuesta de la sociología de cátedra no se hizo esperar. En el mismo año en que se celebraban las Jornadas, algunos miembros de la SAS lanzaron *Estudios de Sociología*, una publicación editada por Editorial Omega, auspiciada por la SAS y por el IIS, y de la que se llegarían a editar nueve números entre 1961 y 1965. Su Consejo Honorario, compuesto por figuras de relieve internacional como Kinsley Davis, Talcott Parsons, George Gurvitch, Jerome Hall, George Homans, J.L. Moreno, Robert Merton, George Lundberg, muestra un importante grado de articulación del grupo con la comunidad internacional. Integran el Consejo, igualmente, Lucio Mendieta y Nuñez, Miguel Reale, Luis Recasens Siches, Alf Ross y el mismo Poviña. El Comité Ejecutivo estaba integrado por Miguel Figueroa Román, Miguel Herrera Figueroa, Frank R. Westie, Melvin De Fleur y Pedro R. David. Su Comité Asociado estaba integrado por figuras no menos importantes tales como Bernardo Canal Feijóo, Pablo González Casanova, Bernard Rosemberg, Kurt Wolf, Aldo Solari, entre otros, además de los argentinos Juan Carlos Agulla, Enrique Miguens, Sara Faisal, Lázaro Barbieri, Francisco Mulet, Juan Ramón Guevara y Alfredo Ves Losada. La dirección efectiva de la revista estaba en manos de Miguel Herrera Figueroa y Pedro David. Por lo demás, la publicación poseía el formato de cualquier revista académica del momento: una sección de artículos, y una extensa sección de informaciones sobre congresos, seminarios y otras actividades de carácter académico además de una sección de reseñas bibliográficas consagrada en la mayor parte de los casos a libros de origen extranjero. Nada sorprendentemente, en ninguno de los números editados fue reseñado el libro de Germani *Política y Sociedad en una época de transición*, aparecido en 1962, lo que revela, una vez más, que no será el conflicto o el debate sino la mutua indiferencia el patrón de la relación entre ambos contendientes. Además, el que muchos de los artículos aparecieran en su lengua original así como el hecho de que el título mismo de la revista fuera reproducido en inglés, muestra claramente la voluntad de sus miembros de ajustar la publicación a esa tendencia hacia la internacionalización de la disciplina en la que tanto insistían los competidores de Poviña. Así, en su presentación la revista declaraba que “*Estudios de Sociología* aparece con el anhelo de posibilitar el conocimiento

recíproco entre los sociólogos del hemisferio, y desde que *la ciencia es siempre un esfuerzo internacional*, esperamos que nuestra revista será un lugar de encuentro de los sociólogos de las Américas y de otras partes del mundo”. [*Estudios de Sociología*] abre sus brazos a las asociaciones nacionales e internacionales que en este momento labran el destino de la sociología”.⁵⁶

La voluntad de ajustarse a los cánones de una disciplina que se había internacionalizado se vería reflejada igualmente en la numerosa presencia de nombres extranjeros tanto en el comité honorario como asociado de la revista. Asimismo, y a diferencia del carácter más aguerrido y doctrinario de las posiciones públicas adoptadas por Germani en ocasión, por ejemplo, de la creación de la *Asociación Sociológica Argentina*, la política de *Estudios de Sociología* -al menos programáticamente- se caracterizaría por un mayor grado de tolerancia y pluralismo hacia formas diversas de concebir y practicar la disciplina. Así, por ejemplo, en el “Prólogo” al primer número sus editores escribían:

Colaborarán en ella sociólogos de la más diversa orientación y por eso rechazamos como infecunda toda bandería de escuela. Objetividad y criterios de competencia decidirán la selección del material. Viejas rivalidades, ideologías irrelevantes y pasiones personales no tendrán eco en nuestra revista”.

Como se ve ellos también hablaban el lenguaje que entonces se había vuelto corriente en una disciplina en proceso de profesionalización: el de la *objetividad* y la *competencia profesional*. Pero se trataba de una competencia profesional entendida en un sentido más vocacional que profesional y opuesta, en ese sentido, a los criterios más rígidos de competencia establecidos por su competidora, la ASA. En el discurso de apertura del Tercer Seminario de Sociología organizado por la SAS en Chaco, en 1962, Alfredo Poviña establecía las condiciones de la membresía a la vez que desafiaba los requisitos de su competidora en los siguientes términos:

[...] sus miembros [de la SAS] son sociólogos y nada más. Y así, la mínima condición y la única inicial es la vocación y la preocupación exclusiva por los estudios sociológicos. No creemos en la existencia de sociólogos profesionales, ya hechos y rotulados. Todos somos aprendices de sociólogos. Tampoco creemos en una autoridad con tanto prestigio y suficiencia que tenga en sus manos discernir tal título y decidir sobre los merecimientos. Todos los que aman la sociología llegan a la SAS y allí cada uno es el ‘forjador de su propio destino’ como dice el poeta.⁵⁷

⁵⁶ En *Estudios de Sociología*, “Prólogo”, N° 1, 1961.

⁵⁷ “Discurso de Alfredo Poviña”, en *Cuadernos del Instituto de Sociología ‘Raúl Orgaz’*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, N° XV, 1963, págs. 131-132.

En ese sentido, y a diferencia de el ASA, tanto la SAS como *Estudios de Sociología*, exhibirían un espíritu más ecuménico, y en esto seguían en realidad un patrón similar al que había sido característico IIS. Por lo demás, la sección de informaciones de la revista solía publicitar algunas de las actividades del Instituto de Sociología, cosa que el Boletín de la asociación dirigida por Germani no hacía.

Finalmente, en 1963, la celebración, en la ciudad de Córdoba, del XX Congreso Internacional de Sociología organizado por el *Institut International de Sociologie* obraría como una instancia de legitimación de la empresa comandada por Poviña. En efecto, era la primera vez que el *Institut* celebraba un congreso en Sudamérica y la segunda en un país latinoamericana (en 1960 México fue la sede del congreso) y Poviña fue designado presidente del *Institut*, cargo que ocuparía hasta 1969.⁵⁸ Nuevamente, era la primera vez que la presidencia de un instituto europeo era ocupada por un argentino y la segunda por un latinoamericano (en 1927 el cargo había sido asignado al sociólogo peruano Mariano Cornejo). El congreso, que contó con el apoyo de la *Asociación Latinoamericana de Sociología* y la *Sociedad Argentina de Sociología* (SAS), comandadas por Poviña, y de todas sus filiales, en especial, el *Centro de Estudios Sociológicos de Buenos Aires* (CESBA), reunió a destacados sociólogos de distintas nacionalidades y de renombre internacional. Se trató de un evento francamente multitudinario. Participaron casi 200 extranjeros y más de 200 argentinos que, sumados a los adherentes, llevó la cifra a 1000 participantes. Estuvieron presentes, entre otros, los alemanes Helmut Schelsky y Hans Steger, el norteamericano Bernard Rosenberg, (que había dictado un curso en el Departamento de Sociología), los brasileños Fernando de Azevedo y Octavio Ianni y el italiano Corrado Gini. El tópico del congreso estuvo, por lo demás, a la orden del día: “La sociología y las sociedades en desarrollo industrial”.⁵⁹

Redes institucionales y formas de legitimación

Como puede apreciarse, en los distintos episodios de la ofensiva de Germani que han sido comentados la nómina de las figuras como de las instituciones convocantes se

⁵⁸ Otros dos miembros de la SAS ocuparon cargos directivos en el IIS, Miguel Herrera Figueroa y Pedro David, en la sección de Publicaciones y en la Secretaría general respectivamente.

⁵⁹ Información sobre el XX Congreso Internacional de Sociología en Juan Carlos Agulla, “XX Congreso del Institut International de Sociologie” en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año II, N° 4-5, 1961 y Miguel Herrera Figueroa, “Panorama sociológico reflejado en el XX Congreso Internacional de

reitera. En todos los casos, se trata de nombres de instituciones y de personas con algún grado de compromiso con un modo de entender la sociología, conocido con el nombre de “sociología científica”. Muchos de esos nombres ocupaban entonces espacios estratégicos en la red internacional de instituciones consagradas a promover el desarrollo de las ciencias sociales en la región, especialmente, UNESCO, FLACSO, CLAPCS, CEPAL, el *International Social Science Council* y otros centros e institutos de investigación. Hacia mediados de la década del ‘60 algunos de ellos serían convocados por Germani para participar de lo que quizá fue el último emprendimiento intelectual e institucional de Germani en la Argentina, la fundación de la *Revista Latinoamericana de Sociología* en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella. Louis Costa Pinto, Orlando Fals Borda, Florestán Fernandes, Peter Heintz y José Medina Echavarría se sumarían al proyecto en un momento en que, sin embargo, la legitimidad del proyecto de Germani ya estaba siendo severamente cuestionada.

En suma, lo que muestran los episodios reseñados es la existencia y funcionamiento de una compleja red de relaciones hecha de vínculos entre personas con ideas relativamente afines acerca de la disciplina. Muestra, igualmente, el importante papel cumplido por las interconexiones internacionales en el establecimiento, expansión y desarrollo de una determinada empresa intelectual, en fin, en el desarrollo institucional de la sociología tanto en Argentina como en el resto de América Latina. En cualquier caso, esta compleja red de interconexiones regionales e internacionales obró como un espacio para el intercambio de experiencias, conocimientos, métodos, estrategias y tecnologías que, poco a poco, fueron dando origen a un conjunto de presupuestos compartidos relativos a las normas que debían regir la actividad de los practicantes de la disciplina así como una perspectiva común sobre las tareas que debía enfrentar esta última.

Pero se trató, como pudo apreciarse, del funcionamiento de dos redes, hechas de asociaciones profesionales nacionales, regionales e internacionales, de publicaciones académicas así como de organismos, agencias, fundaciones, centros de investigación y de enseñanza que a partir de la posguerra desempeñaron un papel decisivo en la institucionalización de las ciencias sociales. Así, la red ligada a Poviña incluía ALAS, SAS y el IIS. Poviña presidió ALAS desde 1950 hasta 1964 y la presidencia de los sucesivos congresos organizados por la asociación regional quedó prácticamente en

manos de sus fundadores (Buenos Aires, 1951, A. Poviña; Río de Janeiro, 1953, Antonio Carneiro Leao; Quito, 1955, Luis Bossano; Santiago de Chile, 1957, Astolfo Tapia; Montevideo, 1959, Issacc Ganon y Caracas, 1961, Rafael Caldera).⁶⁰ Asimismo, Poviña presidió la SAS desde su fundación, en 1959 hasta 1974 y el IIS entre 1963 y 1969, secundado, a su vez, por dos miembros de la SAS, Pedro David y Miguel Herrera Figueroa. El control incluía igualmente la mayoría de las cátedras del interior, algunas publicaciones, como *Estudios de Sociología*, y los *Cuadernos de Instituto de Sociología "Raúl Orgaz"* de la Universidad Nacional de Córdoba, además de los Institutos de Sociología del interior. La de Germani estaba constituida por la Asociación Sociológica Argentina (ASA), el Departamento y el Instituto de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, algunas cátedras, especialmente en la Plata y Rosario, los centros regionales, FLACSO Y CLAPCS, de los que eran miembro de su directorio y la ISA, de la era miembro de su Comité Ejecutivo.⁶¹

La institución de ambas redes obró, igualmente, como una instancia externa de legitimidad en un contexto institucional local caracterizado por la falta de acuerdo en torno a una definición común de la profesión, de sus tareas, de sus métodos como de sus objetivos. Dada la incapacidad de alcanzar una legitimidad compartida tanto dentro como fuera del campo local, los distintos actores involucrados realizaron importantes inversiones en la construcción de una red regional e internacional con el fin de abrir canales para la promoción de los debates sociológicos y obtener, al mismo tiempo, un reconocimiento internacional que, extendiendo su autoridad sobre el campo local, pudiera mitigar una legitimidad disputada. Todo ello, claro está, se vió agravado por la existencia de un contexto de marcada internacionalización de la disciplina en la que las instancias externas de reconocimiento y consagración se tornaron un "capital cultural" cuya conquista permitía a los actores sobreponerse a la falta de reconocimiento interno.

⁶⁰ Fueron miembros fundadores de ALAS Alfredo Poviña y Rodolfo Tecera del Franco (Argentina), José Arthur Ríos (Brasil), Rafael Bernal Jiménez (Colombia), Astolfo Tapia Moore y Marcos Goycoolea Cortés (Chile), Luis Bossano y Angel Modesto Paredes (Ecuador), Roberto MacLean Estenós (Perú) y Rafael Caldera (Venezuela).

⁶¹ Emblemático a este respecto es la declaración de un miembro activo de la SAS, Fernando Cuevillas. En 1963 Cuevillas participó de la fundación, en Madrid, de la Asociación de Sociólogos de Lengua Española y Portuguesa. En el documento fundacional, presentado a Alfredo Poviña en su calidad de presidente del ALAS, de la SAS y del IIS, Cuevillas reconocía que "tratamos de resumir las actividades sociológicas en nuestros países, que, abstracción hecha de los científicos mexicanos y de los pertenecientes al Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, se agrupan en la Asociación Latinoamericana de Sociología". En Fernando Cuevillas, *Sociología argentina e iberoamericana*. Ediciones Macchi, Buenos Aires, 1967, pág. 295.

Es posible, como se argumentó en su momento, que fuera precisamente esa marcada inclinación a adoptar como criterio de legitimidad profesional las instancias externas de consagración lo que acentuara aquella incapacidad de alcanzar criterios de legitimidad compartidos.⁶² En cualquier caso, esta falta de acuerdo condujo a una segmentación tan radical del campo, que se vería agravada, muy poco después, por la emergencia de nuevos competidores, aunque esta vez surgidos del seno propio del proyecto germaniano. Así, a lado de una “sociología nacional” y de una “sociología científica”, se erigía ahora una “sociología marxista”. Nuevamente, no sería el intercambio o el debate lo que habría de caracterizar las relaciones entre los representantes de estas distintas maneras de entender la disciplina sino la ignorancia recíproca, en el mejor de los casos o, lisa y llanamente, la descalificación o la estigmatización mutua, una situación que, años tarde, Francisco Delich caracterizaría muy acertadamente de la siguiente manera:

La particularidad del panorama sociológico en Argentina reside en la coexistencia de los tres estilos sociológicos que antes se definieron como etapas sucesivas. Es cierto que cronológicamente aparecieron en forma sucesiva, pero la emergencia de una no implica la desaparición de la antigua. Cada una dispuso de un ámbito de poder institucional, un círculo de interlocutores interlegitimantes, de alguna forma de comunicación específica; cada una y todas en conjunto lograron evadir cualquier forma de confrontación, negándose recíprocamente el carácter de interlocutores válidos.⁶³

En todo caso, tanto la ofensiva institucional de Germani como la contraofensiva de Poviña muestran la persistencia de una disputa así como la existencia de competidores dentro del mismo campo. El proyecto mismo de creación de la Asociación Sociológica Argentina en un momento en que la “sociología científica” tenía bajo su control el Instituto, el Departamento y la carrera indica que la posición ganada no estaba enteramente asegurada.

Pero además, ya para entonces las condiciones iniciales que en su momento se habían mostrado favorables comenzaron a tornarse adversas a la empresa germaniana. Aunque no es materia de esta investigación, ese cambio en las condiciones significó el principio del fin de la experiencia de la sociología científica. En principio, y como fuera señalado en el capítulo XII, el curso de los procesos económicos, políticos y sociales de las sociedades latinoamericanas parecía contrariar muchas de las expectativas que había

⁶² Silva Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires, 1991.

⁶³ Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. El Cid Editor, Caracas, 1977.

sabido despertar la sociología del desarrollo y la modernización. Los indicadores mostraban que, al menos en los países en desarrollo, los nexos causales o las correlaciones funcionales entre las diferentes variables agregadas (industrialización, urbanización, diferenciación social y democratización de la sociedad) no habían seguido la secuencia esperada. El comportamiento político de las clases medias no se ajustó a la esperanza que por un momento muchos depositaron en ella en tanto agente de una modernización de signo democrático. El comportamiento de las clases populares, que confirmaban, una y otra vez, su adhesión a la identidad política de origen, contrariaba las expectativas en torno a la desperonización, tarea en la que tan comprometida estaba la disciplina. Todo ello, claro está, vino a erosionar aquella dimensión que era de algún la marca de su identidad, su capacidad para predecir y controlar la dirección y/o orientación que adoptaría el cambio.

A su vez, el proceso de radicalización política provocó decisivas transformaciones en la relación de los estudiantes con la universidad, alterando profundamente la identidad característicamente reformista.⁶⁴ En efecto, hasta entonces la identidad del movimiento estudiantil se definía básicamente por su lealtad a la universidad, al proyecto de una universidad moderna. Aún cuando reconocieran la existencia de grupos políticos, aún cuando muchos de ellos estuvieran afiliados a partidos políticos, en la universidad dichas afiliaciones no repercutían en las alianzas internas. A partir de entonces, radicalización política mediante, la identidad fundada en esa pertenencia al espacio universitario comienza a resquebrajarse. La pertenencia en términos de estructuras universitarias comienza a ser sustituida por adhesiones nacionales más globales y ya para entonces la cuestión universitaria, núcleo distintivo de la identidad reformista, comienza a ser subsumida bajo el debate político.

Todo ello afectó profundamente la empresa. La cohesión y homogeneidad iniciales del proyecto comenzaron a deteriorarse a medida que se incorporaban los nuevos graduados y el retorno de becarios del exterior, que ya no parecían tan convencidos de la orientación intelectual propugnada por Germani. En nombre de perspectivas teóricas alternativas, especialmente marxistas, algunos de entre ellos iniciaron un duro cuestionamiento de la sociología científica.⁶⁵ La identificación de esta última con la sociología norteamericana, sumado a los fondos que recibió el

⁶⁴ Para una visión de esos años, Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires, 1991 y Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*. Puntosur, Buenos Aires, 1991.

⁶⁵ Eliseo Verón, "Sociología, ideología y subdesarrollo" en *Cuestiones de filosofía*, N° 2/3, 1962.

Departamento de parte de las principales fundaciones norteamericanas caerían como una lápida en un contexto de expansión de las ideas antinorteamericanas. Con la impugnación de los subsidios de las fundaciones norteamericanas se impugnaba, igualmente, a la sociología norteamericana y con ella, y por añadidura, a la sociología científica.

Conclusiones

Perfiles

Durante mucho tiempo, la historia de la sociología en la Argentina y la figura de Gino Germani, uno de sus principales protagonistas, han estado marcadas por el signo de la controversia y de las versiones encontradas. Una de esas versiones pretende que no hubo sociología antes de Germani. La otra, en cambio, afirma la proposición inversa. Para algunos, Germani fue un sociólogo “empirista”, más preocupado por los datos que por su significado; para otros, un sociólogo “funcionalista”, algo que en los agitados años ‘60 significaba un compromiso con una teoría del orden. Unos dijeron que eran “marxista”; otros, sin embargo, le reprocharon su falta de comprensión de los verdaderos problemas nacionales. Su simpatía hacia la sociología norteamericana, sumado a los fondos que recibió de parte de algunas fundaciones americanas, sirvió para que muchos vieran en él a un agente del imperialismo cultural norteamericano.

El carácter polémico de todas estas versiones es comprensible dado el contexto en el que ellas fueron formuladas. En un campo intelectual extremadamente politizado como el de los años sesenta y setenta, ellas fueron proferidas más con la intención de legitimar una determinada empresa político- intelectual y de calificar una “posición” en el campo que de comprender y explicar la naturaleza de un fenómeno. La distancia respecto de las pasiones políticas de aquel período y un examen más cuidadoso del asunto han abierto hoy la posibilidad de reconstruir una visión más equilibrada a la vez que más compleja de toda esa historia.

La historia de la trayectoria intelectual de Germani es la historia de una trayectoria marginal a la vez que innovadora. De algún modo, ilustra una vieja tesis de la sociología clásica norteamericana que el propio Germani, curiosamente, conocía muy bien: la tesis del “hombre marginal” como un factor importante de cambio social. En efecto, Germani encarnó el tipo del “hombre marginal”, ese descendiente de la figura simmeliana del extranjero que el sociólogo norteamericano Robert Erza Park esculpió como una de las representaciones posibles del individuo moderno. El hombre marginal es aquel que habita entre dos sociedades, entre dos culturas, pero que no pertenece del todo a ninguna de ellas. Es alguien constantemente desgarrado por el antagonismo de distintas fuerzas sociales que están en su origen. Cosmopolita y distanciado del mundo, el hombre marginal es el tipo del *emigré*, aquel que quiere, al mismo tiempo, permanecer y partir.

A diferencia de otros emigrados y contemporáneos suyos, como Renato Treves, Francisco Ayala y Rodolfo Mondolfo, dueños ya de una cierta reputación y de una respetable trayectoria académica, cuando llegó a la Argentina Germani no era individualmente conocido como ellos ni estaba conectado con algún movimiento intelectual visible. Desde los años '40 en adelante, es cierto, circuló por instituciones relativamente centrales o prestigiosas: el Instituto de Sociología y el Colegio Libre de Estudios Superiores. Pero en ambas, su colocación fue ciertamente marginal. Marginal fue su colocación en el instituto de sociología, un medio más inclinado a la enseñanza doctrinaria de la sociología y en el que las actividades de investigación emprendidas por Germani carecían del prestigio de aquella. Marginal igualmente fue su colocación en el Colegio Libre de Estudios Superiores, un medio intelectual más inclinado hacia las tradicionales disciplinas humanísticas, especialmente, la filosofía, la literatura, la crítica literaria, el ensayo y la historia que a las ciencias sociales propiamente dichas y en el que los asuntos por él tratados no llegarían a despertar sino los intereses de una audiencia muy reducida. Sólo tardíamente el Colegio se dispuso a crear una sección de sociología cuya dirección confiaría a Germani. Hasta entonces, debió impartir sus cursos en la Cátedra de Economía Lisandro de la Torre.

Germani encarnó también ese otro tipo que, pocos años después, Paul Lazarsfeld encerró en una bonita fórmula, la del *institution men*, un caso especial del hombre marginal, alguien que vive bajo presiones cruzadas que lo mueven en diferentes direcciones.¹ Según el talento y las circunstancias, puede devenir un revolucionario, un surrealista o un criminal. En algunos casos, su marginalidad puede convertirse en una fuerza directriz canalizada en la dirección de una creación institucional. En la institución por él creada, el hombre marginal halla un campo propicio para la autoexpresión creativa. La institución hace las veces de un refugio que lo ayuda, a su vez, a cristalizar su propia identidad. Buena parte de las innovaciones académicas ocurridas en las ciencias sociales durante la segunda posguerra fueron obra de individuos investidos de esos atributos. Paul Lazarsfeld y Gino Germani: he ahí dos de sus ejemplares más prominentes.

A mediados de los '50 Germani creó la primera carrera de sociología en el país y llegó a convertirla en uno de los principales focos de animación del debate sociopolítico

¹ Paul Lazarsfeld, "An Episode in the History of Social Research: A Memoir" en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration. Europe and America, 1930-1960*. Harvard University Press, Harvard, 1969.

de los años sesenta. Pero no fue el inventor de la sociología, como pretende cierto “mito de los orígenes”. Como se ha visto a lo largo de esta investigación, la sociología, tanto en la Argentina como en América Latina, tiene una larga tradición que proviene de principios de siglo cuando su enseñanza fue introducida en las universidades. En los '40 y '50 Raúl Orgaz, Ricardo Levene, Alfredo Poviña, Francisco Ayala, Renato Treves y Miguel Figueroa Román, entre otros, desplegaron una serie de iniciativas mediante las cuales lograrían dotar a la disciplina de sus principales instituciones y organizaciones – el instituto, la biblioteca, la revista y las primeras asociaciones profesionales. Difundieron, además, la sociología francesa, pero muy especialmente la tradición alemana, que por entonces estaba en el centro de la atención de todos los aspirantes a la nueva disciplina. Todo ello, sin duda, preparó el camino para un mayor reconocimiento de la sociología en el sistema de las instituciones culturales en general y en el sistema universitario en particular.

Sus contribuciones intelectuales al desarrollo de la disciplina fueron, sin embargo, menos relevantes. Su producción intelectual estuvo prácticamente limitada a un examen -muy tradicional, por lo demás- de las ideas sociológicas. Se habló mucho de la sociología, pero poco, muy poco, de la sociedad. Quienes por entonces tenían a su cargo la enseñanza de la sociología consagraron mucho de su tiempo a la tarea de dilucidar los fundamentos filosóficos y metodológicos de la nueva ciencia, pero ofrecieron pocas pruebas de su rendimiento. Lo que en su momento Henri Poincaré predicó para la sociología europea se ajusta más o menos a lo que era por entonces la situación en la Argentina. La sociología –decía- es una ciencia que produce todos los años una nueva metodología pero que nunca produce algún resultado. Dada su falta de referencia a la experiencia, las teorías de nuestros sociólogos permanecieron vacías y sin dirección.

A diferencia de ellos, Germani colocó la sociedad en el centro de la interrogación y puso a la disciplina en la dirección de un examen crítico del mundo moderno. Más aún, a diferencia de sus antecesores y contemporáneos, que prohicieron una sociología más “académica” y aséptica, Germani comprometió a la disciplina con las diferentes cuestiones que a partir de entonces ocuparon el debate público: la sociedad de masas, el totalitarismo, el peronismo, el desarrollo, la modernización y la democracia. Enfocó la disciplina hacia el presente, hacia el examen de la vida contemporánea, en un medio más acostumbrado a referirse más al pasado que al presente, y más específicamente, al pasado de las ideas. Hizo de una vieja materia, una

nueva ciencia. Hasta entonces, los sociólogos conocían solamente un género, que cultivaron, por lo demás, de manera muy informada. El género de la “historia de las ideas sociológicas”, en sus dos variantes más conocidas, el tratado y el libro de texto.

Germani cambió el género. Su innovación no consistió tanto en un cambio de los referentes de la conversación sociológica –como él, sus predecesores conocían a Spencer, a Simmel, a Toennies, a Weber, a Durkheim. Conocían lo que cualquiera que reclamara el título de sociólogo debía conocer. Su innovación radicó, más bien, en la relación que estableció con dichos autores. Germani no se ocupó de exponer qué había pensado Durkheim sobre la integración o Weber sobre el capitalismo y la burocracia. Escogió, en cambio, un atajo diferente: se atrevió a redescibir, con el lenguaje y las categorías de aquellos autores, los procesos de la sociedad argentina y los rasgos de su vida cultural, política e intelectual.

Hubo, sin embargo, una referencia que fue crucial y en la que es necesario reparar si queremos comprender no solamente las aventuras y desventuras de Germani sino también la historia de la sociología de los últimos cincuenta años. Me refiero a la sociología norteamericana. Como se vió en otros capítulos de esta investigación, en la segunda posguerra, en efecto, un cambio ecológico afectaría decisivamente la tradición de la sociología: la sociología americana devino central y la sociología europea periférica. Ese cambio ecológico fue parte de una transformación más amplia de la cultura intelectual: en forma paralela a la declinación de la reflexión especulativa y filosófica, se extendió entre los científicos sociales la convicción de que las ciencias sociales difieren sólo en grado, pero no en clase, de las ciencias naturales. Gradualmente, las ciencias sociales se hicieron empíricas en el detalle y en gran medida cuantitativas en el método. La investigación adoptó un carácter marcadamente interdisciplinario y un estilo colectivo de trabajo comenzó a desplazar la imagen del trabajo intelectual como obra de una artesanía individual. El centro o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social. La aparición de *La estructura de la acción social*, de Talcott Parsons, no fue un capítulo menos decisivo de esa transformación. Se transformó, al poco tiempo de aparecida, en una de las más importantes e influyentes obras de teoría sociológica de este siglo. A través de ella Parsons elaboró un canon y dotó así a la sociología de una tradición, enhebrada en unos pocos nombres -Durkheim, Weber y Pareto- aunque este último, por razones que todavía ignoramos, no fue plenamente aceptado y su lugar fue poco tiempo después ocupado por Marx. La obra de Parsons

dotó a la disciplina, asimismo, de un vocabulario, el del análisis funcional, que uno de sus discípulos, Robert Merton, codificó y Paul Lazarsfeld afinó, disponiéndolo para un uso instrumentalmente efectivo. Todos estos emprendimientos cristalizaron en una teoría *general*, la teoría de la acción, que en poco tiempo alcanzaría un alto grado de sistematización y que habría de regir buena parte de la producción sociológica desde entonces: ¿de qué otra cosa hemos estado hablando durante la última mitad del siglo XX años sino precisamente de la acción humana, de sus condiciones, de sus formas de coordinación e integración como de sus distintas manifestaciones –racional, instrumental, comunicativa, reflexiva?

Germani percibió muy rápidamente la importancia del cambio intelectual que se había operado a partir de ese cambio ecológico y procuró colocar a la disciplina en los pasos abiertos en esa dirección. Quienes precedieron a Germani, en cambio, permanecerían –por motivos que no vale la pena recordar aquí- prácticamente ajenos a esta nueva cultura intelectual. El conocimiento que tenían de la literatura sociológica norteamericana no iba más allá de la primera generación de sociólogos americanos - Albion Small, Lester Ward, Charles Ellwood y Franklin Giddings. Fuera de eso, ignoraban todo, y muy especialmente, la tradición más empírica desarrollada durante los años '30 y '40. Esa ignorancia explica, en buena medida, su declinación.

Como se desprende de esta investigación, tampoco fue Gino Germani el “inventor” de la investigación empírica, que tiene la edad, al menos, de los primeros censos nacionales. Sin embargo, por su intermedio, aquella fue incorporada definitivamente a la formación profesional y adquirió “carta de nobleza” en la enseñanza universitaria. Con un añadido: conectó la información de los diferentes registros con una problemática bien precisa: las marchas y contramarchas del desarrollo de la Argentina moderna.

Procuró dotar a la disciplina de fundamentos más sólidos que los de la intuición o la ocurrencia personal, fundamentos que fueran intersubjetivos. Eran los años en que muchos creían que la ciencia tenía un método y que la sociología, si pretendía ingresar en la comunidad científica, debía adoptar dicho método. Pero no fue tan lejos como para reducir la ciencia a su versión “naturalista” y “manipulativa”. No obstante, estaba convencido que la sociología, hija como era de la era científica, no podía desperdiciar lo que ésta estaba en condiciones de ofrecerle. La sociología debía aprehender de la ciencia la virtud de la disciplina; debía aprender a controlar y a ordenar sus observaciones y aseveraciones. Debía aprender, también, a sopesar la calidad, el rigor y

la solvencia de sus aseveraciones. El provecho que la sociología podía extraer de la ciencia no estaba sólo en el aprendizaje de las técnicas específicas sino también en el ideal de una observación desapasionada. Sintetizó lo que aparecía como separado: hacer de la sociología una ciencia empírica y analítica en el lugar de una ciencia de la cultura, por un lado, y una sociografía, por el otro. Pero su liderazgo al frente de la disciplina duró muy poco. La paulatina fractura del frente antiperonista, la radicalización política de los años sesenta y la “revisión” del peronismo comenzaron a restar legitimidad a una empresa que había nacido bajo el signo de la Revolución Libertadora.

No fue un sociólogo convencional. Conocía, como cualquier sociólogo de su época, a Max Weber, a Alfred Vierkandt, a Georg Simmel, a Hans Freyer y a Emile Durkheim, pero leía, también, a Sigmund Freud, a los psicoanalistas revisionistas y tenía una pasión por Herbert Marcuse y su síntesis freudo-marxista que era inusual entre los sociólogos de su generación. Tampoco era usual su familiaridad con los teóricos de la élite: Gaetano Mosca, Vifredo Pareto, Robert Michels y James Burnham. Hacia mediados de los años ‘40, incluso, había proyectado un plan de tesis, “Sociología de las élites”, temática que luego sería objeto de dos conferencias dictadas en el Instituto de Sociología y en el Colegio Libre de Estudios Superiores respectivamente. En los años ‘50 discutió sobre dichos autores en las tertulias mantenidas con sus compatriotas italianos antifascistas.² Aunque no llegaría a desarrollar el tema de una manera explícita, la problemática de las élites, de ahí en más, habría de constituirse en una referencia constante en sus reflexiones tanto sobre la sociedad argentina como en sus inquisiciones acerca de la naturaleza del fenómeno del totalitarismo.

Intentó legitimar la sociología no solamente a través de un argumento intelectual sino también de una táctica organizacional. Aunque estaba profundamente convencido del poder de las ideas, era conciente, sin embargo, de que las ideas necesitan un correlato institucional para poder prevalecer. A través de su prolongada actividad editorial, inició y defendió el reclamo de la sociología a la legitimidad intelectual. Pero, dado su convencimiento de la importancia de la implantación institucional de las ideas, amplió dicha demanda en procura de una legitimidad institucional, dirigiéndola esta vez a los institucionalizados jueces del intelecto, las universidades. Así, no solamente procuró convencer al “gran público” de que la nueva ciencia merecía una audiencia entre los educados. Procuró convencerlos de que esa nueva ciencia merecía, también,

² “La teoria delle élites”, Riunione del 3 de Luglio 1950. Introducción de Gino Germani. Participantes: Pablo Terni, [...]Luzzatto, Arigo Levi, [...]Gratton, Mario Segre y Cesar Civita.

una plaza fuerte en los confines de la universidad.

La implantación de una determinada empresa intelectual, bien lo sabemos, requiere de condiciones culturales e institucionales. En primer lugar, del papel de los agentes, es decir, de individuos interesados e investidos de las destrezas y habilidades necesarias para encarar una empresa de esa naturaleza y difundir la oferta simbólica vinculada con ella. Requiere, asimismo, del concurso de medios de comunicación (libros, artículos, editores) y de centros de difusión (instituciones académicas o extra-académicas) capaces de difundir el nuevo mensaje. Requiere, en suma, de la presencia de mediadores activos ubicados en lugares estratégicos y centrales del sistema de las instituciones culturales.

Desde mediados de los años '40, Germani desarrolló una intensa y relativamente exitosa actividad editorial. Diseñó la biblioteca en ciencias sociales más importante de esos años, aunque hoy muchos de sus títulos ya no están en la corriente principal de la sociología. Dirigió dos colecciones de libros, "Ciencia y Sociedad", en la editorial Abril y "Biblioteca de Psicología Social y Sociología", en la editorial Paidós. Tradujo y escribió prólogos y estudios preliminares a un conjunto de obras extranjeras. Se convirtió en el *importador* de una literatura relativamente desconocida en los medios intelectuales locales que contribuiría a dotar a la disciplina en particular y a las ciencias sociales en general de un nuevo "cuadro de referencia". Su empresa editorial obró como un poderoso agente cultural e institucional de difusión y legitimación de nuevas ideas, de nuevos vocabularios y de nuevos esquemas conceptuales. Amplió las fronteras de la disciplina de acuerdo a tal como ésta había sido concebida hasta entonces: la abrió a diferentes tradiciones, tanto intelectuales (Escuela Crítica de Frankfurt, psicoanálisis reformista, interaccionismo simbólico, *gestalttheorie*, estructural-funcionalismo) como disciplinarias (psicoanálisis, antropología y psicología social). Prohijó -para tomar una expresión de Niklas Luhmann- una nueva "semántica" para el análisis social y político y, de esa manera, abrió el camino para nuevas formas de exploración e interrogación de la actualidad como también de nuestro pasado.

De esa manera, preparó el camino para una recepción más general de la sociología. La arrancó de los límites de la cátedra y de los círculos doctos y la instaló definitivamente en el teatro de la vida pública intelectual. Hacia mediados de los años '50, la creencia, tanto entre las autoridades gubernamentales como entre el gran público, de que la sociología tenía algo para decir, de que estaba en condiciones de ofrecer una contribución importante a los problemas de la vida nacional, era, ya, una creencia

relativamente extendida.

Acaso el rasgo más distintivo de su proyecto editorial residió en la incorporación del psicoanálisis a la construcción de una ciencia del hombre. El hecho de que prácticamente el 80% de los títulos editados entre 1945 y 1960 refieren, de alguna u otra manera, al psicoanálisis revela el lugar estratégico que ocuparía la disciplina creada por Freud en la nueva empresa intelectual y que habría de obrar como un punto central de diferenciación respecto de la autocomprensión de la sociología y de su relación con las otras disciplinas sociales vigente hasta entonces. En cierto sentido, su proyecto editorial replicó de algún modo la experimentación americana de edificar una ciencia social o ciencia del hombre comprensiva, que articulara psicología social, sociología y antropología. ¿Es esto un hecho un hecho evidente, natural? El más superficial ejercicio comparativo permite adelantar una respuesta negativa. En efecto, por los mismos años, en Brasil como en México, la sociología alcanzó un desarrollo tanto o más vigoroso que en la Argentina, y tanto desde un punto de vista intelectual como institucional. Sin embargo, fue un desarrollo que no incluyó al psicoanálisis en su cuadro de referencia. En tal sentido, el examen de su proyecto editorial nos ha permitido poner de relieve un rasgo idiosincrático de la cultura intelectual de la sociología en Argentina durante el período examinado. No inventó, claro está, la sociología, pero cambió el tema, su vocabulario y los términos de su conversación.

La naturaleza del peronismo como fenómeno político y social y su impacto en la vida nacional fue su gran obsesión intelectual. En 1956 realizó su primer ensayo de interpretación, que rescribiría una y otra vez. Pronto el ensayo devino en un clásico de la sociología latinoamericana y motivó lo que posiblemente fue uno de los debates académicos más importantes y sofisticados de nuestra accidentada e inestable vida académica. Aunque algunas de las tesis de aquel ensayo, bien lo sabemos, fueron corregidas en unos casos y refutadas en otros, su estructura y composición, su modo de interrogación como la variedad de sus dimensiones analíticas hacen de él, todavía hoy, un "ejemplar" de interpretación sociológica de un fenómeno. Ahí están, en principio, sus dos elementos más generales: una interrogación sobre las *causas* como sobre el *sentido* del fenómeno examinado: ¿con qué transformaciones de la estructura social está vinculado este nuevo emergente político? ¿cuál es su significado a la luz de la experiencia social, política y cultural de la sociedad en la que ha tenido lugar? Ahí está, además, el ademán comparatista ¿cuáles son las similitudes y las diferencias entre el peronismo y los fenómenos más próximos del totalitarismo italiano y alemán? Ahí está,

finalmente, la pregunta por el sentido de la acción: ¿qué motivos y qué razones tuvieron los sectores populares para escoger un curso de acción que no estaba en las expectativas de nadie? ¿En qué condiciones adoptaron ese curso de acción no esperado? ¿Qué factores de orden social, cultural y político -patrones culturales, experiencias políticas y sociales previas y memoria de esas experiencias previas- militaron en esa dirección? De algún modo, ese ensayo seminal de Germani terminó demostrando el carácter sumario de la llamada “querrela del positivismo”, según la cual, la acción de comprender y la de explicar un fenómeno social constituyen dos empresas antitéticas.

Pero no solamente fue un intérprete del peronismo. Fue también un observador lúcido y atento de la vida moderna y llegó a capturar –en la línea de los clásicos- algunos de sus desarrollos paradójicos. Así, confió en que sólo un mundo regido por la razón y la ciencia sería capaz de conjurar la experiencia del totalitarismo que durante la primera mitad del siglo XX había torcido el rumbo de la civilización occidental. Advirtió, sin embargo, que la existencia de un mundo racionalizado conducía al predominio de una racionalidad instrumental, incapaz ya de operar la distinción entre la producción de “instrumentos de vida” y de “instrumentos de muerte”. Estaba convencido de que el porvenir de la democrática se asentaba en la secularización y en sus procesos conexos, una diferenciación estructural y funcional de las instituciones y un mayor grado de individuación. Reconoció, no obstante, que, con el tiempo, la secularización llegaría a convertirse en una amenaza para la democracia, pues, al volverlo todo objeto de elección, terminaba poniendo en cuestión ese “núcleo normativo básico” sin el cual la sociedad entre los hombres resulta una empresa imposible.

Gino Germani no fue un sociólogo empírico, como se ha dicho hasta el cansancio, si ello equivale a identificar su producción intelectual con el “género descriptivo” cuya finalidad es reseñar o tornar visibles determinados fenómenos: la pobreza, el delito, la marginalidad. Por el contrario, fue un practicante ejemplar del “género cognitivo o científico”, que consiste en plantear a la materia histórica y social preguntas del tipo ¿“por qué”? ¿Por qué, en un momento dado, la movilización popular adoptó fórmulas políticas distintas a las convencionales? ¿Por qué en la Argentina la clase trabajadora se sumó a un movimiento político liderado por un caudillo militar? ¿Por qué la secularización precedió al desarrollo económico? ¿Por qué la intervención militar en el poder político terminó convirtiéndose en una pauta de la vida cívica y política? Germani entendió siempre a la sociología como un tipo de interrogación destinado a tornar comprensibles fenómenos en principio enigmáticos u opacos. La

fórmula que utilizó para describir su empresa, la de la “sociología científica”, sujeta a innumerables malos entendidos, no quería significar ¡ah!, como tantas veces se ha insinuado, una reducción de las ciencias sociales a las ciencias naturales, sino, y más simplemente, lo siguiente: en lugar de imputar el carácter enigmático de ciertos fenómenos a la existencia de elementos no menos enigmáticos (el “carácter nacional”, el “temperamento de los argentinos” o la “sangre latina”) procuró explicarlos como el “efecto de composición” de determinados rasgos estructurales.

Gino Germani como escritor de prólogos

A lo largo de esta investigación hemos visto cómo, a través de su actividad editorial, Germani edificó un escenario de intervención en el debate intelectual y proyectó una significativa actividad de difusión cultural en la que puede reconocerse el intento de fundar, a través de la definición de una familia de textos, los perfiles ciertos una tradición intelectual. Renovó el vocabulario, difundió nuevos conceptos y perspectivas disciplinarias y comunicó a las ciencias sociales con nuevos debates y problemáticas. Vista en perspectiva histórica, entonces, su intervención puede ser vista como habiendo operando una profunda reorganización de la tradición tanto en su dimensión material como simbólica. En tal sentido, la importancia de esa actividad editorial tanto en su propia trayectoria y formación intelectuales como en la historia de la disciplina misma muestra, igualmente, que la comprensión de la historia de una disciplina, en nuestro caso de la sociología, obliga a extender la mirada más allá de ella misma, sea ésta definida como un sistema de ideas o como un conjunto de instituciones dedicadas a su enseñanza.

El análisis de los materiales editados nos ha revelado igualmente la amplitud teórica e ideológica de su proyecto editorial. El que diferentes tradiciones intelectuales como disciplinarias desfilaran por las colecciones que Germani tuvo a su cargo muestra, una vez más, el grado de apertura intelectual como la pluralidad de enfoques e intereses cognoscitivos que estuvieron presentes en la sociología de entonces.

Asimismo, y una vez que “suspendimos” el contexto de lectura regido por la hipótesis del padre fundador, se nos abrió la posibilidad de aprehender otros de los sentidos con que aparece investido su proyecto editorial, a saber, el de un ensayo de interrogación sobre los orígenes y destinos de ese complejo crítico de signos que denominamos lo moderno: la ciencia, la razón, la libertad, la opinión pública y, muy especialmente, la democracia. Algunos de los títulos con que Germani rotulara, más

tarde, la edición de los prólogos en formato de libro son, a este respecto, bastante ilustrativos de la problemática, de las preocupaciones y de un estilo de interrogación que serán característicos de su reflexión: “Las condiciones objetivas de la libertad”, tal el título que reproduce el prólogo a la obra de Laski, y “Las condiciones subjetivas de la libertad”, para el caso de Fromm. Un estilo que podríamos quizá caracterizar como el de una interrogación sobre la dirección de los procesos evolutivos de largo alcance y en la que se advierte, muy claramente, una intención hermenéutica consistente en interrogar y clarificar el significado cultural de determinados nexos históricos y sus consecuencias para el porvenir de la libertad y el desarrollo de una personalidad autónoma.

En la historiografía tradicional la figura de Germani ha quedado estrechamente asociada con la sociología norteamericana, y en especial, con el estructural-funcionalismo. La apreciación, ciertamente, no es del todo inexacta. La sociología norteamericana, fundamentalmente la originada en la llamada Escuela de Chicago, fue una referencia constante en los escritos tempranos de Germani. Sabemos, igualmente, que, dentro del plan de publicaciones del Departamento de Sociología, Germani concedería a la sociología norteamericana, y más especialmente al estructural-funcionalismo, un lugar relevante. El trayecto recorrido nos ha mostrado, con todo, que la norteamericana no fue la única –ni siquiera la más importante– de las tradiciones de pensamiento social que dieron cuerpo al catálogo de las colecciones de Germani. En tal sentido, más que del predominio de una u otra, la biblioteca de Germani puede ser caracterizada por el intento de operar una síntesis entre distintas tradiciones intelectuales en el contexto de los problemas abiertos por el mundo moderno en general y por las peculiaridades de la modernidad latinoamericana en particular.

En un estudio consagrado a las condiciones sociales que posibilitaron la emergencia de la figura del intelectual, Lewis Coser ha escrito que “así como las especies animales sólo crecen en ambientes que le son propicios para su crecimiento, los grupos humanos sólo se desarrollan si encuentran escenarios institucionales favorables”.³ El de los intelectuales, por cierto, es un grupo cuya constitución está lejos de escapar a esta ley sociológica. Entre los escenarios favorables a su constitución, Coser menciona el salón y el café, la sociedad científica y la revista mensual, el mercado literario y el mundo de la publicidad, la bohemia y la pequeña revista. Todos ellos, en efecto, proporcionan aquellas condiciones esenciales para el desarrollo de la vocación del intelectual: la existencia de un público, es decir, de un círculo de personas

que hace las veces de destinatario de la producción intelectual a la vez que de fuente del reconocimiento social, por un lado; y la posibilidad, por el otro, de un contacto e intercambio regular con sus pares para poner a prueba sus ideas, lo que paulatinamente da origen a la existencia de normas comunes que actúan como guías de la práctica intelectual.

Al igual que los escenarios contemplados por Coser, la empresa editorial es también un espacio propicio y favorable para el desarrollo de la vocación intelectual. Su estructura es notoriamente similar a la de aquellos. Tal como ocurre, por ejemplo, en una revista, la actividad editorial desplegada por Germani supone la existencia de un público que, al mismo tiempo, es constituido por aquella, y generalmente aspira – aunque no siempre es el caso- a establecer un conjunto de normas comunes relativas a la práctica intelectual.

La intención de enfocar la intervención editorial de Germani como un escenario institucional relevante para el desarrollo de una vocación intelectual se vuelve todavía más pertinente una vez que se repara en ciertos datos relativos a su trayectoria intelectual. En efecto, cuando en los primeros años de la década del '40 Germani inició su actividad editorial no era todavía una figura pública de la vida intelectual argentina. Acaba de ingresar a un Instituto de Sociología recientemente creado, y había emprendido a instancia del mismo una investigación sobre las clases medias en la Argentina. Entre sus publicaciones se contaban algunas reseñas y ensayos, todas ellas aparecidas en el *Boletín del Instituto de Sociología*. Su apuesta editorial puede ser vista entonces como un momento importante de la génesis de su figura como intelectual.

¿Intelectual? Muy probablemente la sorpresa que provoca esa caracterización obedece al hecho de que ella pone en entredicho una imagen tradicional asociada con su figura. A este respecto, la historiografía tradicional se ha vedado a sí misma la posibilidad de abordar la trayectoria de Germani *qua* intelectual en parte, nuevamente, porque cifró su interpretación en la clave del “padre fundador”. Prisionera, más de lo que ella misma supone, de la imagen que el mismo Germani pretendió dar de sí mismo como fundador de la “sociología científica”, dicha historiografía, tanto la más amistosa como aquella más crítica, terminó encerrando su figura en el tipo del “científico” como opuesta a la del “intelectual” o del “ensayista”, aunque con valoraciones de sentido, claro está, diametralmente opuestas. De acuerdo a dicha tipología, la actividad del primero, educado en el rigor y la paciencia inculcados por un saber disciplinario,

³ Lewis Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, F.C.E., 1968.

consistiría en la investigación empírica y en la formulación de proposiciones respaldadas por los hechos y de carácter universal. Menos dotado de aquel rigor y disciplina, el segundo, en cambio, encontraría en la intuición y especulación la fuente de su imaginación sociológica y el modo de revelar los caracteres particulares de una realidad determinada.

Ahora bien, ¿es posible encerrar el sentido de la trayectoria de Germani en los estrechos límites de esa tipología? Un examen atento de su actividad al frente de las colecciones mencionadas, y especialmente, un análisis de los prólogos y estudios preliminares con que decidió acompañar la edición de muchos de los libros publicados, serían suficientes para adelantar una respuesta negativa a dicho interrogante.⁴

¿Qué es un prólogo y qué nos puede proporcionar una interrogación de los mismos? Como cualquier texto, el prólogo presupone, traza y perfila la figura de un autor y de un lector. Por tratarse del comentario a la obra de otro autor, es, por añadidura, una lectura en un doble sentido. Ensayo, de manera inevitable, un recorte del material a partir del interés del prologuista sobre ciertos problemas que, a su juicio, la obra plantea. Un prólogo es, entonces, una densa y complicadísima operación de lectura que implica una estrategia de selección y recorte del material y una toma de posición en un campo ideológico determinado. Quien redacta un prólogo ofrece al lector no solamente un comentario sobre la obra en cuestión y un juicio de valor sobre su significación y trascendencia para el planteamiento de determinados problemas; ofrece, igualmente, una imagen de sí mismo -el prólogo es también un escenario y un mecanismo de promoción intelectual- y de sus interlocutores. Los prólogos proporcionan, de manera condensada, una imagen del perfil intelectual del prologuista.

¿Qué perfil nos han proporcionado esos prólogos? Hay, en primer lugar, algo que sorprende: la posición del que habla difícilmente pueda encerrarse en los límites estrechos del “especialista”. Más bien es alguien que decidió romper con los tabiques disciplinarios; transita, con notable amplitud ideológica, por la sociología, el psicoanálisis, la psicología social, la antropología; no exhibe una profesión de fe disciplinaria; Tampoco parece cultivar una ortodoxia intelectual; se muestra más bien receptivo a distintas tradiciones intelectuales: estructural funcionalismo, interaccionismo simbólico, psicoanálisis reformista, Escuela Crítica de Frankfurt.

⁴ Aunque no está entre los propósitos de este trabajo, una respuesta similar podría anticiparse no ya solamente con relación a este aspecto de la trayectoria de Germani sino también tomando como referencia muchos de sus ensayos aparecidos más tarde en formato de libro.

Dicho prólogos exhiben igualmente una apertura a los problemas políticos contemporáneos que trascienden naturalmente el marco estrecho de las disciplinas. La crisis de la cultura occidental, las posibilidades de la libertad en una sociedad de masas, las tensiones entre los imperativos de la planificación y la conservación de los dominios de la libertad, el papel del Estado en una sociedad moderna: he ahí un conjunto de tópicos que difícilmente podríamos adscribir a cualquiera de las disciplinas con las que Germani dialogaba en sus prólogos. Su presencia pareciera más bien reflejar las inquietudes y las preguntas más propias de un intelectual que las de un académico o las de un especialista. En tal sentido, la exploración de la actividad de Germani como editor y traductor no solamente ha revelado una faceta descuidada de su trayectoria intelectual, sino que sugiere, también, el carácter estrecho de aquella clasificación o tipología.

Aquella misma historiografía, nuevamente tanto la más amistosa como la más crítica, ha caracterizado la presencia de Germani en la cultura argentina bajo el signo de la innovación y la ruptura. En unos y otros, en efecto, la emergencia de la figura de Germani en el campo cultural en general, y más específicamente en el de la sociología, ha quedado asociada con una profunda modificación de los modos tradicionales de concebir la práctica de la disciplina y el trabajo intelectual. Pero lo cierto es que esa innovación y ruptura fueron tematizadas casi exclusivamente a partir de una consideración relativa a los métodos de investigación puestos en práctica como al uso de técnicas de análisis que no eran frecuentes en nuestro medio intelectual, dos tópicos, por lo demás, a los que el mismo Germani acudía de manera sistemática para legitimar su empresa intelectual. Nuevamente, esa historiografía replica, de algún modo, la imagen que el propio Germani diera de sí mismo.

Ahora bien, admitamos por un momento el carácter efectivo de dicha ruptura, admitamos que la innovación de la empresa institucional e intelectual de Germani habría de caracterizarse, entre otras cosas, por la implantación de esa panoplia de métodos y de técnicas que entonces comenzaba a ser identificada como “sociología empírica”, ¿podríamos, no obstante, deducir de aquellos los problemas, los temas y los interrogantes que serían característicos de la sociología de este período?

Se ha dicho, igualmente, que la emergencia y consagración de esa “sociología científica” trajo aparejado, también, una *nueva* interpretación del peronismo dándose casi por sentado una correlación entre el contenido de la perspectiva de análisis asumida y el carácter novedoso de la interpretación. De algún modo, el razonamiento supone que la interpretación que Germani ofreciera del peronismo estaba predeterminada por su

asunción de la ciencia sociológica como perspectiva analítica, como si de esta última se desprendiera aquella, olvidando de esta manera que toda interpretación se inscribe en una problemática que no viene científicamente determinada. Germani no fue el único que abrazó con entusiasmo la ciencia sociológica. Antes, y después de él, hubo otros que asumieron con similar entusiasmo la disciplina. Y sin embargo, cosa curiosa, muchos de ellos no escribieron sobre el peronismo, aún cuando la posesión del saber sociológico, según aquel razonamiento, hubiera debido inclinarlos a ello. Otros escribieron sobre el peronismo pero ofrecieron interpretaciones bastante diferentes a la de Germani.

En tal sentido, el examen de los materiales editados nos ha permitido reconstruir la problemática que rigió su interrogación, ofreciéndonos de esta manera un elemento alternativo para juzgar el sentido *específico* de aquella ruptura. Posiblemente haya que buscar esta última no solamente por el lado de los métodos y las técnicas sino, y más fundamentalmente, por el lado de los “materiales” que difundió, de la biblioteca que configuró como de las tradiciones con las que pretendió conectar la reflexión y la práctica de la sociología.

En resumen, si solo forzando las cosas podríamos inscribir la edición de esos materiales como parte de un proyecto tendiente a edificar una sociología “científica” en la Argentina, dichos materiales habrían de resultar decisivos desde otro punto de vista: aquel que remite a la orientación y los intereses cognoscitivos que marcarían la reflexión sociológica del período en general y de Germani en particular. Su actividad editorial fue, en este sentido, una instancia de formulación y maduración intelectual de un conjunto de problemáticas que serían constitutivas de su producción intelectual. En efecto, es en contacto con dichos materiales que Germani irá formándose una *imagen del mundo moderno y de sus contradicciones*; una imagen, por lo demás, que subtiende tanto su visión sobre el porvenir de la democracia en sociedades de masas como su interpretación de los orígenes y significado del peronismo.

¿Qué contradicciones? Ya tuvimos oportunidad de comentar algunas de ellas. Desde un comienzo, Germani confió en que sólo un mundo regido por la razón y la ciencia sería capaz de librarnos del irracionalismo que había sacudido la civilización occidental y la había extraviado de su rumbo. Toda su apuesta por la “racionalización” se inscribía precisamente ese “retorno a la razón”, según la fórmula de uno de los títulos editados. Sin embargo, pronto comenzaría a percibir que la existencia de un mundo racionalizado y de una civilización regida por la ciencia tenía que pagarse a un costo

que tornaba absurda la empresa misma: el de un divorcio entre la razón y la existencia.⁵ En sus últimos escritos, incluso, esta visión todavía vacilante llegaría a tornarse del todo pesimista desde el momento en que Germani comprobaba que ese divorcio había terminado por afirmar el predominio de la racionalidad instrumental,⁶ sobre cuyas oscuras consecuencias advertía en los siguientes términos: “[...] la racionalidad instrumental se aplica del mismo modo a la producción de ‘instrumentos de vida’ como a la de ‘instrumentos de muerte’, como trágicamente lo ilustró el ‘genocidio racional’ de los nazis o la acumulación actual de las armas nucleares”.⁷

Del mismo modo ocurría con la secularización. Nervio de la vida moderna, ella estaba en efecto en el origen de dos procesos que juzgaba como constitutivos de una sociedad democrática: diferenciación estructural y funcional de las instituciones e individuación. Y sin embargo, la secularización se revelaría el heraldo de procesos que amenazaban con destruirla en la medida en que, al volverlo todo objeto de elección, terminaba poniendo en cuestión el núcleo normativo básico a través del cual se realiza el mínimo de integración social sin el cual la sociedad entre los hombres resulta una empresa imposible.

Al avance progresivo de esas dos fuerzas culturales, la racionalización y la secularización, Germani atribuía igualmente transformaciones de signo positivo tanto en el mundo social como político. La emergencia de una sociedad de masas y de una política de masas debía acreditarse como parte del proyecto emancipatorio del mundo moderno pues implicaba la liberación de los individuos de los poderes tradicionales. Pero esa emancipación, una vez más, contenía un componente que la amenazaba: la burocratización. En una sociedad de masas, escribía Germani, los “partidos y sindicatos tienen a ser grandes organismos burocráticos en que el significado de la acción individual del afiliado se reduce, en el mejor de los casos, a participar en votaciones internas de vez cuando”. En una sociedad de masas, en fin, la política tiende a especializarse y la “intervención activa queda forzosamente limitada a una minoría”.⁸

Así, si la racionalización era la que había dado origen a una democratización creciente de la vida social, ella misma estaba igualmente en el origen de procesos de concentración del poder, reificación y alienación. En todo caso, de procesos que

⁵ Véase, cap. 3, págs. 23-26.

⁶ Gino Germani (comp.), *Urbanización, desarrollo y modernización*. Buenos Aires, Paidós, 1976, Introducción.

⁷ Gino Germani, *op.cit.*, págs. 17-18.

⁸ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós, Buenos Aires, 1962, pág. 235.

distorsionaban precisamente los fines a partir de los cuales la racionalización se había desencadenado. Del mismo modo a cómo las cosas ocurren en el campo de la ciencia, aquí también la política democrática terminaba conduciendo a una situación que la negaba rotundamente. A estas contradicciones tampoco escapaba una esfera vital del mundo moderno como la del trabajo. “El trabajo -escribía Germani- absorbe la mayor parte de las horas del día, y representa sin duda una de las esferas esenciales para la vida personal de todos: ahora bien, en aquellas mismas sociedades que se supone deberían estar fundadas sobre la libertad y la autodeterminación, no hay acaso ninguna otra actividad tan burocratizada, reglamentada y sometida a disciplina autocrática como el trabajo, excepto quizás la vida militar. Descubrimos aquí otra contradicción del mundo moderno: por un lado, la democracia política requiere hombres entrenados para el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad; por el otro, los reduce a la condición de cosas, de meros medios, para la mayor parte de las horas útiles de su existencia”.⁹

Quizá ahora estamos en mejores condiciones para precisar lo que queríamos decir con *estilo de interrogación*. Quizá ahora podamos definir dicho estilo como una interrogación sobre la dirección de los procesos evolutivos de largo alcance y en la que se advierte, muy claramente, una intención hermenéutica consistente en interrogar y clarificar el significado cultural de determinados nexos históricos y sus consecuencias para el porvenir de la libertad y el desarrollo de una personalidad autónoma.

En el prólogo a *La libertad en el Estado Moderno*, de Harold Laski, Germani escribió:

La libertad es una condición inherente a la esencia del hombre, pues de ella depende lo específicamente humano de su naturaleza. En ese sentido, el concepto de libertad es consubstancial con el de humanidad y, como tal, posee un valor permanente. Pero, del mismo modo que no existe una humanidad abstracta, sino una humanidad concreta e histórica, así la libertad es también histórica y concretamente determinada. Por ello, *a cada época, a cada cultura le corresponde definir las condiciones óptimas que, dentro de las circunstancias histórico-sociales existentes, sean capaces de asegurar la realización de ese ideal.* (Las cursivas son mías)

¿No estamos aquí frente a ese gesto interpretativo que, heredado de la filosofía, fue característico de la reflexión de la sociología, el de una semantización de lo moderno, el de una autoconcientización de la conciencia epocal de lo moderno?¹⁰ ¿Sería aventurado leer la obra de Germani como una de las formas peculiares que adoptó en la tradición

⁹ Gino Germani, *op. cit.*, págs. 237-238.

¹⁰ Véase Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus, Madrid, 1989.

del pensamiento social ese gesto de semantización de lo moderno que la sociología heredó de la filosofía? ¿Al menos de lo moderno-latinoamericano?

Es precisamente ese estilo de interrogación el que Germani irá construyendo con los diversos materiales de sus colecciones, un estilo que define asimismo su concepción de la ciencia social. En el prólogo a la obra de Walter Hollischer, *Psicoanálisis y sociología*,¹¹ editada en 1950, Germani escribía lo siguiente:

[...] el objetivo metodológico a que apunta este tipo de indagaciones [se refiere tanto a la perspectiva abierta por el psicoanálisis reformista como al reconstruccionismo de Karl Mannheim] es el descubrimiento de los *principia media* que rigen el *equilibrio y la dinámica de los hechos sociales en un acontecer históricamente determinado*. Las ciencias sociales particulares y las sociologías especiales se revelan a menudo incapaces de captar de manera significativa *este acontecer concreto*.

Podríamos añadir nosotros: una indagación que busca analizar la realidad en *su especificidad y su unicidad cualitativa*, en su carácter de configuración estructural, cultural e históricamente determinada. ¿Podemos encerrar el *sentido* de esta declaración programática en los límites estrechos de lo que habitualmente identificamos como cientificismo? ¿Es posible inferir de esa declaración el proyecto de una sociología *stricto sensu* o debemos más bien reconocer aquí el proyecto de una “ciencia del hombre” -según la expresión que gustaba Germani- más acá de la sociología, donde reside la historia, y más allá de ella, donde la esperan saberes como el psicoanálisis y la antropología? ¿Podríamos imputar al cientificismo una ciencia que busca no la oportunidad de confirmar a través del análisis de los hechos sociales un enunciado universal sino de reconstruir el carácter históricamente determinado de una configuración social -los *principia media*, según la fórmula de Mannheim que Germani citaba a menudo- y averiguar el sentido que todo ello tiene para la vida de los hombres?

En todo caso, y si aceptamos inscribir esta dimensión de la trayectoria de Germani en la perspectiva de una historia de la sociología, deberíamos admitir que la singularidad de aquella se halla en esa biblioteca que configura, en las tradiciones que incorpora; una biblioteca fundada en un linaje de textos indudablemente al margen de la gran tradición. No es un dato menor a este respecto la existencia de un prologando contacto de Germani con cierta zona de la literatura contemporánea preocupada por el fenómeno de la sociedad de masas y, muy especialmente, como se ha visto, con alguna

¹¹ Aparecido originariamente en la *International Library of Sociology and Social Reconstruction*

de las investigaciones del Instituto de Frankfurt, hecho que revela hasta qué punto su producción intelectual hunde sus raíces en la tradición de la crítica a la cultura de masas y constituye, por consiguiente, el punto de partida de una tradición intelectual cuya problemática central se articulará en torno a una interrogación sobre los vínculos entre cultura y política.

Argumentos programáticos

Esta investigación ha revelado igualmente un aspecto prácticamente ignorado de la trayectoria intelectual de Germani, a saber, su relativa familiaridad con la tradición de la Escuela de Frankfurt y la importancia de esta última en el contexto de sus preocupaciones intelectuales así como la centralidad de la obra de Erich Fromm en los materiales con que se enseñó la sociología durante esos años. Esto último modifica sensiblemente nuestra visión corriente de los textos formativos de la sociología argentina del período, y muy especialmente, de la formación intelectual de Germani.

En efecto, en la literatura relativa a la trayectoria de Germani como a la sociología de esos años apenas se menciona el nombre de Erich Fromm y mucho menos el de aquellos otros autores que formaron parte del catálogo de las colecciones que Germani tuvo a su cargo. Todavía más. Cuando el nombre de Fromm aparece referido, en ningún caso se refiere su filiación o pertenencia a la Escuela de Frankfurt. ¿Por qué?

Toda escuela de pensamiento o movimiento intelectual tiene sus “mitos de origen”. Los “mitos de origen” están animados, al menos en las ciencias sociales, menos por la voluntad de reconstruir, históricamente, el proceso a través del cual las ideas emergen, se desarrollan y cambian que por la voluntad de legitimar preferencias contemporáneas a través de un pasado honorable.¹² Así, la mayoría de los estudios consagrados a la historia de la Escuela de Frankfurt subestimó, hasta muy recientemente, la importancia de Erich Fromm en el temprano desarrollo de la teoría crítica.¹³ Escrita en su mayor parte por sus partidarios contemporáneos, dicha historiografía excluyó el nombre de Fromm del canon original reemplazándolo por los de Herbert Marcuse y Theodor Adorno. Más tarde ganó preeminencia Walter Benjamin, un miembro, bien lo sabemos, muy marginal al círculo íntimo de Max Horkheimer. La

“Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social”, bajo la dirección de Karl Mannheim.

¹² Para esto, véase Jennifer Platt, “The development of the ‘participant observation’ method in sociology: origin myth and history” en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 19, 1983.

¹³ Véase, Neil McLaughlin, “Origin Myths in the Social Sciences: Fromm, the Frankfurt School and the Emergence of Critical Theory” en *Canadian Journal of Sociology*, vol. 24, Issue 1, Winter 1999, págs

exclusión de Fromm se vió favorecida por la ruptura de este último con el Instituto hacia fines de los años '30 a la vez que por las ásperas críticas de Adorno y Marcuse a la "revisión" del psicoanálisis ensayada por Fromm, que ganaron gran popularidad en la audiencia de la Nueva Izquierda.¹⁴ De tal manera que la operación de exclusión de Fromm terminó por aislar a este último no solamente de la Escuela de Frankfurt sino también, y por añadidura, del marxismo, de la sociología radical y de la cultura intelectual de izquierda en general que gravitó durante las décadas del '40, '50 y los comienzos de la del '60.¹⁵

En la Argentina, la sociología también tiene sus "mitos de origen", pero por partida doble. En efecto, en la reconstrucción de la historia de la disciplina y, especialmente de la figura de Gino Germani, es posible reconocer la presencia de dos mitos de origen, positivo, el uno, negativo el otro. Ambos, sin embargo, comparten un mismo rasgo: el de vincular la figura y la trayectoria de Germani con los grandes nombres de la sociología. El mito positivo remite a los nombres de Emile Durkheim, Max Weber, Wilfredo Pareto, Talcott Parsons y Robert Merton. El negativo, en cambio, restringe dicha lista a los nombres de Parsons y Merton, que en los años sesenta y setenta se convirtieron en el blanco predilecto de la crítica de la sociología radical. En ambos casos se trata de los nombres que integran el canon de la sociología, aunque con valoraciones absolutamente contrastantes. En el primer caso, se intenta legitimar la preferencia por la sociología de Germani asociándola con los nombres ilustres de la "gran tradición". En el segundo, la preferencia es muy distinta a aquella que se examina y, en consecuencia, se busca deslegitimar esta última vinculándola con una "escuela de sociología", la del estructural-funcionalismo, contra la cual debía afirmarse las nuevas preferencias, entre ellas, la del marxismo o las de una sociología radical. Un "mito de origen" sobre otro "mito de origen": en cierto modo, la trayectoria intelectual de Germani quedó como encerrada en el pliegue de ambos.

Ciertamente, las apreciaciones contenidas en los "mitos de origen" relativos a la

109-139.

¹⁴ Theodor Adorno, "La revisión del psicoanálisis" en Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Sociológica*. Madrid, Taurus, 1979. Aparecida en alemán en 1964, la primera versión del texto, sin embargo, proviene de una conferencia dictada por el autor en 1946 en los Angeles y titulada "Social Science and Sociological Tendencies in Psychoanalysis", cf. Martin Jay, *op. cit.*, cap. III. Más tarde, Adorno volvió sobre el tema en dos entregas a la *New Left Review* con el título de "Sociology and Psychology", I y II, en 1967 y 1968 respectivamente. Las críticas de Herbert Marcuse en "Crítica del revisionismo neofreudiano", un capítulo de su influyente *Eros y civilización*, Barcelona, Planeta- Agostini, 1985, aparecido originariamente en dos entregas a la revista *Dissent* con el título de "The Social implications of Freudian revisionism" y "A reply to Erich Fromm" en 1955 y 1956 respectivamente.

¹⁵ Neil McLaughlin, *op.cit.*, pág. 124.

figura de Germani no son del todo inexactas. Como ya se ha dicho, la sociología norteamericana fue una referencia constante en los trabajos de Germani, llegando incluso a constituir un elemento central de diferenciación respecto a la tradición sociológica latinoamericana que lo precedió. En un primer momento aquella referencia remitía a las investigaciones provenientes de la llamada Escuela de Chicago. Más tarde, a las innovaciones más recientes de la sociología norteamericana de posguerra, y en especial, las provenientes de la escuela del estructural-funcionalismo. No obstante, la presencia de estas últimas, hay que reconocerlo, convive, al menos en los propios textos de Germani, con referencias a las obras de Ralf Dahrendorf y Lewis Coser, dos de los críticos más prominentes del funcionalismo, como a George H. Mead, que en ese momento se constituyó en la fuente de inspiración de una tradición sociológica crítica de la “ortodoxia” parsoniana, como la del interaccionismo simbólico. Esto último revela, en todo caso, el carácter marcadamente heterodoxo de la recepción del estructural-funcionalismo sociológico en los escritos de Germani. Como sea, la evidencia histórica recogida a lo largo de esta investigación nos ha mostrado la importancia de autores como Erich Fromm, Viola Kleim, Karen Horney, Harold Laski o Walter Hollistcher, considerados hoy menores, en el mejor de los casos, o del todo al margen del canon de la tradición sociológica.

¿Fue entonces Germani un “sociólogo crítico”? No hemos emprendido esta investigación con el objeto de ofrecer argumentos en favor de una caracterización que viene a contrariar la imagen tradicional de un Germani “funcionalista” o “empirista”. Más bien, hemos procurado quebrar esa visión homogénea y “pasteurizada” del mundo que transmiten categorías tales como “funcionalista”, “cientificista” o “crítico”, que pueden ser útiles como ayuda-memoria en la enseñanza y transmisión de la historia de la disciplina, pero que no reflejan la complejidad de los procesos a partir de los cuales las ideas emergen, son recibidas y cambian y que, habitualmente, más que iluminar, pueden conducir a simplificar la complejidad de una biografía intelectual. En todo caso, el trayecto recorrido invita a extraer algunas conclusiones *programáticas* que debieran estar presentes a la hora de escribir una historia de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular.

En primer lugar, la necesidad de ampliar la fuente de los materiales escogidos, lo que implica incluir no solamente los textos publicados de los autores que se ha decidido examinar sino también las fuentes menos formalizadas, tales como cuadernos de notas, revistas científicas, correspondencia, autobiografías, biografías, escritos políticos, entre

otros. En suma, se trataría de centrar la investigación no exclusivamente en los textos más representativos, como ha sido habitual, sino también en aquellos textos menores, tales como prólogos, artículos, cubiertas, etc..

Por cierto, es probable que una historia dispuesta a explorar este último tipo de fuentes nos devuelva, a la postre, una imagen bastante distinta a la imagen convencional, ya no asociada exclusivamente con los nombres de Weber, de Durkheim o de Parsons, sino también con esos autores “menores” como Erich Fromm, Viola Kleim, Karen Horney, Harold Laski o Walter Hollistcher. Quizá sea ésta una genealogía deslucida a la luz de nuestras estándares corrientes, pero es, a fin de cuentas, la que revela un examen atento de la biografía intelectual de Germani como de los materiales con que se enseñó la sociología durante el período. Es comprensible, claro está, que, a la hora de encarar una historia de la sociología pasemos por alto aquellos nombres, pues, nuevamente, ellos nos dicen poco a la luz de nuestra autocomprensión contemporánea de la disciplina. Por lo demás, resulta infrecuente hallar esos nombres en los índices onomásticos de los manuales de sociología más corrientes, razón por la cual nos inclinamos naturalmente por aquellos nombres con que los libros de textos nos han familiarizado y que nos hemos acostumbrado a identificar como la “gran tradición” de la sociología. La cuestión, claro está, no es banal. Como oportunamente fuera señalado por Alvin Gouldner, “si bien puede no importar para la sustancia de una ciencia quién fue, de hecho, su ‘padre fundador’, no obstante, las creencias profesionales compartidas sobre la cuestión pueden ser importantes para la organización social de la disciplina y las autoimágenes de quienes las ejercen”.¹⁶ En tal sentido, un ‘padre fundador’ es un símbolo profesional, pues provee a sus practicantes de un sentido de pertenencia y participación en una larga tradición. El *dictum* de Gouldner se aplica, por igual, a la historia de la sociología norteamericana como a nuestra propia historia. En efecto, aquí también existió una disputa en torno a la identidad profesional que ponía en juego las creencias compartidas. Así, en la imagen de aquellos que sucedieron a Germani y se declararon sus críticos, un componente esencial de la imagen alternativa que proponían estuvo constituido por la reducción del pensamiento de Germani al funcionalismo, en ese momento cuestionado por la Nueva Izquierda. He ahí entonces un mito que ciertamente cumplió una importante función social en su época, la de proveer a la nueva generación de sociólogos de una creencia compartida y consiguientemente de una

¹⁶ Alvin Gouldner, “Emile Durkheim y la crítica del socialismo” en *La sociología actual: renovación y crítica*. Alianza, Madrid, 1979.

identidad. Pero si adoptamos esa vía corremos no solamente el riesgo de ofrecer una imagen distorsionada del pensamiento de Germani sino el riesgo -todavía más preocupante- de terminar escribiendo una “mitología” antes que una auténtica historia de la sociología.

De esto último se desprende una segunda conclusión programática, a saber, la de evitar transferir indebidamente al pasado nuestra visión actual de la disciplina asociada con determinados problemas e identificada con determinados nombres. Puesto que, a la luz de nuestros estándares actuales, tanto el libro de Fromm como el resto de los materiales editados por Germani no resultan fácilmente inteligibles. ¿Cómo asimilar, en efecto, los nombres de Erich Fromm, Harold Laski, Guido de Ruggiero, Walter Hollistcher o Franz Neumann, por ejemplo, a nuestras preocupaciones corrientes sobre la práctica de la disciplina?

Permítaseme una breve digresión para conjurar un posible malentendido. La referencia, durante el curso de esta investigación, a los nombres de autores hoy olvidados como Erich Fromm, Harold Laski y Viola Klein no ha sido realizada con el fin de subrayar los *méritos* de esos autores o de rehabilitar toda una tradición ignorada por la historiografía sociológica sino con el fin de subrayar los méritos de *atender* a dichos autores, pues es precisamente la atención a ese conjunto de referencias lo que permite aproximarnos a una comprensión de las raíces intelectuales o la cultura intelectual de la orientación sociológica preconizada por Germani. Ha sido la mezcla de juicios científicos y juicios históricos, tan frecuente en los enfoques predominantes de la historiografía de la disciplina, lo que ha permitido pasar por alto la importancia, en su tiempo, de aquellos autores hoy menores.

En tal sentido, una tercera conclusión programática sugiere -como ya se ha dicho anteriormente- la necesidad de sustraer la inteligibilidad de la trayectoria y obra de Germani del cuadro de una historia teleológica de la sociología regido por la hipótesis del “padre fundador” de la *sociología científica*. Nuevamente, no es que Germani fuera ajeno a la preocupación relativa al perfil teórico y metodológico de la sociología como disciplina. Bien sabemos que a dicha problemática consagraría un buen número de ensayos que más tarde reuniría en un libro titulado, precisamente, *La sociología científica: apuntes para su fundamentación* y que blandiría como una poderosa y filosa arma de combate en su disputa con la “sociología de cátedra”. El problema reside en que muchas veces un compromiso acrítico con una perspectiva de esa naturaleza nos empuja a interpretar como una *totalidad significativa* muchos elementos que son

ostensiblemente *heterogéneos*. ¿Cómo inscribir, en efecto, los nombres de Fromm, Laski, De Ruggiero, Hollistcher y Franz Neuman, por ejemplo, en el proyecto de una sociología científica? En el contexto de esa historia teleológica existen dos respuestas posibles: o bien omitimos una consideración de la literatura editada por Germani puesto que no hallamos en ella ningún elemento familiar a nuestra imagen de la sociología científica, o bien procuramos asimilarla identificando “anticipaciones” o “prefiguraciones” de lo que más tarde Germani definiría como “sociología científica”, identificación que un cuidadoso examen histórico muy probablemente no autorizaría. El riesgo, una vez más, consiste en terminar escribiendo no la historia de las ideas sociológicas sino su mitología.

La historia de la disciplina en perspectiva

Las reconstrucciones de la historia de la disciplina han estado caracterizadas por una perspectiva historiográfica “normativa”. En tal sentido, la reconstrucción histórica ha estado organizada y presidida por la asunción de una “norma” o ideal de lo que debe ser la disciplina. En virtud de ese carácter, tales historias han estado más preocupadas por juzgar los textos (o fijar una posición en el campo) que por comprenderlos, y, en tal sentido, han sido historias destinadas menos a comprender un proceso que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina. Frente a esa visión, he intentado adoptar una perspectiva histórica que asume en principio que la sociología se desarrolla en el tiempo y que, dado ese carácter, puede asumir distintos significados de acuerdo al contexto en el que ese desarrollo tiene lugar. En segundo lugar, una perspectiva histórica es una que asume que la institucionalización de una determinada disciplina es un proceso complejo y multidimensional, resultado de un entrecruzamiento, siempre peculiar y contingente, de factores de orden social, cultural, económico, intelectual e institucional.

En cualquier caso, un efecto de esta perspectiva normativa en la literatura referida a la historia de la disciplina ha sido la relativa desatención del período comprendido entre 1940 y 1955, y muy especialmente, los años comprendidos entre 1946 y 1955, sometido las más de las veces a un juicio más ideológico que historiográfico, y que se explica, nuevamente, sobre la base de una definición previa de lo que la sociología es y/o debe ser. La crónica más superficial del período, sin embargo, invita a una reconsideración. En efecto, y como he intentado documentar en esta investigación, durante esos años la sociología experimentó un importante proceso

de institucionalización. Aparecieron las instituciones especializadas, la primera publicación oficial consagrada a la materia, las primeras colecciones de libros y las primeras asociaciones y organizaciones formales de la disciplina.

Esto último cambia sensiblemente la visión del pasado de la disciplina tanto como el diagnóstico de las dificultades que halló el proyecto de la sociología empírica en su búsqueda de reconocimiento institucional. En la Argentina, el problema no era que había poca sociología sino, por el contrario, que había demasiada. En tal sentido, quienes pretendieron hacer de la sociología una disciplina de naturaleza empírica no enfrentaron el desierto o la carencia sino la existencia de toda una tradición y un modo de entender la disciplina profundamente arraigado en el sistema de las instituciones académicas y era ese un modo que no tenía entre sus prioridades la promoción y el desarrollo de la investigación social. Lo mismo podría decirse de otro modo: el problema no fue la tardía institucionalización de la sociología sino su temprana y arraigada institucionalización, que se anticipó, incluso, a la experiencia ocurrida en los países centrales. Ahora bien, esa experiencia de institucionalización tuvo lugar mucho antes de que la investigación social fuera reclamada como parte de la práctica de la disciplina y como un elemento de la formación profesional.

Asimismo, y contra una visión que históricamente ha identificado la sociología empírica con la figura de Germani, he documentado que la investigación social empírica estuvo en el centro de las preocupaciones de algunos de sus contemporáneos, especialmente de Renato Treves y Figueroa Román, quienes ya a comienzos de los '40 articularon un reclamo que más tarde sería constitutivo de una renovación de los ideales intelectuales de la disciplina, a saber, el reclamo relativo a la incorporación de la investigación social en la definición de la sociología. Ciertamente, las condiciones para una empresa de esa naturaleza no eran todavía del todo favorables por dos razones. En primer lugar, porque en el contexto de una concepción de la sociología todavía muy identificada con la historia de las ideas y la enseñanza de las doctrinas sociológicas, los reclamos en esa dirección resultaron marginales. En segundo lugar, porque -como se trató de mostrar en el capítulo II, tampoco la universidad disponía de la infraestructura ni de los recursos para promover investigaciones de esa naturaleza, algo, por lo demás, que no sería privativo de los países de América Latina. Esto último ayuda a explicar, en parte, el que los principales protagonistas de los hechos que aquí se narran (Ricardo Levene, Alfredo Poviña y Gino Germani), hayan procurado, con resultados dispares y en su esfuerzo por instituir, consolidar y legitimar una determinada práctica de

conocimiento, capturar la atención de las “autoridades externas” (frente al déficit interno), es decir, de todas esas agencias regionales e internacionales que, fundamentalmente a partir de la segunda posguerra, estuvieron consagradas a estimular el desarrollo de las ciencias sociales en la América Latina. Como se recordará, el primer intento, finalmente fallido, fue protagonizado por Ricardo Levene, que procuró crear el Instituto internacional de Sociología en América.

Ahora bien, ¿por qué aquellos reclamos relativos a una definición de la sociología como disciplina empírica se volverían influyentes y persuasivos recién a mediados de la década del '50? ¿Qué había cambiado, qué nuevas condiciones resultaron favorables? Tradicionalmente, en el examen del proceso que condujo a la institucionalización de la sociología la literatura ha colocado mayormente el foco en las condiciones internas y/o domésticas que favorecieron y estimularon la adopción de la sociología empírica y/o científica como fórmula intelectual, pero no ha prestado suficiente atención, a nuestro juicio, al contexto internacional en el que tuvo lugar dicho proceso. Las condiciones internas fueron ciertamente necesarias y tuvimos oportunidad de examinarlas en el capítulo XI. Sin embargo, y frente a esa perspectiva, procuramos prestar atención a los vínculos y/o las relaciones entre el contexto doméstico o interno y las condiciones internacionales. ¿Por qué?

Como he intentado poner de manifiesto en el capítulo IX, el creciente desarrollo y expansión que conocieron no sólo la sociología sino el resto de las ciencias sociales en América Latina durante las décadas del '50 y '60 difícilmente pueda ser comprendido fuera de la actuación de una serie de instituciones internacionales y regionales de financiamiento y fomento de la actividades científicas tales como la Unión Panamericana, la Unesco, la Cepal, las Naciones Unidas y las fundaciones Ford y Rockefeller, la mayoría de las cuales fueron creadas a partir de la segunda posguerra. La acción de ese nuevo tejido institucional afectó tanto el plano de la infraestructura de las ciencias sociales, promoviendo la creación de asociaciones profesionales, centros de investigación y un sistema de publicaciones, así como los planos de la enseñanza y la investigación, estimulando una serie de reformas en los planes de enseñanza y privilegiando investigaciones en determinados dominios temáticos. A este respecto, mostramos de qué manera el movimiento de renovación de la disciplina no tuvo un carácter meramente local sino regional y estuvo estrechamente conectado con estas transformaciones a nivel internacional. En el capítulo XIII exploramos precisamente los vínculos (y sus ramificaciones) entre instituciones y figuras intelectuales locales y

regionales con las instituciones y figuras intelectuales internacionales. Todo ello, como intenté mostrar, crearía un terreno favorable respecto a las posibilidades de institucionalización de la fórmula intelectual promovida por Germani.

A lo largo de esta investigación, he intentado reconstruir las diferentes visiones de la disciplina que prevalecieron durante el período y el modo en que cada una de ellas articuló una determinada definición de sus tareas como de sus métodos así como una determinada estrategia de profesionalización. He procurado, asimismo, mostrar el modo en que esas diferentes visiones reflejaban tipos de formaciones y trayectorias intelectuales así como clivajes políticos, intelectuales y culturales. En tal sentido, he procurado evitar una visión teleológica de la historia de la sociología que inclina a concebir a la disciplina como una suerte de “entidad natural”, que, una vez que emerge, es adoptada y gradualmente implementada por un grupo de aspirantes a la misma. Como se ha visto, la sociología ya estaba institucionalizada bajo una cierta forma antes del establecimiento de la “sociología científica”. ¿Por qué, hacia mediados de los años '50, adoptó una fórmula diferente? ¿Por qué Germani logró desplazar a una “sociología de cátedra” que para entonces tenía bajo su control las principales instituciones del campo? Un argumento posible podría ser el “provincialismo” de los sociólogos de cátedra. La evidencia empírica disponible no permite respaldar dicho argumento. En términos intelectuales, los sociólogos de cátedra estaban al tanto de la literatura sociológica corriente, y especialmente de una tradición que, como la alemana, estaba en ese momento en el centro de la atención internacional de todos aquellos que por entonces estaban a la búsqueda de los fundamentos epistemológicos de la disciplina que pudieran constituir a ésta en una disciplina autónoma y respetable en el concierto de las ciencias sociales. El provincialismo tampoco era profesional: quienes precedieron a Germani promovieron la creación de las primeras organizaciones formales de la disciplina y la organización de sus diferentes sus congresos; participaron, a su vez, en los distintos congresos internacionales de la disciplina, algunos de ellos publicaron en las principales revistas extranjeras e integraron las principales asociaciones internacionales de la disciplina.

Pero lo que ocurre es que, a partir de la segunda posguerra, todo ese mundo de referencias progresivamente pierde vigencia. Un nuevo contexto nacional, la renovación de la universidad y un nuevo contexto internacional, la promoción de las ciencias sociales con credenciales americanas, instala nuevas preocupaciones, promueve nuevos estilos y estimula nuevas demandas: tales los elementos y factores que se conjugaron

para que la institucionalización de la disciplina adoptara finalmente la forma que tomó y para que la fórmula ensayada por Germani lograra alcanzar, al menos por un tiempo, un relativo éxito.

Las posibilidades de institucionalización de una disciplina dependen en buena medida de los puntos de apoyo externos al campo académico, es decir, de sus relaciones con el entorno del contexto institucional más amplio. Una buena relación favorece el arraigo de una disciplina. En los Estados Unidos, por ejemplo, la temprana institucionalización de la sociología en la Universidad de Chicago se vio favorecida por las relaciones que sus principales promotores tenían con distintas instituciones gubernamentales y de la sociedad civil, además de fundaciones, firmas comerciales y empresas editoriales, entre otras, que tenían interés en los resultados de las investigaciones de carácter social, a la vez que las estimulaban a través de ese mismo interés, y en algunos casos, mediante apoyo financiero directo.¹⁷

En América Latina, y especialmente en la Argentina, las cosas se presentan de manera diferente. Por un lado, las relaciones de los practicantes de la sociología con el contexto institucional más amplio eran relativamente débiles en términos instrumentales. Con excepción quizá del censo de 1947, las instituciones gubernamentales no exhibían demasiado interés en las investigaciones sociales de carácter empírico, o en todo caso, no eran los sociólogos los destinatarios de esa demanda. En la inmediata posguerra, sin embargo, y como parte de un proceso de internacionalización de las ciencias sociales, la presencia activa de los organismos internacionales y regionales desempeñaron un papel determinante en el surgimiento de dicha demanda y empujaron decisivamente hacia una profesionalización. En cierto sentido, los organismos internacionales actuaron como “sustitutos funcionales” de una demanda interna prácticamente inexistente o en todo caso, muy débil. La presencia de dicha demanda coincidió con una drástica renovación de los ideales intelectuales de la disciplina y no menos drástica transformación de su componente disciplinario. Todo ello agudizó un conflicto dentro del campo que hasta ese momento sólo había sido latente. Tanto la estructura de aquella demanda como esa renovación disciplinaria estimularon un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra o al menos contra la posibilidad de subsistir sin competidores. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía una serie de condiciones de trabajo

(dedicación full time a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, trabajo en equipo, etc.) que no formaba parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. La pérdida de posición de la sociología de cátedra en el sistema institucional obedeció en parte a sus dificultades para adecuarse a estas nuevas exigencias.

Asimismo, y como ya se ha dicho, la sociología de cátedra permaneció prácticamente ajena a las innovaciones provenientes de los Estados Unidos, tanto de aquellas originadas en la tradición más empírica de la Escuela de Chicago, ya para entonces sólidamente asentada, como de aquellas otras originadas en las tradiciones más teóricas y analíticas, que, partir de la posguerra, se producirían en las universidades de Harvard y Columbia, bajo el liderazgo de Talcott Parsons, Paul Lazarsfeld y Robert Merton. El conocimiento de nuestros sociólogos de cátedras de la literatura sociológica norteamericana no iba más allá de las primeras figuras de la sociología norteamericana como Albion Small, Lester Ward, Charles Ellwood y Franklin Giddings. Fuera de eso, ignoraban todo, y muy especialmente, la tradición más empírica desarrollada durante los años '30 y '40.

Frente a aquellas innovaciones, cuyo resultado fue ese cambio ecológico que fuera en su momento mencionado, la sociología de cátedra o bien mantendría una posición prescindente, en el mejor de los casos, o bien manifestaría un decidido rechazo. En cierto modo, la sociología de cátedra permaneció sujeta a las tendencias sociológicas que, a nivel internacional, ya habían comenzado a experimentar hacia mediados de la década del '40 un proceso de franca declinación como consecuencia del ascenso y consolidación de la sociología norteamericana y la formación y establecimiento de un estándar internacional de la disciplina, una internacionalización de la disciplina hacia la que Germani, en cambio, se mostraría extremadamente sensible.

El conflicto desatado y la pérdida de posiciones de la sociología de cátedra (cosa que ocurre también a nivel internacional, como quedó expresado en el conflicto entre el IIS y la ISA) debe comprenderse entonces en el contexto internacional de una reformulación de las ciencias sociales que implicó la promoción de un nuevo patrón de profesionalización y la aparición de una nueva demanda. Esta innovación exógena fue la que provocó la ruptura. En efecto, hacia los años '40 las cosas todavía estaban mezcladas. Un dato revelador de esto último es la aparición de la *Historia de la sociología latinoamericana* de Alfredo Poviña en la colección dirigida por Medina

¹⁷ Véase, Edward Shils, "Tradition" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4, 1970, pág. 778.

Echavarría. Poco tiempo después, sin embargo, lo que antes aparecía mezclado comienza a diferenciarse, a tal punto que el mismo Medina Echavarría sería erigido por Germani como el principal promotor de la “sociología científica”. Una vez producidas aquellas innovaciones, las competencias de la sociología de cátedra resultarían insuficientes para hacer frente a ellas y la sola apelación formal y ritualista a los ideales de la disciplina ya no será suficiente para conservar el control de las instituciones. En cambio, la actualización de los ideales intelectuales de la disciplina emprendida por Germani tanto en el plano editorial, intelectual como institucional resultaría relativamente afín con dicha demanda. Pero más que desplazar o desalojar a la “sociología de cátedra”, la intervención de los organismos internacionales contribuirá a crear un circuito paralelo que fue ocupado por la nueva sociología, y a partir de la cual la sociología de cátedra comienza a debilitarse.

Bibliografía

- AAVV (1979), *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, UNAM, México.
- AAVV (1992), "Gino Germani y su época" en *Ciencia Hoy*, vol.2, N 12.
- Alexander, Jeffrey (1992), *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*. Gedisa, Barcelona.
- Altamirano, Carlos (2001a), *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial, Buenos Aires.
- Altamirano (2001b), *Bajo el signo de las masas*. Ariel, Buenos Aires.
- Aron, Raymond (1953), *La sociología alemana contemporánea*. Paidós, Buenos Aires.
- Ayala, Francisco (1947), *Tratado de Sociología*, Losada, Buenos Aires.
- Balán, Jorge (1992), *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Aires, Planeta, Buenos Aires.
- Barbano, Filippo (1998), *Storia, temi e problemi 1945-1960*. Carocci, Roma.
- Barbé, Carlos (1993), "El 'problema de Durkheim' (en la formación de la sociología argentina)" en *Sociedad*, N° 3, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Beals, Ralph (1950), "The Social Sciences in South America" en *Social Sciences Research Council Items*, vol. 4, N°1.
- Bell, Daniel (1984), *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. Alianza, Madrid.
- Blondiaux, Loïc (1991), "Comment rompre avec Durkheim? Jean-Stoetzl et la sociologie française de l' après-guerre (1945-1958)", *Revue Française de Sociologie*, N° XXXII.
- Bottaro, Raúl (1964), *La edición de libros en Argentina*. Troquel, Buenos Aires.
- Bottomore, Tom y Nisbet, Robert (1988), *Historia del análisis sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Buchbinder, Pablo (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*. Editorial Universitaria, Buenos Aires.
- Cahnman, W.J. (1977), "Tonnie's in America", en *History and Theory*, vol. 16.
- Charles Camic (1979a), "The Utilitarians Revisited" en *American Journal of Sociology*, N° 81.
- Camic, Charles (1981b) "On the methodology on the History of Sociology: A replay to Jones" en *American Journal of Sociology*, N° 86.
- Charles Camic (1989c), "Structure After 50 years. The Anatomy of a Charter" en *American Journal of Sociology*, N° 95, N° 1.
- Clark, Terry (1968a), "Emile Durkheim and The Institutionalization of Sociology in The French University System" en *European Journal of Sociology*, vol. 9.
- Clark, Terry (1968b), "René Worms" en *International Encyclopedia of the Social Sciences*.
- Collini, Stefan (1979b), *Sociology and Idealism in Britain 1880-1920. L.T. Hobhouse and Political Argument in Inland 1880-1920*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Connell, R.W. (1997), "Why is Classical Theory Classical" en *American Journal of Sociology*, vol. 102, N° 6.
- Coser, Lewis (1968a), *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Coser, Lewis (1977b), "Karl Mannheim, 1893-1947" en *Master of Sociological Thought. Ideas in Historical and Social Context*. Harcourt Brace and Company, Florida.
- Costa Pinto, L.A. (1964), *Estructura de clases y cambio social*. Paidós, Buenos Aires.
- Costa Pinto, L.A. y Carneiro, J. (1955), *As ciencias sociais no Brasil*. CAPES, Rio de

Janeiro.

- Crevenna, Theo (1950a), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, Washington, Unión Panamericana, 6 volúmenes.
- Crevenna, Theo (1952b), "The Social Sciences in the Organization of American States" en *International Social Science Bulletin*, vol. IV, N°3.
- De Franz, Marie Anne (1969), "Implanting the Social Sciences -a Review of Unesco 's Endeavours" en *International Social Sciences Journal*, vol. XXI, N°3.
- De Imaz, José Luis (1977), *Promediando los cuarenta*. Sudamericana, Buenos Aires.
- De Ipola, Emilio (1989), "Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 29, N°115.
- de Vries, Egbert y Medina Echavarría, José (1962) *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, UNESCO, París.
- De Sagastizábal, Leandro (1995), *La edición de libros en la Argentina*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Delich, Francisco (1977), *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. El Cid Editor, Venezuela.
- Devoto, Fernando (comp., 1993), *La historiografía argentina en el siglo veinte*. CEAL, Buenos Aires.
- Di Tella, Torcuato, Germani, Gino, Graciarena, Jorge y col (1965), *Argentina, sociedad de masas*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Di Tella, Torcuato (1980), "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, N° 79, octubre-noviembre.
- Drouard, Alain (1982), "Reflexions sur une chronologie: le développement des sciences sociales en France de 1945 á la fin des années soixante", en *Revue Francaise de Sociologie*, XXIII.
- Evan, William (1975), "The International Sociological Association and the Internationalization of Sociology" en *International Social Science Journal*, vol XVIII, (2).
- Fanesi, Pietro Rinaldo (1994), *El exilio antifascista en la Argentina* (2 vols.), CEAL, Buenos Aires.
- Farrugia, Francis (2000), *La reconstruction de la sociologie francaise (1945-1965)*. L' Harmattan, Paris.
- Ficher, Donald (1983), "The Role of Philanthropic Foundations in the Reproduction and Production of Hegemony: Rockefeller Foundations and the Social Sciences" en *Sociology*, vol.17.
- Figueroa Román, Miguel (1946), *Sociografía y planificación*, Univerisidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Fleming, Donald y Bailyn, Bernard (eds.), *The Intellectual Migration. Europe and America, 1930-1960*. Harvard University Press, Harvard, 1969
- García, Eustacio Antonio (1965), *Desarrollo de la industria editorial en Argentina*. Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, Buenos Aires.
- Genov, Nikolai [ed.] (1989), *National Traditions in Sociology*, Sage Publications, London.
- Germani, Gino (1942a), "La clase media en la ciudad de Buenos Aires", en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 1.
- Germani, Gino (1943b), "Sociografía de la clase media en Buenos Aires: las características culturales de la clase media en la ciudad de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres", en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 2

- Germani, Gino (1943c), "Los censos y la investigación social", en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 2.
- Germani, Gino (1944d), "El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional" en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 3.
- Germani, Gino (1944e), "Sociografía de la clase media en Buenos Aires: las características culturales de la clase media en la ciudad de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres", *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 3.
- Gino Germani (1944f), "Métodos cuantitativos en la investigación de la opinión pública y de las actitudes sociales". *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 3.
- Germani, Gino (1945g), "Anomia y desintegración social". *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, N° 4.
- Germani, Gino (1946h), "Sociología y planificación" en *Boletín de la Biblioteca del Congreso*, Bs. As., N° 57.
- Germani, Gino (1952i), "La psicología social en los Estados Unidos" en *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, Instituto 'Balmes' de Sociología, N° 38.
- Germani, Gino (1956j), *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. Cuadernos de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Germani, Gino (1956k), "El psicoanálisis y las ciencias del hombre" en *Revista de la Universidad*, La Plata, N°3.
- Germani, Gino (1956l), "Sociología, relaciones humanas y psiquiatría" en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año I, N° 1.
- Germani, Gino (1959ll), "Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana" en *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Cuaderno 17, Tomo XII, 1959.
- Gino Germani (1962m), *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1956ln), *Estudios de psicología social*. Universidad Nacional, México.
- Germani, Gino (1964o), *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1966p), *Estudios sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires, Paidós.
- Germani, Gino (1968q), "La sociología en la Argentina" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, N° 3.
- Germani, Gino y Graciarena, Jorge (1958), "Enseñanza e investigación de la Sociología, Ciencia Política y Economía. La situación en la Argentina", Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Gillin, John (1953) "La situación de las ciencias sociales en seis países sudamericanos" en *Ciencias Sociales*, vol. IV, N° 19.
- González Bollo, Hernán (1999), *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina: el Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1940-1954*. Dunken, Buenos Aires.
- González, Horacio (comp., 2000), *Historia crítica de la sociología argentina*. Colihue, Buenos Aires.
- Gurrieri, Adolfo (1979), "Medina Echavarría, un perfil intelectual" en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile.
- Gurvicht, George y Moore, Wilbert (1956), *Sociología del siglo XX*. Editorial El

Ateneo, Buenos Aires.

- Halperín Donghi, Tulio (1962a), *Historia de la universidad argentina*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio (1980b), "José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 20, N° 78.
- Halperín Donghi, Tulio (1986c), "Un cuarto de siglo de historiografía argentina" en *Desarrollo Económico*, N° 25.
- Hawthorn, Geoffrey (1987), *Enlightenment and Dispair. A History of Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Heilbron, Johan (1985) "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940" en *Revue Française de Sociologie*, vol. 26, N° 2.
- Heintz, Peter (1957), "Some specific aspects of the teaching of sociology in Latin American countries" en *International Social Science Bulletin*, vol. IX (1).
- Hirschhorn, Monique (1988b), *Max Weber et la sociologie française*. L'Harmattan, Paris.
- Hirschman, Albert (1980), "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo" en *El trimestre económico*, vol. XLVII, (4), N° 188, México.
- Horowitz, Irving (2000), "Gino Germani, 1911-1979: Sociologist From the Other America" en *The American Sociologist*, vol. 31, N° 3.
- Jay, Martin (1991), *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Taurus, Madrid.
- Jones, Robert Alun (1974), "Durkheim 's response to Spencer: An Essay Toward Historicism in The Historiography of Sociology" en *The Sociological Quarterly*, vol. 15.
- Jones, Robert Alun (1977), "On Understanding a Sociological Classic" en *American Journal of Sociology*, vol. 2, N° 83.
- Jones, Robert Alun (1983), "The New History of Sociology" en *Annual Review of Sociology*, vol. 9.
- Jorrat, Raúl y Sautu, Ruth (comp. 1992), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Paidós, Buenos Aires.
- Kahl, Joseph (1976), *Modernization, Exploitation and Dependency in Latin America. Germani, González Casanova and Cardoso*. Transaction Books, New Brunswick, New Jersey.
- Karady, Victor (1979), "Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens" en *Revue Française de Sociologie*, vol. 20, N° 2.
- Käsler, Dirk (2002), "Fromm Republic of Scholars to Jamboree of Academic Sociologist. The German Sociological Society, 1909-99" en *International Sociology*, vol. 17, N°2.
- Kivisto, Peter y Swatos, William H. Jr. (1988), *Max Weber. A Bio-Bibliography*, Greenwood Press, New York.
- Lazarsfeld, Paul (1961), "Notes on the History of Quantification in Sociology" en *Isis*, 52, N° 2.
- Lazarsfeld, Paul (1962), "The Sociology of Empirical Social Research" en *American Sociological Review*, vol. 27, N° 4.
- Lazarsfeld, Paul (1967), "La sociología internacional como problema sociológico" en *Revista Interamericana de Sociología*, Año 1, vol.1, N°3.
- Lazarsfeld, Paul y Oberschall, Anthony (1965), "Max Weber and Empirical Social Research" en *American Sociological Review*, vol. 30, N°2.
- Lécuyer, Pierre Bernard (1978), "Bilan et perspectives de la sociologie de la science dans les pays occidentaux" en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. XIX.

- Lengyel, Peter (1966), "Two decades of social science at UNESCO" en *International Social Science Journal*, vol. XVIII, N°4, UNESCO.
- Lepenies, Wolf (1994), *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. F.C.E., México
- Levine, Donald y otros (1976a), "Simmel 's Influence on American Sociology I", en *American Journal of Sociology*, vol.81, N° 4.
- Levine, Donald y otros (1976b), "Simmel 's Influence on American Sociology II", en *American Journal of Sociology*, vol.81, N° 5.
- Liedke Filho, Enno (1990), "Sociologia e sociedade Brasil e Argentina (1954-1984)". *Cuadernos de Sociologia*, N° 2, Porto Alegre, Brasil.
- López Campillo, Evelyne (1972), *La Revista de Occidente*. Taurus, Madrid.
- Mangone, Carlos y Warley, Jorge (1984), *Universidad y peronismo (1946-1955)*. CEAL, Buenos Aires.
- Mannheim, Karl (1944), *Diagnóstico de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Marsal, Juan Francisco (1963), *La sociología en Argentina*. Fabril Editora, Buenos Aires.
- Maunás, Delia (1995), *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*. Colihue, Buenos Aires.
- Mazon, B. (1985), "La fondation Rockefeller et les sciences sociales en France", *Revue Francaise de Sociologie*, vol. XXVI, N°2.
- McLaughlin, Neil (1999), "Origin Myths in the Social Sciences: Fromm, the Frankfurt School and the Emergence of Critical Theory" en *American Sociologist*, vol.24, N° 1.
- Medina Echavarría, José (1941), *Sociología: teoría y técnica*. F.C.E., México.
- Meja Volker, Misgeld, Dieter y Stehr, Nico (1987), *Modern German Sociology*, Columbia University Press, New York.
- Miceli, Sergio [org.] (1989), *História das ciencias sociais no Brasil*. Vértice, Editora Revista dos Tribunais, Sao Paulo.
- Montlibert, C. (1982) "La proffessionnalization de la sociologie et ses limites, en *Revue Francaise de Sociologie*, N° XXIII.
- Mora y Araujo, Manuel y Llorente, Ignacio (1980), *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Morales, Guillermo y Frassinetti, Antonio (eds. 1979), *Las ciencias sociales en América Latina*. UNAM, México.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Buenos Aires.
- Noé, Alberto (sin fecha), "Gino Germani y la sociología en la Argentina". Entrevista a Juan Carlos Marín en *Antropomoderno*.
- Oberschall, Anthony (1965), *Empirical social research in Germany 1848-1914*. Paris, Mouton.
- Parera Dennis, Alfredo [seud. de Milcíades Peña], (1964), "Gino Germani sobre C.W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego" en *Fichas de investigación económica y social*, Año II, N° 2.
- Parsons, Talcott y Barber, Bernard (1948), "Sociology 1941-1946" en *American Journal of Sociology*, vol. 53, N° 4.
- Peel, J.D.Y.(1971), *Herbert Spencer. The Evolution of a Sociologist*, Basic Books, New York.

- Pinto, Diana (1980), "La sociologie dans l' Italie de l' après-guerre, 1950-1980", en *Revue Francaise de Sociologie*, N° XXI.
- Platt, Jennifer (1985a), "Weber 's verstehen and the history of qualitative research: the missing link" en *The British Journal of Sociology*, vol. XXXVI, N° 3.
- Platt, Jennifer (1995b), "The United States Reception of Durkheim" en *Sociological Perspectives*, , vol. 38, N° 1.
- Platt, Jennifer (1996c) "Has Funding Made a Difference to Research Method?" en *Sociological Research Online*, vol 1, N°1.
- Platt, Jennifer (1996d) *A History of Sociological Research Methods in America 1920-1960*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Plotkin, Mariano (1996a), "Freud en la Universidad de Buenos Aires: la primera etapa hasta la creación de la carrera de Psicología", en EIAL, vol. 7, N°1.
- Plotkin, Mariano (1996b), "Psicoanálisis y política: la recepción que tuvo el psicoanálisis en Buenos Aires (1910-1943)" en *Redes. Revista de Estudios sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, vol. III, N° 8.
- Plotkin, Mariano (2003c), *Freud en las pampas*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Pollak, Michael (1986) "Max Weber en France. L'itinéraire d'une oeuvre" en *Cahiers de l'I.H.T.P.*, N°3.
- Pollak, Michel (1979a), "Paul Lazarsfeld, fondateur d'une multinational scientifique" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N°25.
- Pollak, Michel (1988b), "La place de Max Weber dans le champ intellectuel francais" en *Droit et Société*, N°9.
- Poviña, Alfredo (1941a), *Historia de la sociología en Latinoamérica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Poviña, Alfredo (1941b), *La metodología sociológica de Max Weber*, Imprenta de la Universidad, Córdoba.
- Poviña, Alfredo (1952c), "Latin American Sociology in the Twentieth Century" en *International Social Science Bulletin*, vol.IV (3).
- Poviña, Poviña (1956d), "La sociología argentina" en George Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- Poviña, Alfredo, (1959e), *Nueva historia de la sociología latinoamericana*. Asandri, Córdoba.
- Poviña, Alfredo (1976f), *Diccionario de Sociología a través de los sociólogos*. Astrea, Buenos Aires, dos tomos.
- Alfredo Poviña (1982g), *Sociología de teoría y de historia*. Ediciones de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Córdoba.
- Priamo, Luis (1990), *Grete Stern*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires.
- Rivera, Jorge (1968), "El auge de la industria cultural (1930-1955)" en *Capítulo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Robert C. Jones y Ingeborg H. Jones, "Inter-american co-operation in the Social Sciences" en *International Social Science Bulletin*, vol. II (4), 1950.
- Merton, Robert (1995), *Teoría y estructuras sociales*, F.C.E., México.
- Rodríguez Bustamante, Norberto (1961a), "Cronología de la enseñanza de la sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires", en *Informe del Director*, Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez Bustamante, Norberto (1979b), "La sociologie dans l' Amérique Latine contemporaine: l'expérience de l'Argentine", *Revue Internationale de Siences Sociales*, vol. XXXI, N°1.
- Rolando Franco (1974), "Veinticinco años de sociología latinoamericana" en *Revista*

Paraguaya de Sociología, Año 11, N° 30.

- Romero, Francisco (1952), "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina" en *Sobre la filosofía en América*. Raigal, Buenos Aires.
- Rubinich, Lucas (1994), "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la sociología", *Entre pasados. Revista de Historia*, Año IV, N° 6
- Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII, Buenos Aires.
- Schäfers, Bernhard (1994), *Sociology in Germany. Development, Institutionalization and Theoretical Disputes*. Verlag Leske/Budrich, Opladen.
- Schmidt-Koch, Ria (comp. 1935), *Filosofía alemana traducida al español*, Sociedad Kantiana de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Schroeter, Gerdard (1980), "Max Weber as outsider: his normal influence on German Sociology in Twenties" en *Journal of the History of Behavioural Sciences*, vol.16, N°4.
- Schuerkens, Ulrike (1996), "Les Congres de l'Institut International de Sociologie de 1894-1930 et l'internationalisation de la Sociologie" en *Revue Internationale de Sociologie*, vol 6, N°1.
- Schwarzstein, Dora y Yankelevich, Pablo (1989), "Historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución: la Universidad de Buenos Aires, 1955-1966", Documento CEDES/21.
- Sefchovich, Sara (1989), "Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología" en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1.
- Shils, Edward (1970) "Tradition, ecology and institution in the history of sociology" en *Daedalus*, vol. 99, N° 4.
- Shils, Edward (1974) *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur, Buenos Aires.
- Sito, Nilda (1962), "La sociologie de Germani", en *Sociologie du Travail*, vol. 2, N°4.
- Skinner, Quentin (2000), "Significado y comprensión en la historia de la ideas", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. Universidad Nacional de Quilmes, N°4.
- Stocking, George (1965), "On The Limits of 'Presentism' and 'Historicism' in the Historiography of the Behavioural Sciences" en *Journal of the History of Behavioural Sciences*, vol.1.
- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1991a), *Nuestros años sesentas*. Puntosur, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1986b), "La libertad tolerante de Alejandro Korn" en *En busca de la ideología argentina*. Catálogos, Buenos Aires.
- Toer, Mario [coord.](1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, 2 vols., Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Torre, Juan Carlos (1989), "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo" en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 112.
- Toulmin, Stephen (1977), *La comprensión humana*. Alianza, Madrid.
- Treves, Renato (1941), *Sociología y filosofía social*, Losada, Buenos Aires.
- Treves, Renato (1990), *Sociología e socialismo. Ricordi e incontri*. Franco Angeli, Milan.
- Verón, Eliseo (1974), *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. Veinticinco años de sociología en Argentina*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Vezzetti, Hugo (Comp. 1998a), *El nacimiento de la psicología en la Argentina*.

Pensamiento psicológico y positivismo. Puntosur, Buenos Aires.

- Vezzetti, Hugo (1996b), *Freud en Buenos Aires*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Wallerstein, Immanuel [coord.](1996), *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI.

Fuentes utilizadas

a) Publicaciones periódicas

- Boletín del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1942-1964)
- Centro. Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1951-1960)
- Boletín de la Asociación Sociológica Argentina (1961-1962)
- Estudios de Sociología (1961-1965)
- Cuadernos del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1956-1965)
- Cuadernos de Sociología Política de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1948-1950)
- Cuadernos del Instituto de Sociología 'Raúl Orgaz' de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba (1957-1965)
- Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (1944-1955)
- Revista de la Universidad Nacional de Córdoba (1940-1964)
- Revista Mexicana de Sociología (1939-1965)
- Desarrollo Económico (1961-1965)
- América Latina (1958-1963)
- Ciencias Sociales. Notas e informaciones (1950-1956)
- Revista Interamericana de Ciencias Sociales (1961-1965)
- International Social Science Journal (1950-1964)
- RUBA
- Guía de instituciones y sociedades en el campo de las ciencias sociales de la Unión Panamericana (primera edición de 1950 y segunda de 1954)

b) Otras fuentes

- Archivo Personal Gino Germani
- Programas de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1930-1957)
- Programas de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA (1943-1956)
- Programas de Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA (1948-1955)
- Programas de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1940-1960)
- Informes del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1957-1962)
- Informes del Instituto de Sociología de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1956-1964)
- Fichas del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1957-1964)

c) Fondos editoriales (catálogos correspondientes al período 1940-1960):

- Losada
- Deucalión
- Lautaro
- Columba
- Raigal
- Galatea/Nueva Visión.
- Fondo de Cultura Económica
- Catálogo completo de la colección "Ciencia y Sociedad" de la editorial Abril
- Catálogo completo de la colección "Psicología Social y Sociología" de la editorial Paidós

d) Entrevistas

- Cesar Civita
- Gregorio Weimberg
- Eduardo Prieto
- Juan Carlos Marín
- Torcuato Di Tella
- José Luis De Imaz
- Miguel Murmis
- Ana María Eichelbaun de Babini
- Fernando Cuevillas

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas